



UIC

UNIVERSIDAD
INTERCONTINENTAL

VULNERABILIDAD, ESPERANZA Y RESILIENCIA FRENTA A LA ADVERSIDAD

REFLEXIONES INTERDISCIPLINARES FRENTA
A LA CONTINGENCIA POR COVID-19

RAMIRO A. GÓMEZ ARZAPALO DORANTES (COORD.)

INSTITUTO INTERCONTINENTAL DE MISIONOLOGÍA

VULNERABILIDAD, ESPERANZA Y RESILIENCIA FRENTE A LA ADVERSIDAD

REFLEXIONES INTERDISCIPLINARES FRENTE
A LA CONTINGENCIA POR COVID-19

RAMIRO A. GÓMEZ ARZAPALO DORANTES (COORD.)

INSTITUTO INTERCONTINENTAL DE MISIONOLOGÍA

UNIVERSIDAD INTERCONTINENTAL

Mtro. Bernardo Ardavín Migoni
Rectoría

Mtro. Hugo Antonio Avendaño Contreras
Vicerrectoría Académica

Ing. Raúl Alberto Navarro Garza
Dirección General de Administración y Finanzas

Mtro. Juan Francisco Torres Ibarra
Dirección General de Formación Integral

Mtro. David Félix Uribe García
Instituto Intercontinental de Misionología

Primera edición, 2020

D.R.© uic Universidad Intercontinental, A.C.
Instituto Intercontinental de Misionología
Av. Insurgentes Sur, núm. 4303
Col. Santa Úrsula Xitla, C.P. 14420, Ciudad de México
www.uic.edu.mx
editorial@uic.edu.mx

Coordinación de *Staff* de Rectoría: Alejandro Álvarez Amieva
Coordinación Editorial: Camilo de la Vega Membrillo
Corrección de estilo: Eva González, Karemm Danel, Alejandra Luna
Diseño de portada e interiores: Martha Olvera Castro

Prohibida su reproducción por cualquier medio sin la autorización del editor.
Hecho e impreso en México.

ÍNDICE

Presentación autoridades	5
<i>Ing. Bernardo Ardavín Mignoni, Rector uic</i>	5
<i>P. Raúl Ibarra Hernández, MG, Superior General Misioneros de Guadalupe y Presidente del Consejo de Gobierno uic</i>	9
<i>P. David Félix Uribe García, MG, Director Divisional IIM</i>	11
Introducción	15
<i>Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes</i>	
Reflexiones filosóficas de la contingencia	19
<i>Mauricio Beuchot</i>	
El arquetipo “encierro” como símbolo de un mañana	29
<i>Jorge Luis Ortiz Rivera</i>	
El ser humano y sus miedos, reflexiones sobre la pandemia	39
<i>Raúl Pavón Terveen</i>	
¿Dónde está Dios cuando sus hijos sufren? Tentación y esperanza	47
<i>Lucero González Suárez</i>	
La experiencia humana del <i>Sufrimiento y Silencio Divino</i>: el creyente frente a la adversidad	57
<i>Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes</i>	
Fragilidad y reafirmación humanas	73
<i>Aldo Alejandro Camacho</i>	
Control y unión: realidad humana después del <i>SARSCOV-2</i>	83
<i>Alejandra Cecilia Montero González</i>	
Hefesto: una lección de esperanza en tiempos de COVID	91
<i>Jesús Ayaquica Martínez</i>	
Compasión y caridad desde el humanismo cristiano en tiempos de pandemia	101
<i>Ricardo Marcelino Rivas García</i>	

Una pandemia entre la memoria y el olvido	115
<i>Víctor Hugo González García</i>	
La esperanza en tiempos de la COVID-19. Una mirada desde la filosofía de Kierkegaard	127
<i>Rafael Espino González</i>	
Invitación a la meditación en tiempos de pandemia	133
<i>Marco Antonio De la Rosa</i>	
Esperanza cristiana y utopía. Cercanías y diferencias antropológicas y teológicas	145
<i>José Luis Franco Barba</i>	
Ser y hacer Iglesia en un contexto urbano y de crisis sanitaria	161
<i>Desiré Afana</i>	
Vulnerabilidad eclesial: entre la biopolítica y la Eucaristía	177
<i>Alejandro Gabriel Emiliano Flores</i>	
“No temas esta enfermedad ni ninguna otra [...] ni cosa aflictiva...”	187
<i>Arturo Rocha Cortés</i>	
Familias resilientes: La salvación somos todos	195
<i>Juan Pablo Brand Barajas</i>	
La esperanza como competencia organizacional para tiempos de crisis	205
<i>Sergio Sánchez Iturbide</i>	
La reconversión de la educación en tiempos de COVID-19	215
<i>Leticia Ruiz Flores</i>	
Sobre los autores	223

PRESENTACIÓN

Nuestra confianza en la ciencia, aparentemente todopoderosa, se derrumba. Nuestra soberbia, o más comúnmente nuestra vanidad, ha sido duramente golpeada: el virus de la COVID-19 nos humilla, nos sentimos desesperadamente impotentes.



Un poco forzados, hemos redescubierto al otro, a la familia, a la comunidad. Nos hemos visto obligados a reunirnos y convivir, modificando nuestra rutina cotidiana que dedicaba gran parte del día, al margen de los demás, a nuestro trabajo. Quizá, podemos observar un repunte de la solidaridad. La situación es desconcertante y produce miedo, porque desconocemos cuál será nuestro destino dentro de esta tragedia universal. Debemos cuidar que esa pasión siempre presente, que puede y debe ser controlada, no se convierta en pánico irrefrenable. Las consecuencias del fenómeno de la pandemia que estamos viviendo son múltiples. Los cambios se dan en todos los ámbitos:

En *economía*, es un desastre mundial porque el modelo moderno de producción descentralizada, casi atomizada, está naufragando debido a la rotura de las cadenas de suministro global. Las empresas que son una realidad conformada por trabajo, trabajo, y más trabajo, el directivo, el operativo y el acumulado que está conformado por los ahorros del trabajo anterior convertido en inversión, son una dimensión moral de la libertad económica. Las hay de todos los tamaños, pero más de 90% son empresas pequeñas y micro que, sin embargo, son responsables de más de la mitad de la producción y casi las tres cuartas partes del empleo productivo.

En lo *político*, en general, los liderazgos se han visto rebasados prácticamente sin excepción. Se ha visto una tendencia preocupante a la concentración del poder, a la lucha por acrecentar el control de la sociedad con visiones miopes de carácter electoral o sucesorio, sobre todo en regímenes no democráticos. Se ha aprovechado la crisis para demostrar una supuesta

superioridad de los regímenes autoritarios y paternalistas, populistas y demagógicos, aparentemente más eficaces en el corto plazo porque, sin ningún escrúpulo, pasan por encima del Estado de derecho, también de los derechos humanos, con el pretexto paradójico de salvar vidas.

Aparentemente, hemos sentido con mayor cercanía a la muerte, destino indefectible de toda criatura humana; pero podemos constatar que siempre ha estado ahí, frente a nosotros, aunque debamos aceptar que frecuentemente tratamos de esquivarla sin detenernos siquiera a reconocerla, como si el ignorarla nos empoderara para vencerla.

Bien sabemos que los pobres y los desfavorecidos son los más afectados en todas las calamidades, y en las consecuencias de esta pandemia no se dará una situación distinta. Los que sufren la pobreza extrema —que, de acuerdo con ciertos enfoques, felizmente su número se ha reducido a lo largo de los últimos 25 años: de 36%, a tan sólo 10%— serán gravemente afectados. Se consideran pobres extremos a quienes viven con menos de \$1.90 dólares estadounidenses al día.

La santa Madre Teresa de Calcuta, al recibir el Premio Nobel de la Paz en 1979, clamó a la comunidad internacional con un angustioso grito del que extraemos lo siguiente:

El gran destructor de la paz, hoy, es el crimen del niño inocente no nacido [] pero hoy, ¡millones de niños no nacidos son asesinados!, ¡y no decimos nada! [...] Para mí las naciones que han legalizado el aborto son las naciones más pobres. Tienen miedo de los pequeños, tienen miedo de los niños no nacidos, y el niño debe morir porque no quieren alimentar un niño más, no quieren educar un niño más, el niño debe morir [...] hagamos una sólida resolución: salvemos a cada niño pequeño, a cada niño no nacido, dándole la posibilidad de nacer.

A nivel mundial, se dan entre 40 y 50 millones de abortos por año, según la oms. De hecho, es la principal causa de muerte en el mundo. Un verdadero genocidio. Los abortos en la Ciudad de México han sido 216 755 en los últimos 13 años y los asesinados 269 204 en el mismo periodo. Hasta ahora, en el mundo hay 2.8 millones de infectados por la covid-19, y 200 mil muertos.

Tendemos a suponer que a los demás les irá tan bien o mal como a nosotros, pero eso no es cierto. La suerte de cada quien es diferente dependiendo de su circunstancia: trabajo, ingresos, vivienda, educación, condiciones anteriores de salud, acceso a los servicios de movilidad y transporte, número y condición de los dependientes, situación familiar, alimentación

Lo que resulte de esta pandemia no será un fruto del azar ni mucho menos; conjeturamos que tendrá como fuente determinante la actitud voluntarista de algunos poderosos en la política o en la economía. Será lo que la libertad humana organizada, recuperando sus mejores virtudes, decida para atender al bien común, condición necesaria para una vida más humana.

Indispensable, pues, es volver al verdadero humanismo: quién es esa persona humana de la que tanto se habla, sus derechos, sus satisfacciones, su felicidad. Consideraciones donde no puede ser ignorada la dimensión trascendente en esta existencia que es limitada, es corta y, por lo tanto, sus bienes y también sus males, como esta pandemia, se acaban. Pero el proceso puede ser doloroso o gozoso; de nosotros depende.

El tesoro de la fe, muchas veces oculto, y ahora en algunos casos redescubierto, nos permite acercarnos a la esperanza que no defrauda, porque nace de la confianza en un Dios personal cuya definición es el amor. Por ello, aun cuando sabemos que esta existencia es pasajera, y que la muerte es el destino universal de todo viviente, también estamos convencidos de que no es el punto final que abre el abismo hacia a la nada, sino a la verdadera vida, bienaventurada, y sin término.

Juntos somos orgullosamente uic

Ing. Bernardo Ardavín Migoni,
Rector de la Universidad Intercontinental



La Universidad Intercontinental desde sus Escuelas de Filosofía y Teología, pertenecientes al Instituto Intercontinental de Misionología, así como el Observatorio Intercontinental de Religiosidad Popular, ha estado muy sensible a los graves acontecimientos que nos embargan como institución, como sociedad, como país, como mundo que formamos, pero sobre todo como seres humanos que somos. Todos experimentamos la pandemia de la covid 19 como una amenaza que nos vulnera y descubre nuestra fragilidad, aquella que creíamos que no existía, que no formaba parte de nosotros y que ahora se revela en todo nuestro ser con sus inconmensurables y nefastas consecuencias, resquebrajando todos los órdenes de nuestra vida.



De este modo, constatamos que con el mismo apremio que estamos procurando la salud, la protección y la supervivencia en este tiempo de contagio, tendríamos que procurar la palabra y el sentido de lo que estamos viviendo, dando razón de la propia experiencia vivida en estas inéditas condiciones, ya como personas humanas, ya como creyentes, ya desde nuestros valores, ya desde nuestra religiosidad, etcétera.

Si renunciamos a ello, haremos un lugar permanente en nosotros al caos y al temor que por momentos nos asaltan. Estamos llamados a vivir en la esperanza ante la evidente adversidad, a sostenernos en la fe, acompañando el sufrimiento y el dolor, propio y ajeno, y a hacer nacer en nosotros el verdadero amor que nos dispone a dar y a recibir sin reservas, porque el otro que está frente a mí se encuentra en la misma situación.

La iniciativa de esta publicación de la Universidad Intercontinental quiere privilegiar la palabra y la reflexión, el sentido y la significación, de este fenómeno que estamos padeciendo. Nuestros teólogos, nuestros filósofos, nuestros sacerdotes misioneros, nuestro cuerpo docente e invitados especiales, han dado cabida en sus artículos a las preguntas más acuciantes que todos nos hacemos en estas difíciles situaciones, acerca de Dios, de la vida, de la muerte, del sufrimiento, del dolor, la soledad, la contingencia, la enfermedad, el mundo, la creación, nuestra fe, nuestra religión, la sociedad, la economía, etc. Ellos nos

ayudarán a reconocer la palabra, entre las muchas que nos llegan hasta nosotros, y nos acompañarán a encontrar el Sentido, entre tanto despropósito que nos rodea.

Al terminar de hacer estas lecturas, será nuestra propia reflexión la que prevalecerá, esperando que al fin de esta difícil experiencia, podamos continuar el camino al lado de los nuestros, con una mirada renovada buscando un nuevo orden, privilegiando lo más valioso de cada uno de nosotros.

Felicito a cada uno de los autores que aquí escriben, agradeciendo su trabajo y su profesionalidad al servicio de nuestra universidad, de igual manera a los directores de nuestras Escuelas de Filosofía y Teología del Instituto Intercontinental de Misionología, así como al Observatorio Intercontinental de Religiosidad Popular, y a la misma Universidad Intercontinental, que, fiel a sus principios rectores, hacen posible que seamos una universidad misionera.

Ducit et Docet

P. Raúl Ibarra Hernández, MG

Presidente de la Junta de Gobierno de la Universidad Intercontinental

Sin duda, todas las personas en el mundo entero viven buenas o malas experiencias, que no sólo marcan y forjan nuestras vidas, sino también están en potencia de darle sentido, en la medida que las interpretamos en diferentes momentos de nuestra existencia y si, además, les permitimos llegar a su punto de maduración.



Si presuponemos haber comprendido y asumido la totalidad de estas experiencias, podríamos estar en el riesgo de no permitirles alcanzar el justo punto de maduración y, con ello, de impedir que brinden sentido a nuestras vidas. Por ello, resulta complicado dar razones y respuestas inmediatas a nuestra experiencia. Lo que ahora comparto con ustedes, lo comprendí gracias a algunas personas del pueblo japonés, que no sólo vieron morir en un instante a sus seres queridos, sino también perdieron todos sus bienes materiales, el fruto del trabajo de toda una vida, sus proyectos, sus ideales, cuando todo fue arrasado por un terremoto, un tsunami y un accidente en una central nuclear.

Estuve en Japón durante muchos años, enviado por los Misioneros de Guadalupe, para colaborar con la Iglesia de ese país en el trabajo de la misión *ad gentes*. Hace poco más de nueve años —el 11 de marzo de 2011, a las 14:46 h—, junto con el pueblo japonés, viví una experiencia tan dolorosa que jamás podré olvidarla: el gran terremoto del noreste de Japón. Le siguió un tsunami y, por último, un terrible accidente en la Central Nuclear Fukushima I.

Esta catástrofe ocasionó la muerte de 18 887 personas; de ellas, más de 2 500 cuerpos jamás fueron encontrados. Qué decir de las innumerables pérdidas materiales y de las personas que sufrieron fuertes heridas físicas y psíquicas, cuyas consecuencias continúan provocando un enorme sufrimiento hasta el día de hoy.

Es imposible olvidar la expresión de tantos rostros de personas sumergidas en una profunda oscuridad de desesperanza; rostros de adultos mayores, de adultos, jóvenes y niños que optaron por permanecer en un silencio que fue acabando lentamente con sus vidas.

Por otro lado, y a pesar de las muchas dificultades para la elaboración del plan nacional de reconstrucción de las zonas afectadas, el trabajo de remoción de escombros fue avanzando rápidamente. Esto ayudó a algunas personas a

ponerse de pie, levantar el rostro y ver hacia adelante. Posiblemente contemplaron una pequeña luz de esperanza en sus vidas, después de una experiencia de tal magnitud. Para algunas personas, levantarse fue imposible; otras lo lograron y así se han mantenido; otras más, aunque se reincorporaron, han caído una y otra vez. Seguramente esta situación continúa repitiéndose.

Sería largo referir las muchas preguntas que escuché y me fue imposible responder. No obstante, he llegado a la conclusión de que tal vez lo mejor fue eso: no haber contestado, y, en cambio, sí haber estado ahí, junto a ellos. En esos momentos, me consoló mucho la respuesta que el papa Benedicto ^{XVI} dio a Elena, una niña japonesa de siete años, a propósito del terremoto. Ella dijo al papa que sentía mucho temor; luego, preguntó: “Querido papa Benedicto, tú que siempre hablas con Dios, te pregunto, ¿por qué tantos niños inocentes tienen que sufrir?” El papa le respondió: “Yo también me he hecho la misma pregunta: ¿por qué tienen que sufrir tanto ustedes, los niños?” Y agregó que no tenía la respuesta, pero lo que él sí sabía es que Jesucristo había sufrido mucho por ellos. Después, invitó a Elena a pensar en que Dios no dejaría solo al pueblo japonés: “Piensa en tantas personas alrededor del mundo que ahora están al lado del pueblo japonés, en lo mucho que están haciendo por ustedes”. El papa concluyó diciendo: “Hay que tener la seguridad de que algún día comprenderemos que este sufrimiento no es algo vacío, que no es algo vano, porque detrás de todo esto existe un proyecto bueno, un proyecto de amor”.

Es normal que busquemos respuestas o razones cuando vivimos experiencias que nos llevan al límite. La situación complicada siempre será encontrar la respuesta precisa, si es que la hubiera.

Tal vez ésa fue también la experiencia del físico Masao Yoshida, responsable de la Central Nuclear Fukushima I. Al ver los daños que el terremoto y el tsunami habían causado, él y su equipo iniciaron una lucha contra el tiempo, pues el sistema de enfriamiento de tres reactores había sufrido graves daños; todo indicaba que la fusión nuclear sería algo inevitable. Las palabras del físico Masao fueron impactantes: “La Central Nuclear está fuera de control. Hemos hecho todo lo que humanamente pudimos. Ahora lo único que podemos hacer es orar a Dios”.

La complicada experiencia que está viviendo el mundo entero a causa de la pandemia provocada por la COVID-19 nos empuja a formular preguntas para hallar las razones: ¿qué está pasando?, ¿por qué ocurre?, ¿hasta dónde llegarán las consecuencias? Según los noticieros, miles de vidas humanas se han perdido.

El distanciamiento social, el confinamiento provocan situaciones de inestabilidad emocional en muchas personas; las economías paralizadas anuncian crisis a los gobiernos; las instituciones sanitarias, las pequeñas industrias, los negocios están a punto del colapso; el sector educativo está enfrenta esta situación al límite; los templos han cerrado sus puertas.

Todavía es muy pronto para responder a las numerosas preguntas que surgen en esta experiencia llamada COVID-19. Es muy probable que, en este momento, sólo alcancemos a ver la parte negativa: el dolor, la incertidumbre, el temor. Pero, como el papa Benedicto XVI dijo a la pequeña Elena, debemos estar seguros de que algún día comprenderemos que este sufrimiento no es ni vacío ni vano, sino que detrás de él existe un proyecto de amor.

Para acercarnos a una comprensión de este acontecimiento, podemos dejar que nuestros sentidos —por medio de los cuales recibimos información del exterior— den paso al horizonte interpretativo que precede a la experiencia; podemos observar con detenimiento esta vivencia, porque sólo nosotros podremos ofrecer un significado.

Como seres humanos, tenemos la capacidad de reflexionar sobre las experiencias; a menudo nos basamos en certezas y también en imprecisiones. Pero esta reflexión podría enriquecerse a través de nuestros ideales y valores. Una rica reflexión nos puede llevar al interior de nuestras experiencias; es ahí donde la experiencia podría madurar, renovarse e incluso cambiar.

En nuestras interrogantes, siempre existe la posibilidad del reclamo que a su vez nos lleva a una inquietud alimentada por la inestabilidad e incertidumbre, y nos arrastra a un presagio oscuro. Pero si nuestras interrogaciones pasan por la experiencia creyente, pueden ayudarnos a eludir el riesgo de perdernos en dicho presagio.

Es cierto que la experiencia creyente no es algo mágico; porque no podrá desaparecer el drama que la experiencia ocasiona en la vida, mas en esa experiencia, la gente puede dar sentido a la vida. La realidad, por sí misma, carece de sentido; es el ser humano quien tiene la posibilidad de elaborarlo; la realidad de la experiencia permanecerá inmóvil y despiadada hasta el momento en que el presagio del ser humano es impulsado por el anhelo de trascender. En ese momento, cuando la inquietud pueda transformarse en esperanza, la persona podrá dar sentido a la vida. Porque la fe nos lleva a percibir la presencia, no de algo, sino de alguien a quien llamamos Dios.

P. David Félix Uribe García, MSc
Director Divisional Instituto Intercontinental de Misionología





INTRODUCCIÓN

Este libro conjunto publicado por la Universidad Intercontinental, y coordinado a través de su Instituto Intercontinental de Misionología, pretende ser un aporte, breve, claro y directo ante las consecuencias evidentes y serias marcas que esta emergencia ha traído y está por traer en un futuro cercano e incierto para nuestra sociedad mexicana y en el mundo entero.

El alcance generalizado que ha tenido esta situación en todos los ámbitos de la cultura humana rebasó muy pronto los límites de una mera situación sanitaria, recordándonos la indivisibilidad de nuestra realidad humana que aunque la fraccionemos con ánimos analíticos, en la operatividad de la vida, sigue siendo una e indivisible.

Las repercusiones económicas, políticas y sociales han sido tan devastadoras como el mismo virus que originó esta avalancha y la apertura de esta caja de pandora.

Frente a esta situación y la inevitable angustia e incertidumbre que provoca, pretendimos como área divisional de la uic, hacer acto de presencia activa desde la reflexión académica universitaria aportando lo que nos compete a la sociedad de la que formamos parte en esta situación adversa donde compartimos el dolor, la incertidumbre y la preocupación frente a los reajustes socio-políticos y económicos que están por venir. Muchos pendientes sociales y desigualdades que arrastrábamos como sociedad, desde hace tiempo, se exacerban con las consecuencias que han traído consigo esta pandemia y los medios para intentar aminorar su impacto.

Esto rebasa con mucho los límites de un solo país o región y nos confronta como cultura global con nuestras propias formas de entendernos entre humanos, nuestras relaciones y economías, así como la forma de confrontar la naturaleza. Lo mejor y lo peor de nosotros mismos como género humano aflora y nos sorprende en uno y otro sentido.

La diversidad de temas que se integran en esta compilación constituyen una muestra de la inherente diversidad de pensamiento y de disciplinas que

conforman nuestra Universidad Intercontinental, fiel a su vocación universitaria, pero también fiel a su inspiración cristiana que la ha llevado a definirse como universidad misionera.

Desde este espíritu que nos insufla nuestra identidad, los académicos participantes hemos dispuesto nuestros textos en torno a un centro de gravedad: proporcionar un sentido en medio de la adversidad y dar viabilidad a la esperanza como pilar humano en la construcción de la cultura.

Debido a esta proveniencia, desde los programas de filosofía y teología de la mayoría de los participantes en este volumen conjunto, las reflexiones desde estos campos disciplinares será preponderante. Es justo decirlo, pues constituye un aporte concreto de nuestra área a la reflexión acerca de este momento histórico que vivimos y sus consecuencias, aportando desde nuestra trinchera profesional reflexiones que no emanarán de otros campos disciplinares.

Contamos también con varios textos que desde la psicología, la economía, la antropología o la pastoral urbana nutren la reflexión aquí vertida.

La fragilidad de nuestra existencia se evidencia en momentos como éste, cuando los acontecimientos se ven trastocados por alguna novedad en el



escenario, y ese toque es tan fuerte que hace patente que nuestras seguridades sociales no son tan seguras después de todo.

La estabilidad se desequilibra y sale a relucir la impronta de nuestra inmanencia con toda su fuerza y fealdad sin tiempo para maquillarla. Esta condición humana frágil, inestable, perecedera e incierta genera un malestar en nuestra vida social frente al cual estamos ahora lidiando y en cuya reestructura y superación afrontamos elementos y circunstancias completamente nuevas como grupos humanos.

Sobra decir que esta situación total rebasa con mucho el ámbito de decisión meramente individual dejando al hombre real y concreto con un dejo de absurdo en su accidentado transitar por los acontecimientos adversos. No obstante, la capacidad humana de sobreponerse, de rebelarse frente a la desgracia y de resistirse a un sumiso *amor fati*, hace que nuestra creatividad, imaginación y poder de interpretación de los acontecimientos ayuden a superar el escollo.

Ciertamente hay un momento inicial de aturdimiento, pero nuestra imperiosa necesidad de ordenar y normalizar para contar con una base desde la cual construir nuestra realidad en un sentido positivo hace que avancemos hacia la superación de las dificultades.

Somos perecederos y degenerativos, en palabras de Silvana Rabinovich: “subjetividad de polvo y cenizas”¹, nuestra esencia, más que erguirse como fortaleza impenetrable, se nos revela como vulnerabilidad, fragilidad, fugacidad. Y es allí donde el sentido cobra particular importancia para el ser humano, pues no se trata de ceder indefensamente ante una conciencia negativa de finitud que cierna nubarrones de absurdo sobre nuestra vida.

En el sentido se revela nuestra naturaleza rebelde, un elemento antitrágico que se yergue contra la idea de un destino inamovible y aplastante. El ser humano cree, a pesar de las evidencias en su contra, sonríe y reemprende la lucha aún con las probabilidades a su desfavor.

La desgracia humana evidencia la limitación de nuestra existencia, llena de afanoso trabajo, penalidades, una que otra recompensa fugaz y más trabajo. La vida humana es dura, se desarrolla en medio de una rudeza cruda y despiadada. La frase: “Dios perdona, pero el tiempo no” nos deja ver esa sabiduría popular de

¹ Cfr. Silvana Rabinovich, “Espiritualidad de polvo y cenizas”, en Shulamit Goldsmit (coord.), *Memorias del 1° y 2° coloquios internacionales de Humanismo en el Pensamiento Judío*, Universidad Iberoamericana, México, 2002, pp. 48-63.

conciencia de un “algo” que está más allá de las voluntades —humana y divina—, ¿el destino?, que, como dijera el poeta árabe, “atropella a los hombres como un camello ciego”.

Luces y sombras se entreveran. La dicha y el sufrimiento se abonan y crecen a la par. No hay garantías ni recetas infalibles para prolongar la bienaventuranza y alejar la desgracia; una y otra nos esperan a la vuelta de la esquina y sobra decir que tal vez más frecuentemente sea la desdicha la que nos asalta en el camino de la vida.

Esta realidad antropológica aflora en momentos como el que estamos viviendo con esta emergencia sanitaria y todas las consecuencias que conlleva y habremos de afrontar. Sufrir esta realidad que imprevisiblemente nos asaltó en nuestro trayecto vital, no es una cuestión epistemológica, sino existencial; muerde en carne viva, supera el ámbito de la reflexión, apresa la existencia entre sus dientes y desgarrar el tejido que la ordinariedad entrelazó en los cauces de una supuesta normalidad que angustiosamente se desvanece.

Frente a este panorama es que pretendemos, desde nuestro trabajo académico y reflexivo, aportar ángulos de enfoque de nuestra situación actual y las posibilidades que tenemos desde nuestra humanidad para reinventarnos y reconstruirnos a nivel social y cultural.

Cuando los cauces de la existencia se cierran tanto que la vida deja de fluir, la esperanza y la resiliencia desazolvan los canales de la ordinariedad para que todo cobre nuevamente su lugar y las cosas funcionen otra vez, aunque de manera diferente.

Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes

REFLEXIONES FILOSÓFICAS DE LA CONTINGENCIA

Mauricio Beuchot*

Una de las labores del filósofo es interpretar la realidad. Lo hace a través de la hermenéutica, que es la disciplina que nos enseña a llegar a esa comprensión de los fenómenos, como si fueran textos. Después de una descripción fenomenológica, hay que pasar a la interpretación para encontrar el significado de lo que ocurre. Principalmente para darnos un sentido a nosotros mismos.

De acuerdo con ello, abordaré algunos aspectos de la pandemia que nos ataca, para que la reflexión filosófica, tanto desde la fenomenología como desde la hermenéutica, nos ayude a situarnos. Trataré de conectar temas muy filosóficos como el ontológico, o del ser y el axiológico, o del valor, con la ética y la política, porque todo en el hombre está íntimamente correlacionado. Y terminaré con algunas consideraciones de tipo psicológico o de antropología filosófica.

CONSIDERACIÓN ONTOLÓGICA

Cuando sucede una catástrofe al ser humano, reacciona con miedo, ansiedad o angustia y tristeza o depresión. Vivimos y recordamos el carácter de seres contingentes que nos cualifica. Ser contingente, en filosofía, significa que algo que es puede no ser. No es la simple posibilidad, la cual consiste en que algo puede ser, sino en que, contando con la posibilidad, o que algo pudo ser, bien puede no ser, o dejar de ser. Tal es la condición humana, que está rodeada de peligros; sobre todo el principal, que es dejar de existir, la muerte.¹

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

¹ Martin Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1967, pp. 90-92.

Hasta el nombre de contingencia, que se le ha puesto a lo que nos pasa, lleva consigo la marca ontológica de lo contingente. Es lo que podía no haber pasado, pero nos está pasando; por desgracia, está ocurriendo. Y esa contingencia natural nos recuerda nuestra propia contingencia humana, nuestro ser contingente. Podemos desaparecer cuando una contingencia así (guerra, pandemia, etc.) se apodera de nosotros.

Cuando hay una desgracia de esas proporciones, como lo vivieron aquellos a los que les tocó una de las guerras mundiales, o las dos, se agita en los seres humanos esa percepción de la propia contingencia, esa conciencia de la fragilidad ontológica del ser humano.

Heidegger decía que somos el ser para la muerte, es decir, que existimos ya condenados a no existir, a partir de ese momento del deceso.² Pero lo curioso es que ordinariamente vivimos como si no fuéramos a morir. Evitamos a toda costa pensar en la muerte, en nuestra propia muerte. Sin embargo, acontecimientos como el que estamos viviendo, el de una pandemia, en la que mueren muchas personas, y en la que todos corremos el riesgo de perecer, nos recuerda y nos despierta esa reacción natural ante la muerte que es la angustia.

El ser humano se angustia, el animal tiene miedo. Tal es la diferencia. Porque el hombre reflexiona sobre su origen y su fin, y con ello entra en ese coto cerrado, o lugar prohibido, que es el del pensamiento de la muerte.

Los filósofos antiguos, como Platón, decían que la filosofía es meditación sobre la muerte, es decir, preparación para ese destino final.³ Es el de todo hombre, pero vivimos escamoteando el pensar en él. Por eso es bastante cierto que, al reflexionar filosóficamente, llegamos a pensar en la muerte; porque en filosofía nos preguntamos por el sentido de nuestra vida, y una de las cosas que nos mueve a hacerlo es darnos cuenta de ese final de la vida misma.

Además, todo ser humano es filósofo, porque todos tenemos un cuadro de valores, un esquema en el que ordenamos nuestros principios, nuestras creencias, nuestras ideas valiosas; es decir, lo que nos hace vivir, aquello por lo que, incluso, daríamos la vida. Nuestros valores son lo que nos hace actuar y seguir viviendo. Son lo que da sentido a nuestra vida. No en balde Nietzsche se dio cuenta de que el nihilismo de su tiempo era la falta de sentido, la pérdida de la orientación, el olvido de la finalidad de la existencia.⁴

² M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 204 ss. y 258 ss.

³ Platón, *Fedón*, 63e-64a y 67d-e.

⁴ Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poderío I*, Madrid, Edaf, 1998, p. 33.

Claro que lo axiológico se basa en lo ontológico o, en otras palabras, el valor se fundamenta en el ser, ya que el valor es un bien y el bien se asienta en el ser, surge de él. Nuestras meditaciones ontológicas, dentro de la filosofía, nos revelan lo valioso que es el ser. Simplemente existir es bueno, aunque parezca que no. Es cierto que hay personas que se quitan ellas mismas la vida, pero siempre es porque consideran que morir es un bien mayor que una existencia desdichada, de mucho sufrimiento. En el fondo está el aprecio por la vida.

La vida, es, pues, uno de nuestros valores más altos. No el supremo, porque vemos que ha habido gente que sacrifica su vida por un ideal, por una creencia o por otras personas. Pero hacen ese sacrificio, esa ofrenda de su propia vida, porque creen dar más vida con eso. Siempre la vida es un valor, y eso hace que, de manera natural, temamos por nuestra existencia. Máxime si se da una situación como la que estamos pasando, en la que se muestra lo frágiles que somos. Nos pone de manifiesto nuestra fragilidad, nuestro carácter contingente y finito.



LA PARTE AXIOLÓGICA

Así, pues, el aspecto ontológico nos lleva al axiológico; es decir, el ser nos lleva al valor, porque para nosotros el ser mismo es valioso. Y nuestro valor más inmediato y evidente es la vida. Sin ella, nada tendría sentido, pues ni siquiera habríamos nacido, no hubiéramos tenido ser.

En la Edad Media, los escolásticos decían que el ser para los vivientes es la vida. En otras palabras, para nosotros, que somos vivientes, nuestro ser es vivir. Existir es tener vida. Por eso es lo más básico. Agradecemos el ser, pues si no hubiéramos nacido, no habría habido ningún problema, pero tampoco ninguna satisfacción; ningún dolor, pero tampoco ninguna alegría.

La salud también es un valor. Va junto con la vida, pues una existencia no saludable conlleva sufrimiento. Sin embargo, a veces se defiende la propia vida, aunque vaya a ser sin la salud o la integridad que son normales. Se ha dicho que la vida sin libertad no es digna de vivirse, y que por eso muchos han dado su vida para defenderla; pero siempre es porque se considera que con ese sacrificio se dará más vida a las otras personas. Es

como el que ofrenda su vida para defender a su pueblo en una guerra. Se ve como dar vida a los otros. Siempre es a favor de la vida.

Por eso, resulta muy natural temer por la salud, preocuparnos por ella. Máxime si se contrae una enfermedad que conduce a la muerte. La pérdida de la salud es otro de los indicadores de nuestra fragilidad, de nuestro carácter de seres contingentes.

El miedo a perder la salud causa naturalmente ansiedad y depresión. Por esa razón, llama la atención que, incluso en estos tiempos de pandemia, muchas personas no guardan las indicaciones de higiene y se descuidan, poniéndose en riesgo de contagio, que es lo que lleva en este caso a la enfermedad, y poniendo en peligro a los otros.

El miedo al contagio es lo que se presenta más frecuentemente durante la contingencia. Se nos dice que observar las indicaciones para tal efecto basta para evitarlo. Pero también se ven personas que no ponen cuidado para evitar el contagio a sus semejantes. Mas, por lo pronto, la mayoría de la gente se preocupa y teme. Inclusive se llega a una especie de pánico hacia el contagio y la enfermedad.

Asimismo, la cuarentena afecta a las personas. El encierro forzado por la situación de peligro poco a poco va minando las mentes y surgen problemas psicológicos. Por eso, se ven anuncios que ofrecen ayuda o terapia a los que sientan miedo, ansiedad, angustia o depresión, lo cual indica que brotan estos síntomas.

Y es que la salud psicológica forma parte de la salud general de la persona. Es también un valor, y hay que protegerlo, porque en este tipo de situaciones se ve muy afectado. Es otro indicador de nuestra fragilidad humana. Somos vulnerables no sólo en cuanto al cuerpo, sino también en lo tocante a nuestra vida emocional.



Covid-19



No se trata de ser hipocondríacos y sentir continuamente la amenaza de la enfermedad, en este caso por contagio. Tampoco, de mostrar demasiada debilidad a causa del confinamiento, ya que es impuesto por el bien de las personas de la sociedad. Pero sí hay que cobrar conciencia de que es una situación difícil, y que lo mejor será contar con recursos, por parte del gobierno, como psicoterapeutas, gente preparada que esté dispuesta a prestar esa ayuda.

LA CUESTIÓN ÉTICA

El acontecimiento de una pandemia tiene implicaciones éticas. En primer lugar, por el cuidado que se debe a los ciudadanos. Éstos requieren información para saber de qué se trata la enfermedad y cómo protegerse del contagio. Debe haber una transparencia, de parte del gobierno, que permita acceder a la información y que sea bien distribuida.

Además de las maneras de evitar el contagio con las medidas de higiene implementadas para la población, se encuentra el problema de la atención hospitalaria para los que caigan enfermos. Se tiene que disponer de los medios necesarios y suficientes, así como de los recursos médicos para tal efecto.

En seguida se presenta el problema de cómo realizar esa atención a los enfermos en caso de escasez de recursos médicos: concretamente, en esta pandemia, tener la capacidad de atender a todos, tanto jóvenes como ancianos; muchas veces se da preferencia a los que tienen más expectativas de vida, o sea a los jóvenes, y no a los que se dice que ya tienen su ciclo vital casi cumplido, que son los viejos.



Eso significa discriminación y tiene que evitarse. En definitiva, están en juego los derechos humanos. Es el derecho a la vida, que pertenece tanto al joven que espera vivir muchos años como al anciano, al que ya se le ve que le quedan pocos. La vida es un bien intocable y no debe mensurarse por lo mucho o poco que le quede a la persona.

Los derechos humanos pueden suscitar pugnas, esto es, casos difíciles, en los que entran en conflicto. Es el caso en el que tanto el joven como el viejo tienen derecho a la vida, pero no hay recursos para proteger a los dos, y entonces tiene que optarse por alguna de esas dos personas. No hay manera fácil de resolverlo. Pero siempre deben respetarse la equidad y la transparencia, para que no haya discriminación.

Lo que tiene que privar son los principios, como el del respeto a la vida de cualquiera, porque es su derecho humano. Asimismo, tiene que haber solidaridad entre los individuos, al igual que simpatía y respeto por el otro. Son requisitos éticos indispensables, no solamente jurídicos, como los derechos humanos. Es lo que nos toca interpretar, y eso lo hace la hermenéutica.⁵

ASPECTOS PSICOLÓGICO-ANTROPOLÓGICOS

La cuarentena, que es resguardo por el peligro de la infección, produce temor en las personas. Pero también lleva consigo el aislamiento, de familias y a veces de individuos. Eso hace brotar un sentimiento de falta de libertad. No se puede salir,

⁵ Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, 6ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019, pp. 57 ss.



al menos no tan frecuentemente como antes, ni siquiera a la calle. Y esto por un tiempo prolongado. Es verdad que en nuestra fenomenología de la pandemia encontramos casos de una solidaridad muy grande, pues los habitantes de un condominio se organizaron para que los niños pudieran jugar entre ellos sin peligro de contagio, y todos pusieron sus capacidades o habilidades en comunidad. Hubo hasta un peluquero que se hacía cargo del que necesitara un corte. Y así con otros profesionistas. Pero lo cierto es que el estar recluido trae una sensación de estar prisionero, pues la vida sin libertad no tiene sentido. Para algunos la libertad es tan importante como la vida misma.

Otro efecto que tiene la cuarentena, el encierro, es no poder visitar a los amigos, a veces ni a los familiares, porque no se encuentran en la misma ciudad, y las comunicaciones han sido notoriamente disminuidas y restringidas. No se puede saludar de mano a las personas, hay que guardar una prudente distancia, por motivos de sanidad, y eso evita el contacto físico (saludos, abrazos, etc.), tan simbólicos para el hombre.

A muchos les afectó esa distancia que los apartaba de aquellos con los que mantenían lazos de afecto. Brota una sensación de separación, la cual es muy dolorosa para el ser humano. Y es una situación inevitable. Se aceptó poco a poco, con mucha valentía, porque al principio costaba mucho no saludar de mano, de abrazo o de beso a las personas que era usual hacerlo. Había un sentimiento de separación forzada, que minaba los ánimos y calaba hondo en el aspecto emocional.

Recordemos que una de las cosas en las que insistieron mucho los existencialistas fue la soledad humana. Se habló de que en la muerte es donde el hombre se siente más solo. También de que estamos solos en la enfermedad, en el dolor, en el fracaso. No por nada dos filósofos existencialistas escribieron sobre la pandemia. Uno de ellos fue Albert Camus, en su novela *La peste*.⁶ En su relato se ve el abandono y el aislamiento que viven las personas en esas situaciones. Con todo, me parece que también esas situaciones conflictivas avivan la capacidad de solidaridad y de interés por el prójimo, como se ha visto en México con los terremotos.

Tan difícil el encierro que el gobierno español anunció que apenas disminuyera el peligro de la pandemia, en cuanto bajara su intensidad, darían permiso de que los niños salieran a la calle y a los parques, claro que siempre acompañados por adultos, y con todos los requisitos necesarios para evitar el contagio.

⁶ Albert Camus, *La peste*, París, Gallimard, 1947, pp. 5 ss.



Se anunciaron programas de entretenimiento en casa o para hacer labores productivas durante el confinamiento, incluso espectáculos ofrecidos por cantantes, actores y luchadores. Esta descripción fenomenológica de aspectos de la pandemia nos presenta los efectos y no meramente colaterales, sino directos, que tiene sobre las personas.

Las noticias de los decesos, a veces demasiado imprudentes por amarillistas, pues presentaban imágenes de muertos dejados en la calle o de muchísimas cajas o bolsas para depositarlos y luego quemarlos, dejaban un monto de angustia en los que las veían.

Otro fenómeno es el de la escasez de recursos médicos. Eso también es factor de temor y ansiedad. Uno se pregunta si, en caso de que caiga enfermo, habrá lugar en los hospitales, o si en ellos mismos habrá lo que se necesita para salir adelante, sobre todo los respiradores, que se requieren para una emergencia frente al corona virus. Se ha visto que hay desabasto de cubrebocas, de gel para la higiene, etcétera, y eso preocupa mucho. Y el supuesto aquí es que resulta responsabilidad del gobierno del Estado el que no falte nada de eso para la sociedad civil.

Aledaño al confinamiento, se encuentra el cierre de las iglesias, lo cual a mucha gente dejó sin el acceso a sus plegarias y ceremonias, pues no es lo mismo verlas por televisión que acudir al templo, puesto que estos recintos sagrados

tienen un carácter simbólico muy fuerte.⁷ Y la gente vive de sus símbolos, como lo son esos espacios dedicados a Dios y a los santos. A muchas personas les afectó el no poder asistir a misa, el no comulgar, el tener que suplirlo por programas de televisión o de skype, en lugar de la presencia real.

Algo que se necesita mucho es la esperanza. Es decir, ¿qué me espera durante la pandemia? ¿Qué me espera después? Porque a veces se tiene el temor de no sobrevivir a ella, lo primero que uno quiere es esperanza de seguir viviendo después de que pase. Y lo segundo es qué esperanza tenemos ante un mundo que ya no va a ser el mismo, que va a cambiar necesariamente en muchos aspectos, y queremos saber a qué atenernos.

El aislamiento, la separación, alzaron el sentimiento de la soledad. Y es muy sabido, en filosofía, que la soledad humana provoca la meditación sobre la ética, sobre la antropología filosófica y, en definitiva, sobre el sentido de la existencia humana, pues ella cobra significación por el acompañamiento, por la comunidad, por las relaciones de afecto que, desde muy pequeño, necesita el hombre.

CONCLUSIÓN

La pandemia trae también repercusiones en la sociedad, sobre todo, a través del factor económico. Pero igualmente ha traído implicaciones psicológicas. A todas ellas debe atender la filosofía. Por eso no está de más una reflexión filosófica sobre el acontecimiento, ya que el filósofo, sobre todo desde la hermenéutica, busca el significado de las cosas, de los sucesos. Porque lo más importante para la filosofía es el ser humano. Si el filósofo no reflexiona en favor del hombre, la filosofía pierde su sentido y se volatiliza en el aire.

⁷ Jürgen Habermas, "El resurgimiento de la religión, ¿un reto para la autocomprensión de la modernidad?", en *Diánoia*, vol. LIII, núm. 60, 2008, pp. 3-20.



EL ARQUETIPO “ENCIERRO” COMO SÍMBOLO DE UN MAÑANA

Jorge Luis Ortiz Rivera*

La actual pandemia que vive el mundo provocada por la COVID-19 ha sumido a toda la humanidad en un estado de tensión nerviosa, tal que es necesario replantearse muchos de los horizontes a los cuales la gente estaba acostumbrada antes de su descubrimiento a finales del año pasado en territorio chino. En efecto, más allá del ámbito médico-biológico-farmacéutico o del económico-político, esta enfermedad ha provocado la reflexión de los seres humanos sobre la fragilidad de sí mismos como especie y ha sumido a todos nuevamente en uno de los miedos más difíciles de superar: el miedo a la muerte.

Eso es independientemente del hecho de que la mortalidad, en términos porcentuales, no es muy alta; sin embargo, la facilidad de contagio ha provocado que los sistemas sanitarios de los países se vean sobrepasados en muchas ocasiones para dar respuesta ante la demanda de aquellos que requieren atención y sostén biomecánico en situaciones de crisis y de gravedad.

Carl Gustav Jung sostuvo en su teoría que, una carga especial de energía que se concentre en la psique del ser humano, como la que está presente en estos momentos en la mayoría de las personas ante el continuo bombardeo de informaciones desalentadoras, es capaz de provocar que un arquetipo inconsciente se convierta en un símbolo onírico.

En otras palabras, la salida de esta carga de energía extra que posee el ser humano en determinado momento al estar sometido a la angustia, el nervio o el miedo, encuentra su canalización en la configuración de imágenes surgidas en el sueño; pero, al hacerse conscientes, se convierten en símbolos de los anhelos más profundos del ser humano.¹

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

¹ Jolandi Jacobi, *Complejo, Arquetipo y Símbolo en la psicología de C.G. Jung*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Si esto es así, entonces, la experiencia de situaciones de crisis, en las cuales la vida del ser humano corre peligro y su estilo de cotidianidad desaparece y surge otro que sume al ser humano y la ansiedad de lo desconocido, como es el caso de la presente pandemia, produce, con algunos cambios circunstanciales, símbolos semejantes en los seres humanos. Ello permite inferir que, si una situación se ha vivido ya en otras épocas por otros seres humanos, por lo tanto, se han de generar símbolos parecidos a partir de un arquetipo único ante situaciones semejantes.

Las coordenadas de delimitación de la presente situación en el mundo, es decir, la realidad provocada por la expansión en el contagio de la enfermedad del coronavirus, se resume, a nivel mundial, en un abandonar lo cotidiano, resguardarse y esperar que pase una situación de calamidad. Se trata, entonces, de un encierro que no deja ver con toda claridad lo que pasa fuera de él. Y esto ya lo ha vivido antes la humanidad.

¿QUÉ NOS HAN LEGADO LAS CULTURAS ANTIGUAS ACERCA DE ESTA SITUACIÓN?

En el budismo, por ejemplo, es común que los monjes sean recibidos en la comunidad, con el más alto grado, después de un periodo de prueba que pasan aislados dentro de una cueva, donde las percepciones sensoriales son mínimas. Por ello, el aspirante debe enfrentarse a sí mismo, pues no hay otro estímulo que su propia conciencia. Producto de este encuentro consigo mismo surgen ciertos diagramas que son conocidos con el nombre de *mandala*. En ellos aparece, ya, otro símbolo característico de los arquetipos, que es el círculo cuadrado o la unión de la circunferencia con lo cuadrangular, también llamado cuaternidad o la unión de los contrarios, el cual anuncia el símbolo de totalidad.

Esta estructura es básica en la configuración del inconsciente de cada individuo, por eso, no es de extrañar que, en el modelo de Carl Jung, el inconsciente colectivo esté también preferentemente estructurado de una manera cuádruple. Ello explica por qué prefería esquemas de este tipo, mientras que pensaba que existía un tipo de distorsión en los esquemas triples y quíntuples:

Mandalas “distorsionados” ocurren de tiempo en tiempo. Consisten en todas las formas derivadas del círculo, del cuadrado o una cruz regular, y también de los que

no se basan en el número cuatro, sino en el tres o en cinco. El número seis y doce son a veces una excepción. El doce puede estar basado o en el cuatro o en el tres. Los doce meses y los doce signos del zodiaco son definitivamente círculos simbólicos de uso diario. También estamos acostumbrados en círculos basados en el seis.²

O en el mismo sentido, en su ensayo *ufo*, Jung reduce el *mandala* séxtuple a una doble tríada, el Sello de Salomón, en una manera muy inusual de cuaternidad.³ En todo caso es un símbolo arquetípico presente más allá de las fronteras del budismo. En Europa, en la Edad Media, los vitrales de las catedrales góticas también lo utilizan, representando totalidad.⁴

Dicho desde otra perspectiva, si estos aspirantes a monjes en el oriente logran tener un encuentro con la totalidad y, por lo tanto, con la divinidad después de un periodo de encierro, entonces es permitido suponer que el arquetipo "encierro" representa siempre un proceso de transformación de menos a más, de incompletud a plenitud.

En la sagrada escritura no es raro encontrar esta misma referencia: el encierro precede a una gran gracia. En el Génesis se había hablado ya de un encierro-transformador. El motivo, en este caso, fue la maldad de los hombres. El arca construida por Noé impuso un periodo de 40 días y 40 noches, una cuarentena, en donde los seres humanos escogidos entran y sobreviven a la ira de Dios. Después de dicho periodo viene la promesa de un mundo nuevo, una tierra nueva, una nueva



² Carl Gustav Jung, *Psicología y Alquimia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1992, p. 287.

³ C. Jung, *A modern myth of things seen in the skies*, Londres, Psychology Press, 2002, p. 71.

⁴ Jorge Luis Ortiz Rivera, *Hacia ti, morada santa. Las peregrinaciones a los santuarios como actitud arquetípica*, [en línea], s.d., <http://www.therapyvlado.com/index.php?id=4&article=1705>

oportunidad para el hombre, pero para ello, ha debido reiniciar su vida cotidiana y después de un encuentro con los suyos largo, pero fructífero adviene un nuevo comienzo.

¿QUÉ ACONTECIMIENTO PRODUJO ESTE RELATO BABILÓNICO DESPUÉS INCORPORADO A LA BIBLIA?

Algunos investigadores afirman que se refiere a la zona de los ríos, Tigris y Éufrates, al sur de Ur y de Eridu, en la creciente, donde se desbordan provocando la consabida alteración de los ritmos cotidianos de la vida. En todo caso, se refería a una situación insalubre, presencia de moscos y demás plagas que obligarían a los antiguos a retirarse a sus casas. Pero después de ello la tierra habría quedado fertilizada por la creciente.⁵ *Encierro-nueva vida.*

En otro relato, frente a la ira de Yahvé que sobrevendrá a los egipcios en la décima plaga, es decir, en un estado en el que se sobreentiende que el resultado será la muerte de todos aquellos que no hayan teñido los dinteles de su casa con la sangre del cordero pascual y, por eso, se encuentran los hebreos en tensión, con miedo se provoca otro símbolo producido por el arquetipo de encierro. En este caso, el encierro obligatorio para no ver pasar la ira de Dios provocará después la libertad del pueblo elegido. *Encierro-libertad.*

Por su parte, José hubo debido pasar años en el calabozo de Potifar acusado injustamente. Sin embargo, ello fue necesario para alcanzar el máximo dominio de su capacidad de interpretación del inconsciente, referida en la Biblia como interpretación de los sueños. Después de este periodo se encuentra capacitado, no sólo para referirse a lo inconsciente, sino incluso para hacer frente a las cuestiones prácticas que demandan la administración de los bienes del imperio egipcio, al ser nombrado el segundo al frente, tan solo por debajo del faraón. *Encierro-crecimiento.*

El arquetipo del encierro también evoca la idea de recuperar lo que se poseía antes. Ello aparece claramente en las de figuras de los héroes Sansón, el cual debió pasar el encierro para recuperar la fuerza perdida con el crecimiento de su cabello y poder así manifestar la furia de Dios contra los filisteos y la figura del profeta Jeremías quien hubo de pasar un tiempo en el pozo, hundido en medio del fango con la zozobra de la muerte. En ambos casos, el encierro sirvió a los héroes

⁵ Vid. Francesc Ramis Darder, *Mesopotamia y el Antiguo Testamento*, Pamplona, Verbo Divino, 2019, pp. 15-33.

para visualizar desde otra perspectiva la misión, de defensa y de profetismo, a la que había sido llamado cada uno de ellos. *Encierro-reencuentro*.

El lector de este texto encontrará con facilidad una secuencia en las figuras y lo llevará a reflexionar sobre Jonás y su encierro en el vientre de la ballena. Desde luego que los tres días pasados en el vientre hubo de suponer para el profeta momentos de tremendo miedo; sin embargo, éste, de hecho, concentra todo el miedo pasado desde que recibió el llamado a ser profeta en Nínive. En efecto, tres días recogido, al igual que se anunció con los aspirantes a monjes budistas, en un estado de concentración y encuentro consigo mismo. Afrontar así el miedo focalizado le permite salir y emprender su vida desde otra actitud. *Encierro-cambio de actitud*.

La siguiente figura habrá de ser tomada no desde la tradición canónica del evangelio de san Juan, sino de la perspectiva de los evangelios apócrifos:⁶ el encierro de Lázaro en el sepulcro por cuatro días al ser enterrado vivo por un pecado innombrable. Los hermeneutas no se han puesto de acuerdo a qué se refiere, algunos grupos hablan de haber sido acusado de incesto por permanecer soltero con sus hermanas hasta tan tardía edad, otros cambian la versión por todo tipo de pecados inimaginables. Lo cierto es que, en estas tradiciones, o en el relato evangélico, el encierro es el antecedente de recuperar una vida en medio de los hombres, antes de tal encierro esa vida era mal vista. *Encierro-reinserción a la comunidad*.

Todos ellos conocerán en la mentalidad occidental cristiana una línea que apunta hasta el sepulcro de Jerusalén y la resurrección de Cristo.



⁶ *Evangelio Apócrifo de Tomás*, Descenso de Cristo a los Infiernos.

Habría que hacer un recorrido por las culturas del mundo entero para descubrir también cómo este momento de encierro en la vida del héroe es común entre ellas, pero las dimensiones de este trabajo no permiten hacerlo. Sin embargo, es ya lícito aventurar la tesis siguiente: En estos relatos existe un elemento común, a saber, alguien se encierra, porque se prepara a un futuro mejor. Por supuesto, no se trata de recuperar la misma vida que se tenía antes tal cual. En los relatos apócrifos de Lázaro, éste ha debido de afrontar la realidad de una situación conocida o presumida por toda la población que hasta antes había sido ocultada. Jonás ha recuperado la vida en la tierra firme a condición de que cumpla una misión. Los hebreos han recuperado la libertad después del encierro de la noche fatídica de Pascua, pero, después de ello, han tenido que afrontar los riesgos del viaje hacia la tierra prometida. El arquetipo del encierro ha permitido volver a la misma situación, mas no de manera idéntica antes de él.

Es que el arquetipo del encierro tiene parentesco con otro arquetipo que interesa en esta exposición y es el arquetipo de la cueva. Desde siempre, las cuevas han sido símbolo del útero materno. Se debe ingresar en una cueva para prefigurar una nueva gestación y un nuevo nacimiento. Ya el evangelio de Juan reconoce la necesidad de este proceso y de volver a nacer. Esta intuición está presente en los símbolos propios de algunos ritos de iniciación como lo es el bautismo, donde se representa una muerte que dé origen a una nueva vida. Desde los Lamas hasta los



monjes tibetanos, las cuevas son centros que generan sabiduría. Uno entra en una cueva para renacer más sabio que antes.

Pues bien, todos estos elementos nos han de servir para poder interpretar la realidad que se está viviendo en estos momentos. Es un hecho que después de la pandemia, no podremos ver el mundo igual. De repente y de golpe, el ser humano se ha hecho consciente de que poco le lleva a la naturaleza recobrar sus dominios, una vez que el ser humano ha desaparecido de ella. Los azules y dorados de las playas de México, por ejemplo, a unos cuantos días de no tener bañistas, los animales y las aves caminando y volando libremente por los campos y parques de las ciudades recludas, recuerdan lo endeble que es la raza y la cultura humana.

La primera reflexión que se habrá de obtener de este nuevo nacimiento que se avecina cuando todo esto pase, es la sensibilidad de que a la naturaleza le basta un poco para poder recuperarse de la presencia del ser humano.

En segundo lugar, se habrá de analizar hasta dónde el concepto de "frontera entre las naciones" seguirá conservando la misma fuerza que tenía antes del 2020. Es verdad que, hubo otras epidemias en épocas anteriores, pero esta ha llegado en un momento donde la humanidad se concientiza más fácilmente de sus implicaciones y consecuencias a través de los medios de comunicación masiva. No hubo una frontera política que detuviera el embate de la enfermedad, ésta, inconsciente realidad fenoménica, no fue detenida, ni seleccionada en términos de frontera. No hubo una raza superior que la pudiera evitar. ¿Dónde podrán apoyarse, pues, los supuestos fundamentos de supremacía racial a partir de ahora?

En tercer lugar, se habrá de analizar en estos periodos de encierro, para salir a la luz con nueva sabiduría, y lo frágil que es el ser humano y su posibilidad de que desaparezca de la faz de la tierra, con una enfermedad un poco más mórbida que ésta. Por ello, éste es un encierro que está llamado a ser el generador de la conciencia de la vida, una vida que nos parecía dada y que era irrefutablemente llamada al progreso sin regresos. Incluso, en los países del primer mundo, los seres humanos han tenido que reconocer que ella se escurre entre las manos como agua. El problema fundamental para la vida del ser humano no es tanto la explicación causa-efecto y que ésta haya sido dada por los médicos, o preguntas como ¿qué es lo que provoca esta enfermedad? ¿Cómo puede prevenirse? O que quizá en un futuro cercano se encuentre el remedio para evitarla y curarla finalmente. La problemática fundamental no es, sino, ¿qué es lo que se ha aprendido en términos de humanidad con esta pandemia?



La realidad siempre ha estado ahí. La misión del ser humano es darle un sentido. ¿Cuál es el sentido de esta pandemia? ¿Cuál es el sentido del encierro de la cuarentena?

El proceso de significación y sentido siempre es más difícil de articular que la presencia sensorial de la realidad seca. Ésta siempre ha estado ahí, el ser humano ha reconstruido esta realidad y la ha convertido en su mundo. Lo que de ello ha surgido se le conoce como cultura.

¿CÓMO AFRONTAR, PUES, EL PROBLEMA DE UNA LARGA CUARENTENA?

El antropólogo Dan Sperber sostiene que no existen símbolos, procesos o simbolizadores⁷ para explicar el proceso de simbolización, sin embargo, Sperber propone tres momentos: 1) el dispositivo simbólico es un “dispositivo mental acoplado al dispositivo conceptual”; 2) posee una estructura general, y 3) surge ante una estructura conceptual deficiente, evocando un campo limitado de focalización.⁸

Ello implica que la realidad es captada necesariamente de una manera humana, mediante un complejo proceso, lo cual permite convertirla en algo inteligible para el ser humano. Ésta es una tendencia natural en el ser humano. Al respecto, Lluís Duch sostiene que uno de los problemas principales de la época moderna y contemporánea es la pérdida de la síntesis entre la palabra mítica y la racional “*mythos y logos*”, a su parecer deben permanecer unidas para un adecuado enfrenamiento del ser humano con el mundo que le rodea. Es posibilidad de plantearme frente al otro, a los otros e incluso al Otro (la lógica de las ciencias que considera el objeto conocido como totalmente distinto al sujeto cognoscente) ha de ser complementada con la posibilidad de una razón mítica, es decir, simbólica. Esta meta solo se logra al “empalabrar” al mundo.⁹ Siguiendo la línea de este monje catalán, el *empalabramiento* supone la presencia de “las diversas instancias que, en las sucesivas etapas de su existencia y en los diferentes niveles de su desarrollo físico y mental, acogen al ser humano y le permiten que llegue a ser capaz de empalabrarse él mismo y también de empalabrar (construir)

⁷ Dan Sperber, *El simbolismo en general*, Barcelona, Anthropos, 1998, p.170.

⁸ *Ibidem*, p. 171.

⁹ Vid. Lluís Duch, *Empalabrar el mundo, el pensamiento antropológico de Lluís Duch*, Joan-Carles Mélich, Ignasi Moreta, Amador Vega (eds.), Madrid, Fragmenta Editorial, 2011, pp. 258-259.

la realidad".¹⁰ Así, el mundo logra mutar de una realidad inhóspita a una realidad antropomórfica. En un mundo humano, de una u otra manera, los acontecimientos pueden ser asimilados.

Este periodo de aislamiento habrá de asumirse, en conclusión, desde una perspectiva en donde la semiótica juega un papel importante junto con la hermenéutica, a saber, canalizar estas energías concentradas en muchos días en poco espacio, bajo una sobre carga de energía psíquica, para permitir al símbolo arquetípico "encierro" no convertirse en un símbolo de fracaso o de debilidad de la humanidad frente a la naturaleza, la cual siempre ha producido circunstancias que aparecen como retos a superar, sino de reconciliación respecto a ella y en ella con la misma humanidad.

¹⁰ Lluís Duch, *Religión y comunicación*, Barcelona, Fragmenta, 2012, p. 125.





EL SER HUMANO Y SUS MIEDOS REFLEXIONES SOBRE LA PANDEMIA

Raúl Pavón Terveen*

Se cuenta que en alguna entrevista se le preguntó a James Joyce, autor de la magna obra del siglo xx, *Ulises*, su parecer acerca de la llamada *Gran Guerra* (“la guerra que acabaría con todas las guerras”); la respuesta fue un simple e incluso acartonado “sí, supe que hubo una guerra por ahí”.

Afirmar, como Joyce, en nuestra situación actual: “sí, supe que hubo una pandemia por ahí”, quizás sea caer en un extremo de arrogancia y complacencia que no le haría gracia a nadie; sin embargo, ¿lo adecuado es lo contrario? ¿Asegurar que nunca hemos vivido lo que se está viviendo? ¿Que el mundo ya no volverá a ser el mismo? ¿Huir de temor ante el mínimo contacto? ¿Cubrirnos de pies a cabeza para evitar el posible contagio? ¿Juzgar con menosprecio las acciones de los otros? ¿Paralizar la vida (ya sea económica, social, intelectual o afectivamente)?

Las enfermedades siempre han sido parte de la historia humana, si bien una disciplina que se encarga de ellas, como la epidemiología (entiéndase ésta como la ciencia que estudia la dinámica de la salud en las poblaciones), apenas nació en 1979 (el día de ayer en la historia). Pero eso no impidió que “las nuevas corrientes historiográficas que surgen en los años 60-70 convierten a las enfermedades en protagonistas de la historia”.¹ ¿Cómo no ver en este protagonismo un cierto tropos temático y conceptual en cualquier medio de expresión (ya sean obras de ficción, no ficción, científicas, sociales, periodísticas, etcétera) en los últimos cuarenta años?, ¿de qué otra manera explicar la exacerbada cantidad de “apocalipsis zombis”, pandemias en el cine y la literatura, historias del fin del mundo,² dramas

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

¹ Beatriz Echeverri Dávila, “En el centenario de la gripe española: un estado de la cuestión”, en *Revista de Demografía Histórica*, 1, España, Asociación de Demografía Histórica, 2018, p. 19.

² John Blake, “El coronavirus desata una peligrosa plaga de predicciones del fin del mundo”, *CNN* [en línea], cnnespanol.cnn.com

cancerígenos, gripes aviarias, ébolas o teorías de la conspiración de cambios en el orden mundial cuyo centro es la influenza? Dicho protagonismo, sumado a la fijación por la salud y la asepsia, está haciendo que reaccionemos como lo estamos haciendo.

La dinámica cultural humana tiende a crear monstruos que representan sus miedos más profundos. En el siglo XIX uno de esos endriagos fue la criatura de Frankenstein, un ente concebido de modo artificial por la ciencia que mata a su creador como consecuencia lógica de su *hybris*, su soberbia por colocarse en el lugar de Dios. Para principios del XX, surge otro personaje siniestro, el vampiro Drácula, un ser humano que representa todo lo que temía la sociedad inglesa victoriana: la extranjería, el paganismo, la herejía y la sensualidad, y cuya humanidad se ha perdido irremediabilmente a causa de éstas (como dato, el vampirismo es contagioso; el vampiro, como el perro rabioso, puede generar más vampiros si no se le controla). Después viene el zombi, un ente sin pensamiento ni palabra, violento, enajenado y meramente instintivo, representando un desmesurado primitivismo donde el ser humano pierde toda su esencia como *homo sapiens* (y quien, también, contagia por medio de la mordedura). Por último, está el virus, cuyo monstruo es la pandemia, el cual es invisible, completamente anónimo e indiscriminador; pero más letal que cualquiera de sus antecesores, pasando de mano en mano, de saliva en saliva, mostrando así la fragilidad humana ante algo infinitamente pequeño y, al parecer, insignificante.

¿No es algo digno de mención que la última pandemia que en verdad sufrió la humanidad, la gripe española de 1918, pasó prácticamente inadvertida y fue olvidada al poco tiempo?:

Durante la mayor parte del siglo XX, la pandemia de gripe de 1918 fue una catástrofe olvidada. No deja de ser curioso, si tenemos en cuenta que los más de 50 millones de muertes que causó en pocos meses fueron cerca de tres veces más que las resultantes de la Primera Guerra Mundial. Es interesante constatar que a pesar de la enorme pérdida de vidas que supuso la pandemia de 1918 entre los soldados, y de que la pandemia afectó la evolución de la guerra, los más importantes historiadores de la guerra se han referido a la pandemia, cuando lo han hecho, en unas pocas frases. No han sido los únicos; por muchos años el mundo pareció olvidar aquella pandemia de gripe más feroz que la guerra.³

³ *Ibidem*, p. 18.



Cincuenta millones de muertos es la cifra más modesta, pues que hay historiadores que los colocan, incluso, cerca de los cien millones. Si las enfermedades siempre han sido parte de nuestra historia, tal vez eso explique por qué la poca relevancia dada a esta gripe, que en principio no fue diferente a ninguna otra: hay enfermedades, hay una guerra, la gente se muere, es terrible, y no hay mucho más que decir. ¿Pero qué pasa cuando ponemos la enfermedad como centro?, ¿qué ocurre en nosotros cuando tenemos tan presente la virulencia de algo que puede arrasarnos con nosotros en cualquier momento? Que se encierra la mitad de la población mundial que, comparada con la gripe española de 1918, es incomparable en su tasa de morbilidad, ya no digamos la de mortalidad. Y, de acuerdo con la demografía histórica, las cuarentenas y el control de la movilidad surgían por ignorancia de parte de los cuerpos médicos: “En estas condiciones [el desconocimiento de la etiología de las enfermedades, carencia de técnicas de prevención

y tratamiento, la ignorancia de las causas biológicas de la mayoría de las dolencias], sólo las medidas de control de la movilidad llevadas a cabo por la Junta de Sanidad a través de cuarentenas y lazaretos podían limitar la extensión de las epidemias. Afortunadamente, la situación de la medicina europea evolucionó favorablemente desde finales del siglo XVIII”.⁴

Ese último, “afortunadamente”, nos deja un mal sabor de boca, porque entonces parecería que no estamos en una situación muy diferente en cuanto a la medicina que en el siglo XVIII. Y, como ya puede verse, este control de la movilidad y aislamiento está haciendo del entorno algo precario (en términos nutritivos, afectivos, intelectuales y espirituales), y además de generar más miedo, incrementará nuestra vulnerabilidad a otras enfermedades infecciosas.

De igual manera, el miedo está haciendo que la gente haga predicciones, y si bien el filósofo escocés David Hume nos ha enseñado que no podemos tener impresiones del futuro, eso no ha logrado extirpar que creamos que, tomando unos datos aislados aquí y allá, pretendamos afirmar lo que sucederá: que la situación

⁴ Fausto Dopico, “El impacto demográfico de las creencias”, en *Revista de Demografía Histórica*, xxxii, II, 2014, Segunda Época, p. 55.



es tan fuerte que se va a dar un cambio sustancial por el cual ya no seremos los mismos; que, después del coronavirus, el contacto, ya sea con el otro y con las cosas, será un tema tan esencial, que ya no sabremos cómo saludar a nuestro semejante⁵ o incluso cómo abrir una puerta;⁶ que los Estados tomarán un papel más central, por lo que la balanza se inclinará a sociedades más autoritarias;⁷ que 75 por ciento de las microempresas y negocios no sobrevivirá la pandemia;⁸ que lo colectivo será el único escenario viable ante el fracaso de una economía neoliberal,⁹ o que la intimidad y la vida privada sufrirán un duro golpe debido a que las personas, dejadas a su arbitrio y sin control, son un peligro para la vida de los demás.¹⁰

Si damos libre acceso para que esta enfermedad domine nuestras vidas, no pasará mucho tiempo antes de empezar a estigmatizar a la gente a nuestro alrededor; por ejemplo, “¿cómo sé que el otro se ha lavado las manos?”, asumo su falta de higiene, sus “malos” hábitos y mejor ni acercarme; ¿y cómo no extender esto al extranjero y al inmigrante? Su presencia será una amenaza y no solamente por una cuestión económica o social, sino por un posible, e incluso inevitable, contagio (más extremo parece que lo que ocurría con las peores expresiones del racismo porque su base no es política). El uso del cuerpo individual quedará subordinado al beneficio exclusivo del colectivo.

⁵ Melissa Breyer, “Iceland recommends hugging trees instead of people”, *Treehugger* [en línea], www.treehugger.com

⁶ Lloyd Alter, “First Contact: How will we deal with doors after the coronavirus?” *Treehugger* [en línea], www.treehugger.com

⁷ Nacho Temiño, “Diez claves del mundo que nos espera después del coronavirus”, *El Diario* [en línea], www.eldiario.es

⁸ L. Alter, “The Coronavirus and the future of Main Street”, *Treehugger* [en línea], www.treehugger.com

⁹ Alberto Vanegas Arenas, “¿Qué cambios traerá el coronavirus?”, *El Soberano* [en línea], elsoberano.mx

¹⁰ “Coronavirus en el mundo: los cambios que dejará para siempre”, *Semana* [en línea], www.semana.com

Ahora bien, tenemos muchas razones por las cuales no sentirnos derrotados por las circunstancias; especialmente respecto de nuestra postura en una situación límite, la cual, por su propia naturaleza, nos inclina a tomar decisiones que se ubican, por así decirlo, a su mismo nivel. Esto significa que una situación límite nos propende a ser deferentes con la autoridad, a considerarnos moralmente superiores, a adoptar pensamiento mágico y tribal, a desear la seguridad por encima de todo y en particular, a sentirnos las víctimas colaterales de unos imaginarios grupos de poder que buscan el control absoluto del mundo.

¿Cómo no ver pruebas positivas de nuestro quehacer humano cuando descubrimos que, en un país como México, la media de vida para 1910 fue de 35 años y que para el año 2000 la media subió a 75 (y que sigue subiendo)?, ¿o de la revolución humanitaria que abolió la persecución religiosa, el esclavismo o los castigos físicos?, ¿o qué decir de la revolución sanitaria que redujo tremendamente la mortalidad infantil, junto con la cantidad de vidas salvadas por los innumerables descubrimientos científicos en el área de la salud (tabla 1)?

Tabla 1. Los millones de vidas salvadas ante cada descubrimiento médico (como la cloración del agua, la erradicación de la viruela, la penicilina, entre otros).

Scientist	Discovery	Lives Saved
Abel Wolman (1892-1982) and Linn Enslow (1891-1957)	chlorination of water	177 million
William Foege (1936-)	smallpox eradication strategy	131 million
Maurice Hilleman (1919-2005)	eight vaccines	129 million
John Enders (1897-1985)	measles vaccine	120 million
Howard Florey (1898-1968)	penicillin	82 million
Gaston Ramon (1886-1963)	diphtheria and tetanus vaccines	60 million
David Nalin (1941-)	oral rehydration therapy	54 million
Paul Ehrlich (1854-1915)	diphtheria and tetanus antitoxins	42 million
Andreas Grüntzing (1939-1985)	angioplasty	15 million
Grace Eldering (1900-1988) and Pearl Kendrick (1890-1980)	whooping cough vaccine	14 million
Gertrude Elion (1918-1999)	rational drug design	5 million

El ser humano tiene una tendencia a no prestar atención, aunque suene extraño, a aquello que no ocurre. Es decir, las noticias que abruptamente alteran nuestra normalidad siempre son de cuestiones terribles, como la criminalidad, la muerte, la violencia, las enfermedades, las guerras, los abusos, la corrupción, entre otros. En lo que a mí respecta, no me ha tocado escuchar a un reportero diciendo que en tal o cual lugar *no* ha estallado una guerra; en la escuela tal *no* ha habido tiroteos; en tal comunidad el narco *no* ha atacado; la familia tal *no* tiene

obesidad; la persona tal *no* tiene cáncer... ¿Y si prestamos un poco de atención a aquello que no ocurre, o que dejó de ocurrir, como en la gráfica de la Imagen 1?, ¿y si nos enfocamos en esa potencia del espíritu humano para resolver problemas o para enfrentar adversidades o, mejor, en aquello que ha superado o mejorado en sus triunfos y no en sus derrotas? Aquí un comentario similar en palabras del psicólogo Steven Pinker respecto de un concepto tan vilipendiado como lo es el de *progreso*:

La mayoría de la gente está de acuerdo con la vida es mejor que la muerte. Que la salud es mejor que la enfermedad. Que el sustento es mejor que el hambre. Que la abundancia es mejor que la pobreza. Que la paz es mejor que la guerra. Que la seguridad es mejor que el peligro. Que la libertad es mejor que la tiranía. Que los derechos de igualdad son mejores que la intolerancia y la discriminación. Que el alfabetismo es mejor que el analfabetismo. Que el conocimiento es mejor que la ignorancia. Que la inteligencia es mejor que la estupidez. Que la felicidad es mejor que la tristeza. Que las oportunidades del disfrute de la familia, de amigos, de cultura y de la naturaleza son mejores que la monotonía y el aburrimiento. Todas estas cosas se pueden medir. Y si ellas han aumentado a lo largo del tiempo, entonces se puede considerar como progreso.¹¹

Sin discutir acerca de si la idea de progreso es real o no, si pura ideología o la historia de salvación secularizada, el punto de la cita anterior va dirigido a unas ciertas circunstancias históricas donde se muestra que la actividad humana ha ganado terreno sobre aquello que considera aspectos negativos, como son la muerte, la enfermedad, el hambre, la pobreza o la ignorancia, y que, comparado con épocas anteriores, se ha logrado un mejor bienestar, una mayor calidad y cantidad de vida, una reducción de la violencia, mayor acceso a la información y al conocimiento

No hay que permitir que esta enfermedad produzca estigmas sociales ni que el miedo nos prive de continuar haciendo proyectos de vida personal.

Entonces, si nos atreviéramos a repetir la frase del principio: “sí, me enteré que hubo una pandemia por ahí”, no sería para fingir demencia ni para menospreciar el problema; aunque sí para mostrar confianza en el espíritu humano, en el reconocer los logros que nos anteceden, en nuestra lucha permanente por no derrumbarnos ante los contratiempos; especialmente, en no dejarnos vencer

¹¹ Steven Pinker, *Enlightenment now. The case for reason, science, humanism and progress*, Nueva York, Viking, 2018, p. 51.



por el miedo irracional de los catastróficos, aquellos que no pueden ver más allá de sus límites espacio-temporales, los que creen, infantilmente, que la historia empieza y termina con ellos y, como toda actitud infantilizada, que vivimos (moviéndonos de tragedia en tragedia) en el peor de los mundos posibles.



¿DÓNDE ESTÁ DIOS CUANDO SUS HIJOS SUFREN? TENTACIÓN Y ESPERANZA

Lucero González Suárez*

*Nuestra fe tiene que nacer
donde todos los hechos la desmienten.
Tiene que nacer de la nada
(H. J. Iwand)*

Todo cristiano sabe, gracias a la revelación, que Dios está en todas partes. Sin embargo, la suya, es una presencia esquiva, misteriosa y escondida. La presencia divina no es algo a lo que se pueda acceder de manera inmediata, con sólo desearlo. Sin embargo, Él siempre está junto al hombre, tanto en las circunstancias amables como en aquellas que lo sumergen en el abismo del dolor.

En tiempos difíciles, como los que ahora se viven, se impone la pregunta: ¿dónde está Dios cuando sus hijos sufren? El propósito de esta breve reflexión consiste en poner de manifiesto algo que se suele olvidar: la vida entera del hombre es efecto de la donación amorosa de Dios. Tanto los bienes —aparentes y reales— como aquello que causa pesar y sufrimiento, es un don que el cristiano debe acoger para descubrir en su acaecer la llamada que, proveniente del Amado, lo convoca al ejercicio del amor: de ese amor que se manifestó en la cruz de Cristo como poder liberador y salvífico.

El texto que ahora se ofrece, con el más sincero deseo de fortalecer la esperanza en medio de la adversidad, comienza con el análisis de los posibles sentidos del sufrimiento. El propósito es definir la postura auténticamente cristiana ante aquello que amenaza con destruir y despojar de todo valor a la existencia. La segunda parte profundiza sobre la enseñanza silenciosa que Job

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

ofrece hoy y siempre: Dios es *el que es* y no *lo que nosotros quisiéramos que fuera*. Por tanto, clamar al cielo diciendo ¿por qué yo? carece de sentido. Finalmente, la tercera parte aborda el vínculo esencial entre tentación y esperanza.

La importancia de estas páginas coincide por completo con el deseo que las anima: recordar, en el sentido de volver a traer al corazón, que la esperanza no debe ser confundida con la confianza vana de que Dios, por ser tal, tiene que cumplir toda las expectativas humanas, sino en la certidumbre de que, por ser Dios amor perfecto, la promesa de la salvación se mantendrá, no “por qué...” sino “a pesar de...” cualquier suceso.

DIOS Y EL SUFRIMIENTO

Al decir que el sentido común es lo mejor repartido en el mundo y, sin embargo, casi nadie lo tiene, Descartes estaba ironizando. La única experiencia de la que todo hombre participa sin excepción es el sufrimiento.

El sufrimiento es la experiencia afectiva del mal. Se sufre cuando hay algo cuya presencia o ausencia causa dolor, ya sea en el plano físico, moral o espiritual. Ejemplos del sufrimiento físico son la enfermedad y la discapacidad; del mal moral, la injusticia y la crueldad; del mal espiritual, el pecado y la incapacidad para reconocer la presencia de Dios en nuestras vidas. Aunque los diversos tipos de mal provocan sufrimientos que difieren entre sí, hay algo común a todos ellos: la certeza de que, lejos de afirmar la vida, tales experiencias desvalorizan las expectativas tanto individuales como colectivas.

Ante la universalidad del sufrimiento, se imponen las preguntas: ¿de qué manera conviene enfrentar el sufrimiento? ¿Qué sentido encierra el sufrimiento? ¿Cómo hacer para soportar la dureza del sufrimiento? La primera alternativa consiste en dejarse arrastrar por la fascinación que provoca la imagen de la propia destrucción. Antes de que el poder destructor del mal lo alcance, el hombre que desespera se anticipa a la vivencia de su fin, con la intención de superar la incertidumbre. Es más sencillo lidiar con el sufrimiento real que vivir agobiado por su proximidad.

La segunda alternativa ante el sufrimiento es aceptarlo. Al reconocer que el sufrimiento es una realidad



de nuestra vida, cabe asumir una actitud de rebeldía y luchar en contra de todo aquello que se considera un trágico destino. O bien, en un intento por aferrarse a la vida, el hombre puede adoptar una actitud optimista, negándose a asumir lo que de hecho ocurre.

Ahora bien, más allá de la desesperación, del heroísmo y la negación, ¿cuál tendría que ser la actitud propia del cristiano ante el sufrimiento?

¿POR QUÉ DIOS PERMITE EL SUFRIMIENTO DEL JUSTO?

La presencia universal del mal, que causa el sufrimiento, lejos de revelar a Dios contribuye a ocultar su presencia amorosa. En tal sentido, entre los cristianos, no han faltado voces indignadas que, clamando al cielo, preguntan: si Dios es amor, ¿por qué permite el sufrimiento del justo y del inocente? Al respecto, el libro de Job ofrece una lección silenciosa, de gran densidad espiritual.

El texto sagrado describe a Job como un hombre justo al que Dios permite que le ocurran una serie de desgracias para probar su fidelidad, con el fin de que su fe se purifique y no dependa de los favores recibidos. Llevado por la idea de que el sufrimiento tiene por causa la transgresión de la ley, Job se pregunta ¿qué hizo para merecer tantas desgracias?

La pregunta de Job apunta al origen del mal moral y señala como posible responsable a Dios. Preguntarse por qué Dios permite el mal, siendo infinitamente bueno, omnipotente y omnisciente, tiene por consecuencia hacerlo responsable del primero. Para pensar que un mal moral tiene lugar es necesario “que haya un responsable de dicho mal y que dicho responsable carezca de motivos o razones que lo justifiquen”.¹ Señalar a alguien como responsable del mal exige la existencia de “una persona, alguien dotado por lo menos de cierto grado de conciencia y voluntad, que actúa de cierta manera, pudiendo evitarlo. Es por ello que para juzgar un mal moral hace falta alguien a quien adjudicarle, si no la intención expresa, al menos sí el descuido o la negligencia”.²

¿Cómo es que, al pensar a Dios en términos personales, se acaba por atribuirle la responsabilidad del mal moral? El ya clásico problema de la teodicea tiene su origen en una representación equivocada de Dios. Pensar que Dios es persona en el mismo sentido en que lo es el hombre resulta equivocado: implica

¹ Isabel Cabrera, I. *El Dios de arena y otros ensayos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, p. 15.

² *Ibidem*, p. 16.



atribuir a Dios una actuación moral y, por tanto, hacer del hombre la medida de Dios. Concebir a Dios de tal modo lleva a identificarlo como causa del mal, ya sea porque lo provoca o porque lo permite pudiendo evitarlo, aun cuando, desde cierta perspectiva, no haya razones válidas para que el hombre sufra.

Sin embargo, ¿puede el hombre exigir a Dios que justifique sus actos? Creer que Dios es un sujeto moral y que debe justificar la moralidad de cada uno de sus acciones implica rebajar y desconocer el misterio de Dios. En este punto, Job aporta una lección valiosísima: enseña que no hay un vínculo causal entre sufrimiento y pecado; que el sufrimiento es una experiencia universal que carece de justificación por cuanto no obedece a la lógica del castigo y, en tal sentido, que alguien sufra no es signo de su maldad.

En el libro de Job, “Yavhé no da la explicación esperada por parte de Job, que le permitiría a éste comprender su miseria. Y, no obstante, hay un momento en el cual Job —que parecía incansable e insobornable— deja de preguntar. Los capítulos finales del libro narran la experiencia religiosa que finalmente convenció a Job y apacigüo su indignación”.³

La enseñanza silenciosa de Job es que las acciones de Dios escapan a toda valoración moral. Que el hombre no es ni puede ser la medida de los actos divinos. Que el problema no es encontrar la justificación del sufrimiento, sino enfrentarlo como una ocasión privilegiada para que la fe, luego de ser probada, se purifique de toda idolatría. En última instancia, la sabiduría de Job —de la que todo cristiano debe participar— consiste en caer en la cuenta de que lo importante es entender que no se puede exigir a Dios que comparezca ante el tribunal de la razón, porque entre su sabiduría y la del hombre existe una distancia infinita e infranqueable.

Asumir la propia limitación para comprender las razones últimas que parecen estar detrás de la voluntad divina que permite el sufrimiento, posibilita relativizar este último y concentrarse en pedir a Dios no una explicación de por qué el mal destruye al hombre, sino la fuerza necesaria para soportarlo y transformarlo en escenario privilegiado para el ejercicio del amor. Sólo cuando el individuo reconoce en el sufrimiento una prueba de fe, la vida recobra su sentido y el poder devastador del mal retrocede ante la actitud de quien puede hacer suyas las palabras de Jesús: “¡Abba, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú”.⁴

³ *Ibidem*, p. 21.

⁴ *Mc* 14, 36.



TENTACIÓN Y ESPERANZA

Las tentaciones son acontecimientos que ponen a prueba la determinación cristiana de amar a Dios sobre todas las cosas; son situaciones que obligan al cristiano a decidir no sólo qué quiere, sino quién es delante de Dios: hacia dónde se orienta su amor: hacia Dios, hacia él mismo o hacia los bienes y placeres mundanos.

Por las tentaciones “siente el hombre el rastro del verdadero Dios. Sin tentaciones estaría en peligro de manipular a Dios o de hacerse inocuo”.⁵ Por un lado, cuando el hombre es vencido por las tentaciones, no sólo cobra consciencia de sus limitaciones y de su incapacidad para conquistar, por sus propios medios, la salvación; también conoce la misericordia de Dios, que perdona siempre.

En otro sentido, el reconocimiento de la propia impotencia para realizar el bien perfecto es germen de la humildad. Y a la luz de la humildad, la grandeza del amor divino reluce con más fuerza. El hombre humilde sabe que “Dios es amor absoluto. El hombre, en cambio, está tentado constantemente por el mal”.⁶

La tentación es un mal necesario para la salvación. Su sola presencia le hace conocer al hombre que en él hay una tendencia al mal, que coexiste con una lúcida aspiración al bien. Saber que es así resulta provechoso puesto que permite tener presente que la lucha contra la tentación reclama del mayor esfuerzo; pero

⁵ Anselm Grün, *La sabiduría de los padres del desierto*, Salamanca, Sígueme, 2003, p. 41.

⁶ *Idem*.

también de la confianza en que, por ser Dios quien es, no dejará al hombre caer en tentación, sino que lo librará de todo mal. Experiencia que San Agustín expresa bellamente diciendo: “Tú habitas en Dios, mas para ser contenido. Dios habita en ti, mas para contenerte y evitar que caigas”.⁷

Mientras que la tranquilidad espiritual que surge de la confianza superficial en Dios hace al hombre inocuo; la tentación lo obliga a caer en la cuenta de que “la senda de la vida eterna [es] estrecha (Mt. 7, 14), que el justo apenas se salva”.⁸ Entender que la esperanza es la otra cara de la tentación, es pensar que aun en “la constricción y la estrechez de la angustia puede desplegarse la grandeza de la misericordia divina y de la salvación”.⁹

La tentación, por la que el hombre se siente probado, es el drama de la vida donde pueden surgir tanto la desesperación como la esperanza. La esperanza hace su aparición allí donde todo está perdido. “Esperar es llevar dentro de sí cierta seguridad íntima de que, a pesar de las apariencias, la situación intolerable en que me encuentro no puede ser definitiva, debe tener una salida”.¹⁰ Sólo cuando la lógica enseña que nada cambiará para bien, puede surgir en el hombre una confianza absoluta en Dios.

La esperanza sólo se puede comprender con relación a la experiencia de la cautividad. De acuerdo con Gabriel Marcel, “me siento cautivo cuando me descubro no sólo arrojado, sino comprometido, por una coacción externa, con un modo de existencia que se me impone y conlleva restricciones de todo tipo respecto de mi propio actuar”.¹¹ La cautividad puede asumir diversos rostros: pobreza, soledad, desamparo, injusticia, enfermedad, discapacidad, etcétera. El rasgo común a todos ellos es la falta de plenitud.

Quien espera permanece abierto al futuro y evita formarse una idea acerca de la manera en que la liberación llegará. Se espera *en Dios*; no se espera *que Dios cumpla los caprichos de cada uno de nosotros*. Aquello a lo que el hombre aspira desde la esperanza no corresponde a un objeto, a una situación ni a algún estado que se juzgan como deseables. La esperanza no es un deseo de posesión egoísta que apunta a una finalidad específica; es un anhelo de integridad y de plenitud.

Tener esperanza es afirmar que Dios es Padre y que, por lo mismo, siempre que aquello que se quiera sea digno de ser deseado, lo habrá de dar a su tiempo,

⁷ San Agustín, *Homilías*, 8, 14.

⁸ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual B*, anotación.

⁹ Jean Louis Chrétien, *La mirada del amor*, Salamanca, Sígueme, 2005, p. 70.

¹⁰ G. Marcel, *El misterio del ser*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964, p. 298.

¹¹ G. Marcel, *Homo viator: prolegómenos a una metafísica de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 2005, p. 42.

mientras convenga a la salvación. La esperanza nace del reconocimiento de que el orden que ha sido roto se restablecerá, permitiendo al hombre recobrar la plenitud perdida o posibilitándola.

Quien espera aguarda pacientemente cualquier signo de liberación, sin temor al porvenir. La esperanza tiene en común con la rebeldía el hecho que consiste en asumir la prueba no como una tragedia abstracta. Pero el cristiano se distingue del rebelde en que, ante la prueba, se pregunta cómo puede afrontar el sufrimiento sin renunciar a la salvación, sin desesperar de sí mismo ni renegar de Dios.

La esperanza tampoco se confunde con el optimismo natural que nace del deseo egoísta de aferrarse a la vida, olvidando que el fin sobrenatural para el cual fuimos creados no es alcanzar una edad avanzada, sino hacer de cada día un acto de donación al otro, por amor a Dios.

El rasgo común de la desesperación, la rebeldía y el optimismo es que al adoptar tales actitudes, el hombre se queda solo: ya sea para hundirse en la desesperación, para tratar de afirmar su voluntad tras la aceptación del carácter trágico de la existencia o para sostenerse en pie, bajo la cándida confianza de que, de algún modo, todo se arreglará.

CONCLUSIONES

Cuando la esperanza ilumina la vida, no sólo otorga al hombre en cuyo interior se alberga la capacidad creadora de transformar su realidad; su luz se derrama en los demás, dando origen a una experiencia compartida. Quien anhela la liberación no quiere abandonar la condición de esclavo solo; sabe que la verdadera libertad es compartida y que mientras aquel al que llamo tú sigue siendo esclavo, no puedo considerarme libre.

Hoy nos encontramos ante el reto de descubrir que no hay fronteras entre los que sufren. El dolor y el sufrimiento no tienen por qué convertirnos en personas egoístas, encerradas en su propio sufrimiento e incapaces de prestar atención a las necesidades de los otros. La amenaza generalizada de la existencia, es una tentación que nos reta a descubrir que la vida puede tener sentido aun en condiciones adversas.

La presencia escondida de Dios exige del cristiano auténtico, que anhela la unión con el Amado Esposo Cristo en todo momento y escenario, superar la tentación de desesperar y cultivar la esperanza. Sólo tal tipo de hombre habitará

el mundo como luminar; será capaz de irradiar el amor de Dios y adoptar una actitud fraterna y solidaria; de compartir la suerte de quienes sufren e implicarse de forma creativa en el drama de su existencia, para hacer que el don del amor divino fructifique.

Dios creó al hombre por amor y para amar en perfección. Puede parecer que el ejercicio del amor perfecto es una exigencia demasiado radical; que no estamos a la altura de ella. No obstante, si no es en la participación del amor perfecto de Dios, ¿en qué principio radica nuestra identidad? ¿Acaso ser cristiano consiste en conformarse con amar hasta donde nos lo permiten nuestras limitadas fuerzas y nuestra imperfección natural? Al pensar así, ¿no estamos olvidando que al infundirnos su gracia salvadora Dios nos otorga la fuerza necesaria para amarlo y amarnos unos a otros con el mismo amor que Cristo nos amó en la cruz?

Si el amor entraña sufrimiento es porque consiste en una entrega absoluta del “yo” al “tú”. Quien ama no busca el sufrimiento, pero está dispuesto a soportarlo y tiene la capacidad de sostener al que sufre dando testimonio de la esperanza. Ningún sufrimiento puede destruir el amor, porque quien se ha determinado a amar como Jesús nos amó en la cruz, mantiene su decisión en cualquier escenario, por terrible que sea.




La muestra más clara y radical del amor es el sacrificio, entendido como el acto por el que el hombre se determina a entregar su vida a algo que juzga como superior a ella. El amor sacrificial, cuyo ejercicio se impone en estos momentos de sufrimiento, por supuesto, no se debe identificar con la mera afectación distante e indiferente ante el sufrimiento del prójimo, sino con la actitud fraterna, solidaria y hospitalaria.

Aun comparado con la amenaza de la muerte, no hay mayor sufrimiento que la soledad. Frente a tal sufrimiento, la actitud cristiana ha de definirse por la hospitalidad. Ser hospitalario es comunicar, poner en común con otros, algo de uno mismo. Recibir a otro en nuestra casa es concederle un espacio en la propia vida. Dejar de verlo como a un extraño y tratarlo con familiaridad.

Mientras que el hombre que ama está volcado hacia afuera; el egoísta está encerrado en sí mismo. El egoísta está continuamente ocupado de sí y no tiene sitio para el otro. Tal es el hombre que se toma a sí mismo por el centro en torno al cual todo gravita y trata a los otros como si no estuvieran presentes.

Amor y egoísmo son dos posibles maneras de relacionarnos con los demás y, a través de ellos, con Dios mismo. Puesto que aquello que hacemos a cada uno de los hombres, a quienes debiéramos tratar como hermanos, a Dios mismo se lo hacemos. La pregunta que queda por hacer es: ¿vivo bajo la consciencia de que el ejercicio del amor perfecto para el cual fui creado se concreta en mi manera de relacionarme con aquellos que sufren? ¿O estoy tan ocupado cuidando de mí mismo, desde un encierro que no es sólo físico sino espiritual, que ni siquiera he sido capaz de descubrir que el sufrimiento nos hermana a todos?





LA EXPERIENCIA HUMANA DEL *SUFRIMIENTO* Y *SILENCIO DIVINO*: EL CREYENTE FRENTE A LA ADVERSIDAD

Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes*

La realidad humana inmanente implica vulnerabilidad, cambio, inestabilidad, degeneración y muerte. A partir de esto, aprendemos como seres humanos a convivir con nuestra fragilidad existencial y la *ordinarizamos* mediante nuestra experiencia cultural, integrando en nuestras vidas un sentido de orden y una ritualización de la ordinariedad para domesticar un poco la incertidumbre propia del anonimato de los elementos que nos circundan y que actúan a nuestro pesar.

En momentos de crisis, cuando el rompimiento de la ordinariedad es rápido y profundo y no somos capaces de retomar las riendas del control de nuestra existencia se nos desvela nuevamente lo que la rutina había cubierto con un pudoroso velo: nuestra fragilidad y exposición constante al cambio, la degeneración y la muerte como improntas de nuestro ser contingente.

Eso es lo que estamos viviendo en estos momentos de crisis provocada por la emergencia sanitaria por COVID-19, entendiendo de forma holística el problema, pues sabemos que es una crisis generalizada en todas las dimensiones de la cultura humana que, de forma imprevista y sin precedentes en nuestra historia, ha roto de forma sistemática nuestras seguridades en torno a la ciencia, la economía, la estabilidad social y política del mundo entero, demostrando nuestra fragilidad y fugacidad humana.

En este escrito pretendo centrarme en el hombre creyente frente al sufrimiento y desazón que esta realidad provoca, porque para el no-creyente la cuestión reafirma la orfandad humana en el mundo y la imposibilidad de una

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

presencia extramundana que nos cobije. Pero para el creyente implica una crisis extra: la crisis de fe al confrontar una realidad extrema que ha de conciliar con esa presencia bondadosa y amorosa que de pronto se nubla en la brutalidad de los acontecimientos que ahogan la existencia. Para quienes creemos que el infinito nos responde, la cuestión se complica cuando el silencio pareciera ser la única respuesta.

En este proceso, el sentido y la esperanza juegan un papel imprescindible para encontrar nuevas formas de acción, sobreponiéndose a la adversidad y reconciliando la experiencia humana del dolor y el sufrimiento con la fe en un Dios presente y amoroso que está de nuestro lado en la historia.

SUFRIMIENTO Y SENTIDO PARA EL HOMBRE CREYENTE

La cuestión del sufrimiento y la respuesta humana a él en concordancia con la fe puesta en Dios, personificado y trascendente, como se le entiende desde el cristianismo es siempre problemática, pues es el punto de encuentro entre la inmanencia en su estado más desgarrador y vulnerable y la trascendencia en su aparente silencio y ausencia. En este sentido, me gustaría, pues, iniciar con esta afirmación de Emmanuel Levinas:

El poder es la manera en que se produce un origen, un principio en la anarquía de los elementos que por sí mismos van de ninguna parte a ninguna parte: este cielo, este mar, este viento, esta luz, esta noche. Sus revuelos, su trajín, su cabeceo o sus balanceos, sus oleajes repiten el caos del hay. El origen y el sentido se producen bajo las especies de un ente. El ente como tal se recupera del ser anónimo en que está sumergido, o se ahoga. Se recupera o rehace pudiendo sobre esos elementos anónimos, asumiéndolos y, por consiguiente, empezando siempre de nuevo, resurgiendo en el origen de lo que sucede.¹

En medio de ese caos anónimo y sin sentido de la interminable sucesión de acontecimientos en el mundo, el sujeto religioso requiere imperiosamente significar su estadía en medio de ese caos que escapa a sus manos y control; de esta manera, asigna sentido a lo que le rodea, a su propia situación en medio de ese caos, el cual deja de serlo para convertirse en un cosmos.

¹ Emmanuel Levinas, "Más allá de lo posible", en *Escritos inéditos 2*, Madrid, Trotta, 2015, p. 195.



Para no ahogarse en el agitado mar de una vida material adversa, debe asignarles sentido, y eso es rehacerse asumiendo el anonimato de lo que pasa, en la fuerza personificadora del sentido implícito en el “pasa porque..”

La experiencia del sufrimiento en la vida humana ha jugado siempre un papel protagónico en la religión. Al ser una de las experiencias existenciales más fuertes que cimbran la estructura completa de la persona humana, la religión no puede desatender esta dimensión del sinsabor humano. Sufrir no es una cuestión epistemológica; es existencial, muerde en carne viva, supera el ámbito de la reflexión, apresa la existencia entre sus dientes y desgarrar el tejido que la ordinariedad entrelazó en los cauces de una supuesta normalidad que angustiosamente se desvanece. Ser a pesar de mi voluntad, caer en circunstancias que han apresado mi existencia donde nunca pensé estar ni accedí a estar, pero hacia donde me llevaron las “ocurrencias” que a lo largo de mi vida empujaron mi ser a llegar allí. En la tradición judía hay una amplia recopilación de esta experiencia antropológica. Para empezar podríamos mencionar la tercera lamentación, que, en su belleza desgarradora, deja ver claramente la situación del hombre apabullado por sus pesares reales y concretos:

Yo soy el hombre que ha visto la miseria
bajo el látigo de su furor.
Él me ha llevado y me ha hecho caminar

en tinieblas y sin luz.
Contra mí solo vuelve y revuelve
su mano todo el día.
Mi carne y mi piel ha consumido,
ha quebrado mis huesos.
Ha levantado contra mí en asedio amargor y tortura.
Me ha hecho morar en las tinieblas,
como los muertos para siempre.
Me ha emparedado y no puedo salir;
ha hecho pesadas mis cadenas.
Aun cuando grito y pido auxilio,
Él sofoca mi súplica.
Ha cercado mis caminos con piedras sillares,
ha torcido mis senderos.
Oso en acecho ha sido para mí,
león en escondite.
Intrincando mis caminos, me ha desgarrado,
me ha dejado hecho un horror.
Ha tensado su arco y me ha fijado
como blanco de sus flechas.
Ha clavado en mis lomos
los hijos de su aljaba.
De todo mi pueblo me ha hecho la irrisión,
su copla todo el día.
Él me ha colmado de amargura,
me ha abrevado con ajenjo.
Ha quebrado mis dientes con guijarro,
me ha revolcado en la ceniza.
Mi alma está alejada de la paz,
he olvidado la dicha.
Digo: ¡ha fenecido mi vigor,
Y la esperanza que me venía de Yavé!²

Cabe señalar que esta situación de aprisionamiento existencial, entre fuerzas externas al individuo y su ámbito de decisión personal se exacerbaban en contextos sociales deshumanizados que aniquilan a la persona en medio de un anonimato uniformante, en coordenada de un sistema de producción a ultranza en la cual

² Lam 3, 1-18

la única posibilidad de ser es bajo los parámetros impuestos desde la economía y sus reglas de productividad, eficiencia y performatividad, convirtiendo al ser humano en producto de uso y consumo, sujeto a ser desechable en cualquier momento que la conveniencia lo exija. La fragilidad humana se hace más patente que nunca, la fugacidad de nuestra brevedad se acentúa.

EL SILENCIO DE DIOS

Tema difícil es éste. Para el hombre creyente, ¿Dios guarda silencio? O su aparente silencio ¿es parte de nuestra incapacidad humana de “escuchar” lo divino? En todo caso, creo que se entiende, pues es una realidad antropológica inherente a nuestra condición contingente frente al Absoluto. Una realidad que se sufre en la piel. El idioma de Dios es el silencio. Con toda su carga exasperante para el hombre —sobre todo el sufriente—. En todo caso, confrontación con el Misterio. En este sentido, me gustaría proponer una serie de extractos de textos que pueden ayudar a esta reflexión acerca de ese misterioso silencio que susurra algo, a quienes creemos que el infinito nos responde.

Para empezar me parecen emblemáticas las palabras de la Madre (ahora Santa) Teresa de Calcuta:

Señor, Dios mío, ¿quién soy yo para que Tú me abandones? La niña de Tu amor —y ahora convertida en la más odiada— la que Tú has desechado como despreciada, no amada. Llamo, me aferro, yo quiero, y no hay Nadie que conteste, no hay Nadie a quien yo me pueda aferrar, no Nadie. Sola. La oscuridad es tan oscura —y yo estoy sola—. Despreciada, abandonada [...] ¿Dónde está mi fe? Incluso en lo más profundo, todo, dentro, no hay nada sino vacío y oscuridad. Dios mío, qué doloroso es este dolor desconocido. Duele sin cesar. No tengo fe. No me atrevo a pronunciar las palabras y pensamientos que se agolpaban en mi corazón y me hacen sufrir una agonía indecible. Tantas preguntas sin respuesta viven dentro de mí —me da miedo descubrirlas— a causa de la blasfemia. Si Dios existe, por favor, perdóname. Confío en que todo esto terminará en el Cielo con Jesús. Cuando intento elevar mis pensamientos al Cielo hay un vacío tan acusador que esos mismos pensamientos regresan como cuchillos afilados e hieren mi alma. Amor, la palabra no trae nada. Se me dice que Dios me ama —y sin embargo la realidad de la oscuridad y



de la frialdad y del vacío es tan grande que nada mueve mi alma— [...] Todo el tiempo sonriendo. Las hermanas y la gente hacen comentarios de este tipo. Ellos piensan que mi fe, mi confianza y mi amor llenan todo mi ser y que la intimidad con Dios y la unión a su voluntad impregnan mi corazón. —Si supiesen— cómo mi alegría es el manto bajo el que cubro el vacío y la miseria [...] aquí estoy Señor, con alegría acepto todo hasta el final de la vida y sonreiré a tu Rostro Oculto siempre.³

En otra parte, la misma Madre Teresa escribía lo siguiente:

Tengo esta terrible sensación de pérdida —esta oscuridad indecible—, esta soledad, este continuo anhelo de Dios que me causa ese dolor en lo profundo de mi corazón. La oscuridad es tal que realmente no veo ni con la mente ni con el corazón. El lugar de Dios en mi alma está vacío. No hay Dios en mí. Cuando el dolor del anhelo es tan grande sólo añoro una y otra vez a Dios y es entonces cuando siento Él no me quiere, Él no está allí [...] Dios no me quiere. A veces sólo escucho a mi corazón gritar “Dios mío” y no viene nada más. No puedo explicar la tortura y el dolor.⁴

Esta misma experiencia humana de aparente abandono y silencio divino fue expresada por San Juan de la Cruz en términos de oscuridad, privación y sequedad, cuando señalaba:

Cuánto las cosas divinas son en sí más claras y manifiestas, tanto más son al alma oscuras y ocultas naturalmente; así como la luz, cuanto más clara es, tanto más ciega

y oscurece la pupila de la lechuza, y cuanto el sol se mira más de lleno, más tinieblas causa a la potencia visiva y la priva, excediéndola por su flaqueza. De donde, cuando esta divina luz de contemplación embiste en el alma que aún no está ilustrada totalmente, le hace tinieblas espirituales, porque no sólo la excede, pero también la priva y oscurece el acto de su inteligencia natural. Que por esta causa san Dionisio y otros místicos teólogos llaman a esta contemplación infusa rayo de tiniebla [...]

Por lo cual David (Sal. 96,2) también dijo que cerca de Dios y en rededor de él está oscuridad y nube; no porque en sí ello sea así, sino para nuestros entendimientos flacos, que en tan inmensa luz se oscurecen y quedan ofuscados, no



³ Madre Teresa de Calcuta, *Ven, sé mi luz. Las cartas privadas de la Santa de Calcuta*, Brian Kolodiejchuk [ed.], Barcelona, Planeta, 2008, pp. 231-232.

⁴ *Ibidem*, pp. 15 y 16.

alcanzando. Que por eso el mismo David (Sal. 17, 13) lo declaró luego, diciendo: Por el gran resplandor de su presencia se atravesaron nubes, es a saber, entre Dios y nuestro entendimiento. Y ésta es la causa por que, en derivando de sí Dios al alma que aún no está transformada este esclarecido rayo de sabiduría secreta, le hace tinieblas oscuras en el entendimiento.⁵

Más adelante expresaba el santo:

Pero hay aquí otra cosa que al alma aqueja y desconsuela mucho, y es que, como esta oscura noche la tiene impedidas las potencias y afecciones, ni puede levantar afecto ni mente a Dios, ni le puede rogar, pareciéndole lo que a Jeremías (Lm. 3,44), que ha puesto Dios una nube delante porque no pase la oración. Porque esto quiere decir lo que en la autoridad alegada (Lm. 3,9) dice, a saber: Arrancó y cerró mis vías con piedras cuadradas. Y si algunas veces ruega, es tan sin fuerza y sin jugo, que le parece que ni lo oye Dios ni hace caso de ello, como también este profeta da a entender en la misma autoridad (Lm. 3,8) diciendo: Cuando clamare y rogare, ha excluido mi oración.⁶

Esta experiencia compartida devela una profunda conciencia de la limitación humana, aún a la sombra o cobijo de la protección divina. La miseria y el conflicto, el desasosiego y la paz escurridiza parecieran ser las improntas de nuestra humanidad atrapada en los límites de su finitud. En este sentido, y con un mismo trasfondo de esa condición humana, Etty Hillesum, joven judía holandesa, muerta en Auschwitz en 1943 escribía lo siguiente en su diario:

Si Dios deja de ayudarme, entonces yo tendré que ayudar a Dios [...] Yo te ayudaré Dios mío para que no te extingas en mí [...] No eres tú quien puede ayudarnos, sino nosotros somos los que podemos ayudarte y haciéndolo, nos ayudamos a nosotros mismos. Es lo único que podemos salvar en esta época y es lo único que importa: un poco de ti en nosotros. Sí, Dios mío, pareces poco capaz de modificar una situación finalmente indisociable de esta vida. No te pido cuentas de nada; al contrario, eres tú el que, un día nos pedirás cuentas. Y casi con cada latido de mi corazón se me hace más claro que no puedes ayudarnos, pero que nosotros tenemos que ayudarte y defender hasta el final tu morada en nosotros.⁷

⁵ San Juan de la Cruz, *La noche oscura*, libro segundo, capítulo 5, número 3.

⁶ *Ibidem*, capítulo 8, número 1.

⁷ Etty Hillesum, *Une vie bouleversée. Journal 1941-1943*, París, Seuil, 1985, pp. 160-166.



La misma Hillesum apuntaba en otras partes de su diario lo siguiente:

Hay en mí un pozo muy profundo. Y en ese pozo está Dios. A veces consigo llegar a él, pero lo más frecuente es que las piedras y escombros obstruyan el pozo, y Dios quede sepultado. Entonces es necesario volver a sacarlo a la luz [...] Y ésta es la sensación que yo tengo de forma perpetua y constante: la de estar en tus brazos, Dios mío, protegida, abrigada, impregnada de una sensación de eternidad; como si el menor de mis actos, la palabra más anodina, se inscribiera sobre un fondo de grandeza, como si tuviera un sentido profundo [...] No basta con predicarte, Dios mío, para exhumararte, para sacarte a la luz en los corazones de los otros. Es preciso despejar en el otro el camino que lleva a ti, Dios mío [...] A veces las personas son para mí como casas con las puertas abiertas [...] Te lo prometo, te lo prometo, Dios mío, te buscaré un alojamiento y un techo en el mayor número de casas posibles.

[...] Quieren nuestro total exterminio... ¡Está bien!: acepto esta nueva certeza. Ahora lo sé. No impondré a los demás mis angustias, y me abstendré de todo rencor hacia quienes no comprenden lo que nos sucede a nosotros, los judíos. Pero que una certeza adquirida socavada o debilitada por otra. Yo trabajo y vivo con la misma convicción, y encuentro la vida llena de sentido, sí, llena de sentido a pesar de todo, aunque apenas me atrevo a decirlo en sociedad. Tanto en mis acciones como en mis sensaciones se introduce una pizca de eternidad. No soy la única que está cansada, enferma, triste o angustiada. Lo estoy al unísono con millones de otros seres humanos a través de los siglos. Todo esto es la vida. La vida es bella y está llena de sentido en medio de su absurdo, a poco que sepamos disponer en ella un sitio para todo y llevarla toda entera en su unidad. Entonces la vida, de un modo u otro, forma un conjunto perfecto. En cuanto rechazamos o queremos eliminar ciertos elementos, en cuanto

nos entregamos a nuestro gusto y nuestro capricho para admitir tal aspecto de la vida y rechazar tal otro, entonces la vida se vuelve, efectivamente, absurda. En cuanto se pierde el conjunto, todo se vuelve arbitrario.⁸

Este optimismo de Hillesum contrasta fuertemente con el aparente pesimismo de Ellie Wiesel, quien en *Noche* escribía lo siguiente recordando su primer día en el campo de concentración de Auschwitz:

Nunca olvidaré aquella noche, la primera noche en el campo de concentración, que convirtió mi vida en una larga noche, siete veces maldita y siete veces marcada. Nunca olvidaré aquel humo. Nunca olvidaré las caritas de los niños cuyos cuerpos vi convertirse en espirales de humo bajo un cielo azul y silencioso. Nunca olvidaré aquellas llamas que consumieron mi fe para siempre. Nunca olvidaré aquel silencio nocturno que me privó por toda la eternidad del deseo de vivir. Nunca olvidaré aquellos momentos que asesinaron a mi Dios y a mi alma y convirtieron mis sueños en cenizas. Nunca olvidaría todo eso, aun cuando estuviese condenado a vivir tanto como el mismo Dios. Nunca.⁹

En una reedición posterior de esta misma obra, este mismo autor hace un escalofriante añadido narrando el episodio de la muerte de su padre tomado de la versión en Yiddish:

Recuerdo aquella noche, la más horrenda de mi vida: “Eliezer, hijo mío, ven aquí... Quiero decirte algo... Solamente a ti... Ven, no me dejes solo... Eliezer...”.

Yo escuché su voz, comprendí el significado de sus palabras y la trágica dimensión de ese momento, sin embargo, no me moví.

Ese había sido su último deseo, tenerme cerca de él en su agonía, en el momento cuando su alma fuera desapegada de su lacerado cuerpo, sin embargo no le concedí su deseo.

Tenía miedo. Miedo de los golpes. Por eso permanecí sordo a sus gritos.

En vez de sacrificar mi miserable vida y apresurarme a su lado, y tomando su mano reconfortarlo, mostrándole que no estaba abandonado, que yo estaba cerca de él, que sentía su pena, en vez de todo eso, permanecí replegado sobre mi espalda, pidiendo a Dios que hiciera que mi padre dejara de llamarme por mi nombre, que lo hiciera dejar de gritar. Tan temeroso estaba yo de incurrir en la ira de la SS.

⁸ *Ibidem*, pp. 143-146.

⁹ Elie Wiesel, en Sheila Cassidy, *La gente del Viernes Santo*, Santander, Sal Terrae, 1992, p. 14.

De hecho, mi padre ya no estaba consciente. Aun así su lastimera y desgarradora voz fue penetrando el silencio y me llamaba, a nadie más que a mí.

“¡Bien!” Los SS habían irrumpido a su alrededor y le golpearon la cabeza: “¡Estáte quieto, viejo!, ¡Quietos!”

Mi padre ya no era consciente de los golpes de esa gente; yo sí. Y aún así no reaccioné. Dejé a los SS golpear a mi padre, lo había dejado solo en los umbrales de la muerte. Peor aún: estaba enojado con él por haber sido ruidoso, por haberme gritado, por provocar la ira de los SS.

“¡Eliezer!, ¡Eliezer! Ven, no me dejes solo...” Su voz había llegado a mí desde muy lejos, y a la vez desde tan cerca. Pero yo no me moví.

Nunca me podré perdonar a mí mismo. Ni tampoco podré perdonar al mundo que me arrojó contra el muro, por haberme convertido a mí mismo en un extraño, por haber despertado en mí los más básicos y más primitivos instintos.

Su última palabra había sido mi nombre. Una convocatoria a mí. Y yo no respondí.¹⁰

A pesar de las desgarradoras palabras de Wiesel, no podemos obviar su profunda fe como apuesta voluntaria sobre la catástrofe sufrida que permanece como herida abierta sin respuesta a pesar de la distancia, como él mismo lo expresaba: “Lo que yo intento es hablar a Dios. Incluso cuando hablo contra Él, le hablo a Él. E incluso cuando estoy encolerizado con Dios, intento mostrarle mi cólera. Pero justamente ahí hay una confesión de Dios, no una negación de Dios”.¹¹ En un diálogo público entre Wiesel y Mitterrand apuntaba también en este mismo sentido: “Creo que es posible rebelarse contra Dios. En ocasiones la única fe del creyente consiste en rechazar esa misma fe, o al menos en cuestionarla”.¹²

En este mismo orden de ideas Rubinstein apuntaba:

Cuando digo que vivimos en el tiempo de la muerte de Dios, quiero decir que el vínculo que unía a Dios y al hombre, al cielo y a la tierra, se ha quebrado. Nos encontramos en un cosmos frío, mudo, desapacible, sin la ayuda de ningún propósito poderoso más allá de nuestros propios recursos. Después de Auschwitz, ¿qué otra cosa puede decir un judío sobre Dios? [...] No veo otro camino que el de la “muerte de Dios” para expresar el vacío que pone cara a cara al hombre con el lugar en que antes estuvo Dios.¹³

¹⁰ Elie Wiesel, “Preface”, en *Night* [trad. de Marion Wiesel], Nueva York, Hill and Wang, versión Kindle, pos. 93 a 115.

¹¹ E. Wiesel, cit. por Lluís Duch, *Un extraño en nuestra casa*, Barcelona, Herder, 2007, p. 434.

¹² Francois Mitterrand y E. Wiesel, *Memoria a dos voces*, Madrid, Aguilar, 1995, p. 46.

¹³ R. L. Rubinstein, *AfterAuschwitz: History, Theology and Contemporary Judaism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992, p. 44.

Tal vez ese vacío que menciona Rubens, donde antes estuvo Dios, es lo que trata de expresar Paul Celan en su “salmo” donde suple el nombre de Dios por Nadie:

Nadie nos plasma de nuevo de tierra y arcilla,
 Nadie encanta nuestro polvo.
 Nadie.
 Alabado seas tú, Nadie.
 Por amor a ti queremos florecer.
 Hacia ti.

Una nada
 Fuimos, somos, seremos
 Siempre, floreciendo:
 Rosa de nada,
 De Nadie rosa.

Claro del alma el estilo,
 Yermo tal cielo el estambre,
 Roja la corola
 Por la púrpura palabra que cantamos
 Sobre, oh, sobre la espina.¹⁴

Sin embargo no es una “Nadiedad” equiparable al vacío, sino el salto de fe en un acto de abandono frente a la posibilidad del abismo, más donde priva la esperanza de que no sea el abismo lo que esté más allá, como bien dijera al respecto de este poema Derrida: “Dirigirse a nadie, no es exactamente lo mismo que no dirigirse a nadie. Hablar a nadie, arriesgándose, cada vez, singularmente, a que no haya nadie que bendecir, nadie para bendecir, ¿no es la única oportunidad de una bendición?, ¿de un acto de fe?, ¿qué sería una bendición segura de sí misma? Un juicio, una certeza, un dogma”.¹⁵

Por su parte, Emmanuel Levinas, en *Aimer la Thora plus que Dieu*, apuntaba muy pertinentemente que: “El Dios que se vela el rostro, pensamos, no es una abstracción de teólogos ni una imagen de poetas. Es el momento en que el individuo no encuentra ningún recurso exterior, en que no le protege ninguna institución, en que el consuelo de la presencia divina en el sentimiento religioso

¹⁴ Paul Celan, “Salmo”, *Obras completas* [trad. De José Luis Reina Palazón], Madrid, Trotta, 1999, pp. 161-162.

¹⁵ Jaques Derrida, *Schibboleth. Para Paul Celan*, Madrid, Arena, 2002, p. 72.

infantil también se diluye, en que el individuo sólo puede triunfar en su conciencia, es decir, necesariamente en el sufrimiento”.¹⁶

Y en otra parte de ese mismo texto señala: “En el camino que conduce al Dios único hay un trecho sin Dios. El verdadero monoteísmo debe responder a las exigencias legítimas del ateísmo. Un Dios de adultos se manifiesta precisamente a través del vacío del cielo infantil”.¹⁷

En términos muy semejantes se expresaba San Juan de la Cruz cuando decía:

Esta noche y purgación del apetito, dichosa para el alma, tantos bienes y provechos hace en ella (aunque a ella antes le parece, como habemos dicho, que se los quita), que así como Abraham hizo gran fiesta cuando quitó la leche a su hijo Isaac (Gn. 21, 8), se gozan en el cielo de que ya saque Dios a esta alma de pañales, de que la baje de los brazos, de que la haga andar por su pie, de que también, quitándola el pecho de la leche y blando y dulce manjar de niños, la haga comer pan con corteza, y que comience a gustar el manjar de robustos, que en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza a dar al espíritu vacío y seco de los jugos del sentido, que es la contemplación infusa.¹⁸

Es una integración optimista en todo caso de la cuestión del sufrimiento dentro de la experiencia vital humana, es decir, es inevitable; no se busca, pero habrá que lidiar con él. En este sentido, el mismo Levinas nos recuerda el papel de la elección divina —desde el judaísmo—, una elección que se consuma no en la cima sino en el abismo, en el fondo de la carencia y el sufrimiento, y no desde la opulencia y tranquilidad:

Y las viejas palabras litúrgicas cuentan historias inverosímiles: Dios que ha amado a Israel con un amor eterno —el Señor que nos salva de la mano de todos los tiranos—, la fuerza del Faraón tragada por las aguas y los cantos de júbilo de Israel. Todas estas oraciones antiguas, repetición infatigable de un credo en el triunfo del débil. ¿Qué pensar de esas palabras anticuadas cuando en 1940 o 1941 se es prisionero israelita en Alemania y cuando se las comprende?

¿Cerrar el libro de oraciones con desdén y marcharse conteniendo en los labios una blasfemia que pugna por salir? ¿Repetir esas cosas sin pensar en ellas, sin creer en ellas, con la indulgencia que se puede tener por el candor de los tiempos antiguos;

¹⁶ Emmanuel Levinas, *Difícil libertad*, París, Albin Michel, 1963, pp. 173-174.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 172-173.

¹⁸ San Juan de la Cruz, *op. cit.*, libro primero, capítulo 12, número 1.

pensar que aquellas cosas estaban muertas y que estábamos sin doctrina y sin verdad, igual que estábamos sin protección ni futuro? ¿Implorar al Señor desde el fondo del abismo, como Jonás? Todo eso, desde luego; unas veces, una cosa, y otras, otra. Pero podía ascenderse de nivel por un instante, un corto instante, un escalón más, y salir del círculo mágico en el que se daba vueltas. Se podía encontrar a aquel amor de Dios una terrible confirmación en el dolor y la duda mismos. En la pasividad total del abandono, en el desatarse todos los vínculos, sentirse como en las manos del Señor, notar su presencia. Distinguir en la quemadura del sufrimiento la llama del beso divino. Descubrir el misterioso cambio del sufrimiento supremo en felicidad. ¿Qué es, a fin de cuentas, el judaísmo? [...] ¿Qué es el judaísmo, sino la experiencia, desde Isaías, desde Job, de ese cambio posible —antes de la esperanza, en el fondo de la desesperación— del dolor en felicidad; el descubrimiento de signos de la elección en el sufrimiento mismo?¹⁹

CONCLUSIÓN

Hay ciertamente en nuestro sufrimiento un elemento antitrágico, una nota de rebeldía, cuando saliendo de la pasividad total del padecimiento, se busca el sentido a la desgracia y desventura. Se trata de erguirse frente al abatimiento y asumirlo como parte de la propia existencia y el trayecto vital, significándola para que engarce con el *continuum* roto por el azar. No más hijos del azar y la fortuna,²⁰ sino partícipes de un proyecto propio avalado por lo sagrado (como elemento alterno extrahistórico legitimador) que confirma y refuerza el propio trayecto vital y su legitimidad existencial.



Ese grito de angustia y desesperación que a pesar del orillamiento en los límites de la existencia, espera y aguarda un acto salvador aún en medio de la ruina y el fracaso absolutos, ¿no está presente en los textos sagrados de la tradición judeo-cristiana? El varón de dolores,²¹ el abandono del Padre en

¹⁹ E. Levinas, "La experiencia judía del prisionero", en *Escritos inéditos I*, Madrid, Trotta, 2013, p. 134.

²⁰ Nos referimos a cuando el sabio Sileno (acompañante de Dionisos), le dice fría y directamente al rey Midas, cuando éste lo obliga a responder qué es lo mejor para el hombre: "Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para tí: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti: morir pronto" (Friederich Nietzsche, *El Nacimiento de la Tragedia*, Alianza Editorial, México, 1995: 52)

²¹ Creció delante de Él como renuevo tierno, como raíz de tierra seca; no tiene aspecto hermoso ni majestad para que le miremos, ni apariencia para que le deseemos. Fue despreciado y desechado de los hombres,

la cruz,²² el clamor hacia el Eterno pidiendo sosiego en la rutinaria desgracia, el grito de Jeremías²³ añorando su no-existencia, más aún, el reclamo directo al Creador como en el caso de Job, ¿no son testimonio de una tradición religiosa que permite al hombre interpelar a Dios sin que eso sea castigado por el Absoluto?:

Por fin Job rompió su silencio y maldijo el día en que había nacido.

¡Maldita sea la noche en que fui concebido!

¡Maldito el día en que nací!

¡Ojalá aquel día se hubiera convertido en noche,

y Dios lo hubiera pasado por alto

y no hubiera amanecido!

¡Ojalá una sombra espesa lo hubiera oscurecido,

una nube negra lo hubiera envuelto

o un eclipse lo hubiera llenado de terror!

¡Ojalá aquella noche se hubiera perdido en las tinieblas

y aquel día no se hubiera contado

entre los días del mes y del año!

¡Ojalá hubiera sido una noche estéril,

en que faltaran los gritos de alegría!

¡Ojalá la hubieran maldecido los hechiceros

que tienen poder sobre Leviatán!

¡Ojalá aquella mañana no hubieran brillado los luceros,

ni hubiera llegado la luz tan esperada

ni se hubiera visto parpadear la aurora!

varón de dolores y experimentado en aflicción; y como uno de quien *los hombres* esconden el rostro, fue despreciado, y no le estimamos, *Is* 53, 2-3.

²² Llegado el mediodía, se oscureció todo el país hasta las tres de la tarde. A las tres en punto Jesús gritó con voz fuerte, “Eloi, Eloi, lema sabachthani?” que significa, “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”, *Mc* 15:33-34.

²³ “Maldito el día en que nací;
el día en que me dio a luz mi madre no sea bendito.

Maldito el hombre que dio la noticia

a mi padre, diciendo:

¡Te ha nacido un hijo varón!,

haciéndolo muy feliz.

Sea ese hombre como las ciudades

que el Señor destruyó sin piedad;

oiga gritos de mañana

y alaridos al mediodía,

porque no me mató en el vientre

para que mi madre hubiera sido mi sepultura,

y su vientre embarazado para siempre.

¿Por qué salí del vientre

para ver pena y aflicción,

y que acaben en vergüenza mis días?” *Jer* 20 14-18.

¡Maldita sea aquella noche, que me dejó nacer
y no me ahorró ver tanta miseria!
¿Por qué no habré muerto en el vientre de mi madre
o en el momento mismo de nacer?
¿Por qué hubo rodillas que me recibieran
y pechos que me alimentaran?
Si yo hubiera muerto entonces,
ahora estaría durmiendo tranquilo,
descansando en paz
con los reyes y ministros
que se construyen grandes pirámides,
o con los gobernantes
que llenan de oro y plata sus palacios.
¿Por qué no me enterraron como a los abortos,
como a los niños muertos antes de nacer?
En la tumba tiene fin la agitación de los malvados
y alcanzan los cansados su reposo;
allí encuentran paz los prisioneros
y dejan de oír los gritos del capataz;
allí están grandes y pequeños por igual,
y el esclavo se ve libre de su amo.
¿Por qué deja Dios ver la luz al que sufre?
¿Por qué da vida al que está lleno de amargura,
al que espera la muerte y no le llega,
aunque la busque más que a un tesoro escondido?
La alegría de ese hombre llega
cuando por fin baja a la tumba.
Dios le hace caminar a ciegas,
le cierra el paso por todas partes.
Los gemidos son mi alimento;
mi bebida, las quejas de dolor.
Todo lo que yo temía,
lo que más miedo me causaba,
ha caído sobre mí.
No tengo descanso ni sosiego;
no encuentro paz, sino inquietud.²⁴

²⁴ Job 3 1-26

Insistimos nuevamente en que el sentido cobra particular importancia para el ser humano, en él se revela nuestra naturaleza rebelde, un elemento anti-trágico que se yergue contra la idea de un destino inamovible y aplastante. El ser humano cree a pesar de las evidencias en su contra, sonríe y reemprende la lucha aún con las probabilidades a contrapelo.

En este sentido, bien embonan aquí nuevamente las palabras de Emmanuel Levinas: “Distinguir en la quemadura del sufrimiento, la llama del beso divino. Descubrir el misterioso cambio del sufrimiento supremo en felicidad”.²⁵

²⁵ E. Levinas, *op. cit.*, pp. 131-135.

FRAGILIDAD Y REAFIRMACIÓN HUMANAS

Aldo Alejandro Camacho*

¿Qué nos ha dejado el confinamiento? Si uno es atento a las indicaciones que el gobierno ha dado respecto a la emergencia sanitaria que acontece ahora en el mundo, y si las obedece, podríamos pensar en dos vertientes que acaparan la reflexión humana, a saber, tiempo para pensar en lo que el ser humano es ante tal emergencia, y tragedia, para algunos filósofos y literatos, muy necesaria en la vida.

En lo que respecta al presente, me es grato compartir las reflexiones que han surgido a raíz de esta terrible y necesaria situación. ¿Por qué digo necesaria? Porque soy parte de aquellos que piensan que la tragedia es necesaria en la vida para poder reafirmar su existencia. Ante tal problemática, se evidencia la siguiente proposición: *es necesario reafirmar la existencia del ser humano*. Y podríamos añadir más, ya sea *frente a la naturaleza*, o bien, *en ciertas circunstancias paupérrimas que nos fuerzan a hacerlo*. Pues bien, comparto con la lectora y el lector del presente mis reflexiones, si bien más del lado de la filosofía, en concreto, de la ética vista desde la fenomenología, comúnmente referido a los filósofos contemporáneos preexistenciales, aterrizado en la hermenéutica, en



* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

concreto, una hermenéutica analógica. Puede ser que estos términos sean leídos con total desconocimiento y hasta temor a la filosofía, pero lo que me queda claro es que este conjunto de reflexiones no dejan de ser humanas, no dejan de ver cuán frágil, solitario, descuidado y mortal es el ser humano frente a lo que algunos psicoanalistas y filósofos refieren como las tres intenciones o pulsiones necesarias para su vida: el fracaso, la enfermedad y la muerte.

LA VIDA (HUMANA): ¿UNA APUESTA O UN SALTO?

Cuando el ser humano habla de la vida, ¿a qué se refiere exactamente? Se podría responder que depende del punto de vista al que se encuentre más afín. Los médicos virólogos y epidemiólogos, junto con algunos biólogos, podrían referirse a la vida orgánica. Eso que en griego significa *bíos*. Eso que vive, se descompone y muere; caso común entre lo que somos y lo que es el virus que ahora nos acompaña. Por otro lado, si la pregunta es dada a un humanista, no podría negar esa parte de la vida orgánica, pues, si no respira, por lo tanto, no piensa, y si muere, por lo tanto, sólo se conoce por lo que fue.

Sin embargo, la respuesta podría ir más allá del *bíos* y podría acercarla un poco a lo que Aristóteles planteó como *bíos theoretikós*, es decir, a lo que la vida contemplativa ofrece. ¿Qué ofrece este *bíos theoretikós*? No una vida contemplativa, pero sí una vida más o menos reflexiva; una vida que refleje, que haga mención del reflejo de lo que la vida humana es, no para la enfermedad, sino para el contenido de ella, esto es, un reflejo de nosotros mismos en tanto que seres humanos.

¿Qué es, pues, la vida? Se podría pensar que la vida es un conjunto de experiencias que marcan el ser y la existencia de algo y/o de alguien en relación con lo que lo rodea, esto es, mi compendio de experiencias personales con el mundo. A esto podría surgir una cuestión, a saber, ¿qué hace a la vida? Si quien vive no tiene en cuenta su vida, entonces no es consciente de sí. Por tanto, más allá de los compuestos orgánicos, que médicos, biólogos y hasta astrofísicos nos han ofrecido para comprender la vida, nosotros la pensamos desde la conciencia. Ser consciente de la vida es vivir la vida. Esto, no obstante, nos obliga a impugnar: ¿Cómo se vive la vida? Es cierto que hay un sinfín de manuales que nos dicen qué hacer, cómo vivir bien, qué es la bienaventuranza, entre otras recetas que nos permitirían reflexionar sobre nosotros y sobre otros. Sin embargo, si se es consciente de la vida, la propia conciencia nos indicaría cómo vivirla. Es en ese



punto en donde nos topamos con toda clase de cuestiones en torno a la fragilidad humana, pues, si somos conscientes de nosotros (y de nuestra fragilidad, aun sin comprender bien qué es), acataríamos sin dificultad las indicaciones que las autoridades sanitarias nos dan para hacer frente a la epidemia, y junto a esto se abriría el espejo que posa frente a nosotros para pensar en nosotros mismos: ¿Qué somos frente a la enfermedad?, ¿Qué es la fragilidad?, ¿Cómo se posa la muerte frente a lo que llamamos “dignidad humana”?, ¿Somos lo suficientemente *dignos* como para seguir viviendo *postpandemium*?

¿Cómo vivir la vida? Es una cuestión imparables, incluso compleja como para una respuesta sencilla. Si somos conscientes de ella, no queda más que aceptarla estoicamente tal cual es; es decir, hacernos cargo de nuestra vida humana frente a lo que hoy acontece. ¿Qué acontece? No estamos para señalar a nadie, pero esta pandemia puede ser reflejo de un descuido meramente humano, y si queremos ser exagerados, el reflejo de un fracaso meramente humano. Un descuido en toda la extensión mundial de la palabra. Y escribimos *mundial*, porque, según algunas estadísticas, el virus, hasta el día en que escribimos esta reflexión, está a once países “no soberanos” y “no independientes” de cubrir la totalidad del mundo.

Entonces, hacernos frente de la vida es aceptarla con todas sus amenazas y sus fructíferas experiencias. El problema es pensar en lo fructífero de esta situación. ¡Oh, sí, lo fructífero es la reflexión consciente! Y no sólo una reflexión

pasajera; antes bien, una reflexión a solas, una reflexión desde la condición humana, desde el vacío de ser o no ser frente a la propia existencia miserable, enfermiza y mortal del ser humano. Es, pues, una reflexión humana.

Quienes filosofamos desde la esperanza, podríamos decir que esta situación reafirmará al ser humano, por lo cual podríamos exagerar y preguntar en medio de todo esto: ¿Qué es el ser humano? ¿Quiénes son los más de tres millones (y contando) de seres humanos que hoy están contagiados de la enfermedad del coronavirus? ¿Quiénes son los más de doscientos mil seres humanos que dejaron de ser por tal enfermedad? (Enfermedad y muerte se unen para cesar la existencia de alguien que pudo o no ser consciente de su conjunto de experiencias personales en y con el mundo). ¿Quiénes son los millones de seres humanos que han perdido su fuente de ingresos por esta enfermedad? ¡Cuán frágil es el ser humano hoy! ¡Cuán frágil lo ha sido desde que comenzó a pensar en su grandeza sobre todas las cosas! ¡Cuán frágil ha sido en dos guerras que marcaron lo que él llama *historia universal!* Y sin embargo, esta fragilidad sólo advierte su efímera estancia en el cosmos; y sin embargo, esta fragilidad sólo advierte su vacua existencia ante el cosmos, eso que algunos llaman *su singular puesto en el cosmos.*

Esto me recuerda mucho, entre otros, a Blaise Pascal, quien tuvo un espíritu envidiable. De joven descubrió innumerables fórmulas matemáticas, algunas vigentes en la actualidad; aprendió lenguas clásicas y escribió cuanto su enfermiza vida le permitió. No obstante, no dejaba de ser ser humano, lo cual le permitió vivir y pasar de todo.

Pues bien, entre las cosas que pensó se encuentra el tema de la soledad y el encierro. Para Pascal la soledad y el encierro son motivos de reflexión, de reflejo humano. Son, pues, motivos de acercarse a ver la fragilidad y el vacío que el ser humano porta sobre sus hombros, o bien, que yacen en su corazón desde el singular sitio al que pertenece dentro del cosmos, en la inmersión de la totalidad del universo. No en balde escribió: “Cuando considero la poca duración de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y siguiente [...] el pequeño espacio que ocupo e incluso que veo sumido en la infinitud inmensa de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de





verme más bien aquí que allá, para que sea ahora más bien que entonces”.¹

Pero no sólo eso. Parecería que la vida en estos instantes es una apuesta. ¿Qué se apuesta? Siguiendo a Pascal, se apuesta todo. La moneda tiene dos caras, ambas indican la vida y la muerte juntas; pero un lado indica algo bueno al morir y el otro indica que nada nos espera al morir. Él estaba muy desconcertado por lo que sería de sí después de su vida. Si muero, ¿Qué me espera? Si muero, puedo ver a Dios y me esperará la eternidad y una vida beata. En cambio, si muero y no veo más que nada, ¿Qué me espera? ¡Eso! Nada. ¿Será que la vida es una apuesta? Hemos coqueteado con que, en efecto, lo es. Y si seguimos vivos, ¿Qué nos espera después de esta pandemia? ¿Acaso el ser humano será consciente de tal fragilidad que carga consigo junto a la muerte? ¿El concepto y la *experiencia* de enfermedad cambiarán? Eso podría responderse conforme los casos de lamentables fallecimientos y de contagiados continúen su conteo. Sin embargo, las preguntas

quedan en el aire.

Ahora bien, si somos entusiastas de la vida y de la esperanza, podemos prescindir de la idea de que la vida es una apuesta. Si somos atentos con lo que pasa en el mundo y si somos conscientes de nuestro conjunto de experiencias personales, entonces podríamos dar un *salto*. ¿Qué es el salto? El salto de ser (hasta cierto punto existencial) lo que queremos ser mientras seamos. No, no es tautología, es una re-afirmación, una mera reafirmación de nuestra existencia en tanto que es. ¿Qué somos, entonces, ante esta emergencia? ¿Cómo dar el salto a nuestra reafirmación? No somos sino seres humanos frágiles ante la enfermedad, la muerte y el fracaso. Saltaremos a un modo esperanzador de vivir, de ser y de actuar frente a lo que nos posibilite ser. Esperemos, pues, que el mundo cambie. Tengamos la esperanza de que el mundo cambie de perspectiva de ser, de existir, de mirarse en el espejo de la verdad y la posadera de la muerte. Esperemos el momento en que esta emergencia nos cambie la conciencia y la *imagen* de lo que ahora somos; y si no tenemos la conciencia, esperemos que nos dé una.

Ahora sabemos, ahora somos conscientes de los límites vitales y mortales que atañen al ser humano. Tanto que ha modificado para *subsistir*; el pánico lo

¹ Blaise Pascal, *Pensamientos*, 68, Madrid, Gredos, Madrid, 2012.

ha poseído, y se evidencia (desde mi conjunto de experiencias) al gastar su dinero para subsistir uno o dos meses. Y no sólo eso, también se evidencia (vuelvo a referir a mi experiencia) al confinar colonias enteras. Quienes hayan sido testigos de cómo llevan a cabo el proceso de sanitización, entenderán a la perfección que es una cuestión que rebasa los límites de la ficción: hombres cubiertos en trajes sanitizantes, un tanto parecidos a los de los astronautas, rociando con algún químico las calles y los mercados; camiones de carga hasta con dos remolques, totalmente blancos, dirigiéndose, junto con el estruendoso y veloz andar de las ambulancias (según puedo percibir) a la clínica más cercana, renombrada “Hospital COVID-19”, para repartir las provisiones necesarias de combate, o bien, para dejar (en el caso de las ambulancias) en la sección de urgencias a quienes se han contagiado.

El pánico se ha apoderado del ser humano, y se evidencia a través del sentimiento de soledad, de la ausencia del sentimiento de rudeza y de fortaleza. ¿Se pierden la virtudes? No es posible contestar, pero, insisto, si ven la vida desde la esperanza, se pensará que las virtudes sanarán y morarán en la conciencia del ser humano. “Hay que conocerse a sí mismo. Aunque sólo sirviese para encontrar la verdad, nos sirve por lo menos para ordenar nuestra vida, y no hay nada más justo.”²

Pensar si la vida es una apuesta o un salto, es cuestión de cada ser humano. Pero lo que es evidente, es que no podemos evadir, evitar, negar o esquivar nuestra condición humana, nuestra fragilidad, nuestra aberración a la enfermedad, a la muerte y al fracaso.

LA LLAMADA PANDEMIA: ¿MOTIVO DE REUNIÓN O DE AISLAMIENTO?

Algo cierto es que esta pandemia desnuda. No sólo desnuda el cómo operan los sistemas de salud del mundo o los sistemas político-económicos con los que cada país se dirige y se ordena. Antes bien, esta pandemia desnuda al ser humano; *devela*, tal vez como los griegos pensaron en la palabra *alétheia*, la condición que el ser humano porta consigo mismo.

Se han visto casos en que las personas aplauden al personal médico por el esfuerzo diario que dan al exponer su vida frente a la enfermedad; en cambio, se

² B. Pascal, *Pensamientos*, 72.



ven otros en que las personas insultan y agreden al personal médico exactamente por la misma razón. Incluso se han reportado saqueos y amenazas de saqueo en algunos negocios, mientras que se reportan ayudas y expresiones (entre otras, artísticas) de agradecimiento de y a la civilización, por su labor para con otros. ¡Vaya paradoja humana! Unas veces la humanidad se muestra pura, con vestigios de virtud, y hasta inocente e ingenua; otras veces, en cambio, se muestra barbián, estólida, agresiva y carente de afecto y sentido. ¡Eso es, sentido!

¿Cuál es el sentido del ser humano hoy? ¿Qué significa ser ser humano frente a una pandemia? Si somos quisquillosos, podríamos prescindir del sentido que las autoridades sanitarias dan a la palabra *pandemia*. Nos han recomendado, o dicho con mayor sentido, nos han dado la encomendación de quedarnos en casa, esto es, de *aislarnos*. Con esto dicho, podríamos deducir que la palabra *pandemia* tiene una referencia de aislamiento, de quedarse solo en casa a reflexionar, a ver cómo pasa todo, en fin, a esperar el momento en que esta emergencia termine. Ahora bien, siguiendo el tenor de la quisquilla, si hacemos caso al sentido griego de la palabra *pandemia*, podremos ver que *pandemia* refería a la reunión del pueblo, esto es, el momento en que todos (*panta*) los ciudadanos (*demos*) se reunían, ya sea en el *ágora* o plaza, o en algún lugar determinado, para convivir, para discutir los asuntos importantes de su política y educación, o simplemente para recrearse. Por otro lado, si vemos esta reunión más fondo en nuestra acontecida actualidad, podríamos decir que se manifiesta

como la unión de semejantes que permite la comprensión de sí y de los demás. Por tanto, la palabra *pandemia* tiene un doble sentido: o nos aislamos de todos los seres humanos para no contagiarnos, o bien, nos reunimos con todos los seres humanos (*pandemia*), no para contagiarnos, sino para comprendernos. Es, pues, una reunión simbólica; una unión moral entre pares. El ser humano, por lo tanto, ha de ceder a su desnudez forzada para comprender quién es, quién es el otro y quiénes serán después de que termine esta necesaria tragedia.

Por otro lado, tal vez el confinamiento dé una vuelta a los valores. ¿Qué son los valores? Es una difícil pregunta, pero podríamos contestarla fácilmente y sin rodeos. Un valor es la experiencia de lo que nos marca personalmente y con otros. Los valores se manifiestan a través de las acciones y expresan lo que somos frente a los demás. Si seguimos esta simple conceptualización, entonces deberíamos cambiar la cuestión: ¿es posible que la emergencia sanitaria, en concreto, la pandemia, nos dé valores? Insisto, para los que pensamos desde la esperanza, la respuesta sería sí. La vida en sí misma es un valor, y el ser humano y los seres que co-viven con él son sus portadores.

Tal vez sea momento de dimensionar la realidad tal como se aparece, para hallarle sus valores; no servirán de nada para la realidad, sino para quien la vive. Si seguimos el argumento de la vida visto más arriba, podremos inferir o deducir que los valores nos dan algo de conciencia. El ver cómo resurgen los valores, al asumirnos como naufragos o supervivientes de la enfermedad, nos podría dar un poco de conciencia sobre lo que somos, lo que es el otro, y lo que el fracaso, la enfermedad y la muerte son. Así es, tanto la enfermedad y la muerte tienen su carácter axiológico, y este carácter se evidencia en tanto que somos conscientes



de que ambas son parte de la vida y que ocurren en nosotros; es decir, podemos enfermar en cualquier momento y es una verdad absolutamente cierta el que vamos a morir.

Si se es consciente de la vida y de la muerte, no queda más que respetarnos, no queda más que dimensionar cuán pequeña es nuestra existencia, cuán frágiles, rotos y desequilibrados somos frente a un pequeño virus que ha sido capaz de darle la vuelta al mundo, de enfermar a millones de personas (y a algunos animales) y de matar a cientos de miles más. ¿Qué valores esperar y encontrar durante y después de esta emergencia? Eso depende de lo que nuestras *experiencias* del virus nos hayan dejado. Pero, si seguimos con la rúbrica de la esperanza, nos cambiará la percepción del mundo y reafirmará nuestra conciencia de homúnculos.

Sin embargo, lo complicado no es encontrar valores ante esta emergente situación; lo complicado es *cómo desenvolverlos*, cómo practicarlos. Eso, a nuestro parecer, es una cuestión de desnudez. Si bien la COVID-19 ha sido capaz de desnudarnos desde nuestra humilde humanidad hasta la forma política, social y cultural de ser, tendríamos que responder de una manera similar al develamiento de los valores. Es decir, si fuimos tan susceptibles de ser frente a un virus, no tendría que cambiar nuestra susceptibilidad y nuestra sensibilidad frente a los valores. ¿Cómo expresar tal sensibilidad axiológica frente y con el mundo, de tal manera que esta *pandemia* deje como resquicio la reunión de las personas y no un aislamiento que brote de nuestro egoísmo, de nuestro posible fracaso como humanidad o de nuestro pensar solitario y callado? Fácil respuesta: con amor.

EL AMOR Y LA FACTICIDAD (HUMANA): LA REAFIRMACIÓN DEL SER HUMANO

El amor nos cambia, el amor nos hace conscientes de nuestro acontecer por el mundo, el amor nos redime y nos reafirma como los seres que somos en el cosmos. El amor, al igual que la muerte, que la enfermedad y que este virus, cambia nuestra facticidad. ¿Qué es esto? La facticidad es el vivir consciente de todos los días, muy cercano a la ordinariedad o cotidianeidad. La diferencia radica en el sentido; la facticidad tiene sentido, le da sentido y significado a la vida.

El presente que ahora acontece parece estar *desfactizado*. Y esto se evidencia cuando arrojamos una mirada a nuestros adentros y exclamamos: ¡Cómo puede estar pasando esto! El asombro ante una situación tan escabrosa parecía casi

ficticia. Sin embargo, el asombro y la situación escabrosa *existen* en nosotros, de tal forma que han cambiado nuestro ritmo de vida; de tal forma que, incluso, han llegado a hacernos extrañar a las personas que rodeaban esa facticidad, sean amigos, familiares, colegas, jefes, el perro de la otra colonia, en fin, extrañar lo que, sin saber, llenaba de sentido nuestra vida. ¿Qué se expresa con esto? Dos cosas: en primer lugar, que el amor, al igual que el virus, reafirma y cambia el sentido de nuestra vida; en segundo lugar, que para amar necesitamos a otra persona, otro ser, alguien que sea portador de nuestro amor, para que cambie nuestro ritmo de vida, esto es, para que dé sentido y significado a nuestra humana facticidad.

El amor da sentido, el amor *factiza*, el amor reafirma nuestra fragilidad, el amor nos humilla frente a lo que desconocemos humanamente. Es decir, el amor rebaja el orgullo, la ojera y la soberbia, de tal manera que nos deje en la humildad para recobrar lo que nos dignifica como seres humanos, y como seres orgánicos vivientes y limitados.

Sería una exageración pensar que la pandemia le da sentido al amor; es más, sería un grave error pensarlo así. Antes bien, el amor en sí mismo es un valor que absolutiza y que llena de sentido las experiencias del mundo que el ser humano tiene. No es posible saber si en este momento el amor se reafirma constantemente, pero lo que sí es seguro es que con amor podemos cambiar nuestra existencia y reafirmar nuestra humanidad. Resurgirá la virtud, resurgirán los valores, se reafirmará el sentido de la vida, y con todo ello, la conciencia del ser humano como receptor de todas esas vivencias fácticas.

Espero que esta reflexión sea fructífera y sea de ayuda a quienes quieren reafirmar su fragilidad y su amor por lo que existe consigo.

CONTROL Y UNIÓN: REALIDAD HUMANA DESPUÉS DEL *SARSCOV-2*

Alejandra Cecilia Montero González*

La imaginación se aniquila a sí misma, por una actividad caprichosa, se convierte en tontería común o en un desorden nervioso; cuando la imaginación escapa de la regla de la razón e incluso intenta subyugarla, el hombre abandona la esfera humana y desciende a la esfera de la locura y de los fantasmas.

Roger Bartra

Podemos pensar en Job como el hombre más fuerte ante los infortunios vividos; en Moisés como el poseedor del templo más álgido en medio de todas las plagas en su momento avenidas; en la figura de Perseo como



sobreviviente de la temible Medusa o en Dante como luchador excelso de los infiernos. Lo que encontramos en común en estos personajes es la fuerza interna para continuar con su camino, aunque algo más que los emparenta es ubicarse fuera de esta época; incluso, fuera de esta realidad. Entonces, ¿qué es lo que pasa con el ser humano “normal”? ¿Cuándo no se es hijo de dioses, profeta o héroe de nuestra propia novela? El ser humano *normal*, o *animal racional*, sólo cuenta con su mente. La mente es regidora de actos, actitudes,

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

fortaleza, pensamientos y sensaciones; es causante de felicidad, pero también de tristeza y sufrimiento. La proeza que tenemos frente a nosotros, pertenecientes a la época contemporánea, es alcanzar esa misma fuerza. Tarea no sencilla porque requiere de esfuerzo, entrega y renuncia. Además, también se nos pide lucidez para saber que el sacrificio no será sólo por mí, sino en beneficio de la humanidad, concepto muchas veces olvidado o desconocido por los habitantes de este lugar o, más precisamente, de este mundo concebido como totalidad.

El olvido del hombre por el mismo hombre y por la vida natural, aunado a sus excesos en esta realidad, ha comprometido su existencia y la de todo lo demás. El espíritu de resiliencia que alguna vez lo caracterizó o que en otra época le sirvió de inspiración, se ha dejado empeñado en los placeres inmediatos. El resultado es haber perdido la perspectiva social; por ello, el ciudadano ha quedado relegado a un segundo plano.

El desastre social provocado por la enfermedad COVID-19 nos pide reparar en el pensamiento oriental y en algunos pensadores filosóficos que coinciden en que nuestro modo de pensar y sentir colorea nuestra percepción del mundo en el que vivimos. La noción espiritual y racional se conectan en esa máxima que respalda al hombre ante la adversidad y es el mismo apoyo que se pide hacer surgir entre dos viejas contrincantes para salvar a su empleador: la ciencia y la filosofía.

Pese al antagonismo precisado, ambas disciplinas, filosofía y ciencia, comparten semejantes intereses desde la antigüedad: tanto la filosofía práctica, o ética, como la ciencia de la medicina comparten el principio estoico de *sustine et abstine*. La máxima estoica de “aguanta y resiste”, sustentada como un principio



esencial de ambas disciplinas, da cuenta del poder conferido a la razón del hombre para dominar su conducta. Los sentidos y la mente son sometidas al mismo hombre cuando éste hace suyo el principio estoico comprendido como máxima racional. Por ello, ante la pandemia que atravesamos, requerimos intentar guiar la actitud del hombre por un camino de costumbres humanas de sanidad, físicas y mentales, para recuperar su orientación hacia la sociedad y hacer surgir un fuerte sentido de comunidad.

En esta nueva peste del siglo ^{XXI} resulta claro ver la falta de igualdad comunitaria por la apropiación de los recursos naturales llevado a cabo por una pequeña oligarquía. La emergencia que enfrentamos nos pide replantearnos el camino tomado para la construcción de la actual realidad democrática, cuyo papel ha versado en la articulación de la propiedad privada y estatal. Realidad lejana del proyecto comunitario original que impele la restitución de lo social. La situación presente exige claridad mental para encausar el pensamiento al proyecto original del hombre planteado por su particular naturaleza social: adhesión a lo *común*.

El enemigo que enfrentamos parece invisible, sólo vemos sus efectos, pero no vemos cuándo ataca; sabemos cómo lo hace, pero la no tangencialidad de su presencia, en varias ocasiones, nos impide extremar precauciones. De manera contraria, cuando no vemos su presencia, nuestra mente puede dar rienda suelta a la imaginación y sucumbimos a la aprensión. Lo importante en este punto no es abandonarse al desaliento y fatalidad de lo que no vemos, sino comenzar por aceptar y entender nuestro miedo hacia la posibilidad de contagio para ayudar al otro con su miedo a la incertidumbre de lo que pueda pasar en la realidad. Somos seres finitos, seres que morirán, y, como tales, todos deseamos el bienestar.

Partir de la igualdad para llegar a la justicia; buscar lo común para encontrar el bienestar perdido por la sociedad, aunque lo social haya estado en declive desde que situó lo individual como principio de realidad. Lo común implica la reconstrucción de los lazos sociales; no sólo con el individuo, sino con todo lo que lo rodea: naturaleza, familia, ciudad, mundo y realidad. La recuperación del vínculo con la tierra tenía que ser gradual, pero el poco cuidado y respeto que tuvo el hombre con su realidad lo ha entregado a esta caída vertiginosa en que nos encontramos, marcada por la estrepitosa adquisición y propagación del virus: desapego, violación, explotación, deforestación; consumo, egoísmo, acumulación y apatía. Resultado: aniquilación..., aunque también puede ser renovación. Para ello requerimos la recuperación del proyecto social del hombre para vincularlo

con el antiguo ideal de comunidad. La restauración de los valores morales debe prevalecer antes que la restauración capital de la economía global, porque antes que la mercancía, fue lo social, y es necesario recuperar el camino comunitario que procuraba salvaguardar el principio de equidad.

Situarnos frente a la nueva realidad suscitada por el virus *SARSCOV-2*, nos hace conscientes de lo inevitabilidad de la vida: su cesación. Ante esta realidad pandémica, hacemos frente a la *impermanencia* inherente a todo humano, porque nos damos cuenta de que cualquier reflexión o acción, por buena que sea, en algún momento será alcanzada, y superada. Ante esta inevitabilidad de la muerte de la mayoría de los infectados, debemos buscar fuerza en cada instante, cultivando la fortaleza interior, la simpatía y la compasión. Cuando tengamos que morir, habremos hecho lo posible por hacer el valioso intento de regenerar el lazo fracturado de la sociedad, pues toda catástrofe en algún momento debe terminar. La pandemia es una terrible oportunidad para mostrar la fuerza interior que nos permite soportar lo inimaginable. Ante un contexto desalentador, esta crisis nos ayuda a sabernos capaces de sobreponernos y reinstaurar la esperanza en un mundo y en un ser humano mejor.

Dentro de la pandemia aún se pueden encontrar fuerzas sociales que ayuden a la recuperación del proyecto hegemónico de compromiso comunitario, sólo se debe buscar un restablecimiento mental a partir de un nuevo sistema normativo para adecuar al comportamiento. Las normas y la nueva configuración de los estados mentales requieren de cierto control interno, por lo que domar la mente se convierte en imperativo necesario a fin de superar con resiliencia esta crisis de salud y la fortaleza de ánimo o control de la mente, lo cual sólo se puede dar esperando lo mejor. La Organización Mundial de la Salud ha pedido refrendar la mirada en España e Italia para aprender de la “terrible experiencia” de poner lo económico sobre lo social, en cómo la velocidad vertiginosa del virus ha desbordado los sistemas nacionales de salud en un tiempo muy breve. Pero la ostentación económica ha llevado a creer en la magnificencia nacional, en un nacionalismo inmune a cualquier nueva enfermedad o a la consideración de una gripe *sobredimensionada*. Este tipo de visiones elevan la desigualdad social.

Un sistema que procura la constante competencia generalizada, procura un nuevo orden en la relación con uno mismo y con los demás en función siempre de la máxima producción en el menor tiempo posible, y por un *rendimiento indefinido*. Podemos darnos cuenta de que la realidad competitiva no es una

condición natural del hombre, sino producto de una política que busca un cambio acelerado e imperativo de la sociedad, de sus relaciones y de sus subjetividades.

Si las medidas políticas actuales, como lo anteriormente ejemplificado, continúan enfocándose en la expansión del otrora proyecto capital, la pérdida de las condiciones de vida en el planeta se acelerarán y el hombre continuará su tarea de destruir, no sólo la realidad, sino al mismo hombre por un bien particular. El retorno a los desastres naturales, sociales, políticos y militares que hemos presenciado de nada servirá si las políticas redistributivas continúan impulsando el desarrollo capital con la lógica del mercado anclada en la actualidad: competencia social. Un sistema así procura la constante competencia generalizada, procura un nuevo orden en la relación con uno mismo y con los demás en función de la máxima producción en el menor tiempo posible y por un “rendimiento indefinido”. La realidad competitiva no es una condición natural del hombre, sino producto de una política que busca un cambio acelerado e imperativo de la sociedad, de sus relaciones y de sus subjetividades en favor, desde luego, del imperialismo capital.

La realidad que enfrentamos requiere cooperación humana que sólo es posible con la conciencia de responsabilidad y solidaridad. El respaldo que la filosofía, como posibilidad de un modo de vida, da a la ciencia, es esencial para cumplir la norma de apartarnos en casa sin hundirnos en el tedio, pavor o melancolía. Lo anterior no significa dominar todo el bagaje teórico-racional de la disciplina para poder llevarla a la práctica, sino un dominio mental para





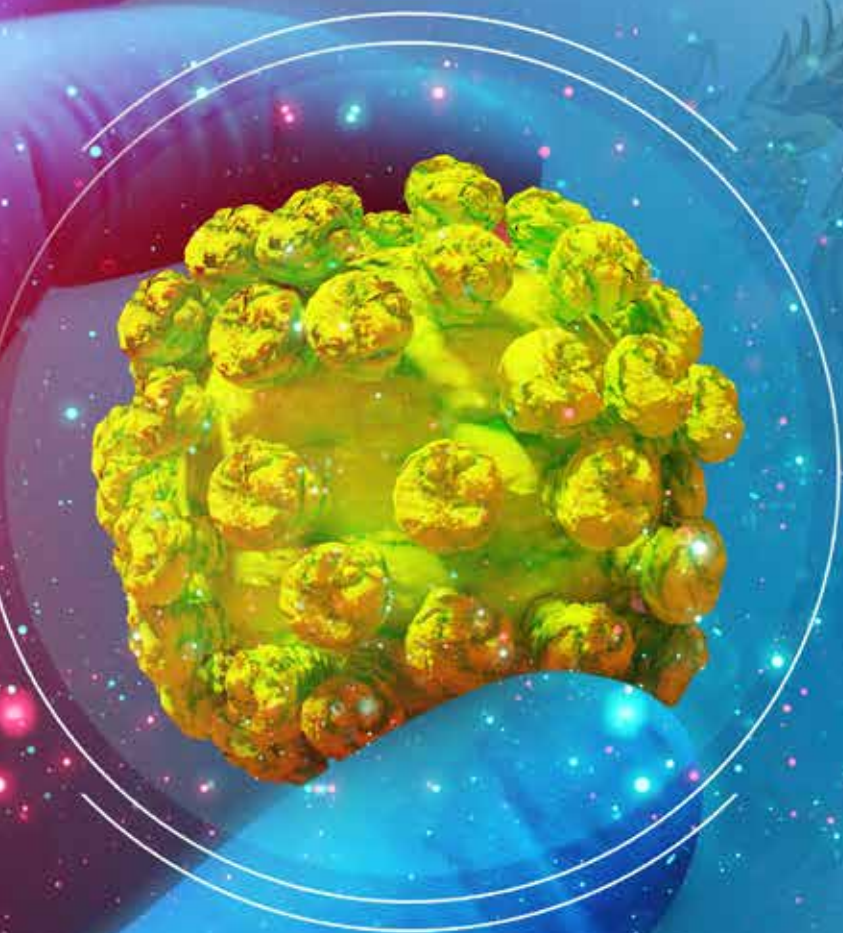
adecuarse a este nuevo cambio de realidad. El encierro nos pide fortaleza física y vital, pero mientras no logremos la actitud mental correcta, el cansancio y la desesperanza continuarán indefinidamente y nos impedirán reestablecer los lazos de solidaridad que hemos logrado ante la adversidad. Los esfuerzos de las víctimas y socorrista del sismo de 2017 son un reflejo del grado de lucidez que el humano puede alcanzar si renuncia a sí mismo por el bienestar de los demás.

El virus *SARSCOV-2* se nos presenta como la posible nueva plaga milenaria que reivindica la necesidad de reconsiderar al otro ser humano como pieza clave elemental para superarla y también reclama una actitud solidaria con todos. El reto es derogar el sentimiento *egoísta* del hombre para superar la pandemia y ello significa advertir los peligros que los distintos estados mentales puedan generar en la consideración de la nueva crisis sanitaria mundial, en la consideración de la realidad y en la consideración del otro. La apuesta no es pretenciosa, el ser humano ha logrado antes apartarse de sí ante la adversidad (solidaridad del sismo de 2017). En esta nueva catástrofe humana, el ser humano puede ayudar a generar una confianza y respeto al mundo, al individuo, y una responsabilidad del individuo en el mundo. Ante ello, el problema que se presenta es lo que acompaña esa responsabilidad: la libertad y, por tanto, la imaginación acompañada de sus ficciones, a veces desenfrenadas, que es necesario controlar. El riesgo de la mente, entonces, son las invenciones de la imaginación y, por ende, la comprensión de la nueva peste debe llevarse a cabo procurando un adecuado orden interno que regule las acciones y el comportamiento del individuo en el mundo.

Todos desean vivir, y recordarlo en medio de la crisis nos puede llevar a nuevos modos de vida que redundarán en estilos más solidarios y comunitarios, modelos de vida que vayan más allá de los propuestos por los tradicionales Estados-nación. Por tal motivo, debemos revisar las frágiles estructuras sociales y de la realidad del ser humano, en específico aquellas que aceptamos como baluartes de nuestra comunidad. Si la civilización humana pretende ser construida bajo la idea de lo común, esta crisis vírica puede verse como un momento radical para reconsiderar el valor que el ser humano pueda tener como parte del sentido nacional de una sociedad. La recuperación del estado de permanencia con el otro debe trabajarse para conquistar la solidaridad. La participación conjunta dentro de esta crisis que enfrenta la humanidad proporcionará de vuelta el carácter de dignidad colectiva y personal. Ello sólo será posible si se concibe a cada uno de los integrantes de la sociedad como un ser irrepetible, único e insustituible con el que se pueda formar un sentido de comunidad. En la medida en que cobremos mayor consciencia de las necesidades y deseos de los demás como un todo perteneciente a la comunidad, las fricciones y los conflictos podrán disminuir, no sólo en nuestro hogar, sino en todos los demás aspectos de nuestra vida. La participación de la ciudadanía en el llamado estatal es esencial para lograr el restablecimiento de los vínculos solidarios con el otro y para recuperar la confianza perdida en la sociedad.

Después de la experiencia con la pandemia es imperativo recuperar los lazos sociales, familiares y con la misma naturaleza. El mundo que habitamos requería un respiro y la única manera que encontró para procurarse un contacto con sus orígenes fue frenar de tajo las ansias capitalistas de lo individual. La enfermedad causada por el virus SARS-COV-2 permitió un encuentro con el mundo, con la familia, con lo social y con el planeta que ahora debe ocuparse por salvaguardar. La crisis actual de salud debe vincularnos con este antiguo ideal del hombre como ser perteneciente a la sociedad no capital, sino de valor moral común.

Sin embargo, el confinamiento aún no termina y no sabemos cuál será la jugada decisiva de la política estatal. En este punto, la pregunta que queda en el aire es si realmente aprenderemos algo de esta tragedia, si las consecuencias de esta crisis global son suficientes para que el hombre lleve a cabo un cambio sustancial o si volveremos a la inercia de la vida cotidiana. El futuro es incierto: el fin de la pandemia puede significar una utopía o una distopía. Cabe entonces recordar la acertada pregunta del filósofo esloveno Slavoj Žižek: ¿Dónde terminan los hechos y dónde comienza la ideología?



CORONA
COVER



HEFESTO: UNA LECCIÓN DE ESPERANZA EN TIEMPOS DE COVID

Jesús Ayaquica Martínez*

El cambio es una de las características más notorias de nuestro panorama contemporáneo; como nunca antes, los avances en materia de tecnología, comunicación, ciencia y muchos ámbitos más, han dado lugar a una realidad que se transforma a un ritmo vertiginoso, provocando una serie de consecuencias tanto a nivel social como en términos de la vida material y psíquica de los individuos.

En estos meses transcurridos de 2020, la turbulencia nos ha llegado de manera principal a partir de la emergencia sanitaria provocada por la epidemia de COVID-19, causada por el virus SARS-COV-2, cuyo impacto en la salud, en la vida económica y en la dinámica social ha alcanzado prácticamente a todos los rincones del planeta. Para el momento en que se escriben estas líneas, estamos por llegar a los tres millones y medio de casos confirmados a nivel global y se cuentan casi 250 mil fallecidos por esta causa.

Mientras algunos países, severamente afectados por la pandemia, comienzan el retorno a la actividad, en México, el panorama todavía no es prometedor; pese a las medidas de contención del contagio, implementadas en la llamada *fase 3*, nuestro país se acerca a los 17 mil casos y ya sobrepasamos las 2 mil defunciones. Aun cuando apenas asoma la meta de *aplanar la curva*, punto medular de la estrategia difundida por nuestras autoridades sanitarias para hacer frente a esta crisis, los números siguen creciendo.

Las medidas puestas en marcha desde el pasado 23 de marzo, bajo el lema “Jornada Nacional de Sana Distancia”¹, tales como el llamado a la población para quedarse en casa y el distanciamiento social, que buscan evitar que se incremente el número de contagios y se saturen los hospitales, han provocado que muchas

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

¹ Cfr. Secretaría de Salud, *Sana distancia COVID 19*, México, Gobierno de México, 24 de marzo de 2020 [en línea], <https://www.gob.mx/salud/documentos/sana-distancia>

personas vean trastocada de modo radical su forma de vida; en situaciones así, es natural que experimenten la necesidad de hacer un ajuste interior, de poner en la balanza sus prioridades y de que su vida adquiera un rumbo definido, que sea algo más que inercia y sólo una existencia dedicada al consumo, a la preocupación por las nuevas noticias y a la satisfacción apurada de lo básico.

En ocasiones, la búsqueda se emprende porque la vida parece caerse a pedazos; las relaciones con los seres cercanos se convierten en campo de batallas interminables, agravadas por el confinamiento; el trabajo, si aún se conserva, se vive como actividad desbordante, sin sentido ni posibilidad de mejora, y en riesgo de perderse en cualquier momento; en este escenario, la salud se ve amenazada permanentemente por el peligro de un contagio; el cuerpo parece ponerse en contra y negarse a continuar y las personas viven una continua zozobra por la preocupación de ser abatidas por el enemigo invisible.

En muchos individuos, se hace cada vez más fuerte una sensación difusa y persistente de malestar generalizado que provoca la impresión de que el mundo se les viene encima repentinamente. Estrés, somatización, ansiedad, neurosis, obsesión, paranoia, depresión y sus combinaciones, son términos cada vez más comunes para describir el estado cotidiano de un número creciente de personas en esta crisis.

Frente a este panorama, y como resultado del esfuerzo por encontrar puntos de referencia sólidos y estables en un mundo enfermo, que se mueve a velocidad de vértigo, podemos apreciar un auge en los movimientos religiosos, en las



prácticas de meditación y diversas corrientes de superación personal y búsqueda de la paz emocional; flamantes gurús cibernético-esotéricos surgen cada día proponiendo métodos de sanación, milenarios y modernos, cuya característica común es destacar la necesidad de un trabajo personal enfocado en los aspectos interiores que se consideran más deteriorados, para hacer frente de manera más efectiva a una realidad cambiante y amenazadora.

Desde la mirada del psicoanálisis, los mitos representan singulares medios para escenificar la situación interior de los seres humanos y también las condiciones de la dinámica colectiva. Para diversos autores, estas narraciones cumplen una función privilegiada para el equilibrio mental de los grupos sociales, pues mediante ellos expresan alegóricamente sus emociones y dan satisfacción simbólica a sus deseos inconscientes; los mitos, pues, permiten exteriorizar y canalizar las fobias y los apetitos reprimidos de esa sociedad. En este sentido, es ampliamente conocida la utilización de personajes como Edipo, Narciso o Electra, para ilustrar algunos mecanismos básicos del funcionamiento psíquico, normal y patológico.²

Según algunos pensadores psicoanalíticos, la razón de que tales historias sigan teniendo vigencia y continúen generando profundas emociones al contemplarlas en el teatro o la pantalla se debe a que, en esas narraciones, vemos representado externamente el drama que cada uno vivimos en nuestro mundo interior, día a día, más o menos de cerca.

En esta ocasión, quisiera proponer al lector la recuperación del relato acerca de uno de los antiguos habitantes del Olimpo, cuya historia puede servirnos de inspiración ante las condiciones que compartimos debido a la pandemia. Es, además, un excelente ejemplo de los recursos personales que podemos desarrollar en nuestra búsqueda espiritual de caminos más sanos y seguros. En las siguientes líneas, los invito a conocer a un singular personaje de la mitología griega y a escuchar el mensaje de esperanza que su historia tiene para nosotros en tiempos de COVID-19: les presento a Hefesto.

Dios griego del fuego, los volcanes y los herreros, es reconocido en el imaginario popular como el artesano de los dioses. Su estampa, inmortalizada desde la época clásica en vasijas y esculturas, y más recientemente en óleos y películas, nos lo presenta como un hombre feo, rengo y deforme, de largos y

² Cfr. Guillermo Bodner, "Apuntes sobre la función del mito en el Psicoanálisis", *Temas de Psicoanálisis*, publicación semestral de la Sociedad Española de Psicoanálisis, núm. 11, enero de 2016.

enmarañados cabellos, ataviado de una túnica sin mangas, sucio y sudoroso, siempre trabajando en la fragua y el yunque, con un martillo a menudo en llamas.³

Era objeto de espanto para los hombres y de aversión para los dioses, no obstante, su maestría en el manejo de múltiples materiales es legendaria; se le atribuye la construcción del palacio del mismo Zeus y diversas narraciones le reconocen la forja de casi todos los objetos metálicos con poderes usados por los dioses, como el casco y las sandalias de Hermes, el radiante carro de Helios y diversos escudos, como el de Aquiles y Eneas; es también el artífice de Pandora, la primera mujer, elaborada a partir de arcilla por encargo de Zeus, para introducir toda serie de males en la vida de los hombres, como castigo por la osadía de Prometeo de darles el fuego.

Sin embargo, los relatos conocidos han recogido pocos datos acerca del origen de su cojera y de algunos rasgos psicológicos que distinguieron la personalidad de Hefesto dentro de la comunidad de los inmortales. Como sucede con diversos personajes de la mitología griega, existen historias divergentes y hasta contradictorias acerca de algunos hechos que marcaron su vida. Su propio nacimiento está envuelto en la controversia: mientras unos autores afirman que fue hijo de Hera y Zeus, concebido fuera del matrimonio en un arranque de pasión, otras tradiciones señalan que su altiva madre lo engendró sola, como revancha por el nacimiento de Atenea, hija de Zeus, sin intervención de mujer. No obstante, si consideramos que en una versión del mito es el propio Hefesto quien golpea la cabeza de su padre para el alumbramiento de su hermana menor, la venganza de Hera no tiene ningún sentido. En todo caso, es de gran interés que en el pensamiento griego, reflejado en estas narraciones, los destinos de Atenea y Hefesto —la sabiduría, la guerra y la fabricación de las armas para ella— estén unidos indisolublemente.⁴

También encontramos explicaciones opuestas al investigar la fealdad de nuestro personaje; una leyenda cuenta que Hefesto nació deforme, sin la característica belleza de las otras divinidades, y la propia Hera, quien lo había concebido sin amor, debido a que estaba enojada con Zeus, sintiéndose avergonzada de dar a luz a una repugnante creatura, indigna de su majestad, arrojó al niño desde la cumbre del monte sagrado. Otro de los relatos

³ Jacques Brunschwig y Geoffrey Lloyd, *Diccionario Akal de El Saber Griego*, Madrid, Akal, 2000, p. 63.

⁴ Vid. Robert Graves, *Los mitos griegos*, Madrid, Ariel, 2008, pp. 14 a 16.



conservados señala, en cambio, que la causa fue su intromisión en un conflicto conyugal: intervino a favor de su madre durante una violenta discusión con Zeus, quien ciego de ira por lo que pensaba era un complot familiar en su contra, tomó a su hijo del pie y lo arrojó del Olimpo. En cualquier caso, Hefesto viajó por los aires por largo tiempo hasta que cayó al mar; dos deidades del océano lo rescataron, lisiado, maltrecho y casi sin respiración y lo trasladaron a la isla de Lemnos, donde los habitantes lo reanimaron, cuidaron de él hasta que creció y le enseñaron las técnicas de la artesanía, de la que se convirtió con el tiempo en el maestro absoluto.⁵

Ambas versiones coinciden en el hecho de que la monumental caída no produjo la muerte de nuestro protagonista, pero sí la fractura de sus piernas y la dislocación de caderas, lo que dejó una secuela de por vida y afeó todavía más su aspecto: una cojera muy característica que le impediría caminar con normalidad y le obligaría a ayudarse con un palo; algunas vasijas incluso lo representan con las extremidades al revés y Homero en la *Iliada* lo designa con el epíteto de “el ilustre cojo de ambos pies”.⁶

Hefesto, pues, nos presenta la cruda realidad de un infante no planeado, cuyo nacimiento no es recibido con amor, crecido en un ambiente tóxico sin el

⁵ Elvira Barba, Miguel Ángel, *Arte y Mito. Manual de iconografía clásica*, Madrid, Sílex, 20008, p. 211.

⁶ Homero, *Iliada*, Madrid, EDAF, 2000, p. 292.



calor de un hogar y odiado por no cubrir las expectativas de sus padres; lastimado en su cuerpo por crueles escenas de violencia doméstica, que le dejarán secuelas permanentes; dañado en su autoestima por una herencia genética poco atractiva; repudiado y víctima de los celos, conflictos y envidias de sus propios cuidadores. En fin, la amarga situación vivida por muchos niños y niñas en la Grecia antigua y también en el México de nuestros días, herido por la emergencia sanitaria.

No es difícil intuir que un pequeño como Hefesto, víctima de este entorno familiar disfuncional, estaba condenado a crecer con graves deficiencias en su imagen y con problemas serios en su personalidad. Varias narraciones hacen eco de la naturaleza violenta y vengativa de nuestro personaje; por ejemplo, cierto día, furioso por el trato recibido, alcanzada la fortaleza del cuerpo y la sagacidad de la mente, urdió una astuta revancha: regaló a la diosa Tetis una joya bellísima y cuando Hera la vio, quiso saber quién la había confeccionado; al enterarse de que era obra de su hijo, llena de codicia lo invitó a volver al Olimpo; en respuesta, recibió un exquisito trono de oro, bellamente decorado como regalo de su hijo ausente. Complacida, la diosa tomó asiento, pero cuando trató de levantarse, unas correas invisibles se lo impidieron y quedó atrapada; en vano intentaron liberarla otros dioses y ni siquiera la fuerza devastadora de Ares fue capaz de romper los lazos, pues el conjuro era muy poderoso y el único que podía deshacerlo era su creador.

Hefesto se negó de manera rotunda a trasladarse al Olimpo para soltar a su madre; no sirvieron los ruegos ni las amenazas, pero pudo más la astucia de

Dionisos, amigo suyo, quien lo persuadió recurriendo a los efectos del alcohol y lo llevó a la presencia de la diosa en el lomo de un asno. Sin embargo, el rencoroso hijo no accedió a dejarla libre hasta que fue atendida una demanda: recibir por esposa a Afrodita, la más bella de las diosas, quien tiempo después lo engañaría con el mismo Ares. Por cierto, el ilustre cojo de ambos pies castigaría la infidelidad de su mujer de una manera semejante: confeccionó una red invisible que inmovilizó a los amantes en su propio lecho e invitó a todos los dioses a presenciar el adulterio, para deshonra de su esposa.⁷

Llegados a este punto, es preciso preguntarnos qué elementos positivos pueden rescatarse de este drama de violencia, desamor y venganza. Pese al sombrío panorama que se dibuja ante nuestros ojos, las distintas versiones que se conservan nos permiten alumbrar en esta historia buenas noticias y elementos alentadores acerca de nuestro propio desarrollo.

Si consideramos que nuestro personaje puede representar de manera simbólica los aspectos lastimados, enfermos y desagradables de nuestra propia personalidad, la primera lección de confianza que nos entrega este mito es la certeza de que la vida interior se abre paso y se esfuerza en seguir adelante, pase lo que pase. Cuando las circunstancias nos obligan a pasar penurias, cuando somos golpeados por las situaciones, cuando atravesamos por momentos de amenaza o inestabilidad, cuando no parece haber nada bueno en lo que está por venir, Hefesto representa en nosotros a la vida instintiva que se resiste y se agarra con fuerzas, a veces con estilo y otras con torpeza, y nos ofrece la seguridad de que logrará restablecerse y se pondrá de pie una vez más.

De manera paradójica, el destierro del Olimpo representará para Hefesto una experiencia fundamental de crecimiento y fortaleza. Nuestro héroe, tal como sucede en muchos hogares, viene al mundo en un ambiente de incomprensión o de crueldad por ignorancia o por franca maldad de los que lo rodean. Al nacer, se espera de él que sea, o se convierta en un determinado tipo de persona y se comporte de cierta manera convencional o por lo menos no provoque sobresaltos ni disgustos de cualquier tipo.

Se espera y se exige de él que sea el digno y perfecto hijo que tejieron las fantasías de sus padres sin considerar su realidad; sin embargo, el niño resulta feo y además salvaje. En cambio, la expulsión de ese lugar le conduce al encuentro

⁷ David Hidalgo Rodríguez, Noemí Cubas Martín y Ma. Esther Martínez Quintero (eds.), *Mujeres en la Historia, el Arte y el Cine*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2011, pp. 48-49.

de divinidades y personas que le ofrecen el reconocimiento y la aceptación que le permiten curar sus heridas, robustecerse y dar salida a los aspectos creativos de su personalidad que estaban agazapados y sin utilizar hasta entonces. Nuestro personaje, gracias al exilio, logra descubrir su verdadera familia psíquica y desarrollar vitalidad y sensación de pertenencia. Se convierte así en un valioso ejemplo de que una persona que adquiere la necesaria fuerza interior —no una fuerza perfecta, sino tan sólo moderada— y la aceptación suficiente de sus condiciones, puede lograr ser ella misma y encontrar el lugar que le corresponde; una persona así puede además influir magistralmente en la comunidad.⁸

Esta historia nos muestra sin duda que la marca distintiva de la vida psíquica es su afán de seguir adelante, su perseverancia, su *resiliencia*, para utilizar el término en boga;⁹ Hefesto nos muestra con seguridad que podemos volver a prosperar o hacerlo por primera vez; aunque estemos apartados de nuestra vida creativa, aunque nos hayan expulsado de una sociedad o de una empresa, aunque estemos viviendo un exilio familiar o un destierro por parte de un grupo, un castigo a nuestros movimientos, pensamientos o deseos, podemos estar seguros de que nuestra vida interna seguirá y continuaremos avanzando. En caso necesario, nuestro espíritu se arrastrará de un sitio a otro hasta encontrar un buen lugar, un lugar curativo, un lugar donde recuperarse y florecer; y florecerá.



⁸ Cfr. Clarissa Pinkola Estés, *Mujeres que corren con los lobos*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 143.

⁹ Vid. María Aracelly Quiñones Rodríguez, *Resiliencia: resignificación creativa de la adversidad*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José Caldas, 2007.

Si tú eres un moderno Hefesto, que estás en la etapa de sentirte expulsado, si te sientes en caída libre, si tienes roto el corazón o lastimado el cuerpo, si tu bolsillo está vacío por la crisis que afrontamos, no temas; puedes tener la certeza de que un nuevo entorno familiar emocional te está aguardando y un nuevo crecimiento personal está por suceder. Estés desmembrado, quebrado, desportillado o deforme, la fragua del artesano de los dioses dentro de ti mismo tiene un remedio y encontrará sin ninguna duda un artificio curativo para tu aflicción.

Para cerrar este texto, quiero llamar la atención sobre el desenlace de la historia que analizamos, pues encierra un hermoso mensaje de perdón y reconciliación hacia ambas figuras paternas. En la escena que referimos antes, Hera queda aprisionada en el trono que su hijo ha confeccionado para vengarse y es de notar que su intención no es provocarle la muerte, ni siquiera parece querer lastimarla, sólo pretende darle una lección. Quiere mostrar su enojo por las experiencias pasadas e inventa una manera ingeniosa de que la diosa experimente en su propio cuerpo la misma tortura de la inmovilidad que Hefesto sufrió por el maltrato recibido. Una vez realizada su venganza, una tradición afirma que permaneció en el Olimpo y logró hacer las paces con su madre hasta el punto de que llegó a poner en riesgo la vida por ella; en una de las múltiples peleas que escenificó con su marido, Zeus la aprisionó con una cadena de oro y nuestro personaje, desafiando el riesgo, la liberó; ello provocó la ira de su padre y su segunda expulsión del Olimpo. Es también legendaria la paciencia y las múltiples ocasiones en las que perdonó las infidelidades de Afrodita, gracias a un amor que se mantuvo vivo, pese a todo.

Y también con su padre logró reconciliarse; la literatura nos refiere que Hefesto era uno de los doce dioses del Olimpo que convivían familiarmente con Zeus y asentó su palacio en la montaña sagrada; así, pese a lo vivido, pese a un pasado tortuoso, logró con el tiempo una amistad y cercanía con su padre y ser de las pocas deidades que llegaron a gozar de tal intimidad; recuperó la confianza al grado de ser el encargado de realizar diversos trabajos especiales para el padre de los dioses.

De este modo, en diversos cultos que se practicaron en su honor en distintos santuarios, Hefesto fue celebrado como el dios del fuego; pero no de cualquier fuego, sino de aquel que sirve para el trabajo de los metales; no se trata del ardor que devasta y consume, sino de la llama que crea y que vivifica. Al mismo tiempo, se afirma que este artífice del alma trabaja en exclusiva con metales preciosos,

dejando de lado los de menor calidad; por ello, se convirtió en la divinidad por excelencia del amor, de la restauración mística y de los vínculos.¹⁰

Del mismo modo, ha sido reconocido por su sabiduría especial, a causa, precisamente, de su deformidad. No es casual que en muchas culturas los tuertos, cojos, mancos y en general aquellos que padecen alguna deficiencia física hayan sido objeto de aprecio y reverencia especial por sus conocimientos profundos de la naturaleza humana, pues su lesión o su invalidez los obligó a edad muy temprana a emigrar a ciertos territorios de la mente y el corazón que están reservados por lo regular a la gente muy anciana y con vasta experiencia.¹¹

Así pues, traer hoy a Hefesto a nuestra memoria es una oportunidad para recordar que en esos mismos aspectos heridos, deformes o inválidos de nuestra vida interior, poseemos valiosas habilidades espirituales para regenerarnos, contamos con toques curativos, con la capacidad de ver en la obscuridad y la confusión y con un poderoso discernimiento que capta lo físico y lo emocional. Escuchar esos aspectos nuestros, conocerlos y confiar en ellos es encomendarnos en unas manos que poseen sabiduría que nos alimenta, nos remedia y nos sostiene, en tanto que pasa el peligro.

Hefesto es un símbolo de nuestros recursos personales para hacer y también para deshacer vínculos materiales y, sobre todo, espirituales. Representa nuestra fuerza interior para mantenernos unidos, para conservar la esperanza en medio de la tragedia, para confiar en nuestras capacidades y, al mismo tiempo, encarna la determinación para romper los lazos que nos aprisionan al pasado, que nos encadenan a relaciones tóxicas, a prácticas poco sanas o a hábitos destructivos de pensamiento.

En un mundo que cambia sin cesar, que está marcado por la violencia continua, Hefesto, el artesano del alma, nos conecta con nuestra potencia interna mediadora, con nuestra capacidad de reconciliación y con los aspectos más amorosos y pacificadores de nuestra personalidad. Aspectos tan necesarios hoy, en nuestro mundo amenazado por la pandemia.

¹⁰ J. Brunschwig y G. Loyd, *op.cit.*, p. 63.

¹¹ *Cfr.* C. Pinkola Estés, *op.cit.*, p. 345.

COMPASIÓN Y CARIDAD DESDE EL HUMANISMO CRISTIANO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ricardo Marcelino Rivas García*

Toda buena acción totalmente pura,
toda ayuda total y verdaderamente desinteresada
que, como tal, tiene su motivo exclusivamente
en la necesidad del otro, es verdaderamente,
si la investigamos hasta su razón última,
una acción misteriosa, una mística práctica,
en la medida en que nace del mismo conocimiento
que constituye la esencia de toda mística verdadera
y no es explicable con verdad de ninguna otra forma...
Por eso... he llamado a la compasión “el gran misterio de la ética”.

Arthur Schopenhauer

Mas tú, Señor, eres un Dios compasivo
y [[leno] de piedad, lento para la ira
y abundante en misericordia y fidelidad.

Salmo 86, 15

Sed misericordiosos,
así como vuestro Padre
es misericordioso.

Lucas 6, 36

La actual situación sin precedentes que vive el mundo entero puede ser vista desde dos ángulos. Por un lado, se puede analizar como un hito que provocará un reacomodo en el orden mundial, donde las dos economías más grandes del planeta se disputan el lugar de privilegio, y al mismo tiempo, la reestructuración del capitalismo postindustrial es confrontado por una recesión

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

económica global. ¿Será el fin de una era de casi trescientos años que inició en Europa, particularmente en Inglaterra, y que desde entonces se había sostenido como el modelo hegemónico y triunfante, especialmente con el fin de la guerra fría?

El otro ángulo de la situación es el de la respuesta concreta que las personas tomaremos ante esta pandemia por la COVID-19, ya sea en el sentido de cuidar y asegurar nuestros propios intereses; o para entender de una vez por todas, y actuar en consecuencia, de que todos los seres humanos somos frágiles, vulnerables y estamos a merced de la naturaleza y factores que escapan a nuestro control o que pudiéndolos controlar, son utilizados con fines de dominio y poder. Desde este punto de vista, reconocer lo anterior puede que genere en nosotros y en las jóvenes generaciones un grado de conciencia moral solidaria y responsable, no sólo tolerante sino compasiva, basada en la justicia, pero también en la donación y en la gratuidad. ¿Podrá ser éste un nuevo comienzo para reconocer y vivir de acuerdo con valores éticos universales, y que éstos se puedan impregnar en nuestros diferentes ámbitos de actuación, yendo desde su ejercicio como virtudes o hábitos operativos hasta quedar plasmados en políticas de Estado?

Una de las tareas de la filosofía desde sus orígenes ha sido el problematizar la realidad, ver nuestro mundo desde una perspectiva más densa y menos simplista, que nos permita ir más allá de la inmediatez y más allá de la ingenuidad, no sólo para complicar las cosas sino para tener una comprensión más profunda de ellas, generar interrogantes y problemas para idear soluciones y respuestas. En la filosofía se da por sentado que nada ni nadie parte de cero; por tanto, siempre recurrimos a tradiciones filosóficas, literarias, religiosas, culturales, desde las cuales apoyar nuestras reflexiones y así darles sustento. A continuación, revisaremos los aportes que el humanismo cristiano ha dado a nuestra cultura occidental desde el punto de vista ético, pero que sin grandes dificultades tales aportes podrían trasladarse a diferentes cosmovisiones o latitudes, ya que no pretendemos centrarnos en el cristianismo como propuesta de salvación y de sentido trascendente, sino como una tradición que, desde sus orígenes y desde sus raíces judaicas y los elementos helénicos recogidos en su protohistoria, hasta sus expresiones en pleno siglo XXI, ha exaltado el valor del ser humano y ha afirmado su suprema dignidad.

En estos tiempos desconcertantes y desafiantes, consideramos pertinente recordar dichos aportes para estimular la respuesta moral que es necesario que las personas demos ante la crisis sanitaria, económica, social, política y moral que nos está dejando la pandemia causada por la COVID-19.

EL HUMANISMO CRISTIANO COMO PROYECTO IGUALITARIO Y UNIVERSAL



El filósofo alemán Jürgen Habermas considera que la trayectoria que ha seguido la cultura occidental no se podría explicar sin el universalismo moral que heredamos de la tradición judeocristiana. Dicho universalismo establece a nivel axiomático la afirmación de la suprema dignidad de la persona humana, la cual se deriva del hecho de que el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios.¹ Ahora bien, dado que la dignidad humana es común a “todos y cada uno de los miembros de la familia humana” —según se lee en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (1948)—, esto

significa que la dignidad es la misma en todas las personas y en virtud de que es compartida por todos, nos mueve a formar una *koinonía*, es decir, una comunión. Desde el cristianismo primitivo se ha afirmado esta concepción, tal y como lo podemos leer en san Pablo, quien expresa lo siguiente: “Ustedes están en Cristo Jesús, y todos son hijos de Dios gracias a la fe. Todos se han revestido de Cristo, pues todos fueron entregados a Cristo por el bautismo. Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús”.² De igual manera enfatiza en otro escrito lo siguiente: “No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos. Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia”³

La igual dignidad entre los seres humanos, —más allá de sus diferencias patentes de cultura, geografía, género, edad o cualesquiera que sean—, constituye una tesis fundamental del humanismo cristiano que le sitúa en el lado opuesto al clasismo, al racismo o gremialismo.⁴ Por ello Edith Stein, filósofa judía y

¹ Génesis 1, 26-27. Cfr., Ricardo Rivas García, “La crisis del humanismo: una revisión y rehabilitación de los supuestos del humanismo cristiano ante los desafíos del antihumanismo contemporáneo”, *Franciscanum. Revista de la ciencia del espíritu*, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, vol. 61, núm. 172, 2019.

² *Gálatas* 13, 26-28.

³ *Colosenses* 3, 9-12.

⁴ Rino Fisichella; “Posmodernidad y Humanismo Cristiano” *Cuestiones Teológicas*, Medellín, vol. 38, núm. 89,

después monja carmelita conocida como Teresa Benedicta de la Cruz (1891-1942), afirma categóricamente: “para el cristiano no hay extranjeros”.⁵ La historia reciente nos sigue enseñando cuáles son las consecuencias de aquellas visiones o actitudes que abren una zanja entre seres humanos, esas que levantan un muro para dividir entre los que se consideran personas y los que no alcanzan tal condición, o aquellas que sentencian quién debe vivir, quién debe recibir la atención sanitaria, y quien no lo merece, apropósito de la actual situación de emergencia sanitaria.



La actual situación de pandemia en la que nos encontramos pone en tela de juicio este valor de la universalidad e igualdad, misma que está expresada desde el primer considerando de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Aunque haya filósofos que se atrevan a vaticinar el fin del capitalismo y la irrupción de un nuevo tipo de socialismo, otros como Byung-Chul Han, piensan de manera contraria, lo cual hasta cierto punto se puede confirmar: el confinamiento, el aislamiento, acentúa el individualismo insolidario, remarca el egoísmo y la tendencia a proteger lo suyo, a buscar el propio interés, la propia seguridad, el propio beneficio.⁶ Si bien es cierto que podemos presenciar en las redes sociales muchas muestras de altruismo y solidaridad, es altamente probable, sin embargo, que esas muestras no sean la generalización, no sean el denominador común en la actual situación, como tampoco podrán ser los objetivos perseguidos en políticas públicas de gobiernos que sólo se preocupan por lo que sucede en sus países, y, por lo tanto, prevalezcan prácticas o conductas de xenofobia, racismo, discriminación, segregación, por factores como la edad, la condición social, el sexo, el origen étnico y geográfico, alguna discapacidad, etcétera.⁷ No obstante, es paradójico que aunque en la

2011, pp. 121-133.

⁵ Francesc Torralba, “Un humanismo cristiano para el siglo XXI” en Francisco Javier Sancho F. (coord.), *Edith Stein: Antropología y dignidad de la persona humana*, Ávila, España, Universidad de la Mística-CITES, 2009, pp. 13-27.

⁶ Byung-Chul Han, “La emergencia viral y el mundo de mañana”, *El país*, 20 de abril 2020 [<https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>]

⁷ En ese contexto, tiene mucho sentido la expresión de Pedro Serna: “no hay acto más fuerte de disposición



práctica no se reconozca esa igualdad (o al menos “equidad”) en las personas, sí se pretenda extenderse y exigirse a otros seres, como nuestras mascotas, a las cuales proyectamos rasgos que son privativos de la naturaleza humana.

Pero estas prácticas o comportamientos no se deben a un defecto del principio de universalidad e igualdad, ni a la herencia del humanismo cristiano, sino que es un problema en su lectura y aplicación real, lo cual provoca que ante situaciones extremas, en situaciones en las que se escasean los recursos o medios para la sobrevivencia, se abra la válvula para que salga la parte más primitiva, salvaje, egoísta y oscura

del ser humano, en contra de cualquier rasgo de sensibilidad, de empatía, de compasión, de donación o de gratuidad moral.

Desde el humanismo cristiano, y desde otras tradiciones culturales y religiosas, se ha afirmado que todo ser humano, por el mero hecho de serlo, tiene una dignidad inherente que emana de su ser y que tiene que ser respetada más allá de sus expresiones culturales, sociales, sexuales y físicas, como hemos apuntado líneas arriba. Sin embargo, es ese humanismo el que nos exhorta a considerar a la persona con una mayor exigencia cuando se encuentra en estado de vulnerabilidad para que sea más respetado y amado que cualquier otro, ya sea por causa de su desarrollo incipiente o de una enfermedad que mutile sus capacidades inherentes, por su edad, por su condición socioeconómica, por su sexo, por su origen étnico y geográfico, puesto que necesita de la atención de los otros para poder sobrevivir a la dureza de la existencia. En este sentido, la vulnerabilidad física, psicológica, social, económica o espiritual no es un pretexto para descartar —como señala el papa Francisco— el valor de un ser humano, sino un motivo para tener más responsabilidad y cuidado de él.⁸

sobre un ser humano que establecer si lo es o no”. Cfr. “El derecho a la vida en el horizonte cultural europeo de fin de siglo” en Carlos I. Massini-Correas y Pedro Serna, *El derecho a la vida*, Pamplona, Eunsa, 1998. Desde otros supuestos teóricos, pero en relación con el tema de la desigualdad, Adela Cortina acuñó el término “aporofobia” para referirse al sentimiento de rechazo no solo al extraño sino principalmente al pobre, el desigual y excluido por antonomasia. Vid. A. Cortina, *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, Barcelona, Paidós, 2017.

⁸ Francisco, *Laudato si*, n. 216 ss.

La fundamentación de tal universalidad e igualdad no resulta nada fácil, puesto que lo que se vislumbra *a priori* entre los seres humanos, como apuntamos, son grandes desemejanzas. Sin embargo, hoy más que nunca es necesario tenerla presente, reafirmarla y visibilizarla. Más allá de las apariencias, existe una extraña raíz común, un sistema de necesidades y de posibilidades persistentes, una naturaleza humana que se expresa, analógicamente, en las distintas personas. Sólo se puede argumentar racionalmente a favor de tal igualdad y universalidad si se buscan estos rasgos comunes (universales) que trascienden las apariencias.

Lo anterior nos conduce a replantearnos la posibilidad y necesidad de recuperar para el siglo xxi la metafísica, sí como aquel discurso que va más allá de lo que se manifiesta a los sentidos externos, y se ocupa de las interrogantes más profundas que asolan al ser humano, a saber, la pregunta por el fundamento de la existencia y el sentido de la vida, la pregunta por la verdad y por las razones para optar por el bien moral por encima del mal, etcétera. Una metafísica que no renuncia a su parte especulativa o teorética, pero que tiene una dirección práctica.

Precisamente, en relación con esas interrogantes metafísicas, el humanismo cristiano se encarga de recordarnos una idea y una realidad innegable e irrefutable, a saber: no somos autosuficientes existencialmente, somos seres creados, somos criaturas. Por lo cual, tenemos necesidad de interdependencia con respecto a todos los seres que configuran el cosmos, no solamente con otras personas sino también con la naturaleza, con el medio ambiente y, por supuesto, con otros seres vivos.

El concepto judeocristiano de *creatio*, que explica nuestra condición de criaturas, nos confirma esos datos irrefutables, es decir, que somos seres finitos, limitados, contingentes, insuficientes ontológicamente hablando (no nos bastamos a nosotros mismos y no nos damos el ser a nosotros mismos) y, por tanto, tenemos necesidad de otros (la naturaleza, la sociedad, la trascendencia). Esto permite concluir en un primer momento que formamos parte de una “comunidad en la finitud”, en la que todo está interrelacionado porque es contingente. Desde concepciones no religiosas esta tesis de la interrelación es comúnmente aceptada. Desde la astrofísica hasta la ecología, se concibe el universo como un entorno donde todo afecta a todo. De igual modo, es posible concebir la insuficiencia ontológica como una impronta universal: nada subsiste por sí mismo, al menos nada de lo finito y creado. No se trata de traer a colación las pruebas de la existencia de Dios de la teología filosófica. Se trata de sostener



argumentativamente, y con cierta base “experimental”, que “todo cuanto es, podría no haber existido nunca; todo cuanto es, dejará de ser. Todo cuanto es, es, por lo tanto, finito y contingente”. De tal afirmación se deriva una idea clara: el ser humano no se ha dado a sí mismo la existencia, ni tampoco él ha traído a la existencia a los otros seres del universo. De esta contingencia se derivan enormes consecuencias éticas. Significa en primer lugar que el mundo no le pertenece, como no le pertenece la vida de ningún ser humano, ni siquiera la propia. La existencia es don y, como tal, debe ser cuidada y amada. Se debe, por tanto, reconocer y promover, cuidar y “venerar” a toda persona porque participa de ese don.

Se ha calificado al humanismo cristiano como antropocentrismo exagerado. Es antropocéntrico, pero no en el sentido en que sí lo era el humanismo moderno de los siglos *xvi* a *xix* —autosuficiente, soberbio y narcisista—. El humanismo cristiano supone una comunidad en la finitud, un sentido de interdependencia con todo lo creado y al mismo tiempo una radical dependencia ontológica del hombre respecto a Dios, su creador. Sí es antropocéntrico —o personalista— en cuanto que pone en el centro a la dignidad de la persona humana, sin perder de vista el hecho irrefutable de su insuficiencia existencial — muy a pesar de las pretensiones del poshumanismo o del transhumanismo—.

En cuanto a la interdependencia, significa que una pequeña alteración en una parte afecta al Todo. La interdependencia se contrapone directamente a la



idea de autosuficiencia. El ser humano depende de otros, del entorno, del agua, del aire, en definitiva, del equilibrio ecológico del mundo, necesita ser cuidado por los otros y asumir la responsabilidad de cuidar a otros. Del mismo modo, las otras especies dependen también del círculo de la vida y de la acción humana. Si todo es interdependiente, la acción no puede percibirse de modo egocéntrico, porque tiene siempre efectos para otros, ya sea a corto o a largo plazo. Esta idea de interdependencia exige responsabilidad.⁹

Sin embargo, de la idea de interdependencia y de igualdad no se deriva la uniformidad, pues todos los seres son contingentes e interdependientes, pero cada uno tiene su naturaleza, sus propiedades, su complejidad y su riqueza inherente. El ser humano, precisamente, porque puede llegar a ser consciente de su presencia en el mundo, y tiene en sus manos la tarea de hacerse cargo de ello, tiene un grado de responsabilidad mayor a la hora de gestionar su libertad ante sí mismo, ante los demás y ante los demás seres de la naturaleza. En definitiva, reconocer nuestra condición de criaturas supone, al mismo tiempo, un acto de humildad, un acto de reverencia ante el absoluto y un acto de responsabilidad solidaria ante el prójimo y ante el resto de la creación.

⁹ Como señala Carlos Llano: “El hombre no está hecho para conservar el universo. El universo está hecho para que el hombre pueda habitarlo; por eso el hombre tiene que cuidarlo, porque es su hábitat, donde vive”. *Vid. Viaje al centro del Hombre*, Madrid, Rialp, 2003, p. 6.

¿Todo lo dicho anteriormente nos lleva a la conclusión problemática de que es necesario asumir el humanismo cristiano para practicar la solidaridad, la caridad y tratar a las personas como iguales en esta situación sin precedentes como es la emergencia sanitaria que estamos enfrentando?; en otras palabras, ¿Si no suscribes los postulados del humanismo cristiano no estás obligado y responsabilizado de respetar y cuidar a las personas, independientemente de sus condiciones de edad, económicas, sociales, étnicas, geográficas, etcétera?

¡Definitivamente no! Hay una exigencia moral, que es racional, de cuidar a la persona y tratarla como fin y no como medio para ningún fin, independientemente de si se es cristiano, agnóstico, kantiano o marxista, ateo, etcétera, siempre y cuando partamos en principio del reconocimiento de su ser personal.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA COMPASIÓN

A propósito de esto, y tomando distancia por un momento de los supuestos del humanismo cristiano, es posible reconocer ese rasgo de pertenencia a una comunidad de la finitud y a partir de ella fundar las exigencias morales en estos tiempos tan difíciles. Esa comunidad de la finitud la podemos articular desde la experiencia del sufrimiento y de la compasión como su respuesta.

Para el filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1869) —cuyo pensamiento está marcado por un pesimismo de hondo calado— en este mundo tan sólo hay individuos atrapados por el dolor inevitable que produce en torbellino absurdo que arrastra sin intencionalidad alguna a todo ser, es el impulso ciego de la Voluntad (voluntad de vida). Las injusticias empiezan y acaban en los individuos que las producen y las sufren. En su obra titulada *Los dos problemas fundamentales de la ética*, publicada en 1841, escribe: “El reproche más duro que se hace a los chantajistas codiciosos y a los rufianes legales, sea el de que se han apoderado de los bienes de viudas y huérfanos: precisamente porque estos, al estar totalmente desamparados, deberían haber despertado la compasión más aún que los demás”.¹⁰ Para este filósofo, el mundo humano y el mundo natural son radicalmente injustos. Y cualquier intento de transformarlo no puede sino acabar en el fracaso, pues alteraría su naturaleza. La constante en la naturaleza es una lucha por la supervivencia en la que cada criatura, impulsada por la voluntad de vivir, se ve obligada a enfrentarse con las

¹⁰ A. Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 26.

demás. Sin embargo, para Schopenhauer, el mal y el sufrimiento son anteriores al individuo, no nacen de la subjetividad, sino de unas condiciones objetivas. Así que no alberga esperanza alguna de que la acción individual o colectiva pueda modificar la realidad que consiste en una repetición sin fin de lo siempre igual. Pero hay una posibilidad: “Eso supone necesariamente que yo compadezca (*mit leide*) directamente en su dolor como tal, que sienta su dolor como en otro caso sólo siento el mío y que, por lo tanto, quiera inmediatamente su placer como en otro caso sólo el mío. Mas eso requiere que de alguna manera esté identificado con él, es decir, que aquella total diferencia entre mí y todos los demás, en la que precisamente se basa el egoísmo, sea suprimida al menos en un cierto grado”.¹¹

También nos dice que “Todo amor verdadero y puro supone propiamente la compasión, y aquel amor que no sea compasión no es sino egoísmo. El egoísmo es el *eros*, la compasión es el *ágape*”.¹² Desarrolla una teoría ética de la compasión, desde la que el dolor y el sufrimiento, la carencia, la privación y la necesidad “es lo inmediatamente sentido. En cambio, la naturaleza de la satisfacción, del placer, de la felicidad, consiste solamente en que una privación es suprimida y un dolor acallado”.¹³ Sólo el sufrimiento y el dolor del otro suscitan directamente en nosotros el sentimiento de compartir el dolor, de com-pasión (*cum pati* = padecer con).

Schopenhauer describe cómo el sufrimiento del otro nos puede mover a obrar o dejar de obrar. O bien como contención para no causar daño al otro, y en este caso se identifica con la justicia, o bien como impulso para la ayuda activa, para aliviar el dolor del otro, y entonces se traduce en caridad. Ambas virtudes tienen su origen en la compasión natural: no ofender y ayudar para no hacer sufrir o aliviar y suprimir el sufrimiento del otro.

Por supuesto que las conclusiones a las que llega Schopenhauer pueden tener una inspiración religiosa, pero este autor, ateo, no aceptará tal interpretación de su aportación sobre ambas virtudes.

Ya en el siglo xx, Max Horkheimer (1895-1973), director del célebre Instituto de Investigación Social en la Universidad de Frankfurt, y su colega y amigo Theodor Adorno (1903-1969), exiliados en Estados Unidos durante el régimen nacionalsocialista, se referían a la compasión como una cualidad que desafortunadamente ha sido desarrollada solamente por unos cuantos individuos que han alcanzado cierta talla moral, no obstante, que es un rasgo

¹¹ *Ibidem*, p. 232-233.

¹² A. Schopenhauer, *Metafísica de las costumbres*, Madrid, Trotta, 2001, p. 155.

¹³ A. Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, p. 235.

de nuestra naturaleza humana. La compasión es entendida como resistencia, denuncia y protesta contra las estructuras sociales injustas que oprimen y hacen imposible vivir con dignidad.¹⁴ No la reducen a ser sólo una respuesta compasiva frente al individuo concreto en su situación singular. Es resistencia a “lo que no debe ser”, a toda forma de dominación y sometimiento; al mal, a final de cuentas. La compasión es resistencia, denuncia y protesta para que el mal no venza, no tenga la última palabra.¹⁵ El dolor de una sociedad herida, está constantemente presente en el pensamiento de estos filósofos y es la llave de bóveda que permite encontrarse con la profundidad de su perspectiva moral. Dicha perspectiva se resume en una propuesta para vivir la compasión solidaria para con las víctimas de la irracionalidad, los vulnerables y humillados; para hacerse cargo de la injusticia y del sufrimiento.¹⁶

COMPASIÓN Y CARIDAD

No es sólo una postura de filósofos e intelectuales afirmar el carácter egoísta, insolidario, agresivo y violento de la naturaleza humana. Es también una opinión generalizada entre las personas con las que nos topamos ordinariamente y, desafortunadamente confirmada con frecuencia, con una serie de comportamientos, decisiones y manifestaciones observadas en los diferentes medios, las cuales hacen “perder la fe en la humanidad”. Sin embargo, la historia de la humanidad ha estado atravesada por manifestaciones heroicas, positivas, que desafortunadamente



¹⁴ Max Horkheimer, *Materialismo, metafísica y moral*, Madrid, Tecnos, 1999. Vid. También Theodor Adorno, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1975.

¹⁵ T. Adorno, *Minima Moralia*, Madrid, Akal, 2004, p. 44.

¹⁶ M. Horkheimer, *Anhelos de justicia*, Madrid, Trotta, 2000.

son menos visibilizadas que aquellas que hacen resaltar el lado oscuro de nuestra naturaleza.

Pero la compasión no sólo como respuesta emocional sino como disposición voluntaria y libre es una respuesta que sólo los seres humanos podemos dar. Ésta tiene una diferencia no sólo de grado sino de naturaleza respecto a las respuestas que nos han permitido superar las limitaciones de nuestra especie y alcanzar estos márgenes culturales y civilizatorios. Según Yuval Harari, en su *best-seller*,¹⁷ ha sido la cooperación, la reciprocidad y la ayuda mutua lo que nos ha permitido evolucionar hasta el grado en el que nos encontramos. Pero bajo esta lógica de la mutualidad, la cooperación se da con la expectativa de recibir algo a cambio, no importa que no se dé inmediatamente, que se retrase la “retribución”. Según Harari, esto es lo que diferencia al *homo sapiens* de otras especies de “*homo*” como de otros mamíferos. Sin embargo, cuando haya alguien que no tenga esta capacidad de corresponder, éste seguramente se quedará al margen de los beneficios del intercambio, de la reciprocidad.

Es por ello por lo que la cooperación tiene que ser trascendida por una respuesta que históricamente representa el sello de originalidad de la tradición cristiana, a saber: la caridad. Compasión y caridad son aportaciones que el humanismo cristiano mantiene vigentes. Especialmente el concepto de la caridad ha sido analizado por el filósofo francés Paul Ricoeur,¹⁸ quien considera la caridad (lo llama “principio meta-ético del amor”) como un principio que se coloca por encima del de reciprocidad, éste se halla implícito en la regla de oro (trata a los demás como quieras ser tratado). También la caridad ha sido analizada y ampliada por el teólogo alemán Joseph Ratzinger.¹⁹ La caridad da lugar a la *lógica del don*, basada en la compasión, sí, pero más aún en la gratuidad y en la donación. La caridad se expresa en la lógica del don y la clave y fundamento de ésta es la gratitud ante el don recibido. Si la lógica del mutualismo se basa en el intercambio recíproco (doy para recibir algo a cambio), la donación invierte el razonamiento de la transacción que se encuentra en el mutualismo: no damos porque esperamos recibir, sino que damos porque

¹⁷ Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses*, México, Debate, 2018; *Homo Deus. Breve historia del mañana*, México, Debate, 2018.

¹⁸ Paul Ricoeur, *Amor y justicia*, Madrid, Caparrós, 1990.

¹⁹ Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 2005, p. 222. Ya en su ministerio como Papa (Benedicto XVI), escribió una encíclica dando continuidad al tema: *Caritas in veritate*, Roma, Editrice vaticana, 2009.



hemos recibido. Así lo formulan ambos pensadores, Ratzinger y Ricoeur.

Decía el cardenal Ratzinger: “El hombre vuelve profundamente a sí mismo no por lo que hace, sino por lo que recibe”. Con estas palabras, Ratzinger nos ayuda a calibrar la brújula moral que se volvió unidireccional para el hombre moderno, demasiado preocupado en el *hacer* y en el *tener*, y un tanto desorientado a la hora de *dar*. Si asumimos esta premisa, podríamos decir que, *para poder dar de modo*

incondicional, antes hay que haber sido capaz de recibir un don incondicional. ¿Cómo cuál? La vida, la existencia, la libertad, la autonomía, la inteligencia, la voluntad libre; es decir, aquellos atributos y propiedades que nos diferencian de otros seres y que constituyen nuestro más propio modo de ser, es decir, lo que nos hace personas. Como señalamos líneas arriba, la vida es un don, y del reconocimiento y la vindicación de ese don incondicional estaremos en capacidad de reconocerlo en toda persona y corresponder mediante la donación gratuita de la caridad.

Revisar con atención este planteamiento sobre la identidad humana viene a ser como un nuevo *giro copernicano*. En cuanto que ya no es la buena voluntad kantiana ni la expectativa de felicidad o de salvación eterna, sino que es la gratitud y la gratuidad lo que puede fundamentar nuestra respuesta moral. Esto pone en evidencia las limitaciones de paradigmas egocéntricos o utilitaristas dominantes hoy en día. ¿En qué consiste la situación más trágica para la persona? De acuerdo con la lógica de la mutualidad, esa situación estaría ligada a la escasez de recursos. Si éstos disminuyen o si la capacidad para generar nuevos recursos declina, ya sea por enfermedad o por la edad, uno se aboca a una situación de pobreza o indigencia. Pero si acudimos a la gramática de la donación, podemos hacer una lectura diferente. La auténtica pobreza sería, más bien, la escasez de alegría, la incapacidad de alegrarse debido a la carencia de un don incondicional, el empobrecimiento de la vida. Si reconocemos el valor de la vida y el valor de la persona en nosotros, estaremos en condiciones de corresponder dando, donando, donándonos.

Esta perspectiva característica del humanismo cristiano, presente en las entrañas mismas de esta tradición religiosa,²⁰ supera abismalmente el concepto de compasión y caridad expuesto por Schopenhauer.

REFLEXIÓN FINAL

Ciertamente nos identificamos con todos los seres humanos, en cuanto que participamos de lo que llamamos “comunidad de la finitud”, mediante la cual se derivaban las exigencias morales de respetar a los otros, a la naturaleza y a Dios, por nuestra interdependencia y nuestra dependencia del ser trascendente. Sin embargo, y de manera más radical, también formamos una comunidad del don o de la gracia (entendida ésta no en sentido teológico sino como don gratuito), en cuanto que las personas hemos sido acreedores de dones incondicionados que nos interpelan a responder mediante la compasión y la caridad hacia los demás, especialmente a los que se encuentran en situación de desventaja o vulnerabilidad, independientemente de las causas de dichos factores o situaciones.

La actual realidad que enfrentamos se presenta como una providencial oportunidad para que los seres humanos manifestemos de una vez por todas estas actitudes compasivas, misericordiosas y amorosas, sin caer en la cursilería, en el sentimentalismo o en el falso pietismo, pues ellas deben ser producto de una reflexión y una convicción profunda de que hemos sido “agraciados” por esos dones incondicionados que ahora nos corresponde prodigar a las personas, a toda persona, especialmente a las que se encuentran en esta situación de indefensión y vulnerabilidad. Es una exigencia moral que deriva del reconocimiento de nuestra naturaleza humana, que es universal pero que se da de manera individualizada en mi propia persona y en la individualidad de cada persona. Es una exigencia universal, pero requiere esa actitud de humildad y de gratitud, actitud que no todos están dispuestos a asumir. Sin embargo, se vuelve un imperativo moral incondicionado para quienes nos adscribimos al mensaje del *Logos* mismo.

²⁰ “Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta el amor (caridad) sería como bronce que resuena o campana que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y descubriera todos los misterios, —el saber más elevado—, aunque tuviera tanta fe como para trasladar montes, si me falta el amor (caridad) nada soy. Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero para recibir alabanzas y sin tener el amor (caridad), de nada me sirve. El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con baja ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo. El amor nunca pasará. Las profecías perderán su razón de ser, callarán las lenguas y ya no servirá el saber más elevado [...]Ahora, pues, son válidas la fe, la esperanza y el amor; las tres, pero la mayor de estas tres es el amor (caridad).” (1 Corintios 13, 1-8; 13).

UNA PANDEMIA ENTRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO

Victor Hugo González García*

La pandemia sólo vino a constatar la muerte de aquellos que están en el olvido, de aquellos que no aportan recursos que permitan y prolonguen el funcionamiento de una maquinaria como lo es el aparato económico, pues siempre se les ha considerado una carga desestabilizadora de dicho sistema. Esos que no aportan “nada”, digámoslo de una manera fuerte, son insignificantes, de ahí su negación. Tal insignificancia implica su negación. Y, lo peor de todo, es que el poco rastro que queda de ellos lo quieran borrar bajo el nombre de una pandemia y enterrarlos bajo el peso de un virus. Esto para los que se encuentran en las cunetas de la historia, para los olvidados. Y a los que son parte de las masas modernas, de esas masas supermovilizadas por propagandas abyectas y egocéntricas, y sometidas en gaviotas de oro a la esclavitud de los sistemas de la moda, también quieren o no se ven interpelados por esta situación presente en el mundo.

Esta pandemia les ha dicho que sus ideas, necesidades e incluso sus sueños “no son suyos”, son “alquilados” o “prestados”; que su vida interior está “total y burocráticamente administrada”, programada para producir exactamente los resultados que el sistema social se propone satisfacer, y nada más. La COVID-19



* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

se ha instalado muy rápido en nuestras vidas y la ingenuidad de que el mundo lo controlamos los humanos se ha disuelto en unos días. El virus no nos permite engañarnos, pone en entredicho un “mundo dado por supuesto y garantizado”,¹ a la vez que obnubila esquemas de referencia para nuestro pensamiento y acción.

LA SUPERACELERACIÓN DE LA VIDA Y LA ANIQUILACIÓN DE LA MEMORIA

La idea de progreso que se remonta desde la modernidad invitó al ser humano a centrarse en lo nuevo,² de ahí que se tenga por entendido que lo nuevo es mejor. Y esa afirmación va acompañada de otra que es insoslayable: entre más rápido se logre lo nuevo, mucho mejor. Se trata, pues, de no perder tiempo. Lo nuevo no se puede postergar. Estos criterios, ya muy arraigados en las sociedades actuales, han sido el banderín para que el ser humano tenga y busque vivencias novedosas y poco repetitivas. La novedad a la que nos referimos encontró su parangón en la desarticulación de los fundamentos del absolutismo de la racionalidad y el hundimiento de las grandes ideologías de la historia como en la poderosa dinámica de la individualización y pluralización de nuestras sociedades. Muy pronto la expresión autocreadora³ de las sociedades propició unas sociedades heterogéneas y descreídas de las expectativas de futuro, y a la vez se fueron bosquejando horizontes más cercanos, colindando así, con la noción de una temporalidad dominada por lo efímero.⁴ Ante el fracaso de la modernidad⁵ las expectativas humanas se concentraron en algo más inmediato, se centraron en la vida presente. Aunque ya el modernismo de final del siglo XVIII pretendía la radicalización de “la idea de novedad hasta considerar caduco todo lo que no esté a la altura de un estilo de vanguardia”.⁶ Así las cosas, no podemos seguir sosteniendo la idea del fin de la modernidad, antes bien como señala Lipovetsky, su culminación.⁷ Con esto, comenzó “una reorganización profunda del modo de funcionamiento social y cultural de las sociedades democráticas avanzadas”.⁸

¹ Lluís Duch, *Vida cotidiana y velocidad*, Barcelona, Herder, 2019, p. 27.

² Cfr. Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, pp. 15-23.

³ Luis Sáez Rueda, *El ocaso de occidente*, Barcelona, Herder, 2015, pp. 181-182.

⁴ Vid. Gilles Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama, 1996.

⁵ Vid. Max Horkheimer, “Concepto de Ilustración”, *Dialéctica de la ilustración*, Madrid, Trotta, 1998.

⁶ Cfr. Javier Sádaba, “El fin de la historia? La crítica de la post modernidad al concepto de historia como metarrelato”, en Reyes Mate (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Trotta, 2013.

⁷ Cfr. G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2008, p. 55.

⁸ *Ibidem*, p. 54.

Se pensó, después del llamado agotamiento de la modernidad, en una era distinta, que muy pronto la llamaron posmoderna. En ella pusieron su mirada algunos sabiendo bien lo que quedaba atrás, pero no tanto qué podía haber por delante. El anuncio persistente de la posmodernidad es insoslayable en tanto que abomina de los sueños que produce la razón moderna.⁹ Recordemos algunos de los rasgos propios de la modernidad, ya que éstos tienen mucho que ver con la autopercepción de la propia razón en esa época, a saber, consolidación de la razón en su autonomía y el sujeto, considerado en clave racionalista-idealista, como sede de la razón. Precisamente, la posmodernidad cuestionó esos rasgos que perfilaban un determinado concepto de razón y la autocomprensión de la modernidad. Ante los críticos de la modernidad, los posmodernos, revelan tanto la impotencia y la desmesura de la razón ilustrada. Cómo señala Lipovetsky, “la época llamada posmoderna se corresponde con el predominio del aquí y de ahora”.¹⁰

Sin embargo, Lipovetsky nos invita a no caer en la ingenuidad, el ambiente posmoderno generalizado estuvo acompañado de sistemas de referencia para remodelar las mentalidades que ofrecieron nuevas perspectivas a la existencia.¹¹ No olvidemos que, una vez dejado atrás el sentido emancipador de la historia centrado en

la idea de progreso, nuevas aspiraciones humanas aparecían en el imaginario social posmoderno.¹² Una felicidad en corto, proliferación y exaltación del individualismo,¹³ expansión de los derechos individuales, esbozados éstos desde la defendida autonomía individual y, por supuesto, el crecimiento acelerado de la sociedad de consumo, permitieron que esas perspectivas fueran guiadas por la caducidad y no por la idealidad, por la fugacidad y no por la permanencia, manencia, por el aquí y el ahora y no



⁹ Cfr. Manuel-Reyes Mate, “Sendas perdidas de la razón. Cuando ‘el sueño de la razón’ produce monstruos”, *Ideas y valores*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, vol. 45, núm. 100, 1996.

¹⁰ G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, p. 62.

¹¹ *Idem*.

¹² Vid. G. Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994.

¹³ G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.

por la postergación, a fin de cuentas, por el presente y no por el futuro, por la inmediatez y no por la promesa de un futuro mejor. Siendo las cosas así, resulta claro que “la consagración del presente vino con la revolución de la vida, con las profundas alteraciones, de las aspiraciones y de las formas de vida”,¹⁴ al fin y al cabo, aspiraciones. La caducidad, la fugacidad, el aquí y el ahora, la inmediatez y el presente se afirman, pues, desde la novedad. Se trata, cómo decíamos anteriormente, de que todo sea nuevo, novedoso. Y en ese sentido, para que algo sea novedoso, y se proclame como tal, debe de abandonar toda esfera de estabilidad y escaparse de eternizarse. Es decir, la novedad cambia imparablemente para dar paso a otra novedad. Lo nuevo, en tanto más rápido aparezca, y sea orquestado por un movimiento incesante es garantía de seducción. Y así, la neofilia, el amor por lo nuevo y a lo nuevo, se afirma como una pasión cotidiana y general.

La misma velocidad que condiciona a las sociedades, y que ahora podemos llamar sociedades hipermodernas, las devora. Es decir, las sociedades para desarrollarse requieren un proceso paulatino, cuyo proceso se comprende como evolución social, que, dicho sea de paso, éste no es un proceso definido por una estructura social ya establecida y fija, pues de lo que se trata es de no olvidar que lo social es resultado de la acción humana y que, a su vez, eso mismo social condiciona a los mismos hombres. Pues bien, la hipervelocidad de las sociedades hipermodernas engulle lo que encuentra a su paso, precisamente porque se alimenta de vivencias humanas y no de experiencias. Entiendo por experiencia, la capacidad humana de integrar muchas vivencias en cuanto que la experiencia condicionará al ser humano en la manera de cómo sostenernos como seres humanos o, caso contrario, de dispersarnos como seres humanos. La hipervelocidad es seductora pues exalta sólo vivencias, vivencias dictadas por lo efímero, la fugacidad, la inmediatez y la instantaneidad.

Para formar experiencias se requieren pausas, se necesita un alto en el camino, un respiro, bajar el ritmo acelerado impuesto por la hipervelocidad. Dicho esto, la hipervelocidad, y que además crea vértigo, devora lo que



¹⁴ G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, p. 63.

no es de su condición, es más, la velocidad vive de la ruina de experiencias. Es como si esa velocidad tuviera vida independiente y orquestara la vida humana, la dirigiera. La velocidad prevalece por la nula construcción y proyección de experiencias humanas.¹⁵ Dicho de otra manera, el ser humano al no mostrar defensa ante lo “hiper”, es fácil presa de asimilarse a él. Ya lo expresaba de otra manera Horkheimer en *Anhelo de justicia: la sociedad administrada asimila individuos*.¹⁶ La mencionada asimilación trae como consecuencia la pérdida de un horizonte humano y de ver lo que produce la superaceleración de la vida. Aunque ya la pérdida de formar experiencias sea una fuerte consecuencia.

El hecho de que vivamos en una “sociedad del olvido” es una de las consecuencias más desestructuradoras y devastadoras del aumento inmoderado y devastador de velocidad que las anónimas, pero imperativas exigencias del momento presente, tan sobredeterminadas por lo económico, imponen a nuestro vivir y convivir cotidianos.¹⁷ No cabe duda, la memoria se encuentra en peligro, vivimos en una cultura amnésica. La memoria como todo lo humano cae en la ambigüedad: hay una memoria que salva y una que mata. La primera es terapéutica y reconciliadora; la segunda, mata con rasgos enfermizos y obsesivos, pues se halla cercana del resentimiento, la venganza y la incapacidad de compadecer. El ser humano, como ser paradójico, puede dar lugar a lo mejor y a lo peor desde la memoria.

La sobreaceleración o superaceleración de la vida anula o, al menos, deteriora gravemente el trabajo de la memoria al trastocar la secuencia “pasado-presente-futuro” que, en todas las situaciones y circunstancias, ha sido determinante para la constitución corporal y espiritual de individuos y colectividades.¹⁸ Por la sobreaceleración de la vida, el ser humano queda abierto y arrojado al movimiento incesante de esa sobreaceleración, constituyéndose ésta en un absoluto. Este abandono en la hipervelocidad obliga al hombre a moverse entre el recordar y olvidar. Tanto recordamos individual y socialmente, como olvidamos individual y socialmente. Lo que hemos expresado desde el inciso anterior es que lo “hiper” trastoca la memoria y no permite al ser humano ni el recuerdo individual ni



¹⁵ Las experiencias humanas son lo que se comparte en la vida cotidiana. Esto lo permitió el alto en el camino provocado por la pandemia.

¹⁶ Vid. M. Horkheimer, *Anhelo de justicia*, Madrid, Trotta, 2000, pp. 185-188.

¹⁷ L. Duch, *op. cit.*, p. 113.

¹⁸ *Ibidem*, p. 114.

colectivo. Todo pasa tan aprisa y fugaz que ni tiempo de una pausa y sosiego, condiciones éstas para el recordar, para la memoria.

La velocidad vertiginosa, el aumento de la velocidad, es un poderoso impedimento para que el ser humano atienda a los recuerdos, desde los cuales irrumpen en el día a día de nuestras existencias, algunas especies de desconcertantes epifanías, que son aquí y ahora manifestación de la inefabilidad de lo que fue y de lo que será. Esos mismos recuerdos permitirán la presencia de nuevas referencias creativas y nuevos impulsos vitales, nuevas y sorprendentes irrupciones del más-allá en el más-acá.¹⁹

Y es que la misma superaceleración de la vida reduce a la realidad a lo sólo vivenciado. La realidad es lo vivenciado en la instantaneidad de lo sentido, dado, precisamente, por la fugacidad del aquí y el ahora. A diferencia de esto, el pasado es lo ausente presente. La memoria, en este sentido, no reduce la realidad a lo “presente”. Para la memoria, el pasado también es real. Con esto, salvaguardamos. El ser humano, desde la memoria, recuperará la capacidad efectiva y afectiva para hacer presente lo ausente, pasado y futuro, para poder contextualizarlo sin extraviarse por completo en el laberinto de las ficciones que a menudo construimos irresponsablemente en el aire, con las imágenes o, mejor aún, con nuestros ídolos, construcciones sostenidas por el ídolo de la hipervelocidad.

Del futuro ni qué hablar. Se ha perdido definitivamente, porque sólo nos queda, a modo de “soplo”, una instantaneidad, a menudo etérea y delirante. Vivir en la instantaneidad es el imperativo de someter el tiempo a la velocidad. La pérdida de memoria pone en tela de juicio que el mismo ser humano tenga alguna forma de porvenir. El vivir en y desde el presente no posibilita que el futuro sea es una alternativa en el horizonte humano. Ante esto, la vida del presente se cierra y enclaustra en las vivencias —no experiencias—, dadoras de momentos de exaltación y de euforia instantáneos. Y en la medida en que el futuro está dominado y, a menudo incluso, secuestrado por los problemas de la instantaneidad —y este parece hoy ser el caso—, el futuro ya no puede configurar aquel ámbito de proyección e imaginación, en el que podían recogerse sin excesivos esfuerzos los deseos, esperanzas y temores de cada presente del ser humano. Es evidente que el futuro ya no nos lo representamos como aquel “lugar” suficientemente alejado de nosotros, sin embargo, imaginable, que podía acoger y hacer fructificar

¹⁹ *Ibidem*, p. 115.

todo lo que no podía “colocarse” ni “experimentarse” en la actualidad con un cierto realismo.²⁰ La superaceleración de la vida impone finalidades, cancela el pasado y los proyectos de futuro. En este estado de cosas, la superaceleración como fetiche exige prácticas que reclaman un ritual para su adoración, prácticas llevadas a cabo desde seres humanos con nula memoria.

LA MEMORIA A PARTIR DE LA DESACELERACIÓN DE LA VIDA

Las sociedades hipermodernas, sobreaceleradas, son un caldo de cultivo de la nulidad de la memoria, negadoras del pasado y del futuro, de lo ausente presente y de la anticipación del futuro. Pero a decir de Lipovetsky, las sociedades hipermodernas están acompañadas no sólo de la efusividad y absolutización del presente. Muy pronto fueron marcadas por la ansiedad, la inseguridad y el miedo, convirtiéndose así en sociedades ansiógenas.²¹ Hasta hace poco se tenía la sensación de que la existencia se aligeraba: ahora todo vuelve a crisparse y a endurecerse.²² El individuo en la sociedad hipermoderna centraba su mirada y vivencias en un bienestar subjetivo, pero éste ha comenzado a difuminarse por la atmósfera de ansiedad generalizada. En palabras del mismo, “El espíritu de la época con predominio de lo frívolo ha sido reemplazado por un tiempo de



riesgo e incertidumbre. Ha muerto cierta despreocupación por el tiempo: el presente, de manera creciente, se vive con inseguridad”.²³ Es decir, la euforia de la posmodernidad se ha terminado, “la modernidad de segundo tipo se dibuja con los rasgos de una mezcla paradójica de frivolidad y ansiedad, de euforia y vulnerabilidad, de divertimento y temor”.²⁴

Precisamente, lo que vino a constatar esa ansiedad, ese temor y vulnerabilidad que atraviesan nuestras sociedades, y que hasta

²⁰ L. Duch, *op. cit.*, p.117.

²¹ Vid. G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, pp. 51-110; Vid. también G. Lipovetsky, *La sociedad de la decepción*, Barcelona, Anagrama, 2008.

²² G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, p. 19.

²³ *Ibidem*, p. 19.

²⁴ *Ibidem*, p. 68.

cierto punto no queríamos voltear a ver, fue la pandemia que está azotando el planeta desde que inició este año. Así, la hipermodernidad no designa tanto la concentración en el instante como su retorno vinculado a un futuro que se ha vuelto inseguro y precario. Lipovetsky emitió una afirmación contundente al respecto: “La cultura despreocupada del *carpe diem* retrocede: con la presión ejercida por las normas de la prevención y la salud, lo que predomina no es tanto la plenitud del instante como un presente dividido, ansioso, atormentado por los virus y los desastres de la época”.²⁵ La COVID-19 se une a las contradicciones objetivas de la sociedad hipermoderna, y le recuerda al ser humano su vulnerabilidad.

El ser humano que exaltaba la individualización de las condiciones de vida, el culto a uno mismo y a la felicidad privada, fue acechado por la COVID-19. Y se enfrenta hoy al hecho de estar en una escalada de inseguridades en donde la vida se vuelve más estresante. Así, la inseguridad de la existencia ha suplantado la indiferencia ante el futuro y nos recuerda, por si alguna vez lo olvidamos, nuestra finitud. Pero enfatizamos que recordar y olvidar son elementos de la memoria. En este sentido expresa Mélich que la memoria es la facultad que mejor expresa la finitud.²⁶

Por la memoria somos capaces de mantener viva la historia de los otros, de los que ya no están, de lo que están, pero en la medida en que la memoria también es olvido, somos capaces de olvidarnos de quiénes y de qué somos, somos capaces de olvidarnos de nuestra historia y de los que ya no están. Es cierto que podemos recordar lo que somos y lo que no somos, pero igualmente podemos olvidarnos de los otros y de nosotros mismos. “Y como en la memoria se expresa la finitud —y por tanto la contingencia, la ambivalencia, la relatividad—, a menudo olvidamos lo que no tendríamos que olvidar”.²⁷

La COVID-19 nos ha obligado a estar en pausa, a bajar el ritmo acelerado impuesto por la hipervelocidad, a entrar en una esfera de sosiego, condiciones éstas, como señalábamos anteriormente, de la memoria. Y recordémoslo una vez más, la memoria no es sólo rememoración, también en ella está el futuro. Es decir, en toda memoria además de rememoración, hay también anticipación y crítica.²⁸

La memoria es la facultad que permite a los seres humanos trascender la inmanencia de su presente, pues no se conforma con la facticidad, con los hechos. De ahí el peligro de que el ser humano se abandone al presente, porque

²⁵ *Idem.*

²⁶ Joan-Carles Mèlich, *Filosofía de la finitud*, Barcelona, Herder, 2011, p. 83.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Ibidem*, p. 84.



el ser humano por la antimemoria cierra la posibilidad de recordar la historia de y desde los otros, así como la propia. Y dado que la memoria nos permite viajar en el tiempo, hacia el pasado y hacia el futuro, el recordar lo ausente pasado, será la condición para desear lo ausente futuro.

La memoria, pues, se niega a pensar los hechos como definitivos. La memoria nos dice que no hay nada definitivo en la vida, que las cosas no son, que las cosas pueden ser de diferentes maneras, de múltiples, de infinitas maneras. La memoria nos avisa que la existencia humana no vive en un único tiempo y en un único espacio, sino en tiempos y espacios diferentes y múltiples. La memoria nos advierte de que jamás somos los mismos, de que también nuestra identidad está inscrita en una secuencia temporal, de que siempre estamos en constante devenir, de que nuestra condición está cambiando incesantemente. Por la memoria descubrimos las posibilidades de la diferencia, de ser de otro modo, infinitamente, porque no hay nada definitivo en la vida humana.²⁹

LOS OLVIDADOS Y LO OLVIDADO A PARTIR DE LA MEMORIA

Para el progreso, los sufrimientos pasados son el precio de la felicidad futura. Dicho de otro modo, el progreso canjea felicidad futura contra infelicidad pasada. En

²⁹ *Ibidem*, p. 85.

este sentido, el progreso se ha considerado como *telos* de la humanidad y no la humanidad como *telos* del progreso.

A decir de Metz, una razón que no olvida el pasado, impide al entendimiento abstracto mantener la progresiva carencia de memoria. Ésta capacita al ser humano para clarificar la desgracia aderezada por la negación de la memoria.³⁰ Pues a eso que llamamos civilización es un prodigioso andamiaje de ocultamiento de la realidad más siniestra.³¹ Por tal motivo, es urgente el rescate de la memoria. Desde ella podemos desocultar lo que ocultaba la hipermodernidad centrada en la glorificación del presente, los olvidados de la historia.

La pandemia sólo vino a constatar la muerte de aquellos que están en el olvido, de aquellos que no aportan recursos que permitan y prolonguen el funcionamiento de una maquinaria como lo es el aparato económico, pues siempre se les ha considerado una carga desestabilizadora de dicho sistema. Esos que no aportan “nada”, digámoslo de una manera fuerte, son insignificantes, de ahí su negación. Tal insignificancia implica su negación. Lo peor de todo, es que el poco rastro que queda de ellos lo quieran borrar bajo el nombre de una pandemia y enterrarlos bajo el peso de un virus. Esto para los que se encuentran en las cunetas de la historia, para los olvidados. La memoria, rescatando lo ausente presente nos permitirá percibir de modo adecuado lo que ha acontecido como catástrofes pasadas y no tan pasadas.

REFLEXIÓN FINAL

No sólo hay que tener vivencia de la pandemia, sino experiencia. Recordando que por experiencia entendemos la capacidad humana de integrar muchas vivencias en cuanto que la experiencia nos condicionará como seres humanos en la manera de cómo sostenernos como seres humanos o, caso contrario, de dispersarnos como seres humanos.

A lo que nos obligó la COVID-19 fue a hacer una pausa, a tomar un respiro, a hacer un alto en el camino, a adentrarnos en un sosiego y, precisamente, en ello también la memoria tiene su propia tarea: la tarea de recordar todo lo que se encuentra olvidado bajo el peso de vivir *superaceleradamente*, pues desde eso olvidado podemos encontrar motivos y esperanzas para sostenernos como seres

³⁰ Johann Baptist Metz, *Por una cultura de memoria*, Barcelona, Anthropos, 1999, p.76.

³¹ Reyes Mate, *A contra luz de las ideas políticas correctas*, Barcelona, Anthropos, 2005, p.58.



humanos ante el derrumbe de la seguridades en que creímos haber estado instalados.

Eso olvidado es la convivencia humana, la comunicación de experiencias profundas y significativas, el compartir la vida con los otros y, para ello, se requiere tiempo, espacio, pausas, calma, quietud.

Una tarea más de la memoria es la de rescatar a los olvidados de la historia, los que están ocultos bajo el peso del progreso legitimado por la superaceleración de la vida. Al negar los hechos como definitivos, la memoria no percibe la COVID-19 como un hecho sin más. Antes bien, la pandemia le posibilitó descubrir unos seres humanos más vulnerables que otros.





LA ESPERANZA EN TIEMPOS DE LA COVID-19: UNA MIRADA DESDE LA FILOSOFÍA DE KIERKEGAARD

Rafael Espino González*

El objetivo del presente trabajo no es investigar el virus que provoca la COVID-19, sino la postura de esperanza o desesperanza que asume el hombre, frente a una situación de pandemia provocada por dicho virus, la cual lo hace voltear hacia sí mismo y encontrar un ser finito, limitado, incapaz de evitar lo inevitable: la muerte. “Y ese tal hombre hoy se siente libre y feliz, y mañana libre e infeliz, hoy cree y mañana duda, hoy espera y mañana desespera, hoy apuesta su vida a un sueño y mañana se revuelve en sus perturbadoras pesadillas.”¹ De frente a esto, el hombre necesita asumir la postura de protagonista.

Con un comienzo en China y de forma exponencial, creciendo por todo el mundo, la denominada *pandemia* llegó a México. Ante esta situación, las secretarías de Salud y el Poder Ejecutivo mexicano tomaron la medida de aislamiento, bajo la campaña #QuédateEnCasa. Así, a mediados de marzo de 2020, las actividades que lo permitían debían realizarse desde los hogares: el cierre de instituciones gubernamentales, bancos, escuelas, entre otras. Además, las noticias, y las falsas noticias, fueron la pauta para que la gente comenzara a ver la vida cotidiana desde otra perspectiva. Aunado a una falta de conocimiento sobre el verdadero peligro de contagiarse, con posibilidades de morir, muchas personas se cuestionaron ¿estamos preparados para superar a algo como la COVID-19? ¿Qué esperanza tenemos de salir adelante?

Cualquiera que fuera la pregunta hacia el exterior de cada hombre, poco a poco, en la necesaria estancia prolongada dentro de los hogares, la pregunta se

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

¹ César Augusto Giraldo, “De la condena a la libertad en Sartre a la esperanza creíble en Kierkegaard”, *Escritos*, vol. 40, núm. 18, 2010, pp. 187.

tornaba hacia uno mismo. Pero si algunos hombres lo tienen claro, otros muchos no estaban conformes con eso que veían, con lo que podría ser no otro, sino uno mismo el contagiado y que podría morir. Ese pensamiento lleva a la búsqueda de una respuesta, a que algo nos dé certeza o al menos una esperanza.

Antes de ver la postura de esperanza o desesperanza en el hombre, comenzamos identificando a la primera, desde la propuesta filosófica de Kierkegaard. Según el filósofo danés, la esperanza “dista de ser un mero sentimiento o estado anímico ‘interno’ de carácter puramente psicológico”;² él lo identifica como “el correlato (subjetivo) de índole afectiva de un proceso (objetivo) de naturaleza ontogénica que acontece en la realidad misma”;³ porque, precisamente en esta realidad, presente, se experimenta el fenómeno.

Analógicamente, desesperanza sería que “las generaciones pasarán por este mundo como las naves pasan por la mar, como el huracán atraviesa el desierto: actos inconscientes y estériles”.⁴ El modelo globalizado que tenemos propicia que las cosas sucedan más rápido y a gran escala, sin dejar mucho tiempo a la contemplación de los sucesos. De forma cotidiana, algunos damos por hecho muchas cosas y escasamente nos damos tiempo para hacer conciencia de cosas más importantes, como la salud, la convivencia con el otro, el cuidado y el conocimiento personal.

Lo que parece estar en juego en una situación pandémica es la conciencia de existencia, por parte del hombre. En Kierkegaard, encontramos que la existencia está distinguida en existencia determinada espiritualmente, es decir, intensiva, de la existencia que carece de espiritualidad y es extensiva. La confronta interna del hombre, al identificar su vulnerabilidad, es dada “porque desde el punto de vista del espíritu, cuanto más se piensa en la vida, más pesada y difícil se torna ésta”.⁵ Cuando nuestra naturaleza se enfrenta a una enfermedad que nos puede llevar a la muerte es en el momento en que la desesperanza podría entrometerse entre los elementos que componen al hombre: cuerpo y alma. La superación de la desesperanza ante la muerte, está, según Kierkegaard, “entre morir (‘at døe’) y fallecer (‘at afdøe’)”.⁶ Lo que muere es lo corpóreo, mientras que lo que convierte

² Á. E. Garrido Maturano, «Un nuevo amanecer. Lectura de la idea de esperanza en el pensamiento de S. Kierkegaard», *Revista de Filosofía*, núm. 42, vol. 1, 2017, p. 25.

³ *Idem*.

⁴ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, México, Ramón Llaca, 1996, p. 69.

⁵ J. Martín, “La espiritualidad como determinación antropológica en los diarios de Søren Kierkegaard”, *Ars Brevis*, núm. 13, 2007, p. 82.

⁶ *Ibidem*, p. 89.



al hombre en espíritu es el fallecer. La invitación es llegar a ser espíritu.

No como una dicotomía maniquea, sino como una integración del ser del hombre en su parte biológica, degradable y un espíritu que no se degrada, sino todo lo contrario, tiene una orientación hacia lo trascendental. “Lo que distingue al hombre no es, pues, una cualidad substancial, sino el *modo* en que *ejerce* o *realiza* la relación que él es”.⁷ En la repetición de los actos se muestra el carácter del hombre, entendiéndolo como ese distintivo que, con base en la constante repetición, muestra una actitud de vida, para la vida, en la vida. En términos aristotélicos, sería esa práctica constante y virtuosa la que nos distingue.

No está de más afirmar que “la ‘esperanza kierkegaardiana’ es netamente cristiana”,⁸ pero sin perder

esa mirada antropológica, porque, si nos descuidamos, podríamos “reducir la eternidad a mera temporalidad inmanente, el hombre ilustrado reducía a su vez lo religioso a lo ético, y finalmente lo ético a lo estético, invirtiendo así lo que debía arrancar de lo estético, prolongarse a lo ético y culminar en lo religioso”.⁹ Es a lo que Kierkegaard llamó *esfera religiosa*, espacio del hombre, dedicado para su realización, es decir, su felicidad.

La propuesta de Kierkegaard desde el cristianismo es que los seres humanos que permanecen en sus hogares o están fuera de ellos, independientemente del tiempo prolongado o corto, en todos los casos, tienen la esperanza de salir adelante porque tienen el ejemplo de Jesús el Cristo y, ante la duda, el miedo y la

⁷ A. E. Garrido Maturano, *op. cit.*, p. 27.

⁸ J. F. Sellés, *Claves metódicas de acceso a la obra de Soren Kierkegaard*, Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2012, p. 129.

⁹ C. Díaz, “La angustia de Kierkegaard y la nuestra”, *Thémata*, 15, 1995, pp. 123-146.

Garrido Maturano, Á. E., “Un nuevo amanecer. Lectura de la idea de esperanza en el pensamiento de S. Kierkegaard”, *Revista de Filosofía*, núm. 42, vol. 1, 2017, p. 127.

incertidumbre, actúan tal como él lo haría. Nuestra esperanza está depositada en ser como él y amar al otro como él nos enseñó. Para priorizar lo espiritual sobre lo mortal, que hay en cada uno de los hombres.

En cuanto a la noción de espíritu (fenómeno), Kierkegaard afirma que “llegar a ser espíritu es, según el Nuevo Testamento, morir, fallecer —porque, según el Nuevo Testamento, no nace ningún ser humano como espíritu; según el nacimiento natural, el hecho de ser hombre es ser carne y sangre y alma. Por eso, el hecho de fallecer es la crisis para el hecho de llegar a ser espíritu”.¹⁰

Si el hombre, además del encierro físico, se permite el encierro espiritual, entonces caerá en la desesperanza. Dentro un individuo egoísta, las fuerzas para enfrentar algo que está fuera de su control serán insuficientes y se le reflejará su pequeñez ante un universo tan grande. Sin embargo, aquel que se ama a sí mismo se reconoce como parte de un plan trascendental más grande; entonces, para él “todo es posible en el plano espiritual, pero en el mundo de lo finito hay muchas cosas imposibles”.¹¹ En ese caso, si el mal no tiene remedio, entonces no hay nada que hacer, no hay esperanza, no hay mañana y, lo peor, no hay un yo, no hay un otro.

No se trata de una negación de nuestra corporeidad, sino de comprender que nuestro espíritu existe en un cuerpo y, en esencia; somos de naturaleza humana, en tanto nuestra existencia lo es en el hombre, señalado en lo concreto.



¹⁰ J. Martín, *op. cit.*, p. 86.

¹¹ S, Kierkegaard, *op. cit.*, p. 107.

“Al considerar la espiritualidad como parte del cuidar, necesitamos ejercitarla, cuestionando y reflexionando sobre el sentido de la vida [...] lo que ayuda a mantener la salud mental positiva y la integridad, incluso [...] con situaciones adversas.”¹² De esa forma, sí hay esperanza, sí hay mañana y lo mejor hay un yo, un otro.

La esperanza tiene una ubicación: el reino de Dios. En el pasado, presente y futuro del hombre, lo terrenal y lo divino no son cosas distintas; incluso, desde la filosofía de Kierkegaard, “podemos hablar de un doble fundamento, ontológico y teológico, que son inseparables si no queremos malentender la naturaleza humana”.¹³ El hombre es un ser corpóreo y espiritual.

El hombre que pasa del amor autocéntrico y alcanza el amor heterocéntrico es “este hombre, que se ha liberado de la desesperación [...] y vive esperanzado, porque comprende que el milagro es posible [...] no se afana enfermizamente por dominar el futuro, ni corre enloquecido tras la seguridad”.¹⁴ No de una forma ingenua, sino consciente y libre. Pasa a conocerse y aceptarse a sí mismo, sin caer en la exageración de cerrar todo su mundo en él, superando la tentación del placer individual, por lo cual también conoce y acepta al otro por igual. Identificar que todos los otros hombres deben ser amados por igual es tener la facultad de responder a la pregunta ¿quién es mi prójimo?, a la cual responderán todos, de una forma inclusiva y sin distinción, porque es un hombre con fe.

Lo que sacará adelante al hombre es la fe, a la cual Kierkegaard entiende “como un encuentro, como un diálogo, con una relación íntima y personal con Dios, con el Cristo interior”.¹⁵ Hacer real y concreta la sentencia de concóctete a tí mismo. Es la parte consciente y racional que me hace saber que existo.

A manera de conclusión y de forma sucinta, diremos que ante cualquier pandemia que —como en este caso, nos ocupó la COVID-19 para reflexionar y escribir estas líneas—, “es humano lamentarse, es humano afligirse con quien se aflige, pero es más grande creer y más exaltante contemplar a quien cree”.¹⁶ Tenerse a sí mismo y ser para los demás, amando al prójimo como y para lo que Dios nos creó. Eso es esperanza.

¹² A. M. Rodríguez, “La espiritualidad ante la proximidad de la muerte”, *Enfermería global*, núm. 10, vol. 22, 2011.

¹³ J. Martín, *op. cit.*, p. 84.

¹⁴ A. E. Garrido Maturano, *op. cit.*, p. 31.

¹⁵ J. L. Caballero, *El camino espiritual de Soren Kierkegaard*, Madrid, San Pablo, 2008, p. 551.

¹⁶ S. Kierkegaard, *op. cit.*, p. 72.



INVITACIÓN A LA MEDITACIÓN EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Marco Antonio de la Rosa*

En estos días, apenas en pocas semanas, la vida nos ha cambiado de manera drástica y determinante como consecuencia de la pandemia de la enfermedad COVID-19 que asola nuestra tierra, pues se ha convertido en una amenaza mundial. La grave situación en la que se encuentran muchos países del mundo a causa de la rápida difusión de la COVID-19 nos pone a prueba a todos.

Sabemos que, lamentablemente, esta crisis no se resolverá en poco tiempo, y que la pandemia se está difundiendo. Estamos ante una situación que hasta hace poco tiempo parecía inimaginable, como el escenario de una película de ciencia ficción. Todo ha cambiado de repente, y lo que antes dábamos por supuesto parece vacilar: el modo de relacionarnos con los demás en el trabajo, la gestión de los afectos, el estudio, el ocio, la oración y la posibilidad de participar en la misa.¹

En medio de un mundo actual en el que en buena medida se ha perdido la conexión con el sentido del misterio, con lo sagrado que se expresa en todo lo creado y donde la experiencia fratricida sigue marcando muchas de nuestras relaciones, sea por acción o por omisión, es imprescindible abrazar esta promesa. Por temor de aquellos que se cierran en sí mismos y quienes ven amenazas en todos los cambios necesarios que nos permiten recuperar el inaplazable equilibrio en nuestra vida y en la relación con nuestra hermana madre tierra, Dios mismo hace una promesa biocéntrica; es decir, Dios promete a todos los seres que han sobrevivido el diluvio, hablando en primera persona, que no habrá otra expresión de desconexión con ellos expresada en la aniquilación de la vida. Dios hace una promesa que hoy podemos interpretar en lo que el papa Francisco llama

* Misioneros de Guadalupe.

¹ Dicasterio para la Comunicación de la Santa Sede, *Fuertes en la tribulación. La comunión de la Iglesia, ayuda en el tiempo de prueba*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 2020, p. 3 [en línea], www.vaticannews.va consulta el 23 de abril de 2020.

la *ecología integral*. Una categoría que está en comunión con las innumerables expresiones de una fe conectada con el cuidado de la vida y de toda vida.

Es muy complejo creer en la promesa de Dios cuando un virus microscópico ha postrado a la civilización entera y nos ha hecho conscientes de nuestra absoluta fragilidad y pequeñez. Pero, desde una fe que abraza y experimenta la pasión y muerte de Jesús, afirmamos y acogemos esta promesa en la certeza absoluta de Su resurrección, que acontece en medio de la vida y supera a la muerte siempre.

Igual que Noé, hoy nosotros estamos llamados a asumir una opción esencial por el cuidado de la casa común, debemos plantar la primera viña que haga florecer la vida en su conjunto y que la plenifique después de esta noche oscura de la pandemia que habrá de pasar. Para ello, necesitamos abrazar la coexistencia y codependencia de unos con otros y con nuestra tierra que es la fuente de vida, alimento y sustento, erradicando la dominante sociedad del descarte, del acaparamiento, de la destrucción de la tierra que sirve para enriquecer a muy pocos. Es hora de redescubrir los bienes de la creación. Luego de esta pandemia tan dolorosa, *se liberarán potencias de reflexión que estaban confinadas a un sitio marginal* o que eran dominados violentamente por posturas funcionales autorreferenciales y sostenidos en el afán de dominio político y económico. Esta crisis abre posibilidades insospechadas para crear nuevos caminos que, sostenidos en la experiencia de misterio, nos podrían llevar a crear toda una nueva relación y correlación con nuestra casa común.²

LECTURA CONTEMPLATIVA DE LA REALIDAD

Ante el panorama, es imprescindible procurar hacer una lectura de la realidad desde los ojos de nuestra fe para los que somos creyentes en Jesús y ofrecer, para quien quiera abrazarla, la esencia de nuestra experiencia de ser seguidores frágiles, pecadores redimidos, de un proyecto del Reino aquí y ahora para el que somos llamados a ser cocreadores. Un proyecto que, al final, a pesar de nuestras limitaciones y de nuestro horizonte tan corto, habrá que dar paso a una sociedad nueva de justicia, fraternidad y solidaridad, el cual es un proceso atemporal en el que lo antes considerado despreciable o excluido será la piedra angular para tejer la vida nueva. Aquí se halla nuestra esperanza y la invitación a transformar nuestra

² Mauricio López Oropeza, *López: La comunión con la madre tierra resucitará después de la pandemia* [en línea], www.vaticannews.va consulta el 23 de abril de 2020. M. López Oropeza es un teólogo mexicano secretario ejecutivo de la Red Eclesial PanAmazónica y uno de los organizadores del Sínodo Panamazónico de 2019.

realidad paso a paso, aquí y ahora.³ Si queremos, por fin podemos hacer silencio. Si lo hacemos, tenemos la oportunidad de acceder a lo profundo de nosotros mismos, conectarnos y comprender.

Es el momento de dosificar el tiempo ante la televisión y el celular para abrir espacio a la realidad del Misterio que se deja sentir cuando nos abandonamos en quietud a lo que llega desde nuestra experiencia interior. Allí accedemos a la sabiduría que hace clara la razón de vivir y lúcida la conciencia y las responsabilidades personales y públicas.⁴

Preguntas para la reflexión:

- ¿Se volverá a un estilo de vida frenético o se logrará tener ritmos y espacios más humanos?
- ¿Se recuperará el tiempo perdido en el consumismo o se aprenderá que es posible vivir felizmente con lo esencial?
- ¿Seguiremos desenfrenados en la carrera por contaminar el mundo o le daremos un respiro al planeta?

NUEVO ESTILO DE HUMANIDAD TRAS LA PANDEMIA⁵



Ahora bien, ¿volveremos a lo esencial una vez que haya terminado la emergencia? Orar dará luz y paz para sobreponerte al miedo y convertirte en testigo de su presencia alentadora, te dará fuerzas y te ayudará a conocerte más y mejor a ti mismo. Orar, o lo que es lo mismo: afianzar nuestra relación con Dios, nos lleva a madurar nuestra fe, en diálogo con nuestro tiempo y nuestra cultura; compartir el desconcierto de todos

³ M. López Oropeza, *Vivir la esperanza en tiempos de coronavirus: una mirada apocalíptica*, 2020 [en línea], www.vidanuevadigital.com consulta el 22 de abril de 2020.

⁴ Francisco de Roux, S. J., “Nos creíamos invencibles”, *Vatican News*, 2020 [en línea], www.vaticannews.va consulta el 18 de abril de 2020. El padre de Roux es filósofo, economista jesuita y presidente de la Comisión de la Verdad de Colombia.

⁵ Ángel Fernández Artime, “COVID-19: Reflexiones del Rector Mayor de los Salesianos”, *Vatican News*, 2020 www.vaticannews.va consulta el 23 de abril de 2020.

—creyentes y no creyentes—, atribuye a cambiar nuestro lenguaje y nuestra espiritualidad, pues la pandemia ha golpeado la conciencia de las personas.

En una cuarentena, que es como un retiro forzado: toma tiempo para ti y haz revisión de tu vida; ¿cómo ha sido mi vida hasta ahora? ¿Qué lugar ocupa Dios en mi vida? ¿Quieres intentar unos minutos de meditación pura donde sólo Dios y tú se encuentren presentes, olvidando un poco el mundo? Simplemente levanta la mente y ponte en silencio ante Él.⁶

LA COVID-19 OBLIGA A ASUMIR UNA ESPIRITUALIDAD Y UNA ACTITUD NUEVAS

Todos nos vemos forzados al recogimiento obligatorio al volvernos hacia el interior de la casa y de nosotros mismos, a desasirnos. Ese abandono de las actividades de rutina y las agendas programadas nos pueden sublevar o humanizar. Es hora de aprender a trabajar y estudiar sin salir del espacio doméstico. Ahora tenemos más tiempo para leer libros, investigar, meditar y orar.⁷

Albert Camus nos invita al recogimiento. “El que no sabe estar solo desconoce lo que es la verdadera libertad”.⁸ Debemos buscar al otro por anhelo de fraternidad, no para huir de nuestros miedos. No hay que lamentar el aislamiento impuesto por las autoridades es una buena oportunidad para explorar nuestra intimidad y buscar un sentido a la vida.⁹ “El momento que vivimos, lleno de anomalías y de paradojas, nos está haciendo reflexionar”.¹⁰ Lo importante en la vida no es lo que nos pasa, sino cómo vivimos lo que nos pasa.

Saber vivir adecuadamente las situaciones que la vida nos impone es un aprendizaje constante para lograr el equilibrio en todos los aspectos y niveles. Cuando llegan los momentos de las pruebas, como las que ahora nos toca vivir,



⁶ Leonardo Boff, “El coronavirus despierta en nosotros lo humano”, *Religión Digital*, 2020 [en línea], www.religiondigital.org consulta el 18 de abril de 2020.

⁷ Frei Betto, “Rico no es quien tiene todo, decía Buda, sino quien tiene necesidad de poco”, *Religión Digital*, 2020 [en línea], www.religiondigital.org/opinion/Frei-Betto-Rico-Buda-necesidad-coronavirus-Reste-e... consulta el 18 de abril de 2020.

⁹ Albert Camus, *La Peste*, París, Gallimard, 1947, pp. 256.

⁹ Rafael Narbona, “La Peste: Albert Camus en los tiempos de coronavirus”, *El Cultural* [en línea], www.elcultural.com consulta el 24 de abril de 2020.

¹⁰ Nacho González, “Por un mundo mejor”, *Religión Digital* [en línea], www.religiondigital.org consulta el 18 de abril de 2020.



tenemos que aprender a mirarse con la sensatez de quien ama y se siente amado.¹¹

En estos momentos de aislamiento social forzoso, tenemos la oportunidad de pensar sobre nosotros mismos y en lo que realmente somos. En esta búsqueda, el cuidado de uno mismo juega un papel decisivo. Especialmente en este momento dramático, cuando estamos expuestos a un enemigo invisible que puede matarnos o a través de nosotros causar la enfermedad o la muerte a los otros. En primer término, no es una mirada narcisista sobre el propio yo, lo cual lleva generalmente a no conocerse a sí mismo, sino a identificarse con una imagen proyectada de uno mismo y, por lo tanto, alienada y alienante.

En este tiempo se nos invita a:

- Profundizar en nosotros mismos para descubrir las potencialidades; tratar de realizar lo que realmente somos.
- Cuidar de sí impone saber renunciar, ir contra tendencias en nosotros y hasta ponerse a prueba: pide *elaborar un proyecto de vida* que dé centralidad a estas dimensiones positivas y mantenga bajo control las dimensiones sombrías que hacen agónica nuestra existencia; es decir, siempre en combate contra nosotros mismos.
- Cuidar de uno mismo, lo que significa preocuparse del modo de ser.
- Aprender a autocontrolarnos, especialmente en estos tiempos de confinamiento social.
- Desarrollar iniciativas creativas; ejercitar la fantasía imaginativa que nos aleje de los peligros y nos abra espacios hacia una vida de decencia.¹²

Dispongámonos estos días a sentir cómo la Vida resurge; de modo que, cuando reemprendamos la vida ordinaria después de la pandemia, también nosotros resurjamos con una disposición y calidad diferentes.¹³

¹¹ Mario Santana Bueno, *Cuarentena por el coronavirus: tiempo de descubrimientos... lo que podemos aprender de esta situación* [en línea], www.diocesisdecanarias.net consulta el 18 de abril de 2020.

¹² Leonardo Boff, "Cómo cuidar de sí y de los demás en tiempos de coronavirus", *Redes cristianas* [en línea], www.redescristianas.net, consulta el 18 de abril de 2020.

¹³ Xavier Melloni Ribas, "Cristo resucitado-Domingo de Pascua", *Cristianisme i Justícia* [en línea], www.blog.cristianismeijusticia.net/2020/04/12/cristo-resucitando-domingo-de-pascua consulta el 18 de abril de 2020.



OPORTUNIDAD DE ORO PARA LA REFLEXIÓN

Aprovechemos esta inusitada coyuntura para reflexionar sobre nuestros auténticos intereses y revisar nuestra escala de valores. Este sobresalto colectivo puede acabar con ciertos dogmas tenidos por indiscutibles e inaugurar una nueva época. Merece la pena meditarlo conjuntamente y aplacar en ello el tremendo impacto psicológico que ahora mismo nos embarga.¹⁴

La filosofía nos trata de explicar qué ocurre con la pandemia que ha dejado aterrizado al mundo y que nos está obligando a replantear nuestro modo de vida. Desde la filosofía interesan los cambios tan brutales que ya se están dando y sospecho que apenas es el inicio. “No sé si es una prueba que la humanidad entera deberá pasar o si bien es una prueba ética que vamos a tener que pasar. En *La peste*, Albert Camus dice que la pandemia no es biológica, sino que siempre es ética. La pandemia nos lanza a la cara nuestra ética y habrá que tomar decisiones éticas brutales.¹⁵

Esta crisis nos revela nuestras debilidades. Nos revela que pase lo que pase *no podemos regresar a lo que vivíamos antes* y tendremos que inventar algo. ¿Qué tendrá que inventar? De momento no lo sabe nadie, lo único que sabemos es que no podemos regresar.¹⁶

De pronto, la crisis medioambiental puede suponer que empecemos a acostumbrarnos a que la naturaleza deponga gobiernos, fuerce cambios sociales

¹⁴ Roberto R. Aramayo, “Reflexiones desde la filosofía: lo que covid-19 puede enseñarnos”, *The Conversation*, 2020 [en línea], www.theconversation.com consulta el 18 de abril de 2020.

¹⁵ Santiago Estrella, “Stéphane Vinolo, La pandemia nos lanza a la cara nuestra ética”, *El Comercio* [en línea], www.elcomercio.com consulta el 24 de abril de 2020.

¹⁶ *Idem*.

o imponga crisis económicas. Aún está por ver si éste o futuros virus pueden acabar con la globalización, o al menos con muchas de sus dimensiones.

La ciencia y la técnica han sido utilizadas por las élites globales para aumentar su bienestar, pero instrumentalizadas o, mejor, silenciadas, cuando lo ponían en riesgo, para hacernos creer que no había ningún peligro.¹⁷ Así que se propongo lo siguiente: Hagamos de la necesidad virtud y pensemos de qué manera; vivir con menos; buscar el silencio; detenernos. Querer el decrecimiento (con el consiguiente impacto positivo a nivel ambiental) podría ser también una opción válida y, probablemente, la única posible.¹⁸

VIVIR INMERSOS EN LA PANDEMIA

Esta nueva experiencia nos obliga inevitablemente a dejar lo superfluo para centrarnos en lo que es *esencial* para nuestra vida y dirigir nuestra mirada a Dios como fundamento de nuestra existencia. La difícil situación de la crisis mundial que vivimos nos ha sobresaltado, ha sacudido nuestras mentes y nos plantea cómo vivir la fe cristiana inmersos en la pandemia. Inmersos en esta nueva experiencia inaudita, hemos de saber asumir nuestro compromiso cristiano y adaptarnos a las circunstancias adversas.¹⁹

“¿Por qué tienes miedo? ¿Aún no tienes fe?”.²⁰ Señor, nos diriges una llamada, una llamada de fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma que acabamos de pasar renueva tu llamada urgente: “Convertíos”, “volved a mí de todo corazón”.²¹ Nos vamos a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no es.

Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia Ti, Señor, y hacia los demás.²²

¹⁷ Pablo Font Oporto, “Crisis del coronavirus, capítulo dos: El impacto de la realidad”, *Cristianisme i Justícia*, 2020 [en línea], www.blog.cristianismeijusticia.net, consulta el 24 de abril de 2020.

¹⁸ Xavier Casanovas, “Coronavirus: una oportunidad para secularizar la Cuaresma”, *Cristianisme i Justícia*, 2020 [en línea], www.blog.cristianismeijusticia.net consulta el 24 de abril de 2020.

¹⁹ Jesús Catalá, “Carta Pastoral: vivir la fe inmersos en la pandemia, Diócesis de Málaga”, 2020 [en línea], www.diocesisdemalaga.es consulta el 18 de abril de 2020.

²⁰ *Mc*, 4, 35-41.

²¹ *Jl*, 2, 12.

²² Papa Francisco, “Homilía extraordinaria del papa ‘en tiempos de Pandemia’”, *Humanitas. Revista de Antropología y Cultura Cristianas*. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2020 [en línea], www.humanitas.es, consulta el 18 de abril de 2020.

Vivir en cristiano ante la COVID-19. Después de la pandemia debemos tener *un modo de vivir que se crea*. Esto da lugar a nuevas decisiones a nuevas visiones de lo que debíamos ser y de nuevos modos de vida personal. Ahora podemos permitir la gracia de *vaciar esa mochila* y comenzar a reconocer y “sentir” los sentimientos que llevamos guardando durante tanto tiempo. No desperdiciemos este regalo para poder sanar y renacer transformados.

VER CON MAYOR PROFUNDIDAD, TIEMPO DE INTROSPECCIÓN

Ahora hay que promover la introspección, volver a la esencia de lo que somos como personas y como cristianos, hasta dónde y cómo nos acogemos a la figura de Cristo y retornar a la esencia de la cristiandad.²³

Eran y son pocos los que pueden dedicarse a lo que les importa; es decir, lo que aporta algo a la vida, al interior de tanta exterioridad.²⁴ Esto nos enseña a transitar la ruta sobre el sentido de nuestra propia existencia en medio de esta crisis; asimismo, a reflexionar sobre cómo nos ubicamos ante esta pandemia y si somos capaces de mirar más allá de ella. Todo esto refleja nuestras miradas limitadas por nuestras comprensiones parciales, nuestras categorías fragmentadas, nuestra reducida comprensión del mundo.

No hay manera de predecir un futuro material con certeza cuando estamos en el vórtice de la pandemia; por tanto, lo único que nos queda es el cuestionamiento existencial sobre nuestra identidad profunda. Lo esencial en este tiempo de pandemia, con miras al mañana que habría de llegar, es definir cómo y desde qué fuerza interna y externa mayor a nosotros mismos vamos a afrontar estos meses y años por venir y dilucidar cuál es la actitud determinante con la que hemos de conducir como hijos de este tiempo con respecto de nosotros, los otros, y sobre qué sentido del Misterio que nos trasciende hemos de sostener nuestro camino.

OTRO MUNDO POSIBLE. CAMBIOS PROFUNDOS

Esta pandemia nos exige una mirada necesariamente anclada en el sentido del Misterio, en el reconocimiento de lo Trascendente y en el abrazo de la otredad.²⁵

²³ José Beltrán, “Ainhoa Arteta, ‘Tras el coronavirus hay que reactivarse en la espiritualidad’”, *Vida Nueva Digital*, 2020 [en línea], www.vidanuevadigital.com, consulta el 18 de abril de 2020.

²⁴ José Fernando Juan, *Ocio y ociosidad en tiempos extraños*, *Vida Nueva Digital*, 2020 [en línea], www.vidanuevadigital.com, consulta el 18 de abril de 2020.

²⁵ M. López Oropeza, “Más allá de la pandemia, la conversión existencial: reflexiones desde ‘La Peste’ de A.

Los cambios profundos —metanoia— que nuestro mundo necesita asumir en esta pandemia para encarar con ojos de esperanza el incierto mañana.

¿CÓMO SERÁ LA IGLESIA DESPUÉS DE LA COVID-19?

Es una llamada a convertirse, a renovar toda la teología: “saldremos de esta más libres, menos exigentes”.²⁶ Silenciarnos, para escuchar a Dios, nos sacará de esta angustia. La Iglesia tiene un papel crucial que desempeñar. Hay muchos elementos que, ordenados de alguna manera y analizados críticamente y pasados por el tamiz de los valores cristianos, seguramente sea un gran llamado de atención para reconstruir la sociedad de una manera distinta.²⁷

¿CÓMO EVANGELIZAR EN TIEMPOS DE PANDEMIA?

La debilidad, nos hace más humanos
y ésta nos acerca más al Dios de Jesús.

*Carlos Luna*²⁸

Como Iglesia tenemos la oportunidad única de iluminar a la humanidad con una



nueva pastoral de la incertidumbre, de la fragilidad, de la inseguridad, del aburrimiento, para que, desde ella, se encuentren con ese Dios que no es ajeno a ninguna de esas inquietudes humanas. Se nos brinda la ocasión histórica de “liderar” una estrategia de contenidos desde nuestra Iglesia familiar, local y universal para que, en el “supuesto” vacío actual, otros encuentren un agua que les permita hacerse la verbalización sobre Dios en sus vidas y así posibilitar el encuentro con ese Dios de Jesús.

Camus”, *Vida Nueva Digital*, 2020 [en línea], www.vidanuevadigital.com consulta el 18 de abril de 2020.

²⁶ José María Marín, “José María Marín: ‘Orar no cambia a Dios, nos cambia a nosotros’”, *Religión Digital*, 2020 [en línea], www.religiondigital.org

²⁷ Carlos Ferraro, *La pandemia en tiempo de Semana Santa, es un desafío reconstruir la sociedad: Carlos Ferraro*, SIGNIS ALC, 2020 [en línea], www.signisalc.org, consulta el 23 de abril de 2020.

²⁸ Carlos Luna, “*CELAM: Una reflexión sobre la pandemia, ‘el vino está por llegar’*”, *Vatican News*, 2020 [en línea], www.vaticannews.va

Preguntas para la reflexión: ¿De quién se acordará la humanidad después de esta interrupción? ¿Dónde podrán su atención? ¿La ciencia? ¿La tecnología? ¿El teletrabajo? ¿La Organización del Tratado del Atlántico Norte biológica?...

De esta Iglesia llamada a salir depende de que sea también de lo humano, lo divino.²⁹

PROPUESTAS DESDE LA ECOLOGÍA INTEGRAL DEL PAPA FRANCISCO

- Debemos reconstituarnos con la ayuda de esta categoría, ecología integral, que *pide una nueva epistemología desde la visión sistémica y de la complejidad* en la interrelación de dimensiones que hasta hoy siguen fragmentadas: ambiental, económica, social, cultural, de la vida cotidiana, el bien común, de la justicia entre las naciones y de una espiritualidad del cuidado.³⁰
- Hoy es imprescindible que, en todo paso que demos ante la crisis actual, entre ellas la mayor de todas por emergencia climática, lo hagamos con la creatividad inédita de poner en diálogo todas estas dimensiones y no claudicar en esta reforma planetaria hasta encontrar un camino progresivo, equilibrado y ecosistémico. Los rechazos vendrán de sitios con más dominio, pues defenderán hasta morir su visión parcial de un sistema caduco que, con la COVID-19, acelera su fase final, y aquellos sujetos y conocimientos considerados periféricos, tal es el caso de la sabiduría ancestral y la



²⁹ *Idem.*

³⁰ *Lc*, 137-162.

cosmovisión y modo de civilización ancestral y la cosmovisión y modo de civilización de los pueblos originarios, podrían ser la base para reeditar nuestras sociedades en este paradigma de la ecología integral.

· “No somos seres humanos teniendo una experiencia humana, somos seres espirituales teniendo una experiencia humana”.³¹ Luego de esta pandemia debemos mirar el mundo desde esta perspectiva que lo cambia todo; sólo podemos amar la tierra que habitamos y afirmar su otredad si descubrimos su rostro diverso y su identidad. Es decir, su territorialidad específica, lo cual significa comprender la tierra como bioma, o sistema vivo, como espacio de interacción simbólica y material, como eje de relaciones de interconocimiento e interreconocimiento; donde aspectos aparentemente intangibles como nuestra cultura, historia, espiritualidad y la relación con el entorno natural dan cuenta de quiénes somos, por qué lo somos y, entonces, cómo podremos reformarnos desde dentro.

· Unidos a estos principios para la *metanoia* en comunión con nuestra casa común, existe todo un programa para orientar la resurrección de nuestra hermana madre tierra ante la enfermedad COVID-19, detallado en los capítulos V y VI de la Encíclica *Laudato si*, los cuales deberíamos asumir como nuestro itinerario esencial como creyentes y como humanidad, para que la Alianza se haga verdad, y que ella no sea fracturada por nuestro fracaso como seres humanos del tiempo presente.³²

³¹ Brown, *Frases y citas célebres: las mejores frases de Pierre Teilhard de Chardin*, s/d.

³² M. López Oropeza, *López: La comunión con la madre tierra...*





ESPERANZA CRISTIANA Y UTOPIA. CERCANIAS Y DIFERENCIAS ANTROPOLÓGICAS Y TEOLÓGICAS

José Luis Franco Barba*

En tiempos difíciles, como los que estamos viviendo, entre los creyentes nos preguntamos sobre la presencia de Dios y su actuación. Los cristianos afirmamos que confiamos en que se haga la voluntad de Dios y que en Dios basamos nuestra esperanza. Pero cuando decimos que en Dios tenemos nuestra esperanza, ¿qué queremos decir?, porque sin duda a la misma cuestión le pueden nacer varias respuestas e incluso sin poner a Dios de por medio, porque sólo por el hecho de ser seres humanos, la esperanza nos acompaña en el camino de la vida a creyentes y no creyentes. Dada esta circunstancia, ¿qué sería lo propio de la esperanza cristiana y cómo se relaciona con la esperanza humana? ¿Acaso nuestra esperanza se centra en un Dios que interviene desde fuera por medio de un milagro del que los seres humanos y la creación son sólo videntes y beneficiarios, pero no invitados a participar y ser mediadores de la acción de Dios? De ahí la importancia de aclararnos qué queremos decir cuando afirmamos que en Dios sustentamos nuestra esperanza.

En este sencillo ensayo se pretende establecer las conexiones y diferencias entre la esperanza cristiana y la esperanza no creyente, o no unida a un credo. Para nuestro caso, nos referiremos a esperanza cuando ésta se relaciona con la fe cristiana y a utopía (*esperanza* humana) cuando ésta se quede sólo a nivel histórico, a nivel de sólo este mundo. De hecho, en un discurso no riguroso se suelen dar por sinónimos utopía y esperanza, aunque para nuestro caso estableceremos algunas distinciones. Elijo no poner esperanza cristiana y esperanza humana porque, en principio, se puede establecer una relación de competencia o de minusvaloración de alguna de ellas; incluso, negación del valor de una de las partes, y la intención es valorar el aporte positivo que cada cual tiene, pero también distinguir la identidad particular de la esperanza cristiana.

* Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

CERCANÍAS ENTRE ESPERANZA CRISTIANA Y UTOPIÁS

Las dimensiones del tiempo

Hay cuestiones que los seres humanos compartimos, independientemente de la condición social, religiosa, cultural, racial, sexual o emocional. Todos estamos sujetos a un espacio y a un tiempo; todos, como comunidad humana, tenemos una memoria y una expectativa que articulamos en el presente, para uno mismo o para otros y el resto de la realidad. Nadie sabe dar razón de sí sin una memoria, y aquí estoy incluyendo a los recién nacidos, a los discapacitados, a los enfermos mentales y a quienes no disponen actualmente de ciertas características; los incluyo en tanto que todos somos seres sociales y existimos y somos en relación, y es que, para la memoria y esperanza cristiana, quienes se ubican en los márgenes sociales, culturales, religiosos, de salud, entre otros, son muy importantes para dar razón de nuestra esperanza.

Por *el último* o *lo último* se entiende aquello que nos concierne y nos afecta en última instancia, que a nivel trascendente es Dios, pero a nivel histórico los últimos son las víctimas, los excluidos, los marginados. Su situación insostenible reclama un futuro de sostenibilidad para todos y pone radicalmente en cuestión el *statu quo*. Su situación se convierte en pregunta última que reclama una respuesta. Si acudimos al testimonio bíblico, caeremos en la cuenta de que los avances más significativos de la "historia de la esperanza" de la humanidad vienen, precisamente, de estos "rostros sufrientes", muchas veces anónimos, cuya mera existencia se convierte en una incómoda pregunta/denuncia a la que sólo la fidelidad de Dios puede dar respuesta (el justo sufriente de los salmos, el Siervo de Yahweh, los mártires). La esperanza de la que son portadores estos últimos (*esjatoi*) es una esperanza que acaba universalizándose y cuyo cumplimiento no debería posponerse para un más allá, sino que ya es (debe ser) actuante aquí y ahora. En nuestra esperanza y/o utopía, se debe recoger esa memoria sufriente y proyectarla, como Yahvé, por medio de Moisés en Egipto, en una gesta de liberación, que en su momento se articuló desde su presente.



Lo que quiero plantear es que los seres humanos, creyentes y no creyentes, nos constituimos a partir de una memoria (pasado), un presente y un futuro. Sin la memoria del pasado no sabríamos dar razón de quiénes somos ni tendríamos razones y motivos aprendidos para plantear lo que queremos hoy y lo que esperamos para el mañana. Somos deudores, para bien o para mal, de lo aprendido o no en la familia, la cultura, la escuela, la ciencia y en todos los ámbitos de vida. La creatividad que hoy tenemos es gracias a los logros de generaciones anteriores. No podemos construir nuestro futuro con identidad sin ocuparnos de nuestra memoria. Pero no somos únicamente memoria, también y, sobre todo, somos esperanza, utopía, expectativa hacia un más allá. El futuro nos es más constitutivo de lo que a veces queremos aceptar. Si sólo lo observamos en lógica de tiempo cronológico, es obvio.

Tengamos presente que, según algunos científicos, la presencia humana en el mundo es muy reciente. Del *Aegyptopithecus* a los primeros *Homo sapiens sapiens*, conocidos como hombres de cromañón, que aparecieron hace como 50 mil años, pasaron 35 millones de años. Hace 12 mil años nos establecimos en ciudades más o menos permanentes y sus descendientes inventaron la escritura, la metalurgia, la agricultura, la democracia, la imprenta, la energía nuclear, las computadoras, la medicina, las fibras ópticas, los satélites... y poco a poco ha descubierto a sus numerosos ancestros y parientes cercanos. Pues bien, en términos de la lógica del tiempo de nuestro sistema solar y de lo que la tierra podría

sustentar la vida —si antes no la destruimos y nos destruimos—, el tiempo que nos queda en este mundo es siete veces mayor al tiempo transcurrido de la explosión original a nuestros días. Por otro lado, cada día los cambios son más acelerados, por lo que lo propio del ser humano también se puede plantear como un acelerar el futuro. En esta lógica de tiempo apenas empezamos la aventura de ser seres humanos. Llegados aquí, plantear la esperanza cristiana o la utopía humana no es algo añadido a nuestra identidad y naturaleza. Somos seres abiertos al futuro.

Sin embargo, estamos ante una lógica cultural en la que se dice que el pasado ya no existe, el futuro no ha llegado y lo único que existe



es el presente. Ante ello, afirmo que el presente es el momento de la articulación entre la identidad lograda en lo ya vivido, sea consciente o inconscientemente, personal y socialmente, y los proyectos por hacer advenir. Es como una especie de bisagra que abre la puerta hacia atrás y hacia adelante. En el caso cristiano, desde el presente vamos a nuestra identidad judeo-cristiana con el *Antiguo* y *Nuevo Testamento* y la tradición e historia que hemos logrado construir también en los casi cerca de dos mil años, y desde aquí miramos hacia la promesa de consumación de toda creación de Dios. En el caso de nuestra vida histórica, miramos hacia el pasado y nos proyectamos hacia el futuro. Somos seres cuya identidad está abierta al futuro, y desde el punto de vista cronológico, el futuro como el tiempo de la esperanza y la utopía es mucho mayor que el tiempo de la memoria, del pasado.

¿Pero podemos hablar de lo que todavía no es? Claro que sí, porque la creación no sólo es lo que es, sino sobre todo lo que puede ser, lo que está llamada a ser o llegar a ser; por lo que, cuando se habla de ese futuro, no se intenta adivinar, sino tan solo dar razón de eso que ya late en nosotros y que busca salidas para llegar a ser. Todo ello está implícito y latente dentro de las posibilidades humanas que cada vez son mayores y que un día llegarán a ser lo que están llamadas a ser. Esto es debido a que no sólo somos pasado y presente, sino, ante todo, futuro; somos proyecto, somos seres vocacionados que vivimos la tensión entre lo que somos y lo que podemos y estamos llamados a ser.

Por otro lado, en tanto que seres en el mundo, con nuestras relaciones multipolares, no agotamos nuestras posibilidades de conocer, querer, sentir, amar. Por ejemplo, nuestras posibilidades de conocer realmente están en grado incipiente, pues el ser se mueve en la esfera de lo ilimitado. El querer humano quiere mucho más de lo que concretamente puede alcanzar. El hombre es proyección y tendencia hacia un siempre más, hacia el aún-no. En el ser humano late la afirmación; pero, sobre todo, el aún-no.

Todos nuestros puntos de llegada se convierten en puntos de partida y nuestro corazón no descansa hasta que se sacie. Siempre somos y vivimos en una tensión, entre lo absoluto y pleno y la inadecuación de la realidad a ese anhelo. Nos experimentamos hechos y continuamente por hacer (insatisfechos; no suficientemente hechos).

Ojalá algún día se diga de los seres humanos de inicios del siglo *xxi* que éramos una especie de prehomínidos, pues todavía había personas y/o pueblos marginados de derechos fundamentales de salud, seguridad, paz, educación,

vivienda, recreación y desarrollo espiritual y artístico. Hoy soñamos con un mundo cuyos límites no sean tan difíciles para muchas personas.

Distancia con el presente adverso

Ambas se caracterizan por la distancia entre lo real presente y la propuesta futura. En ambas, lo real presente es sometido a crítica en confrontación con el futuro deseado, esperado. Ambas juegan con una misma tensión básica entre la insatisfacción de lo presente y la expectativa de un futuro mejor.

En la tradición bíblica los profetas son un buen ejemplo y en la historia secular los grandes héroes también lo son. Del abismo del sufrimiento en Egipto nace la luz de la esperanza, por lo que los momentos altos de esperanza en el Israel del *Antiguo Testamento*, son cuando pesa sobre ellos el yugo violento de la dominación, del exilio, del abandono...

La esperanza bíblica, tanto la de Abraham, como la del pueblo y demás personajes, parte de una ruptura con su presente¹ hacia otros lugares y circunstancias presentidas.

La promesa, la perspectiva, el anhelo... anuncian siempre lo que en la realidad aún no existe y lo que la realidad no puede dar o parece imposible; pero la realización crea una memoria en el ser humano que lo mantiene abierto a nuevas realidades, porque lo que ahora es, en su momento parecía imposible, de soñadores y su cumplimiento, aunque sea parcial, sigue animando a distanciarse del presente en busca de un futuro mejor.



¹ Gn, 12, 1; 22, 2; Ex, 3,10; Jos, 1, 2.

Función dinamizadora

Las grandes utopías del *Antiguo Testamento* y, específicamente, la gesta que nos narra el libro del *Éxodo*, muestran que sus anhelos de liberación y establecimiento en la tierra de la promesa nacieron del abismo del sufrimiento en Egipto, donde nace la luz de la esperanza; por lo que los momentos altos de esperanza en Israel es cuando pesa sobre ellos el yugo violento de la dominación, del exilio, del abandono...

Las utopías humanas despuntan, también, en el mismo contexto del sufrimiento. Un pueblo satisfecho vive bajo la tentación de sofocar todo germen utópico, esperanzador, y cuando, por el contrario, vive situaciones de pena y sufrimiento, brotan en su medio profetas de un futuro mejor, utopistas de nuevas realidades.

Tanto la utopía, como la esperanza mueven a las personas a actuar en la línea de la transformación. Las personas necesitan ideales, proyectos, sueños e ilusiones que los muevan hacia una mejor realidad. De hecho, en el espacio secular de la historia, la utopía mueve a las personas a actuar en la línea de la transformación. En ambientes religiosos de corte cristiano la esperanza ejerce esa misma función. Se podría decir que la utopía es la cara secular de la esperanza y la esperanza es la cara teologal de la utopía.

Para quienes el horizonte de la historia no trasciende la historia humana, la utopía ejerce una función impulsadora del proceso histórico; para los que creen la esperanza cristiana, anima a la comunidad creyente en sus luchas históricas. Utopía (desde el mundo no creyente) y esperanza cristiana sustentan las luchas de los pueblos y las gentes y ejercen una función de dinamizadoras de la historia.



Función trascendente

Todos los seres humanos esperamos algo más que realidad que nos limita, sea por razones económicas, sociales, de salud o de anhelos. El ser humano, por más logros que tenga, siempre sigue esperando más justicia, igualdad, participación, fraternidad, entre otros. Somos seres abiertos a algo más; por lo que esperar que ese algo más que satisfaga sus anhelos de manera definitiva (esperanza cristiana) sea llevado a su plenitud por Dios, no va en contra de la propia estructura humana que siempre está abierta, aún más que esta realidad, especialmente cuando ésta le resulta adversa, como es la situación en la cual estamos inmersos. Esperar desde la creencia cristiana o desde las utopías humanas es algo propio del ser humano.

La utopía y la esperanza se explican, en último término, por causa de la estructura del propio ser humano, como un ser abierto a la trascendencia. La utopía hacia una *trascendencia inmanente*; es decir, algo que trascienda el hoy y que vaya más allá de esta realidad tal y como está presente. Espera que algo más que yo tenga otra palabra, otra realidad; sea ésta la historia, el tiempo, el destino, la patria, el pueblo. No se conforma con que el hoy sea su medida y nos resistimos. Nadie quiere que el otro u otra sea su medida o que ésta u otra realidad sea su medida de que ya no puede pasar.

En el origen de esta cuestión late la experiencia primera y compartida de que el ser humano vive una existencia que el mismo no se dio. Así se pregunta de dónde vino y para dónde va, ya que se concibe como un proyecto inacabado, orientado a un futuro desconocido. Esto vale para creyentes y no creyentes, por lo que el fundamento antropológico de la utopía o de la esperanza cristiana es el mismo.

El hombre vive en la tensión entre su realidad limitada, a pesar de los logros y el deseo de estar más realizado. A cada conquista que realiza, le queda el deseo de una nueva conquista. En ese itinerario surge la pregunta radical del sentido de toda esa vida en cuanto vivida y en cuanto proyecto. En el fondo, cada cual busca un sentido último para su existencia. Pero el sentido sólo puede ser atribuido por el hombre si él mismo ya vive un horizonte de sentido si su vida, su historia ya tiene sentido en su realidad; de lo contrario, busca ese sentido que lo instale en el presente con toda su memoria significativa y lo lance al futuro.

Esa proyección, en cuanto creación suya, es utopía, y en cuanto supera sus fuerzas en la realización, es esperanza, pues cada vez que ese proyecto se realiza, se abre nuevamente la expectativa del futuro. El hombre sabe que ese mecanismo de crear utopías es mayor que las mismas utopías, por eso fundamenta la esperanza.

En ese sentido, la misma raíz antropológica hace al ser humano, al mismo tiempo, crear utopías, y para quienes son creyentes, abrirse a esperanzas más allá de las utopías; sin dejar de tomarse con la seriedad debida el horizonte utópico de las personas y las luchas con que intentan que ese horizonte se haga concreto.

Distancias entre esperanza cristiana y utopía

En esta parte, y de manera breve, hablaré de las distancias más obvias entre utopía y esperanza, teniendo como trasfondo que las diferencias no son para restar, sino para caracterizar a cada cual según su aporte concreto. Una no anula a la otra y, en el caso de la esperanza, es absurdo suponer que ésta anula a la utopía, porque en la práctica lo que pasaría es que tendría una promesa que no tendría dónde acontecer, porque la esperanza se articula a la utopía para encarnarse, pero no se agota o equipara en ella.

Relación con la trascendencia

La distancia más notable entre los dos discursos viene de su relación con la trascendencia. La utopía busca encontrar su motivación última en los valores humanos, en la ética y en la conciencia humana. Responde a la conocida frase de “nada de lo humano me es ajeno”.

La esperanza cristiana puede dejarse motivar también por los valores humanos desde esa perspectiva, pero ella reconoce que tal motivación es intermedia, nunca definitiva: sólo adquiere, en último término, su valor de otra



motivación, la trascendencia divina. Al cristiano lo mueve finalmente el amor, la promesa de Dios, la absoluta credibilidad en Dios.

Así, el fundamento de la utopía es la doble experiencia humana del sufrimiento y de la posibilidad creativa del hombre. Sólo el sufrimiento provocaría acomodación, resignación. Sólo creatividad podría prolongar el presente en una simple línea de perfeccionamiento. Pero cuando esas dos experiencias se suman, nace la utopía. La esperanza, por su parte, tiene su origen en la revelación, en la promesa que Dios hace en la historia al pueblo de Israel y al nuevo pueblo por medio de la persona de su Hijo Jesús. Por ello, la relación que establecen la utopía y la esperanza con la realidad es diferente. La utopía tiene a la historia como última referencia. Su proyecto es pensado para ser realizado en los límites del tiempo. Quiere construir su proyecto (la ciudad futura) con el material de las acciones humanas.

El cristiano sabe que las verdaderas construcciones humanas son mediaciones de la acción de Dios y que su plenitud es para después de la historia, porque nada en la historia es definitivo. Sin embargo, el cristiano también sabe que su Dios se ha hecho creíble actuando y manifestándose en la historia, por lo que la acción, la celebración y la significación en la historia son el material básico e indispensable a partir del cual posiona su esperanza y da razón de ella. Sería muy extraño decir que le tenemos una buena nueva al mundo; pero qué lástima, es para después de la muerte. ¿Cómo fundar la esperanza en Dios si en su creación no hay señales de su presencia? Y los cristianos vemos en eso señales de algo definitivo, pero son señales en medio de la vida y de la historia.

Verificación y efectividad

La utopía es de más fácil verificación y normalmente es más notoria su efectividad cuando se logra hacer presente con algún grado de cumplimiento. Si lo que se prometió, por ejemplo, es agua en una ciudad, cuando eso pase, será notorio. Es decir, cuando la utopía tiene que ver con servicios, condiciones laborales, tierra, agua, vivienda, de movilidad, la evidencia es más clara. En cambio, con la esperanza es más difícil la verificación, tan solo a nivel histórico.

¿Cómo medir la misericordia, las relaciones fraternas, la conversión y la justicia sin que nos queden dudas?; porque alguien puede ser muy caritativo, pero ¿cómo sabemos que no lo hace farisaicamente para ser reconocido, para promocionar su nombre?, o tal vez sí lo hace por mera gratuidad, al modo de Jesús. Nunca hay una certeza definitiva, siempre cabe la duda, incluso cuando los

asuntos parecen transparentes, pues no sabemos qué hay en la profundidad de los corazones de los seres humanos. También la utopía tiene esta problemática cuando se enfrenta a cuestiones más subjetivas, porque como ambas utilizan un lenguaje simbólico, no es fácil dilucidar qué se quiere decir, ya que el lenguaje simbólico no se deja atrapar en un solo rango de significados.

Pero, en última instancia, la dificultad de la verificación con la esperanza es por su naturaleza: los logros humanos son sólo medios, signos del destino escatológico a lo que todo está llamado. Nada de lo logrado es evidencia de lo definitivo; tan sólo signo o presencia, pero no cumplimiento absoluto. La esperanza ve directamente la realización de las promesas escatológicas en Dios, que es fiel, porque de él viene la fuerza, la realidad deseada. Solamente se vuelve indirectamente medio para las utopías humanas, motor de proyectos históricos, de manera que muchos cristianos movidos por la esperanza cristiana pueden adherirse a una causa política. En ese caso, se hace necesario articular la esperanza con tal proyecto o movimiento, ya que eso no acontece de modo inmediato y transparente. Se necesita mostrar que tal proyecto o movimiento comulga con los mismos valores que las promesas de Dios revelan, de modo que dicho proyecto o movimiento se convierta en un acontecer anticipado y limitado de tales promesas.

Lo anterior puede explicar la cantidad de problemas entre militantes no creyentes con los creyentes. Los primeros concentran su atención en la definición clara y concreta de utopías a ser viabilizadas por determinadas prácticas concretas, en tanto que los otros se pierden más fácilmente en discursos vagos y de difícil verificación.

Destinos diversos

Lo peor que le puede pasar a la utopía es que no llegue a concretarse, sea porque hubo tal oposición que ni siquiera se logró un alumbramiento, o bien, porque después del nacimiento, las trabas del camino sólo le permitieron un cumplimiento limitado de sus anhelos y lo peor sería que ni siquiera se le permitiera su concepción, que se le elimine incluso antes de que pueda ser sembrada. Pero, incluso cuando se cumple parcial o totalmente, su destino es la muerte, el cementerio. La utopía tiende a desaparecer al realizarse, tiene en sí el germen de la muerte. Vive para dar la vida a una realidad y, entonces, morir, sin importar que pueda vivir por mucho tiempo, como la actual utopía del consumismo que está llegando a su fin con el nacimiento de la utopía ecológica.

La esperanza tiene un sentido más profundo. Ella nunca desaparecerá, pues el objeto de su espera es mayor que los proyectos y que la historia. En eso se distingue de la utopía. Ella traduce una relación fundamental con Dios, tan originaria y permanente que persistirá siempre, pues la realidad de Dios es inmanipulable. Mientras no estemos en la vida plena, la esperanza permanecerá, pues no podemos poseer totalmente al Dios que se nos comunica, sino hasta la vida plena, por lo que habrá que estar siempre a la expectativa de ese Dios que se entrega y cuya entrega nunca es última. La entrega de Dios es la raíz última de la esperanza que históricamente no termina nunca. Dios siempre será nuestro futuro, nunca se hará absolutamente presente en el sentido de poder ser agotado por nosotros. Por ello, el hombre está siempre a la espera. Y después de la muerte, esa esperanza no se aniquila, es llevada por Dios a su pleno cumplimiento.

En resumen, la utopía tiende a desaparecer por ser una proyección de los deseos humanos. La esperanza permanecerá porque revela un modo definitivo de relacionarse con Dios. Los deseos humanos se modifican, se superan. La manera de relacionarse con Dios permanecerá abierta y sorprendente.



Espiritualidad

La diferencia no estriba normalmente en que se hagan cosas diferentes, sino en el espíritu con que se hacen esas cosas, y en nuestro caso es el espíritu-espiritualidad cristiana, que nos hace actuar desde la búsqueda de la voluntad de Dios; aquí y ahora, bajo la acción del Espíritu Santo, al modo del Hijo y ese “modito” de hacer las cosas, sólo el creyente, seguidor de Jesús lo puede hacer, lo cual no nos hace superiores o inferiores, sino simplemente diferentes en el servicio. Ese modo de servicio sólo los cristianos lo podemos hacer presente en la vida cotidiana, personal y social.

PARTICULARIDAD DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Tensión entre el ya transitorio y el todavía no definitivo

¿Se realizarán algún día todos los dinamismos humanos que laten en nuestra existencia? ¿Podrán encontrarse alguna vez con el *objeto* de su tendencia? ¿O seremos como Prometeo, un desear eterno, sin alcanzarlo jamás, sin esperanza?, por lo que así nuestra esperanza sería un espejismo más, pero un espejismo cruel, porque nos descentraría sin esperanza de nuestro camino humano.

Nuestra esperanza no comienza al terminar esta vida, está ya inscrita en esta vida y será llevada a su plenitud por Dios el último día; porque si la esperanza comienza al terminar la vida, ¿para qué la tierra si lo que importa es el cielo? De esta manera podemos confundirnos y no tomar en serio esta historia o, en todo caso, se la miraría tan sólo como tiempo de prueba, sin un valor inherente. Pero tampoco nos podemos ir al otro extremo, en el que lo que importa es la tierra y lo que es más que la tierra ya no, quedando a la orilla de un materialismo simplista. Lo que la esperanza cristiana postula es una correcta articulación o tensión entre el ya de la vida y de la historia y el todavía no de su consumación. No podemos postular una esperanza que sólo será real después de la muerte ni una que se identifique o reduzca con esta vida, aunque algún día ésta llegara a ser como la soñamos. Ya ahora debe haber signos del “pan del mañana” que nos abren a la fe del banquete definitivo. Si Dios quiere nuestra salvación, no podría oponerse a nuestra felicidad y realización, a la mejora de nuestra salud, vivienda y alimentación; pero no pueden ser el último bien que para nosotros quiere Dios. Dios no puede querer el bien mayor (salvación) y estar en contra del bien menor (realización, liberación, humanización). Sin embargo, a pesar de los logros, seguimos clamando por una realización mayor que no se agote aquí, en el ser por el tener y disfrutar, como tanto nos lo pregona esta sociedad consumista y de mercado.

Finalmente, como a la samaritana, nos deja con sed, porque anhelamos un fin bueno definitivo y sin esperas, a sabiendas de que no está en nuestras manos dar algo que ya no nos deje con sed, con el siguiente deseo o anhelo, por lo que la tierra clama tanto por el cielo, como por su plenitud y cree que desde aquí ya se saborea lo que finalmente se dará en plenitud.

Creer y esperar en la vida eterna “es estar seguro de que este mundo no es definitivo; que la situación actual no permanecerá eternamente; que todo cuanto existe —incluidas las instituciones—, tienen carácter transitorio; que la división



de pueblos, naciones y razas, hombres y mujeres, los marginales y los privilegiados es provisional; que el mundo está sometido a la transitoriedad y al cambio. Todo ello nos debe llenar de esperanza y fe. Debemos creer que, si esto es provisional, no por eso lo dejemos así, al cabo terminará; sino que creer es inaugurar otra situación, porque ésta es provisional, es aventurarse a una vida mayor y mejor, porque ésta es transitoria, es dejarse llevar por esa latencia de vida y deseos de plenitud que Dios ha puesto en nuestra existencia.

Asimismo, debemos creer que la vida vence sobre la muerte y que nuestro destino final es la plenitud de vida en Dios. La empresa nos puede resultar tan complicada como la de tener hijos cuando ya se está en la vejez o buscar la libertad siendo esclavos ante el faraón y sus ejércitos en Egipto. Para nosotros los cristianos, con nuestra prehistoria judía, somos herederos de la esperanza bíblica, cuya identidad más acabada es ser esperanza contra toda esperanza. ¿Cómo de un perseguido, maltratado, injuriado y finalmente crucificado puede nacer la vida nueva, el futuro de toda criatura y toda creación? Pues bien, en Jesús resucitado ya ha acontecido.

Solamente a partir del ya de lo cotidiano podemos entender el verdadero sentido del mensaje de esperanza de la Escritura. Solamente a partir de la experiencia del resucitado, podemos entender la resurrección. Solamente desde dentro de la vivencia del ya puede iluminarse el todavía no. La inversión es peligrosa, porque podemos hablar de una esperanza del más allá que, como ya apunté, desgraciadamente no es para nosotros hoy, sino hasta que estemos en la vida eterna. Parafraseando a san Pablo, ¿cómo vamos a esperar y creer si no hay señales que nos lo indiquen, que lo hagan presente? Y así como san Pablo invita a misionar, quedamos invitados a estar al servicio de este Dios que por nuestras manos siembra esas señales en medio de nuestra vida y dificultades.

Jesús es el centro de nuestra esperanza

¿En quién ponemos nuestra esperanza? Para los cristianos, seguidores de Jesús, no hay duda; en Jesús resucitado, lo cual no significa que no deba confiar en los seres humanos, porque sería absurdo decir que confío en Jesús, mi Señor, y a la vez no tener personas en quienes confiar. ¿Cómo es que me abro a una confianza Mayor y no soy capaz de una confianza menor? El ya de la esperanza cristiana supone una confianza en otras personas, para que juntamente podamos llevar la vida a donde Dios la espera.

Siempre que la libertad humana, histórica, construida en las relaciones con los demás, con el mundo, se encuentra con Jesús, se construye algo con sabor a definitivo; aunque sea transitorio, ya ha tenido lugar la cercanía de Dios, la venida de Dios, de su reinado. A medida que los hombres, en conciencia y libertad, vamos respondiendo por medio de nuestras acciones, y compromiso en la historia, a las interpelaciones de Dios, se inicia ya la eternización del reino. Lo que el hombre va construyendo en la historia no madura definitiva y universalmente sólo en el momento simple de la muerte, ya dentro de la historia se da esa maduración. Por ello, es única la seriedad de las decisiones históricas. De esta manera, no se niega el carácter de futuro ni el de sorpresa del reino de Dios.

Por tanto, dicha cercanía del Reino está siempre presente y futura. Presente, porque hace ya “eterno” todo lo que el hombre, cargado de historia y de mundo; hace y construye de amor, de justicia, de servicio y de perdón. Futuro, porque esa cercanía de Dios siempre nos sorprende y nunca sabemos de hecho que el reino se está construyendo por obra de Dios.

No se trata de un actualismo exagerado, como si todo estuviera decidido en el presente de la historia personal y social, como si no hubiese espacio para la esperanza. Esperar es estar abierto a la glorificación de la persona y de su historia por parte de Dios. Es estar cierto de que eso acontecerá, porque en un punto de la historia humana eso ya ha acontecido: en Jesucristo muerto y resucitado. La certeza en la fe y en la esperanza de que la historia y el cosmos participarán del mundo definitivo y que por eso ya están, en cierto modo, envueltos en el toque de lo definitivo durante la existencia terrena, se fundamenta en la resurrección de Jesús. Jesús glorificado es el futuro último y acabado de Dios.

Lo típico de la esperanza cristiana no es algo, sino Alguien: Cristo, por ser el fundamento y la meta del esperar cristiano. Porque Cristo ha venido, sabemos de un “ya”; porque vendrá, estamos abiertos al futuro de la consumación. Porque Cristo ha resucitado, estamos persuadidos de nuestra resurrección. Porque en

Cristo lo humano ha sido asumido en el ser personal de Dios, esperamos nuestra divinización.

Desde Cristo-Jesús, esperanza para toda la creación

La resurrección de Jesús no es sólo esperanza para la salvación del alma, del individuo solo o de la humanidad sola. Se habla de una salvación del hombre entero, de la comunidad humana, de la entera realidad. No es una salvación acósmica e individualista. No olvidemos que la idea de resurrección está emparentada con la reivindicación de la causa perdida y rehabilitación del justo inicualemente ejecutado. La resurrección viene a ser el desenlace del clamor utópico por una justicia y una libertad universales, cósmica.

Todos los seres vivos están sujetos a la caducidad de la vida. La creación está “sometida”, pero “abriga una esperanza”.² Esta reinterpretación escatológica de la caducidad se centra en un punto: la muerte, que es el final de todo ser vivo. Pero en la visión escatológica de la nueva creación “no habrá muerte”, si ésta es radical. Lo anterior tiene su inicio, desde la perspectiva cristiana, en la resurrección de Jesús.

Nuestro Señor padeció la muerte que todo ser vivo tiene, pero además no murió de muerte natural, fue asesinado y murió en solidaridad con todos los que sufren violencia y con todos los seres vivos que han de morir, aunque “quieran” seguir vivos. Jesús murió la muerte violenta de la historia humana y la muerte trágica de la naturaleza, por lo que su resurrección no sólo es el aniquilamiento de la muerte histórica, también el referido a la naturaleza (estado actual de la creación) y el inicio tanto de la resurrección de los muertos, como de la



² Rom, 8, 20.

transfiguración de la vida en nueva y eterna creación.³ El tiempo de la naturaleza representa una especie de “invierno de la creación”. La superación del poder de la muerte por la resurrección y la infusión del Espíritu Santo “sobre toda carne” deben considerarse en este contexto como el gran signo de la “primavera de la creación”, de la “resurrección de la naturaleza” y de la “deificación del cosmos”. El mismo espíritu de la resurrección es el que trae a todo ser vivo la primavera de la vida eterna. No es sólo el ser humano llamado a la pascua de la creación, sino toda criatura, toda la entera creación de Dios.

En la sociedad moderna tecnoindustrial se ha instrumentalizado a la naturaleza hacia su propia creación y realidad, como si cada día de los siete en que se nos narra la creación en el *Génesis* no tuviera su propia identidad. Hoy estamos asistiendo a una esperanza para toda la vida creada, no sólo la vida humana. Así como Dios es el séptimo día, quien todo lo culmina, todo lo abraza, lo sostiene y a todo le da futuro; así el ser humano, siendo el sexto día de la creación, como imagen y semejanza de Dios, ha sido comisionado para ser esperanza y futuro, no sólo el sexto día de la creación, sino también los cinco primeros días, sin los cuales no tiene viabilidad en la tierra. Hoy todos los seres vivos nos necesitamos, aunque no todos tengamos la comisión del cuidado y conservación de la casa común.

Desde lo anterior, la naturaleza no se orienta hacia la historia humana como considera el antropocentrismo moderno, sino que esta historia humana se consume en la “resurrección de la naturaleza”, porque sólo en ella y con ella es viable una “resurrección” de la vida humana.

Con la muerte de Jesús de Nazaret no solo murió la muerte de los hombres dolientes y la “muerte del pecador” para traer la paz al mundo humano; murió también la “muerte de todo ser vivo” para conciliarlo todo en el cielo y en la tierra. Reconciliados por su muerte y acogidos en su nuevo nacimiento, todas las criaturas se benefician de la paz de la nueva comunidad universal. Cristo es “la cabeza” de esta nueva comunidad universal.

³ Col, 1, 15.

SER Y HACER IGLESIA EN UN CONTEXTO URBANO Y DE CRISIS SANITARIA

Desiré Afana*

*Consuelen, consuelen
a mi pueblo, dice su Dios
Is 40,1*

Si algo distingue a un escritor del resto de la sociedad, es precisamente su capacidad de preocuparse cuando los demás están instalados en la quietud. Por eso son a menudo considerados como despertadores de consciencia o perturbadores del orden establecido, de eternos insatisfechos a quienes nada colma. No es así. Si el escritor se prohíbe el sueño, o restringe sus diversiones, es precisamente porque siente en sus hombros, el indescriptible peso de la responsabilidad, su deber de contar el dolor de los demás, oponerse al olvido. El escritor, cuando su pluma empuña, se constituye, según lo amerite la circunstancia, en portavoz, en abogado, en consolador o heraldo de tiempos mejores. Aimé Césaire, figura prominente de la negritud, decía en este sentido: *“ma bouche será la bouche des malheurs qui n’ont pas de bouche, ma voix, la liberté de celles qui s’affaissent au cachot du desespoir”*¹



* Universidad Lumen Gentium.

¹ Aimé Césaire, *Cahier d'un retour au pays natal*, París, Présence Africaine, 1956. **Vid.** “Mi boca será la boca de las desgracias que no pueden hablar, mi voz, la libertad de las que colapsan en los calabozos de la

Antes que nada, el escritor debe identificarse con un pueblo, y después, hablar en su nombre o dirigirle un mensaje. Claro está que, a estas alturas de la pandemia, se recomienda prudencia y moderación en el análisis de lo que ocurre. Tampoco podemos, como comunidad intelectual, llegar muy tarde. Nuestro pueblo no nos lo perdonaría.

Por eso, saludo y aplaudo esta iniciativa de la Universidad Intercontinental, de reunirnos en esta mesa virtual de reflexión multidisciplinaria, con el sano motivo de dirigir unas palabras de aliento a nuestro pueblo en este contexto de crisis sanitaria que, sin duda, tendrá consecuencias sociales, políticas y económicas voluminosas.

Hablaré entonces de mi experiencia de párroco en la Ciudad de México y de cómo, junto a mi comunidad, estamos enfrentando el confinamiento. Lo haré en tres partes. En primer lugar, a parte de presentar brevemente la parroquia, hablaré de cómo iniciamos el 2020 pastoralmente; los planes que teníamos. En segundo lugar, hablaré de lo que acontece en la parroquia durante el confinamiento (nuestras acciones y actitudes pastorales) y, para terminar, esbozaré, una ruta pastoral de salida de crisis.

La Parroquia de Nuestra Señora del Consuelo

Nuestra parroquia pertenece a la Diócesis de Azcapotzalco. Pertenece a la II zona pastoral y al V decanato. Geográficamente, se ubica prácticamente en un cruce de caminos: por un lado, el metro La Raza por donde pasan las líneas Indios Verdes-Universidad y Pantitlán-Politécnico. También está cerca de dos líneas de Metrobús: sobre Insurgentes, la Línea 1 y sobre Vallejo, la Línea 3. Está rodeada de cuatro grandes avenidas: Cien metros, Vallejo, Cuitláhuac e Insurgentes. Así que es fácil de ubicar. Además, está cerca de la Central de Autobuses del Norte. Administrativamente, estamos en la calle Delibes 4421, Colonia Guadalupe Victoria que a su vez es parte de la alcaldía Gustavo A. Madero en la Ciudad de México. Si bien es cierto que la comunidad litúrgica



desesperación”.

empieza por los años 1940, es hasta el 15 de septiembre de 1967 que la parroquia es creada por el arzobispo primado de México, Miguel Darío Miranda y confiada al cuidado pastoral y espiritual de los misioneros de San José.² Nosotros como misioneros de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, tomamos el relevo en 2003, hace 17 años. La parroquia cuenta con un templo Mayor dedicado a la Virgen de los Dolores y de una rectoría: San Juan Bautista. La feligresía es esencialmente de la tercera edad. Conocemos problemáticas sociales como la drogadicción, la prostitución, el alcoholismo, el desempleo o la inseguridad.

Por su ubicación, el territorio parroquial es muy transitado. No falta la presencia de otras propuestas religiosas como la Luz del mundo, los mormones, los Testigos de Jehová y los Brahamanistas llamados “cristianos”. La mayoría de ellos ataca la doctrina de la Iglesia católica. Nuestra parroquia, en tiempos normales, enfrenta también un flujo de migrantes que se acercan para pedir apoyo. Actualmente, somos un equipo de dos sacerdotes que, junto con los grupos constituidos y los laicos comprometidos, animamos pastoralmente la parroquia.

El 2019 y su significado

Antes de hablar sobre cómo iniciamos el año pastoral en curso, me gustaría decir cómo vivimos y terminamos el año anterior. Quizá muchos no lo notaron, pero el año 2019 estaba para tener un significado enorme por lo que había pasado 25 años atrás. Efectivamente, en 1994, el 1ero de enero, en el Estado de Chiapas, se levantaba en armas, el EZLN, encabezado por el subcomandante Marcos. Esta crisis abrió los ojos de todos sobre el multiseccular descuido pastoral y político que venían sufriendo los indígenas de Chiapas. Otros acontecimientos que 25 años después seguían teniendo un impacto fuerte en la vida de la nación mexicana, eran el asesinato de Luis Donaldo Colosio, en Tijuana el 23 de marzo 1994; las privatizaciones masivas de empresas por Carlos Salinas de Gortari; la firma del Tratado de Libre Comercio entre México, EU y Canadá; el no menos importante asesinato de José Francisco Ruíz Massieu, Secretario General del PRI el 28 de septiembre; la organización del primer debate televisivo entre candidatos a la presidencia; la elección de Ernesto Zedillo como sexagésimo primer presidente de México.

Traigo a la memoria, el año de 1994, porque fue de una intensa actividad incluso dentro de la Iglesia católica y tiene similitudes con lo que estamos

² Para saber más sobre esta historia del templo, Vid. Senén Mejic, *Santuario del consuelo*, Ciudad de México, 1970.

viviendo en este momento. Frente a tantas crisis y situaciones explosivas, la CEM que presidía Adolfo Suarez Rivera, arzobispo de Monterrey y cuyo secretario general era Ramón Godínez Flores, obispo auxiliar de Guadalajara, emitió 2 mensajes, 11 comunicados y 2 orientaciones, más una declaración; lo que lleva a un total de 16 documentos³ donde llaman al pueblo de México a la paz, a la justicia, a la solidaridad, a la reconciliación, a los valores de la democracia. El documento sobre la pastoral familiar que fue emitido el 14 de abril de 1994, ya indicaba a los esposos que podían, aparte de participar en las misas dominicales en la parroquia, ejercer su sacerdocio bautismal durante las oraciones y liturgias familiares en sus casas.

Nadie sabía que exactamente 25 años después, lo necesitaríamos; y a demás en semana santa. Si bien todos estos mensajes fueron y siguen siendo pertinentes, uno, sin embargo, se me impone en este momento: el del 15 de abril 1994. En el punto I de aquel mensaje, hablan los obispos de la realidad en México y en los puntos III y IV, hacen una hermosa reflexión eclesiológica y terminan dictaminando que la Iglesia debe ser signo de comunión y servidora del hombre. En el contexto de miedo, de angustia, de incertidumbre provocado por tantas muertes a la vez en el mundo, uniendo su ser y su quehacer, la Iglesia no se puede dar el lujo de dejar de fortalecer su comunión interna y de estar al servicio del hombre sufriente, sediento de consuelo y en busca de un sentido a su vida.

Nuestra Señora del Consuelo: Parroquia Urbana, Signo y Sirvienta

Sin menospreciar, mucho menos ignorar, todas las definiciones eruditas de la parroquia, y en este caso de una parroquia en contexto urbano, diría simplemente que una parroquia siempre es un signo para la gente. En el sentido de que cristaliza sus recuerdos, sus vivencias de fe, su historial cristiano o sacramental, la parroquia es su lugar de contacto con Dios; su templo, la cuna que siempre custodiará los momentos fuertes de su existencia como hijos de Dios. Para los colonos, sobre todo, parte de su historia o de un ser cercano se jugó allí en el templo. Con el fenómeno de los columbarios que se han multiplicado en los templos de la ciudad, muchos ya contemplan, mínimo una vez al año, una parada en el templo donde descansan los restos de sus familiares. Hay quienes mantienen una relación fervorosa, entusiasta con su parroquia; otros una relación

³ Vid, CEM, *Documentos Colectivos del Episcopado Mexicano III*, 1987-1997, Ciudad de México, 1997, pp. 229-305.



tumultuosa, que no es un total amor ni un odio visceral. La parroquia es entonces este lugar que activa los recuerdos y estimula la memoria.

Es una atestación de la presencia de Dios en medio de su pueblo, un factor de unidad y un cimiento de la identidad de la gente. La parroquia es también un punto de impulso hacia la esperanza por la tranquilidad que inspira y la firmeza que da a la vida de la gente a través de la Palabra bien predicada y de los sacramentos bien preparados y celebrados. La parroquia urbana esposa todas estas características y crece aún más en el sentido de que es un punto de referencia a veces extra cultural, un punto de encuentro, un lugar donde se cumplen las expectativas del que se acerca, un lugar de acogida y de orientación. La parroquia urbana, sometida al ritmo de la movilidad vertiginosa de la gente, es a veces esta posada, donde llegan todos los que tienen prisa a descansar un rato de sus fatigas humanas y espirituales, de su estrés, de sus dudas y vuelven en seguida a emprender su camino sin dejar rasgos o huellas. Una parroquia urbana tiene la obligación de servir a todos, los residentes y los caminantes. Nuestra parroquia es, en este sentido, por su identidad urbana y su vocación misionera, una parroquia al servicio del que busca a Dios.

La nueva diócesis de Azcapotzalco

Los recuerdos arriba mencionados, para nuestra feligresía, venían tapizando y acomodando el camino a la creación de la nueva diócesis de Azcapotzalco

en la parte norte de la Ciudad de México. Efectivamente, aunque la carta del papa data del 28 de septiembre de 2019, fue hasta diez días después que aquel acontecimiento tuvo lugar: el 8 de noviembre de 2019. Adolfo Miguel Castaño Fonseca quedó como primer obispo de la diócesis. Al día siguiente, nuestra diócesis, todavía con el cordón umbilical sangrando, tuvo su primera actividad diocesana: la asamblea diocesana juvenil. Otro acontecimiento eclesial, esta vez a nivel mundial, fue el sínodo de los obispos sobre Amazonia que se llevó a cabo en Roma del 6 al 26 de octubre de 2019.

LA CONTINGENCIA SANITARIA Y SU IMPACTO PASTORAL

Inicio del 2020

Iniciamos el 2020 con optimismo y buenas disposiciones interiores. A nivel del país, las perspectivas eran buenas. El presidente Andrés Manuel López Obrador entraba en el segundo año de su programa de gobierno llamado *Cuarta transformación del país*. Varios de sus megaproyectos se echaron a andar: el tren maya, la refinería de Dos Bocas y el aeropuerto internacional de Santa Lucía. Los programas sociales también ya se empezaban a concretar, por ejemplo, el Banco del bienestar. Pero esta serenidad política y económica vino a ser perturbada por unas manifestaciones sociales muy mediatizadas. Las mujeres fueron las que, en repetidas ocasiones, levantaron la voz, tomaron las calles para exigir que se acaben los feminicidios en el país y que, otra vez, se modifique el artículo 325 del Código Penal Federal donde este delito viene tipificado. Hasta hubo un día sin mujeres, el 9 de marzo.

En nuestra nueva diócesis, se procedió primero a una reestructuración territorial: siete decanatos fueron creados y divididos en tres zonas pastorales. Nuestra parroquia quedó en el v decanato y en la Segunda Zona Pastoral que abarca Vallejo y Lindavista. Además, se organizó una Asamblea Diocesana del 21 al 23 de enero de 2020 en la Parroquia de la Divina Providencia de Ticomán, con la finalidad de determinar las líneas pastorales prioritarias y tratar lo más que se pueda, de armonizar y unificar los criterios y los tiempos pastorales. Luego, alcanzamos a celebrar el 8 de marzo, el primer encuentro diocesano de las familias.

A nivel decanal, los sacerdotes de las nueve parroquias que lo conformamos tuvimos nuestra primera reunión el 4 de febrero en la Parroquia de San Judas Tadeo-Politécnico, para designar a los encargados de las diferentes comisiones decanales. Pudimos, igual, establecer el calendario de las visitas administrativas

a las diferentes parroquias, así como una pequeña agenda de nuestras juntas mensuales. De las nueve visitas programadas, pudimos, hasta la fecha, realizar ocho; quedando pendiente la última por razones de emergencia sanitaria.

A nivel parroquial, en mi mensaje de año nuevo, invité a toda la feligresía a ponerse las pilas y con el lema que todo el año iba a ser “*evangelizar a todo vapor*”. Habíamos estado estancados durante más de un año, desde que empezó a rumorearse la creación de la nueva diócesis y no se pudo avanzar mucho en temas pastorales. Todas las parroquias nos quedamos “manteniendo” lo que ya existía. Una vez despejado el camino con la nueva diócesis y el nuevo obispo, ya no había que esperar más. Por eso eché para adelante la comunidad. A parte de participar y repercutir en la parroquia las iniciativas diocesanas, planeamos nosotros mismos varias actividades de suma importancia: una noche de adoración con música, luces, alabanzas y testimonios el 31 de enero; el lanzamiento del grupo Alfa⁴ en la parroquia a partir del 4 de febrero y el retiro cuaresmal parroquial el 7 de marzo. La lógica era tener una actividad que uniera a todas las fuerzas vivas, todos los grupos a un ritmo de una al mes.

Para llegar a esta calendarización, una junta especial del consejo pastoral parroquial fue organizada. El punto para nosotros no era elaborar un plan pastoral antes de la diócesis; más bien, ir preparando el terreno, calentando motores para cuando estuviera listo el plan pastoral diocesano, aterrizarlo nada más en nuestra realidad parroquial.



Mi estrategia pastoral fue abrir espacios a nuevas propuestas evangelizadoras, sin dar por muertas las antiguas prácticas devocionales de nuestra feligresía. En muy poco tiempo, surgieron liderazgos nuevos en la parroquia como el de Enrique y su esposa Bárbara, que organizaron la noche de adoración; igual como el de Claudia, una joven universitaria que encabeza ahora el grupo Alfa. Innovamos en la parte de la comunicación: en vez de

⁴ Alfa es una propuesta de evangelización que combina la oración, el kerigma y la reflexión humana. Se trata de abordar los problemas de la vida personal, sean dudas, alegrías o miedos desde una perspectiva cristiana.

que la gente se entere por los “avisos” de lo que va a suceder en la parroquia, se daba la palabra a cada promotor de una actividad para que al final de la misa, explicara a toda la comunidad cuál es su tirada. Vi cómo se transformó la parroquia llenándose de actividades cada tarde, a tal grado, que tuvimos que arbitrar malentendidos entre algunos grupos sobre el uso de los salones. Este fervor pastoral fue premiado de tres maneras: nuestra parroquia fue elegida por el decanato como sede decanal de la coordinación de la catequesis; varios de nuestros feligreses fueron cooptados en las comisiones diocesanas; principalmente la de pastoral social y la de pastoral familiar. Uno de los coros de la parroquia, Shebaot, fue completamente integrado como columna vertebral del naciente coro diocesano. Y como tercer premio, Dios, en su infinita bondad, eligió a uno de los hijos de nuestra parroquia al sacerdocio ministerial el día 13 de febrero del presente. El padre Fernando Nieto Reyes, primer sacerdote en ser ordenado en la diócesis de Azcapotzalco, hizo su canta misa el 15 de febrero en la Parroquia. Así que celebramos el inicio de la cuaresma con el pecho verdaderamente hinchado y agradecidos con el Señor.

De repente, todo se detuvo

Mientras todavía saboreábamos y acechábamos una oportunidad para dar a conocer la *Exhortación Apostólica Postsinodal “Querida Amazonia”*, que publicó el papa Francisco el 02 de febrero y que planeábamos las diferentes vendimias y kermeses que organizaríamos con miras hacia la fiesta patronal del 15 de septiembre, empiezan a hacerse más agudas las noticias de una pandemia causada por el coronavirus y cuyo alcance sería mundial. Y rápidamente, como un reguero de pólvora, se expandían estas noticias alarmantes. La última misa multitudinaria, que tuvimos, fue la del 15 de marzo con motivo de la colecta para el seminario diocesano. De hecho, las medidas llamadas barrera, ya venían implementándose desde el 1 de marzo.

Una semana santa a puertas cerradas: algo raro

Por si algunos todavía dudaban de la existencia real de la pandemia, el hecho de que se cancelaran todas las ceremonias públicas clásicas de la semana santa, terminó de convencer hasta los más escépticos de que la pandemia iba en serio; que no era, ahora si para hablar como en mi pueblo, de una “mamada” o una “tomada de pelo” más del gobierno. El Domingo de Ramos, colocamos una palma bastante grande a la puerta principal del templo y pedimos a la feligresía

hacer lo mismo, utilizando sus ventanas. Cristo que en realidad ya está en nuestra Ciudad, no quiso que lo recibiéramos en alguna plaza pública, quiso entrar en cada casa. El Jueves Santo, con un templo vacío, celebramos la institución de la eucaristía. Igual entendí que Cristo nos decía que sí quería comer la Pascua con sus discípulos que somos, pero no en un restaurante, sino que en la intimidad y la verdad de una casa. El Viernes Santo, unimos nuestros dolores a la Cruz del Salvador. De hecho, nuestra parroquia está consagrada a la Virgen de los Dolores. Fue uno de los momentos más emocionantes de la pasión, decirle a María algo que ella había experimentado: el dolor, la angustia, la impotencia, la desesperación de su pueblo. Más que nunca, pedí a los feligreses que, desde sus propias penas y problemas, buscaran el consuelo de María y que como Jesús que aguantó el peso de la cruz, cargáramos las nuestras con valentía y esperanza. Desde luego, no faltó el llamado al arrepentimiento, a la conversión. No hace falta mencionar que nuestro mundo se ha vuelto experto en desafiar a Dios. El sábado de Gloria, el cirio pascual nos recordó que por más oscuras que sean las tinieblas, siempre brilla la luz de Dios. Fue nuestro símbolo de esperanza por excelencia. El paralelismo de la tumba vacía de Jesús, signo de su resurrección, con nuestras calles y templos vacíos se imponía. Si no estábamos en el templo, esto no significaba que habíamos muerto, sino que estábamos vivos en nuestras casas.

La semana santa 2020 será recordada como única porque las redes sociales que muchas de las veces transmiten odio, mentiras, falsas noticias, se vieron invadidas y obligadas a transmitir la Palabra de Dios; el celular se transformó un púlpito ambulante y la pantalla de televisión, un altar virtual. De repente,



se combinaron las liturgias parroquiales y las domésticas, se valoraron tanto el sacerdocio ministerial como el bautismal; sin, para nada, debilitar a la Iglesia comunitaria, se fortaleció la *Domus ecclesiae* (Iglesia doméstica) y de corbata, se consagraron nuestras casas como espacios litúrgicos; se entendió que abreviar un rito, hacerlo más sencillo no es para nada banalizarlo, vaciarlo de su sentido; entendimos que la liturgia no es un asunto elitista, sino que popular; de una liturgia espectáculo y desencarnada, pasamos a una liturgia más sencilla, pero tan auténtica y tan contextualizada. Esta semana santa fue sin duda, semilla de una Iglesia verdaderamente renovada, configurada a Cristo; ya se firmó el certificado de alumbramiento de un culto a Dios que será, sin duda, más espiritual.

Emergencia sanitaria, contingencia, confinamiento, arresto domiciliario. ¿Cuál es la diferencia?

Son cuatro palabras y todas olieron a muerte para nuestra gente. México es un país batallador, que todo se lo ha ganado a pulso; y que cada vez que ha caído, ha sabido levantarse. Solo que, para salir adelante, México tiene que invadir cada mañana sus calles. La mayor parte de su actividad económica, porque es informal, se desarrolla en los espacios públicos para no decir en la calle, por pudor intelectual. En las inmediaciones de nuestra parroquia, por ejemplo, hay un tianguis los domingos de los dos lados del metro la Raza. Y entre semana, la gente aprovecha el paso de los usuarios de los transportes públicos y colectivos para vender algo de comida; sean desayunos, almuerzos, botanas o algún licuado; así como fruta picada. No falta quien coloque su canasto de pan justo a la entrada del templo los domingos. Si en el campo la tierra es el principal sostén de la gente, en la ciudad, la calle es más que su mano nutricia. Así que llámese contingencia o confinamiento, todas estas palabras significan para nuestro pueblo, cese de sus actividades y cero ingresos. Para la mayoría de nuestras familias que viven al día, la pandemia les pinta un panorama oscuro; hecho, entre otras cosas, de endeudamientos, de atrasos en los múltiples pagos de servicios en los que están enredados. Como mucha gente está perdiendo su trabajo, habrá seguramente un incremento del número de indigentes, habrá más robos y asaltos en las calles. Las familias más humildes quedarán más fragilizadas todavía.



Nuestra respuesta: los reajustes pastorales

Había que actuar; y actuar rápido. Fuimos guiados en las medidas que tomamos por tres marcas: las recomendaciones de los gobiernos tanto federal como de la Ciudad de México, las circulares de nuestro obispo⁵ y nuestro propio sentido común. Nuestra respuesta se resume en una trilogía: oración, comunicación, caridad pastoral. Concretamente, hicimos lo siguiente:

1. Limitamos el acceso a las instalaciones de la parroquia, cancelando todas las reuniones y actividades de grupos.
2. Cancelamos las misas de 7 de la noche y sólo se mantuvieron, por un tiempo, las de 8 de la mañana; primero con poquita asistencia y conforme fue evolucionando la pandemia, ya de plano sin feligreses. Esta misa cotidiana que se ofrece por toda la comunidad, se aplica ahora, de una manera particular, a las víctimas de la COVID-19.
3. Se cerró la oficina y se dio el permiso a la secretaria de quedarse en su casa con gozo de sueldo. En cuanto a la cocinera, se redujo a tres, sus días de labores sin recorte de sueldo.
4. Se optó por la reactivación de la página de Facebook de la parroquia y por la apertura de una cuenta de Instagram. Para este efecto, dos domingos seguidos, se estuvo pidiendo a las familias que se dieran de alta en estas plataformas.
5. En las pocas misas que todavía se alcanzaron a celebrar, se retransmitía a la feligresía, de una manera resumida, las circulares del obispo. Ahora las subimos al Facebook tales como nos llegan.
6. Se ha optado por utilizar el cancel de la parroquia como tablón de anuncios.
7. Se optó por no saturar ni este tablón ni las páginas digitales con demasiadas informaciones. Sólo publicamos lo esencial e indispensable.
8. Se optó por grabar las misas dominicales y subirlas a las plataformas arriba mencionadas. De hecho, hasta ahorita, hemos logrado transmitir las en vivo.
9. Se optó por poner a disposición de la feligresía, el número del teléfono celular del párroco para atender y acompañar espiritualmente a los que lo deseen.
10. Se optó por no pedir a la feligresía aportación financiera alguna. Los padres vivimos de las reservas parroquiales. Tenemos fe en la divina providencia de que, como en el caso del profeta Elías, “Porque así dice el Señor, Dios de Israel: la vasija de harina no se vaciará y el frasco de aceite no se acabará hasta el día en que el Señor haga llover sobre la superficie de la tierra” (1R 17, 14).⁶ Obviamente, revisamos a la baja nuestro estilo de vida que de por sí, ya es bastante sencillo. Sin embargo, para los pobres,

⁵ Hasta la fecha, hemos recibido cuatro comunicados de nuestro obispo, Adolfo Miguel Cataño Fonseca, sobre la COVID-19, el primero el 18 de marzo, el segundo el 20 de marzo, el tercero el 24 de marzo y el cuarto el 21 de abril del 2020.

⁶ Todas las citas bíblicas, las sacamos de CELAM, *Biblia de la Iglesia en América*, PPC, Ciudad de México, 2019.

Cáritas parroquial sigue acopiando despensas para ayudar a las 21 familias que cada mes reciben despensas de la parroquia.

11. Se optó por quedarnos, como misioneros, en medio de nuestro pueblo, compartiendo su sufrimiento y sus angustias. Nos queda claro que un pastor no abandona a su rebaño, un capitán no se baja de su nave en plena tempestad; aguanta barra.

12. En las misas transmitidas por las redes sociales, tratamos de presentar una cara serena para tranquilizar a nuestra feligresía. En la introducción de la misa y en la parte de las oraciones universales, tratamos de considerar cada una de las situaciones en las que se pueda encontrar nuestra gente para que se sientan tomados en cuenta. Al rezar por los enfermos o los cumpleaños, particularizamos el mensaje, dirigiéndonos directamente a ellos. Las homilias son más breves pero nutritivas espiritualmente. Cada lectura que nos ha tocado durante este tiempo de pascua, nos vino como anillo al dedo y se prestó para hacer entender a nuestra feligresía, que Dios no nos ha abandonado, que sigue en la barca con nosotros y que nos salvará. Casi casi podemos decir como Jesús “Esta lectura que acaban de oír se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21). Pulimos nuestro lenguaje para no hacer comentarios que no vienen al caso; ni aventurarnos a comentar las estadísticas o pronosticar alguna cosa. La unidad, la comunión, la solidaridad, la fe, la esperanza, como lo hicieron los obispos mexicanos en 1994, son convicciones de que tratamos de compartir con los nuestros. Por eso hemos participado desde la red, a todas las iniciativas pastorales que se nos han pedido. La última fue la coronilla de oración con motivo del domingo de la Divina Misericordia.

13. Tratamos de que no se corte este lazo que tienen los feligreses con su templo. Por eso, siempre lo adornamos como debe de ser para que, al momento de transmitir la misa, vean que luce y se conmuevan al ver a la santa patrona de la comunidad, la Virgen del Consuelo.



¿QUÉ HAREMOS DESPUÉS DE LA CRISIS SANITARIA?

Pienso en realidad en muchas cosas

En tiempos de crisis, sea personal o comunitaria como la que estamos viviendo, está claro que, en la mente de un pastor, responsable de comunidad, pasan

muchas ideas. Pienso y medito sobre experiencias de sufrimiento que nos cuenta la Sagrada Escritura: el diluvio, los 40 años de Israel en el desierto, la angustia de Jacob cuando su pueblo se estaba muriendo de hambre, la desesperación de los israelitas frente a la plaga de serpientes en el desierto, la escasez de agua y de comida, la angustia de la reina Ester cuando vio asediado su pueblo, el mismo pueblo de Israel frente al terror que representaban los filisteos, la preocupación de los apóstoles en el cenáculo, etcétera.

Pienso en los primeros cristianos, cómo se sentían cuando estaban en la antesala de la muerte, encerados en las entrañas del coliseo en Roma, esperando ser devorados por los leones. Pienso en los esclavos que eran arrancados de sus tierras y comunidades de África y condenados a convivir con cadáveres durante todo el viaje hacia las Américas. No quita mi mente, la imagen de este Dios liberador de su pueblo, que siempre lo defiende y lo salva aun cuando está al borde del abismo. Pienso en las palabras de Cristo frente a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25). Tengo frente a mí, siempre, la imagen de Cristo consolador de su pueblo; que siempre decía a sus discípulos, “¡Soy yo, no tengan miedo!” (Jn 6, 20). La Virgen de Guadalupe también está allí; ella que dijo a Juan Diego cuando lo vio preocupado: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre? Pienso en la valentía de los primeros misioneros, que enfrentaron guerras, hambres y un sinfín de trabas y calamidades a causa del Evangelio. Pienso en la sabiduría que el pueblo mexicano ha acumulado a lo largo de su historia y que ha sintetizado en proverbios y refranes⁷. He aquí unos cuantos: “la esperanza es lo que muere al último”; “no hay mal que dure cien años”; “si te toca, aunque te quites y si no te toca, aunque te pongas”; “no hay mal que por bien no venga” y muchos otros. Por eso, si el tiempo del confinamiento es inusual para nuestra generación tan dada al activismo, al mismo tiempo es una oportunidad para crear un mundo mejor. De eso sí, estoy convencido. Un mundo se está muriendo y otro está naciendo. Ahora, ¿Cómo acogeremos pastoralmente el nuevo tiempo que resultará de esta crisis sanitaria?

Plan de salida de la crisis

Los gobiernos de todos los países nos han acostumbrado en estos cinco meses que dura la crisis sanitaria, a tres tipos de medidas: 1. Las medidas preventivas para

⁷ Por falta de algo mejor en estos tiempos de confinamiento, me referí a F. Ramón Mendoza Ruíz (Dir.), *El libro de todos los refranes*, Ciudad de México, Delfin Editorial, 2011.

contener la pandemia. 2. Las medidas de apoyo a la gente para que aguante el confinamiento y 3. Las medidas de salida de crisis, que en el fondo son ideas para reconstruir lo dañado.

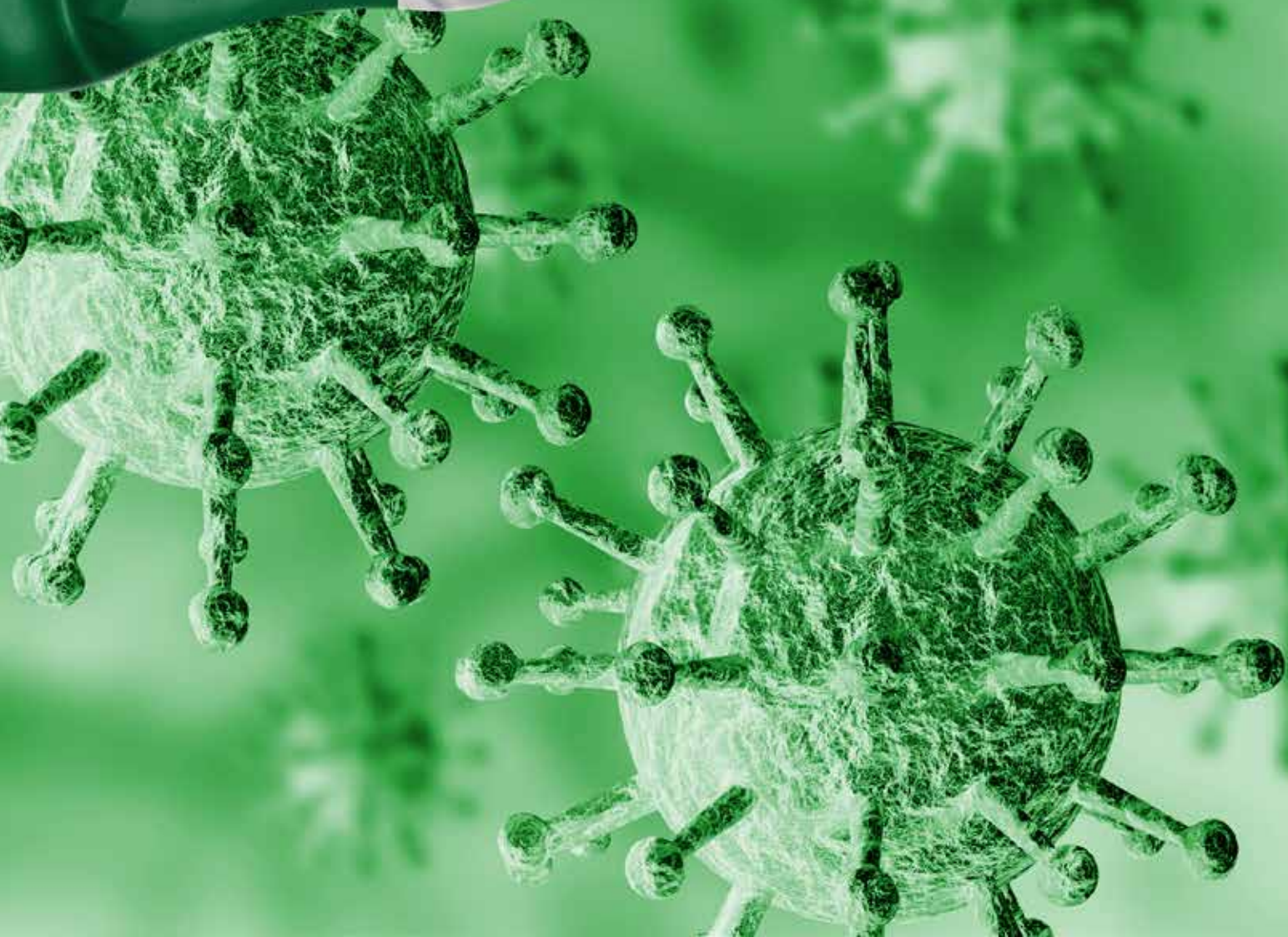
Nuestra comunidad igual debe de pensar ya, en un plan de reimpulso pastoral. A parte de lo que nos indique en su momento Adolfo Miguel, nuestro pastor, sería juicioso empezar por una sanitización completa de todos los espacios de la parroquia para que la gente, al volver a misas y otras actividades, no tenga miedo de contagiarse. Como pastor, pienso en reunirme con cada grupo para que contemos nuestras experiencias de confinamiento como una forma de evaluar los daños y exorcizar estos miedos y planes frustrados. Si un caso amerita acompañamiento psicológico, la parroquia cuenta con psicólogos que los escucharán con mucho gusto. Se tratará también de ver cuáles fueron las señales, los signos de Dios en medio de esta oscuridad. Dedicaremos la primera misa de fin de contingencia a la acción de gracias a Dios y a la Virgen, a todas las víctimas y héroes de esta guerra contra un enemigo atípico. Se harán celebraciones especiales de los sacramentos que ya no se pudieron celebrar como la boda de Elizabeth, la encargada del coro Ángeles que siempre ameniza nuestra misa dominical de 10 de la mañana. Un llamado especial se hará para fortalecer aún más nuestra Cáritas parroquial, porque quizás venceremos al COVID-19, pero no nos olvidemos de que muy pronto, llegaran los huracanes, habrá más pobres por tantos empleos que se están perdiendo.



Trataremos de que todos los grupos reanuden sus actividades desde donde las interrumpieron. Procuraremos que se mantengan activos los espacios virtuales que se han abierto para que sean nuestros canales de comunicación junto con los tradicionales avisos parroquiales. Llamaremos a una corazonada para sanar progresivamente las finanzas de la parroquia y reduciremos a lo estrictamente necesario, los gastos de las fiestas patronales. Capacitaremos al menos a un miembro de cada familia para que pueda conducir una liturgia doméstica. Movilizaremos a los maestros y maestras de nuestra comunidad para que regularicen a los niños que lo requieran.

CONCLUSIÓN

Permanecen muchas dudas sobre la naturaleza del virus mismo, sobre la pertinencia de las medidas de confinamiento, la numerología que se maneja a nivel del gobierno. Mientras lleguen las respuestas, y que podamos debatir con tranquilidad, concluyo con estas palabras del salmista: “El Señor escucha a los que gritan y los libra de todas sus angustias. El Señor está cerca de los que tienen el corazón herido y salva los espíritus abatidos” (Sal 34 (33), 18, 19).





VULNERABILIDAD ECLESIAL: ENTRE LA BIOPOLÍTICA Y LA EUCARISTÍA

Alejandro Gabriel Emiliano Flores*

DESCRIPCIÓN DE UNA TRIBULACIÓN ANUNCIADA

El mundo vive una pandemia a nivel global y la fase 3 de la contingencia sanitaria por COVID-19 se ha declarado en México a nivel nacional mientras tiene lugar este texto. El gobierno mexicano ha tomado las siguientes medidas que pretenden salvaguardar a la población de un contagio que desborde cualquier sistema de salud:

- Se restringe toda actividad no esencial. Las escuelas, iglesias y las instancias gubernamentales están cerrados; asimismo, se cancelaron los espectáculos.
- Se pide el confinamiento voluntario de las personas en sus casas. Sólo deben salir para lo más indispensable, procurando el uso de cubrebocas y gel antibacterial.
- Se debe respetar la *sana distancia* en las interacciones cotidianas. Entre persona y persona debe haber, por lo menos, 1.5 metros de separación.
- Se prohíben las reuniones con más de 50 personas.
- El programa *Hoy no circula* en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México se amplía para que 20 por ciento de los vehículos automotores dejen de circular cada día. Esta medida pretende disminuir el tránsito de personas por las calles de la Ciudad.

En tanto Europa intenta regresar a la normalidad, el continente americano enfrenta un alza exponencial en el número de contagios y muertes por el nuevo coronavirus. Este patógeno, en voz de varios especialistas, ya no se irá de nuestras vidas; incluso, se deben contemplar periodos intermitentes de confinamientos voluntario en todos los países, puesto que las pandemias se dan en oleadas en

* Universidad Católica *Lumen Gentium*.

tanto la especie humana desarrolla inmunidad ante este virus, ya sea de manera natural o por medio de una vacuna.¹

Mientras el ser humano se guarda en sus hogares, algunas especies de fauna silvestre deambulan por diferentes ciudades: un siervo en Tokio, un jabalí en Barcelona, un león marino en Acapulco, un cóndor en el balcón de un edificio en Chile, unas cuantas cabras comiendo los setos en la zona urbana de Gales. La televisión, las revistas y el internet dan cuenta de tales eventos. Todos son ejemplos de lo que sucede con la naturaleza mientras que el ser humano reduce su actividad diaria debido al confinamiento voluntario que exige los diferentes gobiernos para evitar el colapso de los servicios salubridad.

Otro de los efectos de la limitación de movilidad humana y el paro de actividades no esenciales por la contingencia sanitaria ha sido el colapso del precio del petróleo —principal combustible fósil—, que el 20 de abril tuvo una cotización de menos treinta y siete dólares (-37.63 dólares) por barril.² Éste es uno de los indicativos de la crisis del sistema financiero global: la recesión en la economía mundial al nivel de los años treinta o cuarenta del siglo pasado.³

Pero la crisis no deja títere con cabeza. Desde hace varias décadas y previo a la declaración de pandemia, el Estado, en cuanto institución ordenadora de un país, era incapaz de gobernar de manera tradicional porque su capacidad de monopolizar las funciones necesarias para realizar su tarea había disminuido frente a los diferentes sectores de la sociedad, los cuales también poseían el poder suficiente para influir en las decisiones de Estado. Es decir, el Estado moderno había dejado de gobernar para practicar la gobernanza. Sin embargo, con el resguardo voluntario de la población, la participación política se ha visto mermada por la incapacidad de reunirse en número necesario como para permitir que algún colectivo ciudadano organizado haga contrapeso a los diferentes gobiernos; es entonces que el Estado vuelve a tener la potestad única de tomar decisiones en su territorio nacional alegando la seguridad



¹ Cfr. Inma Gil. *Coronavirus: 3 estrategias posibles para salir de la pandemia*. *BBC News Mundo*, 12 de abril de 2020. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=QBv7nudMSpc&feature=youtu.be>

² Esta cotización se refiere al West Texas. Cfr. "Precio del petróleo se hunde más del 300% y cierra en negativo", *televisa.news* [en línea], <https://noticieros.televisa.com>

³ Cfr. Gabriela Frías. "El FMI confirma que en 2020 viviremos la peor recesión económica en 90 años". *CNN en español* [en línea], <https://cnnespanol.cnn.com>

nacional. De modo que la pandemia también está trastocando nuestra *preciada* democracia porque los jefes de Estado toman *las* medidas para gobernar su país, así ya no necesitan negociar. El riesgo ahora es el autoritarismo.⁴

Así que, iniciando el año 2020, el mundo cambió de look. Su imagen actual tiene luces y sombras: por un lado, hay limitaciones a la libertad del ciudadano, se enmascara el autoritarismo so pretexto de defender la democracia y se colapsa la economía global, así como la comercialización de combustibles fósiles; por otro lado, la posibilidad de recuperación de los biomas o sistemas ecológicos se muestra posible al bajar la actividad humana.

No se han mencionado aspectos relacionados directamente con la religión, dimensión humana que también ha sido trastocada por la contingencia sanitaria: no son posibles las reuniones en los diferentes templos. Al parecer, no es algo para preocuparse de más, porque son muchos los colectivos —de las diferentes religiones— que lanzan al ciberespacio multiplicidad de opciones para que los fieles puedan satisfacer su vivencia de dios. Desde luego, esto encuentra sentido en las sociedades actuales pues ya no es novedad, y sí verdad consabida, que el ser humano es un ser espiritual con el derecho de tener infinitas posibilidades para expresar esa espiritualidad por medio de los elementos que el mercado religioso le ofrece. Cada individuo opta por una religión específica o crea una, a su imagen y necesidad, mezclando elementos de cada una. El objetivo es sencillo, reducir la zozobra ante la fatalidad; en otras palabras, satisfacer la necesidad de seguridad. El único requisito es que no invada el derecho de su vecino de poder hacer lo mismo... así, el ideal de la modernidad se ha cumplido: la religión es parte de la subjetividad del individuo; en consecuencia, las creencias religiosas no necesitan influir en la vida diaria y menos interferir en los aspectos sociales, económicos o políticos de cualquier nación.

Esencialmente, todas las acciones tomadas pretenden regresar a la vida cotidiana de un mundo donde el libre mercado —en todas sus formas— pueda ser el *ente* capaz de salvar las vidas de quienes le entregan la vida diariamente; bueno, no todas las vidas, sólo la de aquellos que son fuerza laboral productora de plusvalía. Así que esta crisis es la angustia del mundo de la economía global que se siente atribulado por su incapacidad de ser regenerado, sin reproches, por la multitud de sus adeptos.

⁴ Cfr. Juan Pablo Delgado, “Mamá, el covid-19 infectó a mi democracia”, *Vértigo Político* [en línea], <http://www.vertigopolitico.com>

EL CAMINO DE EMAÚS: AISLAMIENTO O RUPTURA DE LA SANA DISTANCIA

La Iglesia celebra la cincuentena pascual a la par que se da la crisis de salud a nivel mundial. La Pascual, celebración central del misterio cristiano, es la alegría del ser humano de sentirse seguro ante cualquier adversidad: si la muerte ha sido vencida, ¿a qué se le puede temer? Sin embargo, esta Pascua también se vive en el confinamiento. Un confinamiento que puede ser iluminado por la misma Palabra de Dios dirigida a los hombres y mujeres de buena voluntad.

Uno de los textos propios del tiempo pascual es el de los discípulos de Emaús,⁵ texto sumamente dinámico que, a riesgo de sonar repetitivo, mencionaré someramente en algunos aspectos.

Dos discípulos van de huida. Dejan Jerusalén, la ciudad donde la revelación de Dios ha llegado a su plenitud. Experimentan la ciudad como amenaza fatal. Temen por su vida. Los acontecimientos de esa ciudad han roto las expectativas acerca de su liberación. Jesús, su maestro, su guía, su amigo, ya no está. El mundo no sólo ha perdido su placer, sino que es una amenaza. Ese mundo se ha roto y ahora es desconocido. Si el mundo conocido se ha roto, nada más hay que esperar. Mejor ir a otro espacio. A uno que, en su lejanía, frialdad y aislamiento no sea amenazante.



A pesar de todo, en el camino, hablan. Tratan de darle sentido o por lo menos *vomit* en la multiplicada de las palabras lo que hace daño, lo que no pueden procesar. Hablan. No importa que el otro no escuche. Sus discursos son una articulación compulsiva de monólogos que pretenden ser terapéuticos, pero no calman la angustia ante un futuro incierto. La presencia de uno con el otro es mero trámite. Ambos discípulos guardan una *sana distancia*.

⁵ Lc, 24, 13-35.



Distancia psicológica y espiritual. En medio de ellos está la angustia por haber perdido su mundo y esa angustia es imposible de compartir. La angustia aumenta. Caen las sombras. El camino no acaba. No lleva a ningún destino.

A la mitad de la nada se acerca un desconocido, camina el mismo camino. Poco a poco reduce la *sana distancia*, hasta que se mete en la sincronización de los soliloquios y,

entonces, sin respeto alguno, los increpa y hasta los maltrata con las palabras: “¡Oh, insensatos y tardos de corazón para creer lo que dijeron los profetas!”⁶ Se rompen los discursos ensimismados. ¡Hay otra versión de lo que vivieron en Jerusalén! Y entonces su *corazón arde en ascuas*. Sus corazones no estaban apagados ni consumidos. Contienen ese fuego de las brasas sin llamas, el mismo que reconfortan, que se mete entre la carne y el hueso para sentirse acogido como un bebé en el seno materno. Y el camino acaba. Llegan a su destino. No se dan cuenta —dice el texto—, pero reconocen que hay algo nuevo que los sacia y no son ellos, proviene de la presencia del desconocido con una Buena Nueva que no reconstituye el mundo, sino que crea un *nuevo cosmos*. Sus palabras no salvan las expectativas perdidas. Ésas ya no importan. Hay algo más... por ello, no dejan que el desconocido parta de su lado. Lo invitan a compartir la casa. Ahora invitan al entrometido del camino que les ha mostrado un universo nuevo a compartir la cena.

El desconocido no sólo preside la cena, sino que ya no es más un desconocido. ¡Es Jesús! Ese Jesús amigo, maestro, guía... el mismo que murió. ¡Las mujeres tenían razón! ¡Ha resucitado!

Ya no hacen falta los discursos repetitivos ni la sana distancia ni la prudencia... ¿Dónde están aquellos que son como yo? ¡Porque hay algunos que son como yo y yo debo estar con ellos! La distancia no me sirve ya. Hay un universo nuevo para compartir con esos que son como yo, que son hermanos. Se encuentran en esa ciudad que no importa que sea amenazante. En esa

⁶ *Idem.*

ciudad donde la resurrección de Jesús, el Señor, ha vencido la muerte. Ambos se ponen en marcha sin acuerdo previo con tal de encontrarse con sus hermanos y hermanas. ¡Jesús está vivo!, y cuando encuentran a la comunidad, las palabras ya no son discursos, son conmemoración del encuentro con Jesús.

En el texto de los discípulos de Emaús subyace una pregunta insensata, una pregunta incómoda que no se dirige a la Iglesia en abstracto o a una parte de ella, sino a toda la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, que está integrada por todos los bautizados; pregunta que se eleva entre temor y temblor: ¿en qué parte del camino se encuentra nuestra Iglesia en medio de la pandemia?

BIOPOLÍTICA Y EUCARISTÍA

Los medios de comunicación se han centrado en el papa Francisco celebrando la misa sin presencia física de los fieles, tanto en la Casa de Santa Martha, como en la Plaza de San Pedro. El papa Francisco no cesa de celebrar para todos, pero hace recordar al pueblo fiel que la Iglesia no es una iglesia virtual; que, si bien las celebraciones permiten una cierta intimidad en el confinamiento voluntario, la comunidad cristiana no está formada por identidades o adscripciones virtuales, porque la Eucaristía es origen, fuente y fin de la Iglesia.⁷ Tal como lo indica el texto de los discípulos de Emaús. Sólo estando todos juntos, compartiendo el mismo pan y el mismo cáliz, los bautizados muestran al mundo, sin miedo y sin angustia, que compartimos el mismo destino en el único Señor Jesús para anunciar un nuevo universo para todo y todos los seres humanos porque ésa es la voluntad de Dios.⁸

Entonces, ¿cómo es que nos encontramos resguardados voluntariamente? El mundo moderno en que solía vivir el ser humano antes de la pandemia le había mostrado que era un individuo empoderado, característica nada despreciable si consideramos que en ese mundo nada es gratis, que nadie da nada por nada y lo importante es la plusvalía que se logre acumular por medio de las actividades productivas. Es un mundo donde *el sueño americano* impera: “Una tierra de acogida donde es posible soñar con una vida mejor”.⁹ La acumulación de riqueza es la que proporciona una vida mejor en su materialidad; por ello, se dice que el dinero no lo es todo, pero cómo ayuda. De modo que el individuo se asume como el centro de ese mundo, es autorreferencial. En ese mundo hay otros que

⁷ LG, 11.

⁸ 1 Tm 2, 4.

⁹ Javier Navarro, “Sueño Americano”, *Definición ABC*, [en línea], www.definicionabc.com

compiten por recursos limitados, así que debe luchar con sus propias fuerzas para alcanzar el éxito prometido de una *vida mejor*, de esa manera se autogestiona. Sin embargo, las diferentes crisis (contingencias sanitarias, catástrofes ambientales, recesiones económicas) muestran que el empoderamiento del individuo es una ilusión.

El Estado y los poderes fácticos son los encargados de administrar el acceso, posesión y permanencia en la *vida mejor* de sus ciudadanos. Quienes detentan y ejercen el poder, ya sea social, económico, político o religioso, en favor de sus intereses individuales, definen la programación biopolítica necesaria para conservar el *statu quo*. Es decir, pone delante del ser humano la *opción* de ser mejor mediante la cualificación reconocida por las instituciones. Así, a una mayor cualificación, corresponde una mayor producción de bienes y servicios, lo que justifica una mayor remuneración. El esfuerzo por una mayor cualificación sólo es posible en cuanto que el ser humano se asuma empoderado. Así, el empoderamiento del individuo es un mecanismo de control para la movilidad social y, en sincronía, permite que el ser humano sea capaz de realizar su actividad productiva a costa de su propia existencia sin siquiera cuestionarse sobre la legitimidad de los requisitos para el acceso a una jerarquía socialmente reconocida basada en la acumulación de riqueza material o inmaterial.

El mundo previo a la enfermedad por COVID-19 es un entramado de ilusiones vanas donde el individuo es la figura central y la ruptura del tejido social es un

presupuesto básico de conservación del sistema. Ese mundo muestra la limitación de la programación biopolítica de que ha sido objeto. El ser humano, al ser confinado, es incapaz de realizar la programación a la que responde su cualificación. Ya no es capaz de estar dentro de la cadena de producción de bienes y servicios, motivo por el cual no



recibirá lo necesario para vivir la vida que espera. El individuo experimenta que sus capacidades especializadas han sido atrofiadas, no por la falta de capacitación, sino por la falta de ejecución y de remuneración económica. No sólo es incapaz trabajar para recibir su *paga*, sino de permanecer en casa para una convivencia prolongada con aquellos que dice son su familia. Las relaciones sociales son un riesgo, no sólo por un posible contagio, también porque el resto de los individuos se perciben como competidores por los recursos disponibles; de modo que se ha perdido el objetivo de la vida: tener una *vida mejor*.

Sin embargo, hay una salida, un escape: la virtualidad. El ciberespacio permite que el individuo oferte su cualificación a la misma cadena de producción bajo el signo de la protección a la salud por medio de un aislamiento mayor. El ciberespacio es la prolongación de ese mundo resquebrajado por la pandemia. No importa que ceda el espacio al avance de las especies animales salvajes, lo importante es poner en práctica el empoderamiento a fin de no perder el sitio que la cualificación lograda ha otorgado. El libre mercado subsiste con su enorme oferta de posibilidades para la satisfacción de cualquier necesidad, incluida la religiosa.

“¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?”, reza el libro del Cohelet.¹⁰ El camino del resguardo voluntario es largo. En él se presentan, al parecer, monólogos articulados majestuosamente para que el ser humano no se escuche. La incontable cantidad de opciones no hacen más que saturar los sentidos, anestesiarlos lo suficiente para sobrellevar la frustración de no ejercer la cualificación especial en la que tanto se ha invertido. La Iglesia, nuestra Iglesia, que se halla en el mundo, no logra entender que no es de ese mundo... muchas de sus propuestas están relacionadas a la ritualidad y la devoción ingenua; por ello es una oferta más dentro de las opciones para enfrentar el estrés y la frustración generadas por la pandemia. Es un tratamiento terapéutico para los individuos y pequeños grupos quienes resisten la emergencia sanitaria desde sus posibilidades.

Sí, el camino a Emaús es largo. Las sombras caen mientras más nos enredamos en nuestros soliloquios. ¿Dónde se halla ese desconocido que nos apabulle con sus palabras por la dureza de nuestra forma de entender la vida? ¿Dónde está el Resucitado que romperá el empoderamiento individual con la vivencia de la comunidad reunida en torno a la mesa del Pan?

¹⁰ Ec, 1, 2-3.

Las preguntas anteriores no se refieren al momento de evitar el contagio por coronavirus. Al final, no es la primera ni última pandemia. Pero este mundo no es el Reino. En este mundo viene la recuperación de un desastre de dimensiones épicas. Ya no serán los decesos por coronavirus, sino por desempleo, por hambre. Es cierto que debemos volver los ojos a los pobres y necesitados; pero, en la Ciudad, esos términos son oscuros. Todos están necesitados. Además, hay una cantidad ingente de niveles de pobreza. Sin embargo, no cualquiera se asume pobre o necesitado. Las diversas modalidades de poder adquisitivo lo impiden. No importa contraer una deuda por un largo período de tiempo, siempre hay posibilidades de pagarla.

ALGUNAS IDEAS PARA FINALIZAR

El ser humano, en cuanto creatura, siempre estará limitado en todas sus dimensiones. Además, no podrá alcanzar su realización en este mundo. La comunidad de bautizados tiene la capacidad de asumirlo porque sabe que sólo en Dios hallará plenitud y reposo. Esta misma comunidad tiene la capacidad de romper cualquier programación biopolítica, siempre y cuando su origen, fuente y fin sea la Eucaristía; no como mero rito que puede ser transmitido por medios digitales, sino como construcción del Reino desde parámetros no instrumentales ni retributivos.



La Eucaristía, testimonio vivo de la Iglesia de aceptar el mismo destino que su Señor, conlleva la aceptación del Reino, en cuanto nuevo cosmos creado por Dios, y el alejamiento de un mundo regido por el ejercicio del poder tiránico de la inmanencia, cuyo logro mayor es la atomización y pulverización de la comunidad humana so pretexto de un empoderamiento para la obtención de una *mejor vida*, pero que en el fondo se procura una reproducción desde la programación biopolítica.





“NO TEMAS ESTA ENFERMEDAD NI NINGUNA OTRA [...] NI COSA AFLICTIVA...”¹

Arturo Rocha Cortés²

Resulta de extraordinario interés constatar cómo se consignaban las noticias históricas en los anales indígenas y aun en ciertos códices poscoloniales del siglo XVI novohispano; o, mejor dicho, la forma en que los naturales administraban o gestionaban la información dependiendo de la importancia que ésta revestía en su circunstancia. Por ejemplo, en el *Códice Aubin*, valioso manuscrito de 1576 custodiado en el Museo Británico, apenas si se mencionan, por ejemplo, el arribo del “Marqués” (Hernán Cortés), la llegada de los 12 “primeros” frailes franciscanos y aun la muerte de Motecuhzoma II Xocoyotzin,³ todo lo cual se reportan al final del folio en un amontonamiento hasta anacrónico, a propósito del año 1519:

1519
*Nicã miq̃ico ÿ moteuhçcomatzin yuã
yquãc açico ÿ marques.
In iãc q̃mpēuhq̃ ÿ mexica in xp̃rianome
camo çã nen vallaq̃ ca ytencopatzinco
in tote.o, ca q̃monavatilli in sancto p.e
q̃molhuili. Xiq̃navatican in
cavallelosme occentetl tlalli ypã
yazque.
Ynic açicô ÿ nican. xii. frayles.*

1519
Aquí murió el venerable Moteuhçcoma y llegó el Marqués.
Los cristianos conquistaron a los mexica, y no vinieron en vano, pues siguieron el mandamiento de su señor. El Santo Padre les ordenó: “Tened listos los caballos para que podáis ir a otra tierra”.
Y llegaron aquí los 12 frailes.⁴

¹ “Macamo xiquimacaci in cocoliztli, manoce oc itla cocoliztli, cococ teopouhqui”, NM, 118.

² Instituto Intercontinental de Misionología, Universidad Intercontinental.

³ *Codex Aubin*, BM, Add Ms 31219, f. 41v.

⁴ *Idem*.

Sin embargo, sí se consigna el establecimiento del mercado de Santo Domingo (in tianq̄ztli sancto domingo), lo cual tuvo lugar en 1533 (2-Calli), año en el que también se movió la tierra (*yāc tlalloli*).⁵

Y si bien en el año de 1531 (13-Acatl) no hay mención alguna a las mariofanías en el Tepeyac, sí se consigna que el 14 tlahtoani de Tenochtitlan, a la sazón Pablo Xochiquentzin, enfermó de viruela (*yāc totomonivac yc xiiii in tlatovani*) (Id.). Moriría en 1536. Es decir: la enfermedad y los desastres naturales iban marcando la tónica de estos ejercicios cronísticos y con más especificidad que otros hechos históricos.

Por ello, en el siguiente folio del códice se expresa que el año de 1544, y sobre todo el siguiente: “1545. ās. *Nicā moman yn coculiztli yāc toyacacpa q̄z eztli ce xiviti ŷ manca yāc moman in tianq̄ztli sant ypolito*”;⁶ es decir: “1545 años. En este tiempo se esparció una epidemia que hizo que sangrara la nariz de todos. Ya había durado un año cuando se abrió el mercado de san Hipólito”. En efecto, la alusión a esta seria epidemia sólo dejó paso a la consignación de la apertura de un nuevo mercado. Tianguis y coculiztli, mercado y enfermedad endémica, iban marcando el pulso de la cotidianidad de estos naturales de habla náhuatl, ya bajo el dominio español.

Otro documento pictórico colonial todavía más célebre, el manuscrito 385 de la Biblioteca Nacional de Francia, conocido entre los especialistas como *Códice Telleriano-Remensis*, confirma pictóricamente este abominable episodio en la forma de numerosos bultos mortuorios o petates de muerto asociados, mediante sendas líneas trazadas por el *tlacuilo*, con los años 1544 y 1545. Mas si no fuere suficientemente contundente la imagen, uno de los dos glosadores del códice asentó debajo: “año de 1544 y de mil y quinientos y quarenta y cinco vuo vna gran mortandad entre los yndios [*sic*]”.⁷ Aquélla demostraría ser, en efecto, una de las más serias epidemias entre los indígenas, enfermedad cuya naturaleza aún hoy se discute, pero que parece haber sido salmonela.

Por otro lado, se acepta que fue uno de los soldados de Pánfilo de Narváez —de los enviados desde Cuba para someter a Hernán Cortés—, un negro de nombre Francisco Eguía, quien habría ocasionado se esparciera en Anáhuac la primera y más tristemente célebre de sus epidemias: la viruela negra. Sin mencionar por nombre al malhadado soldado, Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés, evoca este hecho:

⁵ *Ibidem*, f. 46r.

⁶ *Ibidem*, f. 47r.

⁷ *Códice Telleriano-Remensis*, bnf, Ms. mexicain 385, f. 46v.



Y volvamos agora al Narváez e a un negro que traía lleno de viruela, que harto negro fue para la Nueva España, que fue causa que se pegase y hinchiese toda la tierra dellas, de lo cual hobo gran mortandad, que, segun decían los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no lo conoscían, lavábanse muchas veces, y a esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera que negra la ventura del Narváez y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos [sic].⁸

Sabido es que esta gran mortandad sería un aliado silencioso en el asedio y final caída de Tenochtitlan, de lo que nos quedan los crudos testimonios indígenas que dan pábulo al libro XII del *Códice florentino*. Tras la derrota cortesiana de la Noche Triste (30 de junio de 1520), el virus ya había comenzado a provocar estragos en medio de las acequias de la urbe tenochca, o como relatan las crónicas indígenas, a extenderse “la gran destructora de la gente”.



⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera*, c. 124.

*Auh in aiama totechmoquetza in
Españoles: achtopa momanaco
veiocoliztli, totononaliztli,
ipan tepeilhujtl in tzintic, in
tetchmotecac vevei tepopul: cequj
vel pepehtic, novian in motecac
in teixco, in teicpac, in teelpan
&c. vellaixpolo, vel mjequjntin ic
mjcque, aoc vel nenemja, ça onoca
in jmonoian in incuchian, aoc vel
molinjaia, aoc vel mocuechinjaia,
aoc vel mocuecuetzoaia, aoc
vel monacacicteca, aoc vel
mjxtlapachtecaia, aoc vel
maquetztitecaia. Auh in jquac
mocuechinjaia cenca tzatzia:
cenca tlaixpolo, in pepehtic, in
pepechiuhuj in çaoatl, vel mjec
tlacatl, ic momjqujli, yoã mjequjntin
çan apizmjcque, apizmjoac,
aocac motecujtlaviaia, aocac teca
muchivaia.⁹*

*Auh in cequjntin çan veveca in
intech motlali in çavatl, amo cenca
qujmjhhioti, amo no mjequjntin ic
mjcque: yoã mjec tlacatl ic itlacauh
in jxaiac, ichachaquachihque,
iacachachaquachihque, cequjtin
yixcueponque, ixpopoiotque.¹⁰*

Cuando se fueron los españoles de México y aun no se preparaban los españoles contra nosotros primero se difundió entre nosotros una gran peste, una enfermedad general. Comenzó en Tepeilhuitl. Sobre nosotros se extendió: gran destructora de gente. Algunos bien los cubrió, por todas partes (de su cuerpo) se extendió. En la cara, en la cabeza, en el pecho, etcétera. Era muy destructora enfermedad. Muchas gentes murieron de ella. Ya nadie podía andar, no más estaban acostados, tendidos en su cama. No podía nadie moverse, no podía volver el cuello, no podía hacer movimientos de cuerpo; no podía acostarse cara abajo, ni acostarse sobre la espalda, ni moverse de un lado a otro. Y cuando se movían algo, daban de gritos. A muchos dio la muerte la pegajosa, apelmazada, dura enfermedad de granos. Muchos murieron de ella, pero muchos solamente de hambre murieron: hubo muertos por el hambre: ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie de otros se preocupaba.

A algunos les prendieron los granos de lejos: esos no mucho sufrieron, no murieron muchos de esos. Pero a muchos con esto se les echó a perder la cara, quedaron cacarañados, quedaron cacarizos. Unos quedaron ciegos, perdieron la vista.¹¹

⁹ *Códice Florentino*, BML, Firenze, Cod. Medic. Palat. 220 [t. III], l. XII, c. 29, f. 53r-v.

¹⁰ *Ibidem*, f. 53v.

¹¹ Versión del náhuatl de Ángel María Garibay K., en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, edición revisada y enriquecida, introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos



No resulta para nada extraño imaginar que aun entre los belicosos guerreros tenochcas la contemplación de aquellas pústulas (incluso a la viruela la llamaban en náhuatl *totomoniztli*, de *totomotza* que es “hacer muchas vejigas, ampollas”), de aquellos rostros marcados, de aquellas ceguedades sembraran la desesperanza y el desconcierto en quienes estaban acostumbrados a morir bajo el filo de la obsidiana. Parecía que los dioses los habían abandonado y la derrota la infligía, ahora, un enemigo invisible.

Otro texto en náhuatl del siglo XVI, el bello relato de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, conocido como *Nican mopohua*, *Aquí se narra*, refiere que cuando Juan Diego debía llevar al obispo alguna señal para ser creído, el indígena simplemente ya no volvió. “Porque cuando fue a llegar a su casa, a su tío, de nombre Juan Bernardino, se le había asentado la enfermedad, estaba muy grave”. (“*Ye ica in icuac acito in ichan, ce itla, itoca Juan Bernardino, oitechmoltali in cocoliztli, huel tlanauhtoc*”).¹²

La palabra náhuatl *cocoliztli* designaba cualquier enfermedad, pestilencia o epidemia,¹³ como las muchas que se cernirían sobre la Nueva España entre la población, diezmando especialmente a los naturales. Fue en el año 1531 que el *cocoliztli* asoló el valle de Anáhuac, enfermado de muerte al tío del visionario de Guadalupe. Así que Juan Diego partió muy de madrugada, dejando para después la encomienda de la Celestial Señora, con la finalidad de conseguir un sacerdote que administrara la extremaunción a su pariente, pues ya era incluso tarde para un médico.

En efecto, la enfermedad y la aflicción muchas veces nos llevan a olvidar el compromiso, la palabra empeñada. En el caso de Juan Diego fue a tal grado que trató, incluso, de eludir a la Virgen de Guadalupe, yéndose por el otro lado

nahuas de Ángel María Garibay K., ilustraciones de los códices: Alberto Beltrán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1989, p. 101.

¹² Nm, 95.

¹³ Alonso de Molina, *Vocabulario* [1571], II, f. 23v.

del cerro; no fuera que lo detuviera la Señora para que llevara la señal pedida por Zumárraga. “Que primero nos deje nuestra tribulación”,¹⁴ se repetía para sus adentros el vidente.

Pero la virgen le sale sorpresivamente al encuentro y le pregunta a dónde se dirige. Juan Diego, avergonzado, le confiesa que primero irá México en busca de algún sacerdote que prepare a su tío que está por expirar: “porque en realidad para ello nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte” (“*ca nel ye inic otilacatque in ticchiaco in tomiquiztequih*”), le dice resignado.

Lo que Santa María de Guadalupe le respondió representa, quizás, el momento más exaltado y esperanzador de todo el relato atribuido al sabio indígena Antonio Valeriano: “Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío, el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; *no temas ésta ni ninguna otra enfermedad ni cosa punzante, afflictiva*”.¹⁵

Y aún le consuela con las célebres palabras que nunca sobrarán repetir:

<i>Cuix amo nican nica nimonantzin?</i>	¿No estoy aquí yo, que soy tu madre?
<i>Cuix amo nocehuallotitlan,</i>	¿No estás bajo mi sombra y resguardo?
<i>necauhyotitlan in tica? Cuix amo</i>	¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No
<i>nehuatl in nimopaccayeliz? Cuix amo</i>	estás en el hueco de mi manto, en el
<i>nocuixanco nomamalhuazco in tica?</i>	cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad
<i>Cuix oc itla in motech monequi?</i> ¹⁶	de alguna otra cosa? ¹⁷

Pero aun en otros momentos de nuestra historia, la Virgen de Guadalupe ha intercedido ante su Divino Hijo para relevarnos de enfermedades y epidemias como las que perturban nuestro rostro, nuestro corazón en el momento actual. Una de las más conocidas fue con ocasión de la epidemia de *matlalzáhuatl*, que asoló la Nueva España de 1736 a 1739, de la que hace tan prolijo recuento Cayetano de Cabrera y Quintero en su *Escudo de Armas de México* (1746).

Esta epidemia (que parece haber sido tifus) comenzó en un obraje de lana del pueblo de Tlacopan, hoy Tacuba, y llegó a ser tan intensa que “Herbian no solo, sino ardían à los últimos meses del año, primeros de la plaga, el Real, y demas Hospitales de México; y se abrasaban en enfermos en que herbian unos, y otros

¹⁴ Nm, 102.

¹⁵ Nm, 118.

¹⁶ Nm, 119.

¹⁷ Idem.

[sic]¹⁸ Y en lo más álgido y difundido de la epidemia, el germen penetró en lo más recóndito de los hogares: "Caía muerto el marido, moribunda sobre él su consorte, y ambos cadáveres eran el lecho en que yacían enfermos los hijos. Muchos halló la lástima asidos á los pechos de su difunta Madre, chupando veneno en vez de leche [sic]¹⁹. Dificil es imaginar una escena más ominosa.

Cuentan las crónicas que, tras buscar amparo y protección contra la epidemia en diversas advocaciones marianas, no cediera finalmente la enfermedad de no encomendarse toda la población a la Virgen de Guadalupe, esto derivó en que en 1737 la "jurasse su principal Patrona esta Ciudad" de México,²⁰ toda vez que "se propuso y confirió no hallarse otro remedio â Mexico venenosamente contagiada que abrigarse bajo el Celestial Escudo de Maria, y Ancil reservado en Guadalupe [sic]²¹. La Virgen del Tepeyac ya había demostrado históricamente su eficacia al "desarmar de su veneno" la fiera epidemia de *cocoliztli* de 1544 que ya hemos mencionado y al hacer retroceder las aguas de la gran inundación que cubrió a la urbe a partir de 1629.

La jura de la Virgen de Guadalupe como patrona de la ciudad de México constituyó una efeméride decididamente fundacional, pues con el tiempo derivaría en la jura del patronato de Santa María de Guadalupe, pero sobre toda la Nueva España (1754).

Reflexionaba Cayetano de Cabrera y Quintero, a propósito de la sanación del tío Juan Bernardino —y, como él dice: "para aliento de nuestra confianza en asaltos de enfermedad [sic]"—, que María de Guadalupe, aún antes de estamparse en la tilma del sobrino de aquel, "ya era [...] Escudo, y protección contra la hostilidad pestilente... [sic]²², venida "del Cielo entre nubes, como Escudo de la salud".²³

Pero dice aún más este autor: que ese escudo de armas de aquellos reinos (hoy México), se halla gráficamente expresado en el ayate de Juan Diego, y lo "ostenta la bella Imagen de Maria Sma. en Guadalupe en aquel OVALO, CÍRCULO RECORTADO, Ú ESCUDO DE ORO, que [...] es el lazo; y preciosa joya, que le abrocha su purpurea tunica al cuello [...] y es que el Escudo de que pende la tunica de MARIA Sma. desde el cuello, se ve distintamente gravada con una cruz negra en campo de oro... [sic]²⁴.

¹⁸ Cayetano Cabrera y Quintero, *El Escudo de Armas de México*, I, I, c. 7, núm. 85, p. 37.

¹⁹ *Ibidem*, I, I, c. 9, núm. 108, p. 48.

²⁰ *Ibidem*, I, II, c. 10, núm., 354, p. 175.

²¹ *Idem*.

²² C. Cabrera y Quintero, *op. cit.*, I, I, c. 5, núm. 65, p. 28.

²³ *Idem*.

²⁴ *Ibidem*, I, I, c. 5, núm. 67, p. 29.

Este escudo de armas y protección, estos blasones que lleva al cuello la Virgen del Tepeyac (insertos, además, en el collar o *cózcatl* con que los antiguos mexicanos, en su infidelidad, representaban la vida naciente, esa misma que Guadalupe lleva en su virginal vientre), es la cruz de Cristo. Es Jesucristo quien es nuestro escudo; Jesús es nuestra salud.

Estas notas son escritas en el tiempo en que el mundo enfrenta la pandemia de la enfermedad COVID-19 (SARS-COV-2). No mencionarlo sería no hacer justicia a aquellos anales y códices que hemos evocado líneas arriba. Pero sería igualmente injusto no recordar a Cristo, nuestro escudo, a Cristo, nuestra salud, en estos tiempos en que, en la ciudad capital de México, las ventanas iluminadas de sus altos edificios, abiertas a la esperanza, dibujan monumentalmente la palabra “Fe”.

Muy relevante, pues a la hemorroisa que se aproxima para tocar apenas el borde de su manto, Jesús le dice: “Ten ánimo, hija, tu FE te ha salvado”.²⁵ O para decirlo con palabras del *Nican mopohua*, en clave de María de Guadalupe, camino seguro para llegar a Cristo: “No temas ésta ni ninguna otra enfermedad ni cosa alguna que te aflija”.

²⁵ Mt, 9, 22.

FAMILIAS RESILIENTES: LA SALVACIÓN SOMOS TODOS

Juan Pablo Brand Barajas*



Después del coronavirus,
creo que la familia y la pareja se verán reforzadas.

Boris Cyrulnik

Bruscamente, sin preaviso, la crisis del Covid-19 ha puesto en primer plano cultural y sanitario una realidad humana fundamental: que a pesar de que, en ocasiones, “el infierno sean los otros”, para el ser humano es imprescindible la relación con objetos externos realmente presentes que sostengan nuestra estructura mental y nuestra estructura de personalidad

Jorge Tizón

La familia está llamada a ser templo, o sea, casa de oración: una oración sencilla, llena de esfuerzo y ternura.

Una oración que se hace vida, para que toda la vida se convierta en oración

San Juan Pablo II

Hay un tiempo para todo y éste es un tiempo de crisis, de confinamiento, de enfermedad e incertidumbre. Se afirma que la actual pandemia, la de la COVID-19, cambiará el rumbo de la Historia, tras décadas rondando en el imaginario colectivo la llegada de una tercera guerra mundial, como un impacto drástico de transformación social, económica y de valores; es un virus, un coronavirus, y no una gran guerra, quien vino a mostrarnos nuestra vulnerabilidad y las fallas del sistema en que vivimos.

* División de Ciencias de la Salud, Universidad Intercontinental.

Esto es el campo fértil para que broten la ansiedad y la depresión; se intensifiquen emociones como la ira y el miedo; se hagan recurrentes sentimientos como la envidia, los celos, la culpa, la apatía y el vacío. Durante la cuarentena por la crisis de COVID-19, he continuado dando consulta en línea y he comentado con todos mis pacientes que esta circunstancia que vivimos saca a flote todos los pendientes de nuestra vida previa y los magnifica. Quien tenía deudas, sus deudas incrementan; quien tenía conflictos de pareja, éstos se agudizan; quien no se atendió un problema de salud, ahora se le complica; quien dejó pasar los rezagos académicos de los hijos, ve crecer esta dificultad; en fin, la lista es larga, pero ejemplos bastan para dejar ver las implicaciones de la crisis.

Por otro lado, entramos a otra etapa del confinamiento, esto es, ya seguimos todos los consejos de actividades por hacer, utilizamos todas las técnicas disponibles de relajación para realizar en casa, nos reunimos en familia horas y horas hasta que ya cada quien pide su espacio, esperamos con paciencia a que llegara la fecha de terminación de la cuarentena, pero se extendió y luego de nuevo se extendió, y ahora ya no descartamos que se vuelva a extender.

Un buen porcentaje de personas reportan insomnio, alteraciones en las conductas alimentarias, y los niños suplican por algo de actividad física en exteriores. A esto hay que sumar las condiciones previas de salud mental en cada familia; los signos y síntomas de cada psicopatología suelen exacerbarse en el encierro y la cercanía impuesta.

La suma de todos los factores mencionados son la condición para llegar a un estado de indefensión aprendida, la cual fue investigada y descrita por Martin Seligman, fundador de la Psicología Positiva, para dar cuenta de un estado

psicológico que se manifiesta cuando una persona siente que es incapaz de modificar circunstancias adversas mediante sus pensamientos y conductas.¹ Esto es que sus actos no influyen en el resultado obtenido. Como consecuencia de esto, las personas experimentan sentimientos de falta de control sobre su ambiente y sobre las circunstancias que le rodean, siendo inútil cualquier esfuerzo que realicen. La



¹ Martin Seligman, *Indefensión. En la depresión, el desarrollo y la muerte*, Barcelona, Debate, 1995.



indefensión aprendida nos lanza de vuelta a los temores y angustias infantiles, etapa en la cual dependíamos en gran medida de otras personas y en la que nuestro poder de acción sobre el entorno era, y lo percibíamos, muy limitado.

Si además, en una casa o una familia hay niños, el entrelazamiento de los fantasmas de la niñez de los adultos cuidadores, con los de los menores cuidados, generan ambientes “emocionalmente patógenos”, es decir, propicios a contagiarnos entre todos e intoxicarnos de emociones y pensamientos negativos. Todo esto hace crecer día con día el sentimiento de indefensión y la necesidad creciente de que alguien venga a ¡salvarnos!

Pero cuando todo parece perdido, siempre se escucha la voz de un poeta para obsequiarnos esperanza, y nada como el poema “Patmos” del alemán Friedrich Hölderlin, para acompañarnos en estos momentos de crisis, con su frase: “Donde hay peligro crece lo que nos salva”.²

Este excelso autor, peregrino de nuestro mundo entre los siglos XVIII y XIX, clásico entre los románticos alemanes, nos heredó, como sólo los poetas lo saben hacer, una frase que resume todo lo que hoy entendemos como Resiliencia, ese recurso cognitivo-emocional que muestra que sólo podemos enfrentar la adversidad si la hemos vivido.

Boris Cyrulnik, pionero en la investigación sobre los fenómenos resilientes, plantea lo siguiente en su libro emblemático *Los patitos feos*:

² Friedrich Hölderlin, *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones 29, p. 395.

La mejoría del sujeto que sufre, la reanudación de su evolución psíquica, su resiliencia, esa capacidad para soportar el golpe y restablecer un desarrollo en unas circunstancias adversas, debe procurarse, en tal caso, mediante el cuidado del entorno, la actuación sobre la familia, el combate contra los prejuicios o el zarandeo de las rutinas culturales, esas creencias insidiosas por las que, sin darnos cuenta, justificamos nuestras interpretaciones y motivamos nuestras reacciones.³

Este autor hizo una revisión de la teoría psicoanalítica clásica del trauma, para mostrarnos que una vivencia traumática, o varias, aunque sean en la infancia, no son determinantes de una psicopatología grave o de un destino de repetición sintomática, al que Sigmund Freud denominó “compulsión a la repetición del trauma”.

La adversidad es el germen de la resiliencia. El dolor es la semilla del impulso a la superación y los obstáculos son el incentivo a la convicción sostenida hacia el crecimiento y la transformación.⁴

Afirmó Boris Cyrulnik en una entrevista reciente: “El confinamiento machaca psicológicamente. Resisten mejor los que ya tenían una buena disposición. Su fortaleza se basa en tres factores: confianza en sí mismos, un dominio del lenguaje que les permite contar lo que les pasa. Y tener a alguien a quién contárselo; es decir, una red afectiva de familiares y amigos”.⁵

Aun con el distanciamiento a que estas circunstancias nos obligan, nuestras redes de apoyo, de vínculos significativos, constituyen gran parte del punto de apoyo frente al impacto de la cuarentena, el contagio y los efectos colaterales y de la postpandemia.

Ya sea en hordas, clanes, tribus o familias, los seres humanos hemos vivido en comunidades desde hace cientos de miles de años. Pertenecer a un grupo nos protege, nos contiene y nos da identidad. Como afirma Tizón:

de ahí el valor crucial de las relaciones y la solidaridad humanas para la vida y para la supervivencia: desde sus inicios, la vida incluye una serie de escaramuzas emocionales desbordantes. Es imposible controlar su aparición, su desarrollo, sus modalidades. No nos es dado controlar las emociones puestas en marcha, nuestras respuestas iniciales, las respuestas de nuestros padres y cuidadores, las respuestas microsociales incluso [...] Nos desarrollamos entre escaramuzas emocionales que nos desarrollan.⁶

³ Boris Cyrulnik, *El murmullo de los fantasmas*, Barcelona, Gedisa, p. 26.

⁴ Cfr. *Ibidem*.

⁵ Carlos Manuel Sánchez, “Entrevista con Boris Cyrulnik”, *XL Semanal*. Disponible en: <https://bit.ly/2KL6fp2>.

⁶ Jorge L. Tizón, *Salud emocional en tiempos de pandemia*, Barcelona, Herder, 2020, p. 101.

En el mejor de los escenarios, nuestras comunidades también son fuente de resiliencia, lo cual logran cuando cumplen las siguientes funciones:

- La capacidad de absorber la presión o las fuerzas destructivas a través de la resistencia o adaptación.
- La capacidad para gestionar o mantener ciertas funciones y estructuras básicas durante contingencias.
- La capacidad de recuperación después de un evento adverso.⁷

Enfocarse en la resiliencia es ponderar lo que las comunidades pueden resolver por sí mismas y fortalecer sus capacidades. En el caso específico de la resiliencia familiar se plantea que “existen factores protectores cuya definición apunta a la función de ‘escudo’ que ciertas variables cumplen sobre el funcionamiento familiar para mantenerlo



saludable y competente bajo condiciones de estrés: por ejemplo, las celebraciones familiares, el tiempo compartido o las rutinas y tradiciones familiares. Estos factores actúan atenuando o incluso neutralizando el impacto de los factores de riesgo sobre la trayectoria evolutiva familiar”.⁸

Por otro lado, están los procesos de recuperación, que se refieren a todos los comportamientos orientados a promover un nuevo equilibrio tras el impacto desestructurante de una crisis. En este sentido, se encuentran las formas de comunicación extraordinarias, sustentadas en la intención de contener al grupo, particularmente a los más vulnerables.

⁷ John Twigg, *Características de una comunidad resiliente ante los desastres*, 2007. Disponible en <https://bit.ly/2SfFRbi>.

⁸ Cit. por Esteban Gómez y María Angélica Kotliarenko, “Resiliencia familiar: Un enfoque de investigación e intervención con familias multiproblemáticas”, *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 2010, vol. 19, núm. 2, pp. 111.

También la integración desde una visión diferente, atendiendo a la movilización de la adversidad y los impulsos liberados durante el periodo que duró la crisis. El apoyo familiar se expande de grupo nuclear al extenso, durante o una vez pasada la adversidad. Esta ayuda puede ser en diferentes ámbitos que van desde el sostén emocional hasta la ayuda económica y, en algunos casos, el alojamiento.

Promover el juego y la recreación es fundamental, sobre todo para los menores, pero no sólo para ellos. Las personas adultas también requieren, al salir del evento adverso, dejar por un momento las responsabilidades para dejarse llevar por el impulso lúdico. Jugar los conecta con lo esencial de nuestra humanidad. Como bien lo afirmó Huizinga, somos *homo ludens*, aprendemos jugando, convivimos jugando, pero también, nos curamos jugando.⁹

Finalmente, autores como el mencionado Martin Seligman y toda la escuela de la Psicología Positiva, han demostrado cómo las atribuciones y formas de afrontar la adversidad modifican por completo el sentido de las experiencias. No se trata de promover un optimismo ingenuo y pleno de negación, sino un retorno al centro de nuestra condición humana, a la raíz que nos impulsa a la sobrevivencia y a la preservación de la especie, lo cual se logra con la una perspectiva de continuidad, de futuro, no de lamentación incurable por lo perdido.

Considerando estos elementos, la resiliencia familiar “se ha definido como los patrones conductuales positivos y competencias funcionales que la unidad ‘familia’ demuestra bajo estrés o circunstancias adversas, determinando su habilidad para recuperarse manteniendo su integridad como unidad, al tiempo que asegura y restaura el bienestar de cada miembro de la familia y de la familia como un todo”.¹⁰

Otra definición

propone entender la resiliencia familiar como la descripción del camino que sigue una familia a medida que se adapta y prospera al afrontar el estrés, tanto en el presente como a lo largo del tiempo. Las familias resilientes responden positivamente a estas condiciones específicas de adversidad en formas únicas, dependiendo del contexto, nivel de desarrollo, la combinación interactiva de factores protectores y de riesgo, y una visión familiar compartida”.¹¹

⁹ Johan Huizinga, *Homo ludens*, Madrid, Alianza, 1972.

¹⁰ Cit. por E. Gómez y M. A. Kotliarenko, *op. cit.*

¹¹ *Ibidem*, pp.111 y 112.

La primera definición enfatiza el sentido de unidad, mientras que la segunda plantea una perspectiva más dinámica que conlleva movimiento, desarrollo e interacción. Lo que comparten las dos definiciones es la importancia de tener una visión compartida, una meta común.

La eminente terapeuta familiar y cofundadora del Chicago Center for Family Health, Froma Walsh, plantea en su libro *Resiliencia familiar: estrategias para su fortalecimiento*, que hay tres características propias en el esquema de la familia resiliente:

1. *Un sistema compartido de creencias*, que le permite a las familias dar sentido a los sucesos adversos. Tiene como eje un concepto evolutivo del tiempo y del porvenir, como un proceso continuo de crecimiento y cambio. Los procesos de resiliencia requieren que la familia mantenga una perspectiva positiva pero realista de las circunstancias. Una narrativa que fortalece la resiliencia familiar se sustenta en creencias compartidas que aumentan las opciones para resolver los problemas, alcanzar la salud y el crecimiento común.

2. *La fuerza protectora de los patrones organizacionales de la familia*, que actúan como absorbentes de las conmociones familiares. En ellos se encuentra la capacidad de movilidad de una familia en crisis. La plasticidad familiar consiste en tener una actitud permanente al cambio, la capacidad de replantear los roles de los miembros del sistema familiar, para adaptarse a las nuevas circunstancias. En esto no existe un solo camino, cada familia se encuentra inserta en contextos culturales, sociales y comunitarios diferentes, lo cual significa que cada grupo familiar cuenta con redes y recursos diferentes para afrontar y administrar las adversidades. Lo prevalente en las familias resilientes es la calidad de su conexión y la fuerza de su cohesión. Esto implica

el deseo de apoyo mutuo y compromiso hacia metas comunes.

Otra característica de las familias resilientes es su competencia para incorporar nuevos recursos cuando los existentes resultan insuficientes. La integración de terceros es una posibilidad, cuando el tipo de crisis lo hace pertinente. Pero también tiene sus riesgos, sobre todo en el momento de mayor vulnerabilidad, puesto que las familias soportan cambios menores en medio de las crisis, más una revolución de su estructura en tiempos de pandemia como los que vivimos, puede provocar su implosión.



3. La continuidad de la resiliencia familiar se sostiene en los procesos comunicativos, los cuales deben tener las siguientes características para cumplir el objetivo, según Walsh: claridad y congruencia en los mensajes, expresión emocional sincera y la resolución cooperativa de los problemas.¹² También es importante que los miembros de la familia puedan compartir un amplio rango de emociones, como alegría y dolor, esperanzas y temores, éxitos y frustraciones. Como afirman Gómez y Kotliarenko, en contraste, “las familias multiproblemáticas han sido ‘entrenadas’ por su historia y su relación con los agentes sociales para destacar lo que no funciona, lo que sale mal o bajo las expectativas (sin considerar que a veces son expectativas inaplicables) y muy poco para iluminar y celebrar lo que sí funciona”.¹³

Como bien lo afirma, Jorge Tizón: “La crisis cultural, social y psicológica provocada por la pandemia [de COVID-19] es una oportunidad para repensar. Para cambiar. Una nueva oportunidad. Es otra ocasión para intentarlo o, al menos, para avanzar hacia unas perspectivas más solidarias, más democráticas, más humanas. Más saludables, en el amplio sentido del término”.¹⁴

Es tiempo de voltear la mirada hacia la familia, hacia nuestras familias, ya sea para mostrar total gratitud por su poder resiliente o para valorar lo que



¹² Froma Walsh, *Resiliencia familiar: Estrategias para su fortalecimiento*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

¹³ *Ibidem*, p.117.

¹⁴ Jorge Tizón, *Salud emocional en tiempos de pandemia*, Barcelona, Herder, 2020, p.108.

hemos dejado de hacer para que no sea la comunidad de resiliencia que debe ser. Nos fascinamos tanto con la visión amplia del mundo que olvidamos tocar la tierra del piso que pisamos y nos sostiene. La familia es el jardín en el cual germina lo más sublime y lo más siniestro de la condición humana, no todo es voluntad, ni todo se resuelve por elección, pero cuando se trata de amar, siempre estamos llamados a transformarnos y lograr que lo que dolió o estuvo enfermo, se convierta en la fuerza para afrontar toda adversidad, que lo que fue peligro sea el motor de nuestra salvación. Que respondamos al llamado que nos hace Boris Cyrulnik: “todo el mundo debe participar en la resiliencia”.¹⁵

¹⁵ Boris Cyrulnik, *El murmullo de los fantasmas*, Barcelona, Gedisa, 2003, p.37.



CONTINGENCY PLAN



LA ESPERANZA COMO COMPETENCIA ORGANIZACIONAL PARA TIEMPOS DE CRISIS

Sergio Sánchez Iturbide*

Cuanto mayor es el peligro,
mayor es la esperanza de salvación.

Hölderlin

Desde hace una década, el tema de la resiliencia se ha desarrollado en las organizaciones, buscando pasar de una organización tóxica a una organización saludable. Ocasionalmente, en esquemas de resiliencia organizacional, se agrega o menciona la esperanza como un aspecto que puede incluirse en medio de otros aspectos que completan el desarrollo emocional y psicológico del ambiente organizacional.

Este ensayo tiene el objetivo de exponer algunas im(possibles) pautas para desarrollar la esperanza como una competencia trascendental dentro de las organizaciones. Esto, como aporte pertinente para tiempos de crisis en que la emotividad colectiva e individual de los empresarios, directivos y colaboradores requieren reconstruirse a sí mismos y a su empresa desde la confianza de un futuro mejor y saludable, desde la liberación crítica y creativa de un oscuro tránsito a construir mejores alternativas de permanencia y crecimiento.

El punto de llegada de este texto nos lanza a ulteriores desarrollos para la incorporación y desarrollo de esperanza como una competencia necesaria para acompañar a las organizaciones en la realización de sus metas y sobre todo en la configuración de nuevos futuros posibles.

* Dirección División de Negocios, Universidad Intercontinental.

LA CRISIS COMO PRESENTE OSCURO Y FUTURO DESESPERANZADOR

La pandemia de la COVID-19 ha provocado desolación, expresada en el miedo simbolizado por el confinamiento; por el andar apartado y con “sana distancia”, alejados unos de otros; por la angustia que provoca el riesgo de la enfermedad, propia y familiar; pero sobre todo por el sufrimiento y dolor que ya se deja ver en la pérdida de ingresos y el gran esfuerzo que costará salir adelante, enfrentados a nuevas realidades que llegaron para quedarse.

Ahora, el énfasis de la crisis se centra en la desolación por un futuro incierto, complicado y catastrófico. Las previsiones de una crisis mayor a la del *crack* de 1929 y de otras crisis recurrentes, socavan la integridad de un trabajo y esfuerzo continuado, atentan contra los ambientes de trabajo porque el temor cancela cualquier otro ánimo.

La pandemia de este año está causando una desastrosa y cada vez más aguda crisis de salud pública, económica y laboral, social e incluso de derechos humanos. Parece que nos hemos estancado en el espejismo de un proyecto civilizatorio donde la economía nos enfrenta con la naturaleza, contra la misma sociedad y ensancha todo tipo de brechas; sociales, culturales, tecnológicas. El estado de crisis se ha instalado como parte de una normalidad cíclica, recurrente y continua.

El significado de esta crisis para las organizaciones no es distinto; se traduce no sólo en la terrible cuestión económica, sino, junto con ella, en la desesperación



que provoca la posibilidad de permanencia y crecimiento para una empresa o una organización. El quiebre de cadenas de valor que provoca la reducción y cancelación de ingresos, la pérdida de oportunidades y permanencia de los negocios, así como una recuperación complicada, hacen que empresarios, directivos y colaboradores de toda clase de organizaciones empresariales mantengan un ánimo derrotado y angustiado.

El confinamiento ha significado despidos, suspensión de labores o bien, trabajo en casa, todos con una gradualidad distinta, pero compartida de desesperación, preocupación o incertidumbre, tanto por perder fuentes de ingresos y subsistencia, por ver disminuidos el patrimonio y complicarse el sustento, la vivienda y el desarrollo de actividades

Por otro lado, también se observa una inquietud e incluso fatalismo en las personas, ya sea por no poder desarrollar nuevas habilidades y competencias de trabajo, ahora utilizando nuevas tecnologías que, de alguna manera, también han puesto en entredicho una normalidad en el trabajo, lo cual significa la pérdida de trabajo, la suspensión de puestos, la adquisición de más tecnología, entre otros problemas.

Cansancio, preocupación, resistencia, negación y demás manifestaciones y sentimientos van convirtiéndose en una reacción inmediata en el trabajo, pero que se extenderá en el ánimo organizacional y se quedará como parte del ambiente y cultura del corporativo.

Frente a esta realidad organizacional, recuperar la categoría de esperanza puede significar un aporte al ambiente organizacional, el fomento de organizaciones saludables y, por tanto, más productivas y felices.

ESPERANZA PARA LAS ORGANIZACIONES

La esperanza es una categoría que ha sido desarrollada más por ambientes filosóficos, teológicos y económicos, con connotaciones que van desde la simple inconformidad, la utopía, la resistencia y la trascendencia escatológica. Sin embargo, poco ha sido desarrollada en su aplicación concreta para las organizaciones.

De acuerdo con Shade,¹ la esperanza es un fenómeno estudiado a nivel organizacional durante los noventa del siglo pasado. La esperanza, como ha

¹ Vid. R. A. Z. Torres y J. C. Acosta-Prado, "Esperanza y atributos de los colaboradores", *Suma de Negocios*, 6, 14, 2015, pp. 178-182.

sido concebida como constructo en el área de la psicología positiva, incluye aquellos factores que permiten a los individuos, comunidades y sociedades florecer, mediante el establecimiento de metas y la consecuente planeación para lograrlas.

Aunque en sus estudios posteriores, las conclusiones son muy significativas para revalorar la esperanza y presentarla como una competencia en medio de los avatares de las organizaciones, “los colaboradores con alto nivel de esperanza realizan un autodiagnóstico emocional que les permite elaborar estrategias para el futuro, mientras que los colaboradores con bajo nivel de esperanza tienden a dudar más frente a sus acciones futuras. De la misma manera, también concluyeron que los colaboradores con alto nivel de esperanza enfrentan mejor la ambigüedad y la incertidumbre”.²

En realidad, hay un pobre desarrollo, que además presenta una dilución de la densidad de la categoría y la despoja de muchos contenidos; apenas la sitúa como parte de un atributo más estratégico que trascendental en las organizaciones. Por esto, aquí se propone una recuperación de esta categoría como un aspecto oportuno y pertinente para hacer frente no sólo a la actual crisis pandémica, sino al contexto de crisis recurrente en que se desarrollan las organizaciones.

La esperanza puede ser caracterizada por apertura a lo incierto y lo nuevo, incluso frente al temor de lo no vivido. Sin embargo, también se refiere a la estructura misma del ser humano, pues éste no es sólo un ser, sino un poder ser. Desde que nace, el ser humano no es más que un cúmulo de posibilidades abiertas a su realización. En este sentido, esperanza expresa la apertura del ser humano al mañana, por incierto que éste sea; pero sólo en ese mañana el ser humano espera encontrar el sentido más pleno del ahora. La esperanza, como conciencia anticipatoria, como lo denominó Ernest Bloch, es un principio que hace posible la llegada incierta de un futuro, conciencia del “todavía no” en el despliegue (acción) del presente;³ por tanto, es una acción de libertad, de apertura, de crítica y de imaginación.



² *Ibidem*, p. 180.

³ *Vid.* S. Ahmed, “Esperanza, inquietud y promesa de felicidad”, *Nueva Sociedad*, 283, 2019, pp. 111-125.

ESPERANZA COMO LIBERACIÓN DE DETERMINISMOS ORGANIZACIONALES

Las organizaciones empresariales se presentan como instituciones sin más, asépticas y neutrales de humanidad. Espacios donde el ser humano se inserta y pareciera que ahí no tiene nombre, rostro y alma. “Las organizaciones son sistemas de complejidad creciente, bajo contextos también complejos y de crisis, pero que históricamente han sido diseñadas y gestionadas a través de las teorías, modelos y prácticas deterministas, lineales y reduccionista”.⁴ Estos sistemas deterministas cancelan posibilidades de nuevos derroteros para las organizaciones e inhiben la imaginación para pensar un futuro diferente, pues se valora mucho la estabilidad, y los sistemas administrativos se torna lentos, inflexibles y frágiles. Si esto sucede en condiciones de la antigua normalidad (estabilidad) en condiciones de crisis, el determinismo de las organizaciones se convierte en parálisis y esto es completamente riesgoso e incrementa la mortandad de las empresas.

Este determinismo se agudiza con las crisis, pero aquí es donde la posibilidad de insertar esperanza es una buena noticia. La posibilidad que arroja la crisis para las organizaciones viene de la pausa oscura por replantear a la propia empresa. Proceso crítico, doloroso, de mucha incertidumbre, pero que, en la medida que se hace consciente, analítico y crítico, establece una tangible capacidad de resistencia imaginativa. Este proceso de purificación en las organizaciones puede significar un análisis crítico para depurar procesos, costos, pero también elementos tóxicos de su cultura y ambiente laboral y en los colaboradores.

La esperanza es una emoción humana que se compromete con una realidad que todavía no existe para echar luz a la oscuridad del presente. A la vez que existe una pausa para generar otra disposición frente a la crisis, este tiempo de análisis también significará un punto de quiebre, de ruptura y cambio de un orden determinado. Al experimentar una crisis, la persona



⁴ Vid. L. E. B. Arévalo 2016. 36“La comprensión de las organizaciones empresariales y su ambiente como sistemas de complejidad creciente: rasgos e implicaciones”, *Ingeniería*, 21, 3, 2016, p. 369.

puede hacer surgir una nueva orientación o sentido, por lo que se establece un proceso que equivale a establecer criterios (derivado de crisis), un estándar de discernimiento entre lo verdadero y lo falso, entre lo adecuado y lo que no lo es. Para las organizaciones, esta acepción de crisis implica una revaloración por la identidad y sentido de la propia organización. Gualdrón, Acosta y Bohórquez⁵ indican que este reacomodo se observa en dos grandes ámbitos de la empresa en la estructura organizacional y también en las relaciones jerárquicas. Aquí pensamos que va más allá esta reinención organizacional; frente a la crisis, se cuenta con criterios establecidos para la toma de decisiones. La identidad corporativa no es más un mantra sin sentido, pues los rasgos de identidad sirven de criterio para la toma de decisiones, más en tiempos de crisis, en que se ponen a prueba las identidades.

LA ESPERANZA COMO CREACIÓN CONFIADA DE UN FUTURO DE LA ORGANIZACIÓN

En esta tensión de futuro-presente, donde el futuro se convierte en realización y, por tanto, el anhelo y la angustia se vuelven confianza y fe, significa para el presente que éste no es definitivo, que la última palabra no es esta situación en la que ahora se encuentra el ser humano. Entonces, la crítica del futuro mejor para el presente aún en camino se convierte en insatisfacción creativa, pues es el futuro el que, como utopía, jala hacia adelante y no a la conformación ni al retroceso.

La transformación, el avance e incluso los éxitos y logros obtenidos de una persona, que prefiguran la mayor realización, constituyen formación y realización anticipada para algo mayor. Las esperanzas de una persona, por una vida digna, por un bienestar mayor, así mismo de una empresa que permanece y crece, que se diversifica y obtiene logros mayores, son la traducción del desarrollo de una competencia en medio del presente y en medio de una crisis, incluso.

El anhelo de un momento diferente, más propicio para las personas, representa la cimiento que germinará en la construcción de ese futuro deseado. Aunque cabe mencionar que no sólo es planeación y previsión ni tampoco la sola adaptación al cambio. El aporte de la esperanza aquí es que hace posible

⁵ L. Y. Gualdrón, J. M. Acosta y L. E. Bohórquez, "Estructuras organizacionales y adaptación a las condiciones cambiantes del entorno: retos e implicaciones", *Artículos de Investigación y Tecnología*, doi: <https://doi.org/10.16925/in.v23i13.1983>

un futuro deseado, porque retrotrae a las personas y a las organizaciones la concreción creativa de una posibilidad siempre abierta.

LA ESPERANZA COMO COMPETENCIA ORGANIZACIONAL



Las competencias surgen en un mundo capitalista y globalizado, para la creación de una fuerza de trabajo flexible y móvil que aumente la competitividad y la productividad, en respuesta a la presión del mercado internacional. Surgen desde la perspectiva psicológica vinculada al mundo del trabajo, para lograr incremento de la productividad y del rendimiento laboral, lo que en un mundo globalizado y competitivo proporcionó que estos conceptos se generalizaran de forma rápida y se extendieran a todas las áreas de la vida laboral, educativa y social en todos los países.

Gran cantidad de autores han definido las competencias profesionales, de donde puede presentarse aquí una definición genérica: las competencias, como el conjunto de conocimientos, habilidades, actitudes y valores que se ponen en funcionamiento en un contexto laboral determinado, a fin de solucionar un problema concreto; es decir, donde intervienen capacidades socioafectivas, cognoscitivas, psicológicas, sensoriales y motoras aplicadas en la solución de un determinado problema de la práctica social, en un contexto específico.⁶

De acuerdo con el enfoque que se siga, la esperanza puede ubicarse entre las competencias sociales. Por ejemplo, en la clasificación de Mertens,⁷ entre las competencias genéricas, o bien, entre los atributos de los colaboradores de la organización. Sin embargo, aquí pensamos que se puede abrir la clasificación

⁶ Vid. P. L. Véliz Martínez, A. R. Jorna Calixto, E. M. Berra Socarrás, "Consideraciones sobre los enfoques, definiciones y tendencias de las competencias profesionales", *Educación Médica Superior*, 30, 2, 2016.

⁷ J. F. Rueda y S. A. Portilla, "Formación en competencias laborales generales, desafío para la educación superior", *I+D Revista de Investigaciones*, 15, 1, 2020, pp. 37-44.

de competencias organizacionales, incorporando unas competencias trascendentales, que ubicarían la capacidad, valores y actitudes de las personas a trascender, hacia la felicidad, el bienestar y el sentido del trabajo, del desarrollo y realización personal, así como otorgar un sentido a las relaciones laborales en construcción de un clima basado en la confianza y la esperanza.

LA GESTIÓN DE LA ESPERANZA ORGANIZACIONAL

La esperanza ha sido poco incorporada formalmente en el sistema de gestión organizacional. En un primer esquema, Salanova⁸ incorporó la esperanza como un aspecto más de organizaciones resilientes y saludables, pero poco después cambió la categoría en su esquema. A reserva de posteriores desarrollos y mejores esquemas de inclusión en la dinámica organizacional, a continuación, se aluden apenas algunos rasgos que se pueden convertir en capacidades, habilidades, valores y actitudes que harían de la esperanza un aspecto de la organización que se puede gestionar, medir y mejorar continuamente. Lejos de ser exhaustivos, aquí se mencionan estos elementos.

- La esperanza como conocimiento, como la certeza de un pensamiento diferente, de un conocimiento integrador e imaginativo.
- La esperanza como habilidad de alcanzar logros significativos, parciales y precarios, pero encaminados a más.
- La esperanza como virtud que anima al colaborador a establecer pautas de resistencia, de adaptabilidad y de cambio, desde un sentido de búsqueda inconforme e imaginativa.
- Crítica a la inmovilidad y lejanía para desfatalizar la realidad y la crisis, para que ésta no se convierta en negatividad y cerrazón.
- Relativiza el presente desde su orientación a un futuro mejor, pero mueve a lograrlo; por esto, la esperanza es praxis que teje el futuro posible.
- Fomenta una fortaleza, parresía dirán los clásicos, como empeño y coraje para lograr un futuro mejor.
- Sentido de alivio y humor. La esperanza aligera el peso cotidiano y oscuro. Las limitaciones del presente, las fatalidades de la crisis no son un chiste; pero se trascienden desde la fortaleza de la esperanza, que inunda en alegría y entusiasmo por desmoronar la fatalidad.

⁸ Vid. M. Salanova, *Organizaciones saludables, organizaciones resilientes*, s. d., 2009.

Con estos esbozos, urge la necesidad de un desarrollo puntual que permita esquemas de formación de esperanza, de seguimiento e incluso indicadores tangibles del beneficio de su dinamismo. Sólo hemos abierto el diálogo por este desarrollo.



CONCLUSIONES

Aquí, apenas hemos considerado desarrollar la crítica frente a la alienación de un sistema; la resistencia teológica frente a la injusticia y el mal; la utopía revolucionaria que sueña mundos alternativos; o bien la imaginación creativa para realizar alternativas que permitan construir caminos que acerquen el futuro. Pero con la conciencia de que si la esperanza falla, lo demás falla;

porque sin el hábito de esta competencia (a veces conocimiento, a veces habilidad, a veces actitud, a veces praxis con sentido, a veces virtud), los demás aspectos que constituyen a la persona y a la organización se ven disminuidos del empuje que genera la confianza de un futuro posible y mejor.

El futuro que visualiza la esperanza requiere convertirse en una competencia organizacional real, en cuya incorporación se pueda gestionar y se vaya desarrollando para empezar a funcionar, instalada dentro de los colaboradores y de la comunidad que se encuentra en una organización, de tal modo que, en medio de la catástrofe de una crisis, del dolor y el sufrimiento, de la incertidumbre y la pesadez, se alcance a abrir una luz que dirija los esfuerzos hacia un futuro mejor de lo que la objetividad sólo nos deja ver: escombros de nuestras organizaciones. El desarrollo de la esperanza como competencia organizacional, como el futuro, está abierto.



Google Classroom

Classroom helps classes communicate, save time and stay organised.

GET STARTED

Sign up for emails about Classroom feature updates

By joining, you agree to share contact information with people in your class. [Learn more](#)



LA RECONVERSIÓN DE LA EDUCACIÓN EN TIEMPOS DE LA COVID-19

Leticia Ruiz Flores*

En el momento histórico de incertidumbre por la presencia de la COVID-19 a escala mundial, y específicamente en México, la reconversión de la educación y la consecuente transformación de la práctica docente, no sólo son necesarias, sino que constituyen un reto para los maestros, estudiantes y padres de familia.

En estos días, se percibe a México como un país que toma medidas de combate en los ámbitos y político, social, económico y educativo. Al principio parecía fácil, puesto que el cierre de las escuelas —hacia la tercera semana de marzo—, los estudiantes, maestros y padres de familia no medían la trascendencia del problema humano y el incierto futuro cercano que se avecinaba. Conforme empezaron a pasar los días, las instituciones educativas empezaron a reaccionar ante este hecho inédito y un inminente “quédate en casa hasta el 30 de abril”, que en pocos días llegó al 30 de mayo.

Debido a estos acontecimientos, en otros países se vieron forzados a reorganizar el sector salud, así como el social y el educativo. En el caso de México, se inicia la acción docente comprometida, que consistió en echar mano de la tecnología para continuar con los proyectos educativos de los estudiantes. Tal decisión se tomó al observar que en el continente europeo la COVID-19 estaba cobrando muchas vidas y empezaba a tomar más tiempo del que se tenía programado para salir de la epidemia.

Ante las incesantes noticias que empiezan a azotar a la república mexicana, entre sanitizaciones en las calles, contagiados, sospechosos de contagio, muertes, porcentajes de letalidad, la educación propuso estrategias diferentes y apoyó con el uso de diversas plataformas.

* Cultura para el Desarrollo Humano, División de Posgrados, Universidad Intercontinental.

Entre calles desiertas, personas sufriendo por la economía para subsistir, cierre de empresas y ciudadanos con manos a la obra para la producción de cubrebocas, caretas y demás enseres de protección, se inicia la reconversión de la educación en México.

Qué impacto para los maestros retomar planeaciones para ajustarlas, preparar materiales novedosos para contener a los estudiantes de educación básica y educación superior. La realización de esta tarea implica un gran esfuerzo para generar la adaptación a las plataformas tecnológicas, además de aprender su uso.

Después de las supuestas vacaciones, ante tal confinamiento y entre frases célebres escuchadas a diario, como “quédate en casa”, “si sales a la calle practica la sana distancia” y otras más, la educación vs. pandemia requirió tanto de los maestros, como de horas y horas de preparación de materiales digitales.

A partir de la situación epidemiológica y de la suspensión de clases presenciales dispuestas por las autoridades, los maestros de educación media superior han diseñado diversas estrategias pedagógicas que consisten en preparar y organizar materiales de enseñanza para procurar el cumplimiento de los programas académicos. Han puesto a disposición de los estudiantes, en distintos formatos y medios, las actividades propuestas que van a permitir múltiples formas de interacción y canales de trabajo.



Existe un amplio abanico de opciones para que estudiantes y docentes compartan contenidos a distancia. Incluso muchas ya son conocidas por la mayoría de los usuarios. Lo mismo sucede con los recursos escritos; rápidamente pueden diseñarse en pocos minutos y publicarse en un blog gratuito, junto con sus respectivas fuentes y referencias para que los estudiantes accedan a ellas desde cualquier dispositivo. En definitiva, se debe priorizar que el contenido sea de calidad y siga llegando a los estudiantes.

En una sesión es igual de importante el contenido que brinda el maestro, la calidad de la imagen, el sonido, la iluminación y el espacio en el que se realiza, lo cual genera un sistema de educación a distancia, en horarios que incluso llegan a ser más largos que los de la jornada habitual.

Resulta innegable el estrés y preocupación que produce cumplir en tiempo y forma con la sesión, utilizar las palabras exactas y precisas para abordar la temática y que el estudiante comprenda lo que se le quiere decir. Esto sin considerar que el audio esté silenciado y que del otro lado de la pantalla se estén tomando apuntes y prestando atención, con el mismo interés que los maestros tienen. En cualquier momento de descuido de los estudiantes se activa el audio o video y el maestro se da cuenta de que comen, escuchan música o chatean al mismo tiempo que “toman clase”.

El maestro debe prepararse para las adversidades en el aula virtual, por ejemplo, cuando los estudiantes comparten el ID a “invitados” que no pertenecen al grupo o cuando, para darle sabor a la clase, rompen con la pretendida calma haciendo bromas durante la sesión.

Una limitación que puede presentarse es la falta de acceso a internet por parte de algunas familias o bien no contar con los dispositivos ni con los recursos electrónicos que les den acceso a esta opciones para la educación a distancia. Cualquiera que sea la causa, es un factor de exclusión escolar y, a la vez, un desafío para los agentes educativos involucrados: estudiantes, maestros, padres de familia y personal administrativo de las instituciones escolares.

Maestros y estudiantes se encuentran ante el reto no sólo de seguir enseñando y aprendiendo contenidos, sino también de realizarlos a través de otros medios. Se presenta la oportunidad de probar herramientas digitales para explorar otras formas de trabajo colaborativo, pues los maestros también pueden adquirir conocimientos de las experiencias digitales de sus estudiantes.

La situación actual requiere estar dispuestos al cambio, incluso tener experiencias que pueden servir para generar vínculos a través de nuevas

herramientas que seguramente pasarán a ser patrimonio y costumbre en la comunidad educativa de cada institución.

En lo que se refiere a la educación superior, licenciatura, maestría, doctorado, diplomados, se requirió también hacer algunos ajustes, por ejemplo, el servicio social, las prácticas universitarias, inclusive exámenes profesionales y de grado por mencionar algunos.

En lo particular, las reuniones vía remota en conjunto con los maestros para realizar ajustes a las planeaciones y la participación en algunos exámenes de grado de maestría y doctorado con la intención de no detener a los estudiantes en su trámite de titulación, en el que solo hacía falta la presentación ante el jurado, por lo que era necesario verificar la conexión a internet y la eficaz entrada al aula virtual.

La educación no se quedó atrás por la pandemia. Los dirigentes de las escuelas se organizaron con los profesionales de la educación para la atención puntual a cada estudiante, cada maestro, cada directivo, con la finalidad de que todo funcionará lo mejor posible y de esta manera evitar contratiempos que menoscaban el cumplimiento en tiempo y forma de los programas, para llegar a los cierres de los cursos cuatrimestrales y semestrales. La actividad académica se sobrepuso al temor de salir a la calle y ser en algún momento contagiado, para que la educación en México no perdiera de vista su objetivo primordial que es educar.

Por su parte, la Secretaría de Educación Pública, en su papel de autoridad educativa nacional, a través de su titular el Mtro. Esteban Moctezuma Barragán, dicta los pormenores y el proceder de las escuelas. La instrucción consistió en suspender labores académicas del 23 de marzo al 17 de abril, reanudando el lunes 20 de abril. Sin embargo, debido al comportamiento de la pandemia, en un inicio se amplió al 30 de abril para posteriormente volverlo a ampliar hasta el 30 de mayo.

Ante la emergencia sanitaria nacional, y con el objetivo de contribuir a preservar la salud de los estudiantes de todos los niveles, la Secretaría de Salud



y de Educación Pública del Gobierno de México determinaron las medidas de prevención y atención prioritarias, como fue la participación en la Jornada de Sana Distancia, la puesta en acción de las medidas de prevención, así como también realizar ejercicio diario, una buena alimentación, fomentar las relaciones familiares y sociales para la sana convivencia.

En las redes sociales y medios de comunicación, abunda una gama de clases gratuitas de diferentes disciplinas, de una manera inclusiva, es decir, sin discriminar a las personas por bajo nivel económico, escasa cultura, edad, entre otras.

En atención a las recomendaciones implementadas por la organización Mundial de la Salud para contener las consecuencias de este virus, se informa del receso escolar y el secretario afirma que se recuperará el aprendizaje de los contenidos para cumplir con los planes y programas establecidos.

De la misma forma, y con base en el artículo 131 de la Ley General de Educación, solicitó la instalación de la Comisión de Salud dentro de los Consejos de Participación Escolar, con el objetivo de apoyar las indicaciones de las autoridades sanitarias para incorporar filtros en las escuelas y coadyuvar a la campaña de higiene que sirva como precedente de futuras emergencias.

Sin lugar a dudas, la educación se encuentra en reconversión, por lo que el uso de la tecnología se hizo necesaria, y es así que al transcurrir el día a día están los ingresos a las aulas virtuales de los maestros, en los tiempos habituales de clase; las sesiones inician con el pase de lista y concluyen con las actividades a casa.

Evidentemente, para el maestro, esta tarea diaria va precedida por el arreglo personal acostumbrado para aparecer ante la cámara de la computadora, frente al estudiante con el aliño de siempre, sin dejar de observar las recomendaciones del uso de una pared blanca como fondo, vestimenta de color oscura para el contraste y bien iluminado para ofrecer la mejor calidad de imagen.

La pregunta que surge es ¿cómo hacer frente al cierre de las instituciones educativas? Debido al cierre de las instituciones educativas por el virus, se aceleró un cambio en el sistema educativo y por lo tanto la reconversión de la educación a nivel mundial, ya que una de las primeras medidas que tomaron las naciones fue el confinamiento para evitar la propagación viral.

En la actualidad se habla de las ventajas educativas de la formación en el uso de la tecnología, conocida como teleformación o *e-learning*. En estos momentos, salen a la luz los beneficios educativos; hoy en día es útil para mitigar la propagación

de la COVID-19, ya que surge como una alternativa para asegurar la continuidad de las clases en las aulas virtuales de las diversas plataformas tecnológicas.

Por ello, los maestros siguen impartiendo clases desde sus casas, con todas las herramientas necesarias para que su clase no sólo sea efectiva, como sucede en las clases presenciales en las sedes físicas de las instituciones educativas, sino ofrecer un extra que pudiera ser la interactividad, un *feedback* en tiempo real, además de brindar el contenido y la sana convivencia de los estudiantes entre sí.



Para los maestros y estudiantes que no cuentan con el equipamiento necesario, está la opción del teléfono celular que permite la descarga de las aplicaciones para poder continuar con la labor educativa. Los maestros deben estar preparados para satisfacer las diversas necesidades de los estudiantes, inclusive no tener acceso al internet o al uso de algún dispositivo.

Esta pandemia puso de cabeza al mundo. Cada mañana y cada noche seguimos pendientes de las noticias que marcan paso a paso la vida de las naciones. Estamos a la espera de que esta crisis pase sin grandes consecuencias tanto en la salud como en la economía de los mexicanos y que pronto se pueda recobrar una nueva y distinta normalidad.

En los países europeos consideran importante proponer un plan hacia una nueva normalidad que tuviera una duración aproximada de seis semanas. Lo ideal sería que México aprenda de la experiencia de las naciones que tuvieron soluciones efectivas.

La COVID-19 ocasiona algunos síntomas, como la dificultad para respirar, tos y aumento de la temperatura corporal, la pérdida del olfato y del gusto, lo que se complica cuando se padecen otras enfermedades, algunas de ellas derivadas de una alimentación que no contiene suficiente valor nutricional. En México, desde 2018, se tienen registros de enfermedades relacionadas con la alimentación basada en la ingesta excesiva de sal, alto consumo de azúcares, exceso de consumo de grasas y exceso de calorías derivados por el alto consumo

de productos industrializados. Se detectó que estos hábitos de alimentación se deben a la gran oferta que existe en México de productos de baja calidad, situación que llevó a controlar el consumo de estos alimentos mediante campañas y programas de concientización.

La pregunta ¿dónde me infecté?, debe convertirse en la de ¿por qué me infecté?, y sólo cabe la respuesta de no haber guardado la sana distancia, por la falta de lavado de manos y llevarlas a la boca, nariz u ojos, o porque alguien estornudó cerca.

El espíritu que subyace en estas líneas es compartir desde el campo educativo, acciones y reflexiones acerca de la fragilidad humana, frente a esta emergencia sanitaria por el COVID-19, no sólo desde la salud, sino desde la organización social, económica, política y educativa. Reflexionar acerca de la capacidad humana de sobreponerse y reinstaurar la esperanza en un contexto incierto y lo que se avecina en un futuro cercano.



no se lo
dante
Sic eis utrix heriè provido
Non
pient
p
In
qu
qu
E

o m
dante
ere
p
p



SOBRE LOS AUTORES

DESIRÉ AFANA

Nacido en Camerún, es miembro de la Congregación del Inmaculado Corazón de María (CICM). Ha sido párroco de San Miguel Arcángel Cualac, Diócesis de Tlapa, Guerrero; Capellán de la Universidad La Salle, Ciudad de México, y actualmente en la Parroquia de Nuestra Señora del Consuelo, Segunda Zona Pastoral, Diócesis de Azcapotzalco. Es autor de los libros: *La balade démocratique du Zaire: (1970-1997)*; *Sept ans de transition tumultueuse*, en 1998; *France-Afrique: Histoire d'amitiés. Séduction mutuelle usage différentiel*, en 2001; *Femme camerounaise: ¿Reine sans peine?*, en 2004; *Frère Louis Lokumu. Un témoin de la fraternité universelle*, en 2004; *África: La jungla de los vampiros. ¿De quién se burla el Nepal?*, en 2005; además de numerosos artículos. También es maestro de Pastoral Urbana por parte de la UCLG.

JESÚS AYAQUICA MARTÍNEZ

Es licenciado en Filosofía, maestro en Psicoterapia Psicoanalítica y tiene estudios de doctorado en Psicoanálisis, en el área de Neuropsicoanálisis, todos ellos en la Universidad Intercontinental, donde es docente de tiempo completo a nivel licenciatura y posgrado. Es miembro del Consejo Mexicano de Psicoanálisis y Psicoterapia. Colabora como consejero editorial en la revista *Intersticios. Filosofía, Arte, Religión* y es miembro del Comité Editorial de la *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, ambas publicaciones semestrales de la Universidad Intercontinental. Ha publicado diversos artículos en *Bitácora UC*, blog de la misma universidad.

MAURICIO BEUCHOT

Mauricio Beuchot es doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Es profesor en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, donde fundó el Seminario de Hermenéutica. Colabora con la Universidad Intercontinental como investigador en Filosofía. Es iniciador del movimiento de la Hermenéutica Analógica. Ha publicado libros y artículos sobre Historia de la Filosofía y Hermenéutica. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Academia Mexicana de la Historia, de la Academia Mexicana de los Derechos Humanos, de la Academia de

Santo Tomás del Vaticano y del Seminario de Cultura Mexicana. Es emérito del SNI y ha sido premio UNAM en Investigación en Humanidades.

JUAN PABLO BRAND BARAJAS

Licenciado en Psicología y maestro en Psicoterapia Psicoanalítica por la Universidad Intercontinental. Cursó el Diplomado Internacional “El pensamiento social francés del siglo xx” de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Diplomado “Reflexiones sobre la Teoría de Sistemas de Niklas Luhmann en la comunicación de masas y el arte” con el traductor de la obra del autor al español por la Universidad Simón Bolívar. Es docente e investigador de la Universidad Intercontinental desde 2002 y ponente del Diplomado en Formación Docente de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Desde el 2000, ejerce la práctica psicoterapéutica privada con niños, adolescentes, adultos y parejas y es autor del libro: *Elementos para la clínica psicoterapéutica con niños y adolescentes desde una perspectiva de la calidad de vida*, editado por la Universidad Intercontinental en 2019. Es conductor del programa de televisión por internet, *En Positivo*, que se transmite por proyectateradio.com (canal de YouTube proyectateradio4).

ALDO ALEJANDRO CAMACHO

Es licenciado en filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En el periodo de 2017 a 2019 fue asistente del doctor Mauricio Beuchot. Sus áreas de interés son la ética, la fenomenología y la hermenéutica. Ha publicado artículos sobre esos temas en libros colectivos y en revistas especializadas. Actualmente es profesor de la licenciatura en filosofía del Instituto Intercontinental de Misionología de la Universidad Intercontinental, donde imparte las asignaturas de Ética, Estética y Filosofía de la Cultura.

MARCO ANTONIO DE LA ROSA RUIZ ESPARZA, MISIONERO DE GUADALUPE

Es licenciado en Teología por la Universidad Intercontinental tiene un Máster en Mística y Ciencias Humanas por la Universidad Católica de Ávila. Ha publicado diversos artículos en revistas internacionales de budismo, filosofía, teología y misionología, por ejemplo, en México en la revista *Voces*, en España en las revistas *A Parte Rei*, *Lindaraja*, *Nueva Época-Zendo Digital* y en Roma *SEDOS*, así como en el periódico *El Sol del Centro* en Aguascalientes. Recientemente, acompañó grupos de meditación oriental en varias parroquias de la diócesis de Sendai en Japón, con el

método de Anthony De Mello. Ha sido practicante de Meditación Zen por más de 20 años, con maestros de las escuelas Rinzai y Sötö, del Budismo Zen, cuyo último profesor fue Klaus Riesenhuber. Ha vivido como Misionero de Guadalupe en Japón durante 34 años, al mismo tiempo que es párroco Misawa, Noheji y de la Prefectura de Aomori, de la diócesis de Sendai.

ALEJANDRO GABRIEL EMILIANO FLORES

Es maestro en Pastoral Urbana por la Universidad Católica *Lumen Gentium*, licenciado en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa (UAM-I) y Bachiller Pontificio en Filosofía por la Universidad Pontificia de México. Es coordinador de la Maestría en Pastoral Urbana e Investigador-docente de la Universidad Católica *Lumen Gentium*. Es miembro fundador del Observatorio de Religiosidad Popular (ORP) de la Universidad Intercontinental. Es autor de diversos artículos y capítulos de libros referentes a Pastoral Urbana, religiosidad popular y fenómenos religiosos, algunos de ellos traducidos al inglés y al alemán.

RAFAEL ESPINO GONZÁLEZ

Es licenciado en Filosofía por la Universidad Vasco de Quiroga y maestro en Gestión e Innovación Educativa por la Universidad Motolinía del Pedregal. Se autodefine como un hombre con esperanza. Actualmente es director de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Intercontinental.

JOSÉ LUIS FRANCO BARBA

Licenciado en Teología por la Universidad Intercontinental (UIC) y maestro en Teología por la Universidad Iberoamericana. Cuenta con estudios de Historia en la UNAM y ha sido profesor de Teología por más de 25 años en el área de Teología Sistemática. Es investigador y autor de varios cuadernos y artículos teológicos. Actualmente es director de la Escuela de Teología de la UIC y miembro del Consejo Editorial de la revista *Voces. Diálogo misionero contemporáneo*, publicación de la escuela de Teología de la misma universidad.

RAMIRO ALFONSO GÓMEZ ARZAPALO DORANTES

Licenciado en Filosofía por la Universidad Intercontinental (UIC) y en Ciencias Religiosas por Universidad La Salle. Maestro y doctor en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Es profesor e

investigador en Filosofía y Teología en la uic. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), de la Asociación Filosófica Mexicana, de la Academia Mexicana del Diálogo Ciencia-Fe, del Grupo Interdisciplinar de Estudios e Investigaciones sobre Religión Popular, del Colegio de Estudios Guadalupanos y del AIEMPR. Es director académico de la revista *Intersticios. Filosofía, Arte, Religión* de la uic y director del Observatorio Intercontinental sobre la Religiosidad Popular “Alonso Manuel Escalante”.

VÍCTOR HUGO GONZÁLEZ GARCÍA

Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de México. Magistrando en Filosofía y Crítica de la Cultura por la uic. Ha sido docente en la Universidad La Salle. Actualmente, es docente de asignatura en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas en la Universidad Pontificia de México. Es docente de tiempo completo en la uic y coordinador de la Licenciatura en Filosofía, modalidad mixta. Su línea de investigación es la Teoría Crítica y la relación entre Cultura y Religión. Entre sus publicaciones, destacan las siguientes: *Del individualismo hipotético al individualismo paradójico: implicaciones culturales en la hipermodernidad según Gilles Lipovetsky*; *La reserva crítica de la Religión como aspecto residual en el pensamiento de Max Horkheimer y J.B. Metz*; *La expresión inhumana de la guerra: un acercamiento a la racionalidad anamnética*; *La negación del otro. ¿Injusticia?*; *Una mirada desde Levinas y Horkheimer*.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ

Profesora del Instituto de Misionología, de la Universidad Intercontinental. Es licenciada, maestra y doctora en Filosofía por la UNAM e Investigadora Nacional Nivel I, del Sistema Nacional de Investigadores. Es autora de más de 35 artículos publicados en revistas de filosofía y teología arbitradas e indexadas, nacionales e internacionales, así como de los libros: *¿A dónde te escondiste, Amado y me dejaste con gemido?*, *Una fenomenología hermenéutica del Cántico Espiritual B, de San Juan De La Cruz*, editado por la Universidad Iberoamericana en 2017, *La música callada que enamora. Análisis fenomenológico del Amado y de la amada del Cántico Espiritual de San Juan De La Cruz*, editado en Burgos, en 2018 y *La mística cristiana en el tiempo de la secularización, en el nihilismo y los Nuevos Movimiento Religiosos*, una coedición de la Universidad Iberoamericana en México y la Pontificia Universidad Javeriana en Colombia.

ALEJANDRA CECILIA MONTERO GONZÁLEZ

Licenciada en Filosofía y maestra en Estética por la UNAM. Actualmente es partícipe del “Seminario crítico de investigación en filosofía y literatura” del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y colaboradora en la renovación de programas para la licenciatura en filosofía del Instituto Superior de Estudios Salesianos. Es profesora en la Universidad Intercontinental, en la Universidad Católica *Lumen Gentium* y en el Instituto Salesiano de Estudios Superiores. Fue asesora académica de grupo de la Universidad Católica *Lumen Gentium*, asistente de la Dra. Isabel Cabrera Villoro en la UNAM y asistente y becaria del Instituto de Investigaciones Filosóficas para el proyecto del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) *Abstracción, Razonamiento y Argumentación*. También fue ayudante de Investigador Nacional Nivel III, Dr. Sergio Martínez Muñoz en la misma institución en el área de Filosofía de la Ciencia. Sus líneas de trabajo son: Idealismo Alemán, Problemas de Filosofía Contemporánea, la obra filosófica de Kant y temas de las obras de Deleuze y Arendt.

JORGE LUIS ORTIZ RIVERA

Es licenciado en Filosofía y maestro en Filosofía y Crítica de la Cultura por la Universidad Intercontinental (UIC); también, es maestro en Educación. Es catedrático de Problemas Filosóficos Medievales en la UIC y en otras instituciones, profesor de la Maestría de Filosofía y Crítica de la Cultura y profesor invitado de Filosofía de la Universidad Pontificia de México. Actualmente, es miembro de la Academia Mexicana de la Lógica y de la Asociación Filosófica Mexicana, además de ser estudioso de temas de Filosofía Medieval, Filosofía de la Religión, Misticismo, Metafísica y Simbolismo cultural y religioso. Es autor del libro: *Simbolismo religioso valentiniano*, así como de numerosos artículos en revistas y libros colectivos.

RAÚL PAVÓN TERVEEN

Licenciado en Filosofía y maestro en Filosofía y Crítica de la Cultura por la Universidad Intercontinental (UIC). Doctor en Historia del Pensamiento por la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana. Es docente del área de Humanidades en la UIC, en la Universidad Católica *Lumen Gentium* y en la Asociación Mexicana para la Práctica, Investigación y Enseñanza del Psicoanálisis (AMPIEP). Sus intereses intelectuales han versado desde el Romanticismo e Idealismo Alemán, pasando por temas de Estética, Filosofía de la Naturaleza, Metafísica y Filosofía del Absoluto, hasta la Filosofía de la Historia

en Friedrich Schelling y F. R. Ankersmit, así como una aproximación filosófica e interdisciplinar al tema de la sobrepoblación, la cosificación y el individuo. Es autor de numerosos artículos respecto a estos temas.

RICARDO MARCELINO RIVAS GARCÍA

Doctor en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Unam. Maestro en Filosofía y Crítica de la Cultura por la uic. Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de México y por la Universidad del Valle de Atemajac, campus Guadalajara. Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es docente e investigador en la uic. Es profesor de cátedra en Ética en Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México y Santa Fe y profesor de asignatura en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y en la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de México. Ha sido profesor en la Maestría y Doctorado en Filosofía de la Universidad Anáhuac, campus sur y campus norte. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Sus líneas de investigación son Religión y Humanismo en la Cultura Posmoderna y Problemas de Ética clásica y contemporánea. Entre sus publicaciones destacan los libros: *Dios y la religión como problemas filosóficos*; *Razón, progreso y utopía. Una relectura del sentido de la historia y de la noción moderna de progreso en la ética del discurso*; *Ensayos críticos sobre la posmodernidad. La crisis del sentido de la vida y la historia*; todos publicados bajo el sello de la uic.

ARTURO ROCHA CORTÉS

Es filósofo, músico, conferencista y escritor mexicano que se ha especializado en temas de ética, axiología y valores. Ha escrito principalmente en torno a la mexicanidad, la conciencia ética en México, las tradiciones mexicanas y el denominado Acontecimiento Guadalupano. Es Doctor en Filosofía “*Summa cum Laude*” por la Universidad Anáhuac, con estudios en Madrid, Valencia, Soria y Roma; cuenta con Maestría en Humanidades “*Summa cum Laude*” por el Ateneo Filosófico de México y con la Licenciatura en Filosofía por la Universidad La Salle. Actualmente es secretario del Colegio de Estudios Guadalupanos (COLEG) de la Universidad Intercontinental, así como editor de la revista *Voces de la Escuela de Teología* de la misma casa de estudios.

LETICIA RUIZ FLORES

Realizó la Licenciatura en Biología en la UNAM y la Maestría en Educación Especial en la Universidad Intercontinental (UIC). Es doctora en Educación por el Instituto Nacional Académico de Actualización y Capacitación Educativa. Estudio la Especialización en Neuropsicología del Aprendizaje en la Fundación Latinoamericana en Argentina. Ha sido docente en nivel básico, medio superior y superior desde 1987. Desde 2003, es docente de maestría y doctorado. En la actualidad se desempeña como directora académica de los Posgrados en Ciencias para el Desarrollo Humano, en la Universidad Intercontinental. Es Miembro activo del COMIE, SMP y SIP y dictaminadora de la *Revista Intercontinental de Psicología y Educación* y del COMIE.

SERGIO SÁNCHEZ ITURBIDE

Tiene formación en estudios de Humanidades, en Administración de Empresas, es especialista en Recursos Humanos y tiene doctorado en Educación. Después de trabajar en la administración pública, prensa y banco, actualmente se desempeña como director de la División de Negocios de la Universidad Intercontinental. Su amplia experiencia como docente, es de más de 18 años en universidades a nivel de pregrado y posgrado; así como en investigación, actualización y diseño de programas académicos; también en consultoría y capacitación. Ha publicado artículos de difusión en varias revistas y ha dictado ponencias y conferencias en foros académicos. Es evaluador de programas académicos adscritos a CACECA, de programas internacionales en CACSLA, de programas adscritos a CIEES y visitador para acreditaciones institucionales FIMPES. Actualmente es Director Regional de la zona 7 de ANFECA.



**UNIVERSIDAD
INTERCONTINENTAL**

Mtro. Bernardo Ardavín Migoni
Rectoría

Mtro. Hugo Antonio Avendaño Contreras
Vicerrectoría Académica

Ing. Raúl Alberto Navarro Garza
Dirección General de Administración y Finanzas

Mtro. Juan Francisco Torres Ibarra
Dirección General de Formación Integral

Mtro. David Félix Uribe García
Instituto Intercontinental de Misionología

Universidad Intercontinental, A.C.
Av. Insurgentes Sur No. 4303
Col. Santa Úrsula Xitla, 14420,
Alcaldía Tlalpan, Ciudad de México



uic.mx